

« También te amo, ve rápido y vuelve a mí »

Recuérdame

Aryam Shields



RECUÉRDAME

Aryam Shields

©Aryam Shields
Registro de la obra
Oficina de registro de autor. Ministerio de Justicia, Colombia.

ISBN: 13: 978-1973806141

Editado por: FLOR URDANETA
Diseño de portada: ISA QUINTIN

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor, los lugares y personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Un momento de impacto, cuyo potencial de cambio tiene efectos expansivos, más allá de lo que podamos predecir y que hace que algunas partículas entren en coalición y se unan más que nunca; mientras que otras partículas se dispersan hacia grandes aventuras y terminan donde nunca creeríamos que podríamos encontrarlas. Eso es lo que pasa con estos momentos; aunque uno lo intente, no se puede controlar qué efecto tendrán sobre nosotros, solo hay que dejar que las partículas que entran aterricen en donde deben hacerlo y esperar hasta la próxima coalición.

VOTOS DE AMOR

DEDICADO A :

MIS CHICAS LKDZ

Angie Duarte,
Alejandra Hernandez, Angélica Bojorge,
Cat Bernal, Ivana Martinez, Mayra Urzola, Michell Valdez, Paola
Figueroa, Shamara Colmenares,
Erika Betancourt, Paola Salazar
y Soledad Pucheta.

MI PEQUEÑO HAREM

Ginnys, Joa, Lole, Vanesa, Erika, Katia, Karina. Mirna, Vane, Jenn,
Heyleen, Isa, Cynthia, Cris, Anel, Karli, Shirley, Lore, Erika, Glo, Johanna,
Veris y Kim

TABLA DE CONTENIDO

SINOPSIS

PREFACIO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

SINOPSIS

El 11 de septiembre de 2001, cambió la vida para más de dos millones de neoyorquinos, entre ellos, la de Alexandra Jones. A pesar del tiempo transcurrido, Alexandra aún cierra los ojos y recuerda el último beso que Evan Cooper le dio antes de entrar a la Torre Norte del World Trade Center y que este se desplomara, dividiendo su vida en dos.

Diez años después, en la apertura al memorial del 9-11 para homenajear a las víctimas de ese fatídico día, tropieza con un hombre cuyo roce evocará en su cuerpo las sensaciones de una década atrás, un hombre que es muy parecido físicamente a su novio. Sorprendida y confusa, Alexandra no descansará hasta descubrir quién es él realmente, qué se esconde tras la desaparición de Evan y recuperar lo que creía había perdido.

PREFACIO

Nueva York.
National September 11 Memorial & Museum.
11 de septiembre de 2012.

«Yo debí morir, no él».

«Yo debí morir, no él»

Era lo que mi mente repetía durante los últimos diez años. Aún podía cerrar los ojos y verlo frente a mí, sonriendo mientras me observaba con los ojos rebosantes de amor; lo sentía acariciando mi rostro como si nada hubiese sucedido, como si todo fuese una pesadilla. Él había sido mi todo, mi luz, mi sostén, mi vida entera... Mientras observaba a las familias acongojadas e intentaba mantenerme fuerte, no pude evitar evocar una de las pocas cosas que me quedaban de él... Mis recuerdos, sobre todo ese día, cuando nos vimos por primera vez.

Torre Norte, World Trade Center
Noviembre de 1998

—*¡Espera!* —gritaron, colocando el pie justo antes de que el elevador se cerrara—. *¡Ups!*, casi que no lo alcanzo. —*Sonrió, mirándome detenidamente*—. *Soy Evan Coopers.* —*Extendió su mano*—. *Soy el mensajero de Shields Holding, piso noventa y cinco.*

—*Alexandra... Jones.* —*Mi rostro se tiñó del color de la grana*—. *Trabajo en On The World.*

—*¿El restaurante?* —*Asentí y él sonrió, mostrándome unos dientes blancos y parejos.*

—*Sí.* —*Bajé la mirada a mis pies, no era buena hablando con nadie. Desde que decidí luchar por mis sueños, había sido una persona solitaria.*

Por unos momentos, el elevador quedó en silencio mientras ascendíamos. Lo sentí respirar mientras estiraba los brazos.

—*Mi jefe va a matarme si vuelvo a llegar tarde, pero es culpa de la*

universidad. —Lo miré interrogante—. Estudio Economía en la NYU, pero es una carrera complicada, consume casi todo mi tiempo, lo único bueno es que en un par de semestres acabaré la carrera y no le veré nunca más la cara de uva rancia a ese tipejo. —Él arrugó todo su rostro, haciéndome reír, justo en el momento que llegábamos a su piso.

—Sonríe, nunca escondas tu carita. Eres muy bella, señorita Alexandra... —dijo antes de salir—. ¡Espero verte otra vez! —gritó antes que las puertas se cerraran.

No pude dejar de pensar en él en todo el día, su cabello negro, sus ojos azules y su sonrisa.

—¿Podemos escoger las flores, mami? —preguntó Maia, haciendo que saliera de mi estupor. Acaricié la carita de mi niña y asentí—. Ian quiere llevar lirios y yo no me olvides, ¿podemos tomar de las dos? —Sonreí, a pesar de que mi corazón lloraba, busqué en mi bolso el dinero para que comprara las flores. Mi niña de rizos oscuros me dio un gran abrazo antes de correr hacia su hermano.

Evan la amaría. Él estaba destinado a ser el mejor padre del mundo. Era atento, devoto, cariñoso y tenía un carisma especial para con los niños.

*Suspiré, sintiendo la culpa apretarme el pecho, como en los últimos diez años desde el mismo momento en que la Torre Norte del *World Trade Center* se derrumbó, enterrando entre una nube de polvo y hierro retorcido a la mitad de mi alma.*

¡Maldito Al Qaeda! ¡Maldito Bush!... ¡Maldita Guerra!...

No. Ellos no habían tenido la culpa, él no se había devuelto al edificio por una orden de alguno de ellos, él se había devuelto por mí. La única culpable de que él no estuviera aquí era yo. ¡Solo yo!

Torre Norte. World Trade Center
11 de Septiembre de 2001

—Hermosa como siempre, mi princesa —dijo, dándome una rosa. Era martes y esa era la flor del día. Los lunes eran claveles, los miércoles girasoles, los

jueves lirios y los viernes gardenias. Así había sido desde que me empezó a cortejar—. Tengo examen en dos horas, el gruñón de mi jefe casi no concede el permiso, pero es la única hora en que el profesor de Macroeconomía puede atenderme. —Oprimió el botón para llamar el elevador—. Así que puedo acompañarte a recoger los exámenes que te practicaste. —Me dijo con su sonrisa ladeada.

—¿Sabes que queda a dos manzanas de aquí? —Le dije riendo. Teníamos tres años de novios y hacía dos meses habíamos decidido vivir juntos, luego de que Evan se arrodillara frente a la escultura de Romeo y Julieta del Central Park y me propusiera que fuese su esposa, un domingo en la mañana, rodeados de extraños, un cielo azul radiante y el pequeño paraíso que encerraba la selva de cemento.

—Lo sé, pero quiero que te sientas apoyada. ¿Jull te dio el permiso?

—Sí, pero debo estar aquí en una hora.

—Bueno, tenemos exactamente... —Miró su reloj—. Una hora antes de que tenga que volar hacia el metro.

—No es necesa...

Me cortó, colocándose uno de sus dedos sobre mis labios.

—Sí lo es. —Me atrajo a sus brazos, posando un dulce beso en mi frente—. ¿Dónde está tu bolso, cariño?

—No necesito mi bolso, solo mi identificación, y antes que me digas, ya la guardé, la tengo en el bolsillo.

—¿Necesitas dinero?

—El seguro cubre todo.

—Entonces vámonos antes de que Shields, cara de pie, me vea aquí y me despida. Si vamos a casarnos como Dios manda, tenemos que hacer una celebración como Dios manda y para eso hay que ahorrar.

—No quiero una boda grande —dije, recostando mi cabeza en su pecho.

—He estado pensando. —Me separé de su abrazo, esperando lo que debía decirme—. Si me compro una bicicleta, suprimiremos los gastos de transporte, al menos los míos, ese dinero sirve para la boda.

—Evan...

—¿Le dirás a tus padres? —Cambió el tema.

—No. —Entramos al elevador—. Ellos no quieren saber de mí.

—Pero...

—Es mi boda, estaré feliz si solo estás tú. —Lo besé, ya que estábamos solos; fue un beso muy casto debido a la cámara de seguridad.

—Podemos irnos a Las Vegas el fin de semana y que Elvis nos case.
—Te amo, cariño, pero no me casaré frente a un Elvis
—¿Un Cupido?
—Tonto. —Lo golpeé.
—Pero me amas.
—Te amo.
—Más te vale, me costó mucho conquistarte. —Lo golpeé de nuevo—.
¡Dios!, no nos casamos y ya me maltratas. —Se burló.
—Eres un... —Me besó.
—Un hombre guapo, maravilloso, bueno, bondadoso y humilde que te ama.
—Alábate pollo que mañana te quemas...
—¿No es te asan? —Se burló otra vez.
—¡Eres imposible! —Volvió a besarme, esta vez más fuerte.
—¡Evan! ¡Las cámaras!
—Aguafiestas... —Fingió enojo. Las puertas del elevador se abrieron y un par de personas entraron, dejándonos atrás—. ¡Este saco me asfixia! —Soltó la corbata y se quitó el saco negro, agarró mi mano, acariciando los nudillos, mientras empezábamos a descender.
Estábamos saliendo de la torre cuando me detuve abruptamente...
—¡Diablos! —refunfuñé, recordando que había dejado mi celular cargando. Estaba esperando una llamada importante.
No había querido decirle a Evan de mi conversación con el sacerdote de la iglesia cercana a nuestra casa. Quería casarme con él, no importaba la fiesta ni lo demás, lo único que quería era ser su esposa. De esa llamada, dependía que él se olvidara de la dichosa bicicleta.
—¿Qué pasó? —Me preguntó frunciendo el ceño—. ¡Oh por Dios! ¿Qué olvidaste? —Se burló de mi mente de cacahuete. Siempre olvidaba algo en casa, en la oficina...
—Se me quedó el celular. —Le dije, odiándome a mí misma. Yo y mi cabeza...—. Creo que mejor vas tú al examen y nos vemos a la hora del almuerzo. —Él negó con la cabeza.
—¿Y es importante? Cariño, de veras quiero saber el resultado de esos exámenes.
—Van a decir lo mismo de siempre, tengo anemia. Y en cuanto si es importante, lo es, estoy esperando una llamada.
—¿Tengo que ponerme celoso?

—¿Tú qué crees?

—Creo que te amo. —Me atrajo a su cuerpo, deslizado sus manos por mi cintura. Coloqué mis brazos en su cuello, inclinándome para darme un beso fugaz—. ¿Dónde está?, yo voy por el aparato.

—Debajo de la caja registradora, lo había puesto ahí porque estaba cargando la batería.

—Okay, espérame aquí. Si Jull te ve, a lo mejor se molesta, yo tengo permiso hasta las once.

—¿Te parece que compre algo de comer en Starbucks? No desayunaste mucho antes de salir de casa.

—Me levantaste tarde, amorcito... —dijo burlón, entregándome su saco.

—Tú no me dejaste dormir. —Lo acusé—. ¿Un bollo de canela y un expreso? —grité mientras él se encaminaba hacia la entrada. Dio un pequeño saltito y se regresó para darme un beso fugaz.

—Te amo.

—También te amo. Ve rápido y vuelve a mí...

—Siempre, bebé. —Volvió a besarme y luego corrió hacia la torre.

Caminé hasta el café y pedí dos bollos de canela, un Frappuccino y un expreso. Estaba esperando mi pedido cuando mi mundo dio un giro de ciento ochenta grados.

El estruendo resonó por cada lugar de Manhattan, un sonido que destrozó mi corazón. El caos se apoderó del lugar por varios minutos mientras las personas que estaban fuera señalaban las torres. Salí del local, sin importar los gritos y el caos que se vivía en las calles, y entonces lo vi.

Quise gritar, correr, pero estaba muda, con los pies pegados a la tierra y la vista fija en la torre, en el humo y el fuego que salía de ella... La torre donde hacía pocos minutos Evan había entrado.

—Mami. —Ian llegó a mi lado, sacándome de mis recuerdos. Tenía en sus manos un pequeño ramillete de lirios azules—. ¿Crees que a papá le gustarán? —Mis niños se parecían tanto a él, sus ojos, su color de cabello... eran un recordatorio constante de que una vez yo había encontrado el amor.

—Seguro, bebé. —Deslicé mis dedos entre sus cabellos, peinándolo un poco.

—¡Vámonos ya, Mai! —gritó antes de empezar a andar hacia los

relucientes estanques que contenían los nombres de las víctimas.

El cuerpo de Evan no había sido hallado entre los hierros retorcidos y los escombros; así que, cada año, venía aquí, al lugar que se había convertido en un cementerio para muchos, dejaba un ramillete de flores y me reconectaba con el amor de mi vida. Sin importar lo doloroso que fuese.

Pensaba que con el pasar de los años el dolor menguaría, la asfixia y la culpabilidad dejarían de latir en mi interior. No pude visitar el camposanto hasta cinco años después de la tragedia. Cinco años, cuando después de terapias, las pesadillas de ese espantoso día habían dejado de mortificarme, cuando me resigné a que él no estaría junto a mí, cuando me enfoqué en lo importante. Quizá Evan ya no estaba junto a mí, pero estaban Ian y Maia y él vivía en cada sonrisa de mis pequeños.

Una ligera brisa acarició mis cabellos. Cuando venía, sentía que cada soplar del viento, era una caricia de su parte para mi alma, una caricia que me pedía que dejara la culpabilidad, pero no podía.

Vi a mis niños colocarse frente a la fuente donde hacía diez años atrás estaba ubicada la Torre Norte; ahora, un cajón tallado en mármol era lo que ocupaba el lugar. La tumba de Evan. La tumba de muchos. Para los niños, esta era su primera vez, y hubiese desgarrado mi cuerpo antes de traerlos aquí, pero los años pasaban y, con ellos, mis niños crecían ansiando saber qué había sucedido con su padre, suplicando que los trajera, así que lo hice.

Di un suspiro resignado y caminé hacia ellos, que hacían un buquecito con sus flores. El lugar estaba lleno, como siempre, y me entretuve leyendo los nombres grabados en piedra.

Leí con calma cada nombre y mis ojos se anegaron en lágrimas cuando ubiqué al amor de mi vida entre el millar de personas. Respiré, obligándome a no derrumbarme. Tragué el nudo que obstaculizaba mi garganta, porque mis hijos no podían verme destrozada. Fue duro, difícil, me había desmoronado, caído una y otra vez, pero aquí estaba.

Mis niños se acercaron a la inscripción, delineando con sus dedos el nombre de su padre. Tomé aire nuevamente y me acerqué

—Evan... Lo siento tanto, amor. —Era lo que decía todos los jodidos años. «¡Lo siento de verdad!» Una lágrima recorrió mi rostro y la limpié con el dorso de mi mano, abrazando a cada uno de mis niños, cerrando los ojos mientras susurraba una plegaria silenciosa: «Perdóname, amor»

Había suficiente bullicio, el memorial había sido abierto por la mañana y todo el día había reunido a centenares de personas.

—¿Seguro que quieres ver? Es demasiado que veas eso allí. —La voz de la chica se escuchaba cansada—. Hemos repasado lo que eran las dos torres.

—Solo necesito estar más cerca. —Mi cuerpo entero se envaró al escuchar el melodioso tono de voz. No había escuchado ese timbre particular desde hacía diez años.

—¡Darcy! ¡Dios, eres terco! Agradezco que aún no te acuerdes de todo, debiste ser terco en tu otra vida.

Un sobreviviente... Los pocos afortunados que habían contado con suerte.

—Solo un momento, Annie. Quizás recuerde algo. —Mi piel erizó al escuchar la voz mucho más cerca—. Disculpe, señorita, podría... —Tocó mi hombro y una corriente extraña recorrió cada una de mis terminaciones nerviosas. Mi cuerpo recordó esa misma sensación cuando otras manos me tocaban.

Me giré lentamente para observar al extraño.

Él estaba ahí...

Frente a mí...

Y si esto era un sueño, no quería despertar jamás.

CAPÍTULO 1

**Septiembre de 2001.
World Trade Center.**

—¡Evan! —Un grito desgarrador salió de mi garganta mientras corría en dirección a la torre.

«Por favor... Por favor», rogaba internamente mientras caminaba entre las personas. Algunas, corrían despavoridas; otras —turistas—, grababan con sus cámaras la bola de fuego en la que se había convertido la torre norte que ahora se escondía en una llamarada de humo negro.

«Por favor... Por favor»

Llegué a la entrada rápidamente, sin embargo, el vigilante no me dejó seguir.

—No puede pasar —murmuró tajantemente, obligándome a salir.

—¡No! Suélteme. Mi novio... Mi novio está allí. —Me removí entre sus brazos, aún sin saber qué había golpeado a la torre.

—No puede entrar, señorita. Pronto llegará el equipo de emergencias. — Su voz era seria, podía ver a las personas salir del edificio que poco a poco se consumía por el fuego.

—Pero...

—Señorita, colabore. —Decía el hombre sujetándome fuertemente. Luché, lo golpeé, dando certeramente en su entrepierna, haciéndolo doblar de dolor. Pasé sobre él, llamando al elevador, pero parecía estar atascado. Corrí hacia las escaleras donde los empleados empezaban a bajar. A pesar de la tensa tranquilidad, algunos empujaban a otros. Sabía que no podría subir los noventa y cinco pisos por las escaleras pero el elevador debía estar funcionando y mi esperanza era llegar a él para poder encontrar a Evan.

Mientras subía, escuchaba a la gente hablar: “un incendio en una oficina”, “Ataque terrorista”, “Misil de entrenamiento”. No me importaban los porqués ni el dolor en mis piernas, tampoco los golpes que había recibido en los cinco pisos que llevaba subiendo, necesitaba encontrar a Evan.

El olor a hierro y hollín se colaba en cada poro de mi piel, pero tenía que llegar, iba a hacerlo. Esa era mi resolución, hasta que unos fuertes brazos me sostuvieron contra un cuerpo. Por un momento, pensé que era él.

—Alexa, ¿qué demonios haces aquí? Hay que bajar. —Mathew, compañero y mejor amigo de Evan, habló entre el mar de empleados que nos golpeaban sin detenerse.

—Evan...

—Pidió un permiso, no está arriba, dicen que un misil impactó el piso noventa y tres. Vamos... —Empezó a empujarme, pero me giré, encarándolo.

—¡Él subió! Subió por mi celular —dije entre sollozos—. ¡Hay que buscarlo, Mathew!

—Hagamos algo, pequeña. Baja, yo subiré de nuevo y lo buscaré, quizá está atrapado en los elevadores.

Negué con la cabeza.

—Vamos, Alexandra. Si estás a salvo, yo podré buscar mejor.

—Quiero ir. —Él negó—. Voy a ir, con o sin tu ayuda. —Cuando llegamos al piso dieciocho, mis piernas pedían un descanso que no podía darles. Seguimos subiendo, debíamos llegar hasta el piso cuarenta y uno para ver si el ascensor exprés estaba funcionando. El humo era más concentrado en el lugar, a pesar de que muchos de los trabajadores seguían laborando como si nada hubiese sucedido.

El vigilante de la planta veintidós no nos dejó continuar.

—Tienen que bajar, nadie está subiendo. —Un nuevo estruendo hizo que la torre se estremeciera desde sus cimientos, todos corrimos a la ventana más cercana para ver la llamarada en la Torre Sur. Miré la hora en mi reloj. Apenas habían transcurrido veinte minutos desde que la Torre Norte había empezado a arder.

—Tenemos que bajar.

—¡No!

—¿Y si Evan bajó? ¿Y si no lo vimos entre el mar de personas? ¿Estás segura que lo viste entrar? —Tosió un poco y yo asentí vigorosamente—. Él debe estar abajo, es astuto, debe estar preocupado por ti, bajemos.

Me aferré a esa esperanza, la ilusión de encontrarlo abajo esperando por mí.

—Disculpa. —Sonrió. Esa era mi sonrisa, su sonrisa... ¡Dios!—. Perdón si te estoy incomodando, solo necesito ver si algún nombre se me hace familiar.

No podía hablar, moverme o hacer cualquier cosa.

Evan estaba frente a mí después de diez años, después de miles de lágrimas y años de dolor. Quería saltar a su cuello y abrazarlo fuerte. Quería darme una bofetada para despertar del sueño traicionero que lo había traído de nuevo a mí.

—¿Hola? —Movié su mano frente a mis ojos y por último se quitó los lentes, revelando esos orbes azules que tanto amaba.

—¿Mamá? —Maia tiró de mi mano, haciéndome reaccionar y verlo de frente. Estaba acompañado de una menuda mujer de cabello negro.

—. Mami. —Quité mi mirada de Evan para enfocarla en otros ojos del mismo tono de azul—. Podemos comer pizza en la noche, era la comida favorita de papá. —Asentí y levanté la mirada, observando a Evan.

—Disculpa. —La chica extendió su mano—. Annie Ford. Este terco de acá al lado es Darcy. —¿Darcy?—. ¿Podrías darle permiso para que repase los nombres grabados en la fuente?

Me di cuenta que aún tenía la mano extendida así que la tomé.

—Alex...

—Alex, sé que estas orando por el descanso de tu familiar, pero es necesario que haga una revisión. —Se veía tan desesperado que, aún en shock, me retiré y le di espacio suficiente para que revisara cada uno los nombres incrustados en la piedra.

Lo vi leer entre dientes cada nombre, susurrando para sí mismo

—Evan Cooper. —Saboreó el nombre y luego lo señaló con su dedo.

—¿Se te hace familiar, Dar? —preguntó la chica con cierto temor. Él se quedó pensativo un segundo y a mi mente volvieron los recuerdos de cuando él se encerraba en sí mismo— ¿Darcy...?

—No. —Su voz fue suave—. A lo mejor lo conocí, pero no lo recuerdo. —Se giró hacia ella y sonrió—. Debieron colocar fotos y no nombres. Si Evan Cooper tuviese una fotografía, a lo mejor su rostro me sería más fácil de reconocer.

La chica estaba pálida, intentaba mantenerse fuerte, tan fuerte como yo. Mis emociones eran un sinfín de contradicciones, euforia, dolor, asombro y felicidad. No sabía qué debía hacer, tenía que moverme, pero mi cuerpo parecía anclado a la tierra—. Es un nombre extraño.

—Es el nombre de mi papá —dijo Ian con el ceño fruncido.

—Y es un nombre lindo —culminó Maia, también observándolo de manera interrogante—. Tu nombre es feo y viejo.

—Niños. —Les reñí. Sabía cuán obstinados podían ser. Eran igual a él.

—Lo siento, pequeña. —Se agachó frente a mi niña—. No quise molestar la memoria de tu padre. Tienes mucha razón, tu papá parecía ser un hombre genial. —Volvió a sonreír y sentí la primera lágrima descender sobre mis mejillas. Me sentía en una dimensión desconocida, como si mi vida estuviera pasando frente a mí.

—Bueno, chico terco, ya hemos visto y hecho todo el recorrido en el estanque de la Torre Norte y nada te ha hecho recordar. ¿Podemos irnos ya? No es bueno que estés tanto tiempo de pie.

—Estoy bien, Annie. —Se levantó con mucho cuidado y volvió a leer los nombres en la piedra, deteniéndose una vez más en el suyo—. Es inútil —bufó con frustración minutos después—. No puedo recordar nada.

¿Amnesia?

—¿Tu papá también murió el día que los aviones chocaron contra las torres? —Ian preguntó, curioso.

—No —contestó él con voz cansina —Fui yo el...

—Darcy, vámonos —apresuró la chica.

—Nuestro papá murió ese día. —Maia repasó con su dedo el nombre—. Pero nos cuida desde el cielo.

—Apuesto que sí lo hace. Se ve que son unos buenos niños. —Acarició los rizos de mi niña—. Estoy seguro de que su papá estaría muy orgulloso de ustedes.

—Darcy... —Annie volvió a llamarlo. Por la forma en la que lo observaba podía deducir que estaba nerviosa—. Tenemos una cita con el doctor Parker, sabes que odia que lleguemos retrasados. —Me dio una mirada inquieta.

—Cierto. —Volvió a colocarse las gafas—. Un placer, señorita —dijo mirándome cálidamente.

—Alexandra Jones —dije, mirándolo a los ojos... «Soy yo, amor. Mírame, bebé». —Él sonrió.

—Lamento mucho su dolor, señora Jones. Su esposo... —Alzó su mirada al cielo, como siempre que necesitaba pensar lo que iba a decir. Había cosas que no cambiaban—. Su esposo siempre la acompaña. —Miró a la chica que lo acompañaba—. Necesito ver esa esquina y te juro que nos vamos.

Annie, como se había presentado, rodó los ojos, pero antes de que pudiera caminar hacia él, la tomé del brazo.

—Espera.

—¡No! Lo veo en tu mirada... ¿Tú lo conoces, verdad? —El miedo se filtró en su voz y observé rápidamente a mis niños, que nuevamente tenían su

atención en el estanque.

—Sí, él es...

—No, aquí no. —Se apresuró a detener lo que fuese a decir—. ¿Conoces la cafetería que está a dos cuadras de aquí, *Joe & The Juice*? —Asentí—. Nos vemos allí mañana a mediodía.

No dijo nada más, la vi salir corriendo tras él y tomar su brazo en un gesto demasiado íntimo y cariñoso.

Mi mirada los siguió hasta que se perdieron entre la multitud, el cielo se oscureció de un momento a otro y una ráfaga de viento helado me envolvió, calando mis huesos. Era él, mi amor, mi único y gran amor.

Ya no tenía sentido estar ahí.

El viento volvió a acariciarme, moviendo mis cabellos, dándome una paz que no sentía hacía muchísimo tiempo.

Mientras el taxi conducía hacia mi hogar, cerré los ojos un segundo, escuchando a Maia e Ian cantar una canción que estaba de moda, y a mi mente llegaron los recuerdos de un día que nunca olvidaría.

**World Trade Center.
Septiembre de 2001**

—¡Evan! —gritó Mathew entre la multitud. La policía y los bomberos ya estaban fuera y habían acordonado el área.

Alzaba mi mirada, observando las flamas rojizas, escuchando los gritos de las personas que aún estaban arriba.

—¡Evan! —Volvió a gritar.

Corrí hacia uno de los oficiales. Sin pensar lo que estaba haciendo y le quité el megáfono con el que intentaba mantener el orden.

—¡Evan! —grité con toda mis fuerzas—. ¡Evan! —Mi voz se cortó y las lágrimas descendieron por mis mejillas—. ¡Evan! ¿Dónde estás?! —Esta vez, no pude gritar, el oficial me quitó el aparato y los brazos de Mathew me arroparon.

—No llores, Alexandra. Evan es fuerte. Evan estará bien. Dale tiempo. Seguramente también nos está buscando, intentemos llamarlo enviarle un

mensaje al bepper.

No sé cuánto tiempo había transcurrido desde el segundo impacto. Mathew y yo nos habíamos alejado un poco, buscando el lugar con menos bullicio mientras el sostenía su celular.

—Está sonando. —El timbre de emoción en su voz me hizo sonreír nerviosamente.

Alcé mi mirada una vez más mientras veía las torres consumirse rápidamente. De un momento a otro, las personas empezaron a saltar. Di un grito fuerte, cuando una mujer se lanzó desde lo alto y Mathew volvió a encerrarme entre sus brazos.

—No mires arriba. —Tomó mi rostro entre sus manos—. Evan está bien, él no está dentro de la torre. —Repetí sus palabras entre mis sollozos, creyendo que sí, que él estaba abajo buscándome—. ¡Joder, Cooper! ¡Contesta la llamada!

—Tenemos que volver.

—No nos dejarán, están evacuando.

—¡Tengo que subir!

—¡No! No lo entiendes. Están evacuando, Alexandra. No nos dejarán pasar la cinta amarilla. —Miré una vez más hacia las torres; fragmentos de cristales, papeles y metal se confundían con las personas que empezaban a lanzarse—. Mirada aquí, conmigo —dijo Mathew, volviendo a marcar el teléfono.

Un estruendo se escuchó a la distancia, el hierro rechinando contra el hormigón que se fundía lentamente con los gritos y el caos. Mi mundo dio vueltas por una fracción de segundo y entonces, bajo mi mirada y la atención de todo Manhattan, la Torre Sur colapsó.

—Hemos llegado —dijo el taxista, sacándome de mis recuerdos. Escuché las risitas de mis hijos y negué con mi cabeza, quitando la neblina de mis ojos. Los niños salieron del taxi y se encaminaron a la entrada del edificio, en lo que yo cancelaba el valor del servicio.

Mientras subíamos las escaleras, me decía que él estaba vivo, que lo había visto, que me había tocado y hablado. No lo había soñado, Evan estaba vivo.

Abrí la puerta del departamento y el olor a pizza casera inundó todos mis sentidos.

—¡Huele riquísimo, Matt! —gritó mi hija antes de correr hacia Mathew.

—¿Ya empezó el partido? —preguntó Ian con entusiasmo.

—Creo que no, campeón. ¿Por qué no van a lavarse y vienen a comer? La pizza está casi lista —dijo con una gran sonrisa.

Me quedé bajo el marco de la puerta, observando a Mathew moverse con soltura en la cocina.

—¿Todo bien, amor? —La suave caricia de Mathew en mi rostro me hizo reaccionar y asentí levemente antes de que los hechos del día me pasaran factura y las lágrimas empezaran a descender sin control—. Alex. —Me abrazó—. Tranquila, amor, yo estoy aquí, y sé que Evan, dónde quiera que se encuentre, está con nosotros. —Empuñé mis manos en la camisa de Mathew, sollozando aún más fuerte cuando el dio por sentado que lloraba por el dolor que me causaba visitar el lugar que nos había cambiado la vida a los dos.

Cuando la Torre Norte se vino abajo, perdí todo control de mí. Grité, lloré, me removí entre los brazos del hombre que me sostenía con fuerza. Lo golpeé, intenté patearlo y al final todo se enmudeció tras una cortina de polvo y la vibración de mis propios gritos.

Desperté dos días después en la habitación de un hospital con la noticia de que muchas personas habían muerto a manos de un grupo terrorista, entre ellas, el hombre que yo amaba.

Fue entonces cuando vino el silencio, el grito desgarrador y agónico que me quemaba desde las entrañas. El shock de la noticia, la ciudad en completo duelo, la mitad de mi vida arrebatada. En el fondo de mi ser, aún guardaba una pequeña esperanza de que él no estaba muerto, que era un sobreviviente bajo los escombros, que los bomberos lo rescatarían, pero los días pasaron, mi mutismo siguió y mi esperanza se apagó.

Fue Mathew quien estuvo ahí, siendo mi fuerza, mi sostén, mi todo, arropándome entre sus brazos cuando las pesadillas me despertaban en un amasijo de lágrimas, sudor y temblores. Estuvo allí cuando yo no pude más, cuando perdí la fuerza y la esperanza. Él me sacó del abismo en el que me había dejado la desaparición de Evan —porque me negaba a creer que mi prometido había muerto—; el que estuvo pendiente de mis controles médicos cuando me dieron la noticia del embarazo. Cuidó de mi alimentación. Sostuvo mi mano en el momento que los mellizos nacieron. El hombre que me sostenía en sus fuertes y suaves brazos mientras lloraba, presa de las circunstancias.

¿Cómo le decía a mi novio de cuatro años que mi gran amor y su mejor

amigo, el hombre por el que juntos lloramos muchas veces, estaba vivo?

EVAN

—¡Darcy! ¡Vamos a llegar tarde, por el amor a Cristo! —Miré la hora en el reloj en mi buró y negué con la cabeza. Apenas eran las seis de la mañana. Terminé de colocar la prótesis en mi muñón, la había cambiado hacía poco y los comienzos siempre eran difíciles, como adaptarse al plástico nuevo—. ¡Darcy! —Tocó la puerta dos veces—. Demoras diez minutos más y no llegamos a la ceremonia. —Me levanté de la cama y abrí la puerta, observando a la pequeña mujer de cabellos negros que había estado junto a mí desde el día que abrí los ojos en el hospital.

—Ya estoy listo, podemos irnos.

—Desayunaremos cuando la ceremonia acabe. ¿Recuerdas que a las once tienes cita con el doctor Parker?

—Cómo olvidarlo, llenaste la cocina con *post it* sobre la cita de hoy.

—Solo coloqué uno en el refrigerador y otro en el microondas.

—También dejaste uno en el espejo del baño.

—¡Oh, cállate! No valoras lo que hago por ti. —La abracé desde su espalda.

—Nunca digas que no valoro lo que haces por mí, estaría muerto si no fuese por tu ayuda y lo sabes.

—Sí, sí, como quieras. Vámonos ya. —Podíamos llevar el auto, pero Annie decidió que lo mejor era irnos en taxi, el tráfico en Manhattan estaba pesado y la razón era obvia, hacía diez años Nueva York había sufrido el atentado terrorista más terrible de todos los tiempos.

Yo había estado ahí.

Yo estaba vivo por un milagro.

Llegar a la llamada zona cero era difícil para cualquiera que hubiese vivido ese día. Yo no lo recordaba, pero tenía suficientes páginas de periódicos que hablaban sobre el día negro de Manhattan, sin contar la búsqueda por internet.

Para cuando llegamos al punto exacto donde las torres cayeron, había muchas personas; la mayoría con pancartas o fotografías de sus seres queridos, personas que habían encontrado la muerte la mañana del 11 de septiembre de 2001. Los homenajes empezaron rápidamente, centrados en la lectura de los nombres de personas fallecidas, luego el presidente Barack Obama ofreció un discurso exaltando los valores, la fuerza y la solidaridad que sostenían a los estadounidenses, destacando el valor de los socorristas, los sobrevivientes y las personas que aún continuaban participando en el lugar. Sollozos se escuchaban desde todas partes; lamentos desgarradores de familias que habían quedado fisuradas, desgarradas por la maldad de unos cuantos. Apreté a Annie a mi costado, que lloraba afanosamente, acariciando su cintura en silencio. Debería estar afectado, y lo estaba, pero no tanto como algunas de las personas ahí reunidas. Sin embargo, todos los presentes fuimos por la misma cosa en común, recordar.

A las 08:06 minutos, hora en la que el primer avión impactó la Torre Norte, se produjo un minuto de silencio en honor a las víctimas. Para ese momento, el cielo se había nublado, como si se colocase en sintonía con el ánimo del lugar. Fue poco después del segundo minuto de silencio, a las 9:03 a.m., instante en que el segundo avión secuestrado se incrustó en la Torre Sur, que la guardia de honor abrió las puertas del Memorial Plaza, dando concluida la inauguración del lugar que se había convertido en el recuerdo para las muchas personas que perdieron a alguien ese fatídico día. Las personas se acercaron a los estanques, buscando afanosamente el nombre de su ser querido. Solté a Annie y caminé hasta estar lo más cercano a los estanques, pero era casi imposible, la multitud era apabullante.

—¿Quieres que vayamos a comer algo y volvemos? —Annie tiró de mi brazo.

Respiré profundamente y asentí, esperaba que con el tiempo las personas se dispersaran.

Fuimos a *Joe & The Juice*, que era lo más cercano al área. Comimos sin prisas y luego volvimos al Memorial; había muchas más personas, sin embargo, busqué la manera de acercarme a los estanques, de repasar los nombres gravados en la piedra donde alguna vez estuvo erguida la Torre Norte. Noté a dos niños frente a un lugar que aún no revisaba, delante de ellos una mujer de cabellos rubios atados en una coleta baja los sostenía por los hombros mientras recitaba lo que parecía una plegaria silenciosa. Odiaba tener que ser yo el que interrumpiera su oración, pero tenía una cita con el

doctor Parker en menos de una hora, así que toqué su hombro un momento...

Un calambre recorrió todo mi cuerpo, sentí como si mi pecho se contrajera con dolor. Al volverse hacia mí, sus ojos me miraron con sorpresa, su respiración se detuvo, parecía como si estuviese viendo a un fantasma.

La sensación de cosquilleo no desaparecía de mi cuerpo, aún así me obligué a hablar.

—Disculpa. —Sonreí y la sorpresa se incrementó en su mirada, entonces lo supe, ella me había visto antes de los atentados.

CAPÍTULO 2

Junio 23 de 2001

—¿Entonces? —Me giré, observando los orbes azules de Evan. Era domingo, y a pesar de que pasaban las diez de la mañana, aún estábamos en cama.

—¿Sabes que hay países en donde no puedes decirle “entonces” a una persona? —Negué—. Hay un chico de Colombia en mi clase, Arnold, le dijo así y él respondió «¿Quieres pelea?» Así que, ¿quiere pelea señorita, Jones? —Arqueó una de sus cejas—. Espero que no porque la única pelea que me interesa tener contigo es una cuerpo a cuerpo. —Sonrió. Una destellante sonrisa de un niño pícaro y muy travieso, una que solo me daba a mí.

—Esto es serio, Evan. —Era nuestro primer fin de semana viviendo en pareja y habíamos estado hablando de la boda cuando se le ocurrió la idea de conducir dos mil quinientos kilómetros hasta Las Vegas.

—Amo, Las Vegas es fácil y práctico. El padre de Matt puede prestarnos su auto, yo podría solicitar un permiso al doctor Shields y tú a Jull. —Me atrajo a su pecho, deslizando la palma de su mano por mi espalda desnuda—. Piénsalo, tú, yo y el rey.

—¿Estás loco? —Lo golpeé en el pecho, separándome del calor de su piel y levantándome de la cama sin importarme que estuviera tan desnuda como cuando nací.

—Sexy. —Silbó entre dientes y yo tomé su camisa del suelo deslizándola por mis brazos y abrochando los primeros botones—. Ohh, por qué... Arruinas la vista, nena. —Fingió molestia, sentándose en la cama con el ceño fruncido y sus brazos cruzados en su pecho—. Vuelva a la cama, futura señora Cooper, y quizá pueda perdonarle esta ofensa.

Negué con la cabeza y me dirigí a la cómoda donde guardaba la ropa interior.

—Alexa...

—Es tarde, Evan...

—¿Tarde? Fui claro cuando te viniste a vivir conmigo. Los domingos son para hacer pereza, amor. ¿No leíste el manual? —Hizo un puchero—. Capítulo veintidós y, cito textualmente: “está total y rotundamente prohibido levantarse de la cama un domingo antes de mediodía”.

—Ese manual es un chiste. —Saqué unas bragas de algodón y me las

coloqué bajo su atenta mirada—. Quizás a ti que eres un vago y flojo te vaya bien, pero yo tengo una rutina, y mi rutina dice que hace una hora yo debía haber desayunado. Iré a la cocina a ver qué tanto hay en tu despensa y a hacer la lista para los víveres. —Me senté a un lado de la cama y él se acercó hasta tenerme entre sus brazos.

—Como ordene la dueña y señora de mi vida... —Rozó su nariz con la mía—. ¿Me das un beso que me dure hasta que vengas con el desayuno?

—¡Por Dios! —Lo empujé, haciéndolo caer sobre el colchón—. ¡La idea es que saques el trasero de la cama y me ayudes! Ahora, por ese pensamiento machista, te ganaste un almohadazo. —Tomé su almohada y lo golpeé en el pecho con ella y luego salté sobre él.

—¡Auxilio! ¡Intentan matarme! —gritó entre risas mientras yo seguía golpeándolo—. ¡No, nadie puede conmigo! —vocalizó una risa siniestra y, en menos de un parpadeo, estaba bajo su cuerpo retorciéndome mientras me hacía cosquillas

—Espera... Detente, Evan, por favor... no puedo respi... —dije entre jadeos y risas—. ¡Evan! —Se detuvo jadeante por el esfuerzo y bajó su rostro para besarme suave, delicado, como si fuese a romperme si ejercía más fuerza de la necesaria.

—Dios, como te amo —susurró mientras besaba mi cuello—. Más que a mi vida, Alexandra Jones. Te amo como nunca llegué pensar a amar... Nunca me dejes, preciosa, o me moriría de tristeza y desesperación. —¡Dios! Yo iba a llorar—. Te amo tanto, tanto, tanto, que si algún día llega a pasarte algo, te juro que te perseguiré donde quiera que estés. —Enterró su cabeza en mi cuello e inhaló fuertemente—. Júrame que siempre, amor, estarás conmigo. Y si llego a irme, me buscarás hasta encontrarme. Júramelo, bebé. Júramelo.

Lo abracé lo más fuerte que mis brazos permitieron.

—Te lo juro, Evan. Te lo juro, amor... —Le susurré de vuelta.

—¿Puedo? —Sus manos se colaron por debajo de la camiseta.

—Aún puedes —dije entre jadeos. Lo necesitaba, necesitaba que fuéramos uno.

Me despojó de mi recién adquirida vestimenta antes de deslizarse en mi interior suavemente.

—Debemos buscar la manera de cuidarte, mi amor. —Estaba quieto, enterrado hasta la empuñadura en mi interior, pero inmóvil—. Sin condón ni pastillas, vamos a sobrepoblar el mundo.

Evan era alérgico al látex y a mí me sentaban mal las píldoras anticonceptivas; había otros métodos para evitar el embarazo, ninguno era seguro, y aunque ya habíamos hablado de bebés, estábamos de acuerdo al decidir que no era el momento de ser padres.

—El ritmo es un buen anticonceptivo. —Me moví bajo su cuerpo.

—Quieta. —Me regañó—. Déjame sentir cómo el calor de tu interior me envuelve. —Quitó un par de mechones de mi cabello—. Quiero cuidarte, amor. Debe haber alguna otra opción.

—Iremos con mi ginecólogo, algo debemos poder usar. —Él asintió—. Hazme el amor, Evan.

—Siempre —dijo, y nos perdimos entre besos y caricias.

¡No podía dormir! Mathew había intentado de todo para calmarme, incluso el sexo, pero simplemente estaba demasiado inquieta como para conciliar el sueño profundamente. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía a mi lado en los estanques; y cuando lograba dormir, la pesadilla del 9-11 volvía a mí, ese preciso momento en el que la Torre Sur colapsaba, cubriéndonos con una estela de humo.

—Dime qué necesitas, bebé... —murmuró Mathew, somnoliento.

—Nada, vuelve a dormir, Matt.

—Ven aquí. —Abrió sus brazos y me recosté sobre su pecho, encerrada en unos brazos que en este momento no deseaba.

Entonces la recordé a ella... La chica que acompañaba a Evan.

¿Y si era su novia? ¿Si él de verdad se había olvidado de mí...?

Levanté la mirada para observar a Mathew, su acompasada respiración era un arrullo para mi inquieta mente.

Quería mucho a Mathew, había estado para mí siempre, en los momentos buenos y en los malos, me había acostumbrado a tenerlo cerca de mí, era mi ancla a la tierra. Me levanté de su abrazo, observándolo mejor. Mathew era completamente apuesto, pero diferente a Evan. Su cabello era de un extraño tono castaño y sus ojos eran verdes, claros cuando estaba en calma, intenso cuando estaba enojado. A pesar de su insistencia sobre vivir juntos, aún seguía sin decidirme, a pesar de que poco a poco había ido trayendo cosas de su apartamento al mío y algunas noches, sobre todo cuando más lo necesitaba, dejaba que se quedara junto a mí y me entregaba a su cuerpo,

intentando olvidar otra piel, otros labios, sin éxito alguno.

—¿Bebé?

—Estoy bien. —Salí de la cama y me encerré en el baño. Abrí la llave del lavamanos y humedecí mi cara.

Odiaba ser egoísta, darle a Mathew migajas cuando él se lo merecía todo. Era un gran hombre y necesitaba a una mujer que lo amara tanto como él amaba. Quería a mis hijos como suyos. Incluso cuando simplemente éramos amigos, Mathew asumió ser esa figura paterna que todos los niños requieren.

—Alexandra. —Mathew tocó la puerta—. Has estado extraña desde que volviste. ¿Tiene que ver con el extraño hombre del memorial?

Mientras cenábamos, los niños le habían contado su experiencia en el memorial, inclusive la charla entre el hombre que repasaba los nombres en las fuentes. Cuando Ian había empezado a comentar, todo mi cuerpo entró en tensión. Había estado callada luego de que llegamos del memorial, pero Mathew lo entendía, llevaba once años viéndome regresar igual. Siempre me acompañaba, pero este año había tenido un imprevisto.

—¿Estás molesta porque no pude ir contigo? Sabes que no puedo hacer nada con algunos turnos. Iré mañana y conversaré un rato con Evan.

El dolor en mi pecho se sintió tan fuerte que un pequeño sollozo salió de mí. No había podido decirle nada, más bien, no sabía cómo decirle que había visto a Evan en carne y hueso.

—Cariño, sal del baño... Habla conmigo, Alexa... —Destrabé la puerta y él me esperaba con los brazos abiertos—. ¿Qué fue lo que sucedió con ese hombre?

Alcé la mirada, observando la preocupación en su mirada.

—Volvamos a la cama, tienes que trabajar mañana. —Me deshice de su abrazo y volví a mi lugar en la cama, el que anteriormente había sido su lugar.

—Alexa. —Llegó junto a mí y tomó mis manos entre las suyas—. Solo me importas tú, no el trabajo. Necesito saber que no volverás a deprimirte.

Acaricié su rasposa mejilla con mis manos y fijé mi mirada en la suya. La voz de mi conciencia me gritaba que debía decirle, pero en vez de ello me moví hasta dejar un suave beso en sus labios.

—No volveré ahí, solo fue duro ver su nombre tallado en el lugar donde una vez estuvo la Torre Norte.

«Cobarde»

—Yo estoy aquí. —Se recostó llevándome con él—. No volverás a estar

sola, los niños no estarán solos... Nunca quitaré el lugar de Evan, pero sabes que los adoro como si yo los hubiese engendrado.

—Lo sé.

—Cuando tengamos un bebé, no haré distinciones. —Si antes no veía ese día muy cercano, ahora simplemente no lo veía. No me veía casada con Mathew cuando Evan estaba vivo.

—Duerme ya. —Zanjé el tema y me giré, dándole la espalda.

Él pegó su cuerpo al mío y respiró sobre mi hombro.

—Te amo, Alexa.

No pude contestarle, al parecer, él tampoco esperaba que lo hiciera. Luego de unos minutos, la respiración de Mathew me anunció que estaba dormido. Sin embargo, yo no pude conciliar el sueño.

Mathew me acompañó a dejar a los chicos en la escuela y luego me llevó hasta la escuela secundaria donde impartía clases.

—¿Te sientes mejor? —Le di una sonrisa tranquilizadora—. Si me necesitas, llámame, por favor.

—Lo haré. —abrí la puerta del coche.

—Me regalas un beso que dure hasta cuando vuelva a verte. —Asentí y rocé mis labios con los suyos sutilmente.

—Tengo que irme, que tengas un buen día.

—También tú, amor. Te amo.

Salí del taxi y cerré la puerta, asomándome por la ventana—: Yo también. —La boca me supo amarga. Como si estuviese mintiéndome a mí misma.

Impartí mis clases, aparentando una tranquilidad que no tenía. Hice un examen sorpresa a los alumnos de primer año, intentando enfocarme en el momento, diciéndome a mí misma que no estaba nerviosa por la cita con Annie Ford.

—¡Alexandra! — A la hora del almuerzo, Marie llegó a mí con dos emparedados y dos jugos provenientes de la cafetería de la escuela donde trabajaba—. Has estado todo el día en una nube. —Me tendió la comida y la acepté con una sonrisa tensa, después de Mathew, Marie se había convertido en mi mejor amiga—. ¿Tienes problemas con Matt o con alguno de los niños?

—No me pasa nada, Marie —dije, dándole un mordisco al emparedado.

—Sí, y yo soy Lady Di... A ti te pasa algo, estás en tu propio mundo, mujer. —Dio un mordisco a su almuerzo—. Cuando quieras hablar, aquí estoy yo. ¿Lo sabes, verdad?

Asentí y mastiqué la comida en mi boca.

—Estoy bien, nena. —Tomé un poco de jugo—. Tengo que hacer un par de diligencias hoy. ¿Podrías recibir a los mellizos cuando lleguen de la escuela?

—Claro. A Henry le encantará tener a Ian para jugar su nuevo juego de *Play 2*. Mark enloqueció al comprar ese aparato. Parecen dos niños pequeños. Mientras tanto, yo hornearé galletas con Michelle y Maia.

Sonreí. Parecía un buen plan.

Marie era una buena amiga y vecina. Cuando nacieron los mellizos, ella recién se mudaba con su esposo, Mark, y sus dos hijos; Henry de dos años y Michelle de seis meses.

—¿Puedo saber qué harás? —Me miró entrecerrando los ojos—. ¿Te irás de pillina con Mathew?

Negué.

—No me creerás, pero tengo una cita con el destino. —Me levanté de mi silla y salí del aula de los profesores encaminándome a mi clase de Aritmética con los chicos de preparatoria.

No pude evitar el recuerdo de cuando le dije a él lo que estudiaba...

Agosto de 1999

—¡Matelocas! ¡Estás loca, mujer! —murmuró mientras caminábamos por la feria. Esta era nuestra primera cita –no cita–, ya que según Evan, el primer café que me había invitado en su universidad no contaba como una cita. Habían pasado ocho meses desde la vez que coincidimos en el elevador, ocho meses en los cuales él había intentado invitarme a salir, sin éxito alguno. Ni siquiera sabía por qué había aceptado, quizá por su determinación, por su coraje... y para qué negarlo, por su sonrisa de comercial de dentífrico.

—Nop, no estoy loca, soy buena en lo que hago, me gustan las matemáticas.

—Bueno, a mí también me gustan, estudio economía gracias a una beca de

la empresa. Mi mejor amigo Mathew trabaja conmigo en Shields y estudia medicina. Cuando escogimos nuestras profesiones, sabía que estábamos locos, pero tú vas por delante de nosotros.

—Muy interesante el chiste —respondí sarcástica.

—Ya, preciosa, no quiero que te enojés. No sé... Pensé que alguien como tú estudiaría literatura... Sí, eso es, pareces una chica de libros, pero bien dice el dicho: caras vemos, corazones, no sabemos... Ni cerebro tampoco, Matemáticas... ¡Dios me libre!

—Es más fácil que estudiar economía, créeme, las matemáticas son básicas. —Defendí mi profesión—. No puedo imaginarme un mundo sin matemáticas, pero sí puedo imaginarlo sin economistas.

—Golpe bajo, certero y trapero, señorita Jones.

—Acéptalo, las matemáticas son el principio de todo.

—Sí, lo que diga la señorita matelocas. ¿Wuieres subirte a la noria? Asentí.

Qué buena manera de cambiar el tema.

Estaba saliendo de la escuela cuando Elena, la profesora de Biología, me llamó

—¿Necesitas un aventón? —De procedencia mexicana, Elena había llegado a Nueva York con una beca de estudios, había sido mi compañera de apartamento antes de mudarme con Evan.

Después del atentado contra la ciudad, ella y yo nos habíamos distanciado, pero habíamos retomado nuestra amistad tan pronto fue contratada en la escuela.

—Voy al memorial, ayer había muchas personas.

—Te entiendo, dale saludos a Evan por mí. —Asentí y ella se subió en su coche.

Caminé con premura, tomando el primer taxi que pasó por la avenida.

Llegué a *Joe & The Juice* con tiempo de sobra, por lo que Annie aún no estaba ahí. Me senté en una de las mesas que estaban al aire libre y pedí un pastelito de zanahoria con un expreso.

La hora pactada llegó y los minutos siguieron transcurriendo sin la presencia de la señorita Ford. Entonces lo entendí todo. ¡Estúpida! Era obvio que no vendría. Me había dado una ilusión para que yo no acabara con la

suya.

Estaba a punto de irme a casa cuando la vi entrar en la cafetería, me ubicó rápidamente, encaminándose hacia mi mesa.

—Perdón por retrasarme —dijo ella, sentándose a mi lado—. Darcy estaba empecinado en volver al memorial y no sabes cómo puede llegar a ser ese hombre.

—Su nombre es Evan. —Llevé mi segundo expreso a mis labios y tomé un sorbo generoso—. Y puedo entender cuán terco puede llegar a ser.

La camarera que me había atendido llegó a ofrecer el menú del día, pero ella solo pidió un expreso para llevar y un moca descafeinado.

—Entonces es cierto. —Pude ver cómo sus ojos se apagaron ante la afirmación—. Lo conoces. Pensé que mentías.

—Lo conozco tan bien que sé que el expreso que ordenaste es para él. No toma otro café que ese.

—El mismo que tú estás bebiendo. —Señaló mi vaso.

—Lo odiaba. No entendía cómo alguien podía tomar un café tan fuerte, pero luego de los atentados, empecé a beberlo. Para mí, era como si él estuviera frente a mí un instante.

La chica suspiró acongojada.

—¿Podrías contarme todo de él?

—Con la condición de que me digas como está y qué le pasó. —Tomé otro sorbo de café.

Ella asintió.

—Era mí... —Vacilé. Podría decirle que era mi esposo, pero quería ser totalmente sincera; esperaba que ella hiciera lo mismo—. Era mi prometido. Estaba en la Torre Norte cuando el avión impactó. La última vez que lo vi...

—Mis ojos se humedecieron y mi voz se entrecorto—. La última vez que lo vi, estaba entrando a la torre.

—¿Es el padre de los niños que te acompañaban ayer? —Calló mientras el camarero colocaba su orden frente a ella.

Asentí y ella suspiró fuertemente, apoyando sus codos en la mesa y peinando su cabello hacia atrás.

—He pasado diez años sufriendo, pensando que estaba muerto, cuando está vivo y sano. ¿Él está bien?

—No. No está bien.

—¿Está enfermo? —Negó—. ¿Cómo lo conociste?

—Yo era residente en uno de los hospitales que recibieron heridos ese día.

Cuando los paramédicos lo ingresaron, su pulso era débil. Tenía un trauma craneoencefálico, el brazo partido y la pierna izquierda destruida —jadeé—. Eso sin contar la hemorragia interna. Según escuché, su pierna había quedado debajo de una losa de concreto... No pudimos hacer nada para salvarle el miembro inferior. — Sentí mi pecho contraerse—. Estuvo cinco años sumido en un coma profundo y su rehabilitación duró casi tres años. Nadie lo buscó, nadie se hizo cargo de él, así que todos los días iba a su habitación y lo observaba, con el cuerpo amoratado debido a los golpes, pero aun así era tan apuesto que no podía quitar mi mirada de él.

Cerré los ojos, tratando de imaginarlo. ¡Yo lo había buscado! Durante meses lo busqué.

—Me di cuenta de que lo amaba meses después, pedí a mis superiores que me dejaran asearlo. En el año 2003, tuvo un paro respiratorio que pensé lo arrancaría de mi vida, pero no fue así. La junta médica del hospital empezó a sopesar la idea de desconectarlo, era una persona sin identificación alguna, habían pasado años desde el atentado y nadie lo había reportado. Pero a pesar que su cuerpo se deterioraba debido al coma en el que había estado desde su llegada al hospital, su cerebro estaba activo y eso me daba fuerzas para seguir, incluso para asegurar una plaza en el hospital una vez terminé mi residencia. En 2005, intentaron desconectarlo, entonces yo pagué las cuentas de hospital y le di un nombre.

—Darcy...—susurré.

—Darcy, como mi amor literario —rio—. Sé que suena ridículo, pero cuando pagué por sus documentos fue el primer nombre que vino a mi mente. —La miré fijamente—. Sé que fue ilegal, pero necesitaba mantenerlo con vida e hice lo que tenía que hacer. —Asentí—. Mentí sobre su identidad. Contraté personas y los hice pasar por sus padres. Gasté más de la mitad de la herencia de mi abuela en ello, no hubiese podido lograrlo sin ese dinero, pero soñaba con verlo despierto, queriendo saber el color de sus ojos, deseando saber su nombre, su historia..., pero cuando despertó.

—Él no recordaba nada —terminé por ella.

—¿Lo amas? —La pregunta fue directa, así que contesté de la misma manera.

—Lo amo. Tengo en casa dos recordatorios constantes de nuestro amor.

—Han pasado años, pero él sigue con la mente tan en blanco como el día que despertó. Recuerdo tanto ese día, me había tocado estar en urgencias, pero tan pronto el rumor se regó en el hospital, dejé a un paciente y fui con él.

Luego llamé a sus padres falsos... Si lo amabas tanto como dices, ¿por qué no lo buscaste?

—Lo hice, pero cuando vi que las torres se derrumbaron, entré en shock emocional. Estaba embarazada, y por semanas, Mathew, el mejor amigo de Evan, estuvo buscándolo por todos los hospitales. Yo misma hice mi búsqueda cuando me sentí mejor, pero un par de meses después me entregaron un certificado de defunción con su nombre.

—No entiendo, en ese entonces, con rasgos de las personas, podían encontrarlos.

—Al parecer, no fue así con él. ¿Sabes dónde lo encontraron? —dije, sintiendo una opresión en mi pecho.

—No. A mí no me importaba dónde lo habían hallado, mis fuerzas estaban enfocadas en mantenerlo vivo. No sabía por qué lo hacía, pero algo me motivaba a hacerlo. Él fue todo un guerrero.

—Siempre ha sido así. Creció en un orfanato, por lo que yo soy su única familia. A los dieciocho años, empezó a trabajar y, a los veintitrés, era uno de los mensajeros de Shields Holding. Aplicó para una beca en economía y finanzas en la NYU y se la otorgaron. Cuando nos conocimos, le faltaban dos semestres para culminar la carrera.

Ella rio.

—Es irónico, él está estudiando economía. Al parecer, algunas cosas no cambian. Él es terco y perseverante. Su recuperación fue lenta y dolorosa; despertó después de seis años, sin una pierna e imposibilitado para hacer cosas tan sencillas como comer o caminar.

—¿Qué tienen ustedes dos? ¿Son...? —Dejé en el aire la pregunta.

—Somos amigos... pero lo amo... —Había verdad en su mirada—. Llevo once años amándolo, Alexandra. Él ha sido mi único sueño en todo este tiempo.

—¿Eres consciente que él no te pertenece?

—¿Y a ti sí?

—Soy su prometida

—Diez años atrás. ¿Vas a decirme que en todo este tiempo no has encontrado a alguien más? —Pensé en Matt pero aun así negué.

—Siempre ha sido él y ahora que lo encontré no voy a perderlo.

—No quiero perderlo tampoco. Voy a serte clara. He dejado mi vida a un lado para dedicarme a él, su doctor dice que sufre un tipo de amnesia retrógrada a causa del trauma en su cabeza. No sabemos si algún día pueda

recordar, él está empeñado en hacerlo, pero no hay ninguna garantía.

—Puedo contarle su vida, decirle quién es y así podrás volver a tu vida.

—Es tan fácil decirlo... Por qué mejor no te olvidas de él.

—Eso no va a pasar.

—Tampoco le vas a contar la verdad, ni cambiarás su vida de la noche a la mañana, Darcy...

—Es Evan.

—Él solo me conoce a mí y yo no voy a dejarlo, a no ser que me lo pida, ¿entiendes? —Su voz se elevó un par de octavas, atrayendo la atención de los pocos comensales que había en la terraza.

—Te entiendo, pero debes entender tú también. Maia e Ian tienen derecho a conocer a su padre, a saber que no murió. Yo tengo derecho a recuperar al hombre por el que he llorado, pensando que había muerto, que había muerto ese maldito día, el hombre por el que he sufrido, pero sobre todo, es mi único y gran amor, el hombre que yo amo y al que le prometí buscar hasta encontrarlo.

—Sin embargo, te habías resignado a dejarlo ir —refutó, cortante.

—No. La resignación nunca llegó a mí. —Respiré profundamente—. Soy una persona ecuánime, y quiero empezar a formar parte de su vida. Soy consciente de que él no está bien y lo último que quiero es confundirlo, pero quiero estar ahí para él. Lleguemos a un acuerdo.

—Te escucho... —Podía decirlo, pero la línea rígida en sus labios transmitía lo contrario.

—Le diré que fui su amiga y trataré de ayudarlo a recordar.

—Si lo amas como dices, esperaremos a que se recupere y que él decida —dijo ella, y yo negué.

—Quiero ser parte de su vida, prometo jugar limpio. —Extendí mi mano, una forma de mostrarle mi buena voluntad.

—Él no es tonto, si le dices su verdadero nombre él va a atar cabos. Tu hijo dijo ayer que Evan era su padre.

—Podemos decirle su segundo nombre, Daniel.

—Esto es una mala idea, necesito consultarlo con el doctor Parker.

—Si lo amas como me dices amarlo, entenderás que estoy dándote una opción. —recité su frase—. Puedo ir con él y contarle la verdad.

—Puedes crearle un shock.

—O puedo hacerlo recordar. Suceda lo que suceda, te aseguro que al final seré yo con quien él quiera estar.

Ella estuvo en silencio por lo que parecieron horas.

—Está bien, lo haremos como tú dices, pero no será hoy. Mañana vendremos a esta misma hora al memorial, está empecinado en leer cada uno de los nombres, incluso hoy vi que estaba anotando los nombres de las víctimas.

—¿Qué me garantiza que vendrás mañana? Lo amas, Annie. Por lo que veo, tienes dinero y puedes llevártelo lejos de mí. Conozco por experiencia que el amor vuelve loco a mucha gente, así que haremos esto: me acercaré al memorial y hablaré casualmente con él, le diré que trabajamos juntos en la Torre Norte y que éramos amigos. —Saqué un billete de a diez y lo dejé en la mesa antes de salir y caminar hacia el memorial.

Ella no me siguió.

Caminé entre los árboles observando a los turistas, personas que nunca sabrían el dolor que conllevaba estar de pie en ese lugar; familias enteras se habían visto fracturadas luego de que se llevaran a cabo los ataques, sin embargo, muchas personas venían aquí solo para decir: “Estuve en el lugar donde antes estaban las torres gemelas”. Llegué a la fuente donde anteriormente estuvo la imponente Torre Norte y me detuve abruptamente al verlo. Estaba concentrado en las letras grabadas la piedra, tenía una libreta de apuntes bajo su brazo y mordía la punta del bolígrafo.

«Puedes perder la memoria, pero algunas cosas no cambian».

Mi corazón latía desbocado. Inhalé y exhalé lentamente intentando calmar el latido frenético en mi pecho.

—Brandon Lewis —murmuró.

—Limpiaba las escaleras del piso ciento diez al piso cincuenta y cinco — dije sin mirarlo—. Thomas Torner, limpiaba de la cincuenta y cinco hasta el primer piso. —Señalé el nombre de una mujer—. Amelia Clark, era recepcionista en un bufete de abogados, y Amber Lee, hacía parte del personal de aseo. —Lo observé—. Hola. —Mi voz salió baja cuando observé el nombre que seguía en la lista—. Evan era mensajero en el piso noventa y cinco. —Él me miró sobre su hombro y sus ojos se iluminaron como lo hacían cuando yo entraba en su periferia; inconscientemente, su cuerpo sabía quién era yo en su vida y eso me alegraba.

—Hola... —dijo de vuelta.

—¿Algún nombre conocido?

Bufó...

—No, ninguno. Como dice Annie, esto es perder el tiempo. —Miró hacia

ambos lados—. Annie es la única neoyorquina que se pierde encontrando un Starbucks.

—¿Es tu novia?

Él volvió a sonreír.

—No, somos amigos, yo no puedo tener nada con nadie hasta no recordar algo de mi vida anterior, sufro de amnesia. —Asentí y él continuó—. Llámame tonto, pero tengo un recuerdo en sueños, al menos quiero llamarlo así.

—¿Quieres contarme? —Silencio—. Sé que para ti soy una extraña, pero en ocasiones hablar con extraños ayuda.

—Es corto, me escucho diciéndole “Te amo” a alguien.

A mí, me había dicho “Te amo” antes de entrar a la maldita torre.

Mi pecho dolió, pero me mantuve inexpresiva.

—Sonará estúpido, pero mi corazón me dice que había alguien muy importante en mi vida, puedes llamarlo locura o intuición... Dios, estoy hablando aquí como un perico remojado. Imagino que viniste a estar un rato a solas con tu esposo.

—Tranquilo. —Lo vi tallarse la pierna izquierda y recordé lo dicho por Annie—. Te ves cansado, si lo deseas, podemos ir hasta un café cercano.

—Si me muevo de aquí, Annie se volverá loca —dijo, riendo nuevamente.

¡Bendito señor!

¡Su risa! ¡Siempre había amado su risa!

—Podemos hablar aquí entonces... Yo... tengo que decirte algo... —dije nerviosa—. Ayer, cuando nos vimos, te reconocí.

—¿Me conoces? —El tono de su voz y la expresión de su rostro era de emoción contenida—. Digo, antes de los atentados.

Dejé que el viento me arrojara bajo el arrullo del estanque y los latidos de mi frenético corazón. Bajé la vista y acaricié con mi mirada su nombre grabado en la piedra, antes de inhalar de manera profunda.

—¿Quieres recordar? —Mi voz titubeó un poco.

—Más que a mi vida —contestó de manera contundente—. Necesito saber quién fui... Si fui una buena persona.

—Fuiste...—Corregí—. Eres una buena persona, y sí te conocí antes del accidente.

—¿Tú sabes quién soy? —Volteé mi rostro para verlo mejor. Cuando lo vi el día anterior no había notado los cambios que había experimentado su cuerpo en aquellos diez años, ya no era un jovencito de veinticuatro años,

tenía pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y su cuerpo estaba mucho más trabajado que en el pasado, pero seguía siendo él, tenía esa mirada tierna y acogedora que recordaba, sus labios seguían siendo desproporcionados, pero igual de sexys.

—Me estás matando aquí. —Su mano tocó mi hombro y el escalofrió que recorrió mi cuerpo me hizo sentir viva, como hacía mucho no lo sentía. Me da cuenta que mi amor por él había estado ahí, escondido en el baúl donde pretendí guardar todos mis recuerdos, pero al verlo frente a mí, el candado que me había obligado a colocar se había roto y ahora ese amor se desbordaba en mi interior.

No quería mentirle, quería decirle que él era mío, que teníamos dos niños, que yo seguía amándolo..., pero las palabras de Annie seguían haciendo estragos en los confines de mi cabeza. Era tenerlo a medias o no tenerlo... Y yo no lo había tenido durante mucho tiempo.

Deslicé mi lengua por mis labios al sentirlos resecos.

—No te llamas Darcy.

—¡Gracias a Dios! No le digas a Annie, pero odio el jodido nombre, se me hace antiguo... —sonreímos.

—Darcy es el hombre que más corazones ha hecho suspirar.

—Lo sé, pero no me parezco en nada a él. —Silencio. Disfrutábamos de esto, aquí frente al lugar que yo consideraba su tumba—. ¿Cuál es mi nombre?

—Daniel Harris. —Era su segundo nombre y el apellido de su madre—. Eras compañero de trabajo de Evan.

Lo había hecho, le había mentado.

CAPÍTULO 3

El silencio que nos envolvió en una burbuja por varios minutos, aislándonos del ruido de los autos, las personas que llegaban junto a las fuentes y el sonido del agua cayendo al vacío, se rompió cuando la libreta de Evan cayó al suelo.

Ambos nos agachamos para recogerla y, cuando nuestras manos se rozaron, la corriente simplemente estalló. Lo vi tomar aire un par de veces y luego nos levantamos.

—Daniel... —murmuró en voz baja—. Daniel Harris.

—Sí, ese es tu nombre. Como te dije, trabajabas con Evan. —Esperaba encontrar alguna reacción hacia su verdadero nombre, pero no fue así.

—¿Qué más sabes de mí? —Su voz se quebró, pero se recompuso rápidamente.

—Cuando te conocí, ibas a la mitad de tu carrera de economía.

Él sonrió y negó con la cabeza—: Estudio economía y, justamente, voy por la mitad de la carrera. Esto es irónico.

—Sí, bastante irónico.

—No me dijiste tu nombre.

—Alexandra. —Él se quedó pensando un momento.

«Recuérdame, amor»

—¿Fuimos amigos? —Parecía confundido.

—Salimos algunas veces junto con Evan. —Una mentira tras otra mentira.

—Pensarás que soy un desagradecido, pero tu nombre no me dice nada.

Se suponía que no debía sentir nada, pero esas palabras dolieron como mil dagas directas al corazón.

—Mi cabeza es un lienzo en blanco desde hace cinco años —suspiró—. Yo intento recordar, pero no he podido.

—Tranquilo, no pasa nada. Como te dije, eras compañero de mi esposo, ambos eran mensajeros en Shields Holding.

—Pero estudiaba economía.

—Sí, gracias a una beca que ofrecía la empresa. Evan y tú la ganaron; él estudiaba medicina.

Me odiaba, odiaba cada mentira que salía de mis labios, odiaba tener que mentirle para estar junto a él.

—¿Tú también trabajabas ahí?

—En el restaurante del piso ciento seis.

—¿Cómo fue que tú...?

—¿Sobreviví? —Él asintió. Tragué el nudo que me impedía respirar, sin poder evitar que mi corazón doliera ante los recuerdos—. Ese día, Evan y yo salimos. Había estado sintiéndome mal de salud y él no quería que viera sola al doctor.

—¿Y él por qué no...? —Cerré los ojos, alejando las imágenes de ese fatídico día—. Si es doloroso recordar, es mejor que...

—Fue mi culpa —dije la verdad—. Acababa de comprar un celular y estábamos planeando nuestra boda, esperaba una llamada importante, una sorpresa para él, pero olvidé mi aparato en mi trabajo y él se ofreció ir a buscarlo. En ese tiempo, el celular no era algo tan importante, pero yo necesitaba atender esa llamada. Si yo hubiera sabido que él... —Dos lágrimas descendieron por mi mejilla.

Evan extendió sus brazos y me atrajo a su cuerpo.

—Tranquila, todo...

—¿Darcy? —La voz cortada de Annie hizo que me soltara.

—¿Dónde estabas? —Se acercó a ella e inmediatamente sentí la ausencia de años atrás—. Estaba a punto de mandar a poner tu foto en las cajas de leche.

—Exagerado. —Le tendió el vaso con café—. Me entretuve viendo zapatos.

—Típico —sonrió—. ¿Recuerdas a Alexandra? Estaba ayer aquí con dos niños —ella asintió—. Me conoce de antes del atentado. —La mirada acongojada de Annie me hizo desviar la mirada al nombre de mi amor tallado en la fuente—. Yo era amigo de su esposo.

—Eso es una buena noticia —dijo, fingiendo una emoción que yo sabía que no sentía.

—Sí... Ella ha estado contándome algunas cosas, la más importante de todas es que mi nombre es Daniel.

—Darcy, Daniel... ¿No es lo mismo?

—Obvio no. —Dio un sorbo a su vaso con café—. Está algo frío.

—Lo siento, ya te dije que había unas botas hermosas que gritaron mi nombre cuando pasé por la vitrina.

—Ya por lo menos tengo un nombre ¡Mi nombre! No tengo que usar más el del señor Fitzwilliams. —Se burló. Noté que, aun sin memoria, él seguía siendo el mismo.

—Me gusta tu nuevo nombre. —Su sonrisa era fingida—. Es hora de regresar a casa, tienes que hacer tus terapias y, además, alistarte para ir a clases.

—Sí, mamá. —Volvió a burlarse mientras se llevaba el vaso a la boca—. Alexandra, me encantaría poder seguir hablando contigo, quizás sepas algo que pueda ayudarme a recordar.

—Es probable.

—Tenemos que irnos, Daniel. Tengo turno en una hora. —refutó Annie.

—Solo un momento, mujer de Dios. —Se acercó a mí y tomó mi mano entre las suyas. La sensación eléctrica fluyó a través de mi cuerpo—. Gracias, no sabes lo que has hecho hoy por mí. Te dije que mi corazón me dice que había una persona que era demasiado importante para mí, solo que no recuerdo si era hombre o mujer y necesito quitarme esta opresión del pecho. —Parecía intranquilo.

—Tranquilo, si quieres podemos vernos en dónde digas, o en tu casa.

—O en la tuya. Dame tus datos —dijo, sacando un celular de su bolsillo. Le di mis datos y mi número de teléfono; guardó el contacto y tendió su mano hacia mí—. Eres muy amable. —Dejó un beso en mi mejilla.

—Podemos irnos, Don Juan —rechistó Annie.

—Te llamaré. —Se alejó, empezando a caminar a la par de Annie.

—Sigue molestándote la nueva prótesis. —Alcancé a escuchar que le decía.

—Al parecer, me coloqué mal la prótesis. No es nada. —Lo vi detenerse y luego girarse hacia mí—. ¡Alexandra! ¿Puedes ir mañana a las cinco a la Universidad de Nueva York? Salgo de clases a esa hora y necesito que sigas contándome quién era.

Vi el rostro de Annie descomponerse, pero no me importo, lucharía por él.

—Allí estaré. Sólo tengo que buscar con quién dejar a los mellizos.

—Tráelos contigo.

—Lo pensaré. —Iba cojeando mientras caminaba. Annie deslizó un brazo alrededor de su cintura y él se apoyó en ella totalmente confiado.

El dolor estalló por todo mi cuerpo. Y esperé hasta no verlo para agacharme y dejar un beso en el nombre grabado en la piedra.

«Te amo».

Volví a casa en metro, por lo que tardé en llegar un poco más de lo que había pensado en un comienzo. Subí las escaleras y toqué la puerta del departamento de Marie; fue Mark quién me abrió la puerta antes de correr de

vuelta a la sala donde los niños estaban, frente al televisor.

—¡Mami! —gritó Maia al verme. Abracé a mi pequeña niña, que tenía un poco de harina en la cabeza—. ¿Dónde estabas? Mathew llamó hace unos minutos y no estabas con él.

—Estaba haciendo unas diligencias importantes.

—¿Fuiste al memorial? —preguntó Ian, llegando junto con Henry cuando Mark les quitó los mandos para jugar él.

—Sí. —Mis hijos me abrazaron fuertemente.

—¿Estás triste, mamita? —preguntó Ian mirándome a los ojos.

—No, bebé. No lo estoy. —Alboroté su cabello y él y Henry corrieron al escuchar un *Game Over*.

Marie me ofreció una taza de té mientras. El lote de galletas en el horno se terminaba de cocinar y Maia y Michelle corrieron a la habitación a jugar con muñecas.

—¿Estás bien? —preguntó Marie una vez estuvimos solas en la cocina, rodeadas del olor dulzón de las galletas de chocolate.

—No había estado tan bien desde hacía mucho tiempo.

—¿Quieres una galleta de avena? —Asentí y ella sacó varias del recipiente. Volvió a sentarse frente a mí, pero la conversación fluyó en cosas de la escuela.

Una vez las galletas estuvieron listas, Marie empacó una cantidad para Maia e Ian y nos fuimos a casa.

Mientras los niños hacían sus deberes, yo me dispuse a preparar la cena. Una hora después, sentimos que la puerta era abierta mientras Matt sonreía girando las llaves entre sus dedos.

Ian y Maia alzaron la cabeza', pero siguieron terminando su tarea, acatando la regla de no levantarse del desayunador hasta que los deberes estuviesen listos. Él dejó un beso sobre sus cabezas antes de caminar hacia la cocina.

—Hola, bonita. —Me dio un casto beso. Me sentí mal, muy mal.

—Hola.

—¡Matt! —gritó Ian—. ¿Me ayudas con la tarea de matemáticas?

—Seguro, campeón. Aunque acá la genio matemática es mami —gritó antes de girarse a mí—. Estaba preocupado por ti. ¿A dónde fuiste?

—Fui a hacer unas diligencias.

—¿Puedo quedarme esta noche?

—Mathew...

—No quiero dejarte sola, bebé. Sé que no pudiste dormir en toda la noche. Anda, déjame velar tu sueño, amor mío. Mañana tengo turno doble y no podré verlos hasta el fin de semana. —Asentí y él volvió a besarme antes de irse.

Una vez estuve sola, pasé mis manos por mis labios, sintiéndome sucia. Tenía que hablar con Mathew.

Octubre 2 de 2001

— *No puedes tirarte a morir. Tienes que luchar, Alexandra*

— *¡No quiero luchar! Quiero morirme, Mathew. Quiero estar con Evan. Y si él está muerto, quiero estar con él... Si yo no lo hubiese hecho ir por mi celular, si yo...*

— *¡Basta, Alexandra!, ¿Crees que a Evan le hubiese gustado verte así? Por Dios, mujer, estás embarazada. Son los hijos de mi amigo los que están en tu vientre —gimió frustrado—. Tienes que comer, Alexandra. Tienes que ser fuerte, aún siguen buscando cuerpos.*

— *Yo sé que no está muerto*

— *Entonces. ¿Por qué rayos quieres morirme?*

— *Lo necesito, Matt. Debíamos estar casándonos hoy —dije llorando—. Hoy era nuestro día. —Mathew me abrazó—. ¡De que me sirvió hablar con él párroco! ¡¿Por qué tenía que hacer que se devolviera?! Él debería estar aquí ¡Maldita sea! Conmigo, con nuestros hijos. No debajo de un montón de escombros. Tenía que ser el día más feliz de mi vida, mis lágrimas tendrían que ser de felicidad y no debería sentir que el pecho se me está partiendo en pedazos porque no sé de él.*

— *Lo sé, pequeña —me atrajo a su pecho y acarició mis cabellos—, pero tienes que ser fuerte por esas dos vidas que llevas en tu vientre, Alexandra. Si Evan murió, están ellos dos para que estén contigo*

— *Él no ha muerto —dije enérgica—. Él está vivo en algún lugar de esas malditas torres. Él está vivo*

— *Alexandra, han pasado tres semanas, clínicamente nadie sobre...*

— *¡Calla!, Yo sé que él está vivo, mi corazón me dice que está vivo. —Me levanté de la silla y me fui a la habitación, azotando la puerta fuertemente*

Habíamos terminado de comer y, mientras Matt lavaba los trastos sucios, yo acostaba a los mellizos

—Mamá. —Maia me miró a través del espejo mientras la preparaba para dormir —. ¿Vas a casarte con Mathew?

—¿Qué te hace pensar eso, muñeca? — pregunté, terminando su trenza

—Pues esta semana Mathew se ha quedado muchas noches a dormir y Michelle me ha dicho que lo más seguro era que él iba a pedirte matrimonio como lo hizo Scott.

—¿Y quién es Scott?

—Es el protagonista de Abismo Oscuro.

—Esa es la telenovela que dan en el canal latino a las 15:00.

—La señora Marie dijo que no había problema si la veíamos. ¿Estoy en problemas?

Negué.

—¿Vas a casarte con Mathew?

—No amor, no voy a casarme con Matt. —Me senté en un lado de la cama.

—Yo sé que Mathew no es nuestro padre, pero yo lo quiero mucho. ¿Por qué no te casas con Matt? —inquirió resuelta.

—Hora de dormir. —Decidí zanjar la conversación mientras la ayudaba a meterse bajo las colchas—. Duerme bien, mi princesa. —Le di un beso en la frente—. ¡Ian! Hora de irse a la cama. —Mi hijo salió del baño y abrió la boca frente a mí.

—Me está saliendo una muela nueva, mamá. —Me enseñó el lugar.

—Muy bien, gracias por enseñarme tu muela y la caries que tienes en la muela delantera; algo me dice que tenemos que visitar al doctor Lewis.

—Mamá... —Gimieron a unísono.

—A la cama, bebé. —Mi pequeño hombrecito se subió a su cama y lo arrojé con su colcha, repasando con mis dedos los contornos de su rostro.

Dios, eran tan parecidos. Lo único que Ian había sacado de mi era mi nariz, lo demás, era Evan Cooper.

—Buenas noches, mis amores —dije apagando la luz.

Matt estaba apoyado a la pared del corredor, frente a la puerta de los mellizos.

—Y si te lo pido. —Alzó su mirada hacia mí—. Si te pido que te cases

conmigo, ¿lo harías?

—Me duele la cabeza, Mathew. Voy a darme un baño y luego hablamos.

—¿Quieres que me vaya? —Podía ver el dolor en su mirada.

—Lo que tú decidas está bien —dije caminando hasta mi habitación.

—¿Algún día me amarás como a él? —dijo tomando mi brazo.

—Mathew...

—Respóndeme, Alexandra...

—Tú sabes lo que significó Evan en mi vida.

—Tenemos cuatro años de noviazgo y te amo, por un demonio, pero ayer lo llamaste en sueños y le decías que volviera a ti. Eso me duele, Alexandra.

—Yo... Lo siento, Matt.

—Cásate conmigo y déjalo ir —dijo abrazándome—. Por favor, amor. Ya pasaron diez años.

—Voy a darme un baño, Mathew. Tenemos que hablar. —Me deshice de su abrazo y me dirigí al baño

Gradué la temperatura del agua y me metí bajo el chorro, recordando cuando Evan me propuso que fuera su esposa.

Junio 05 de 2001

Deslicé mi mano por sus cabellos mientras leía el último libro de romance que había sacado de la biblioteca de la escuela. Evan dio un suspiro aburrido antes de hablar.

—¿Quieres ir al zoológico, nena?

—Nop, estoy bien aquí —dije, pasando la hoja del libro. Estaba recostada en el tronco de un árbol mientras que la cabeza de Evan reposaba sobre mis piernas; jugaba con un Nintendo portátil que Mathew le había prestado.

—¡Me doy por vencido! Jódete, Princesa Peach. Por mi parte, Mario nunca te encontrará. —Picó mi costado—. Amorcito, llévame al Zoo.

Cerré el libro, posando mis ojos en él—: ¿Qué quieres hacer en el zoo?

—No sé, sólo quiero ir.

Me levanté, mirándolo a los ojos.

—Te conozco, tienes algo planeado...

—No. —Tenía esa expresión en su mirada que me decía que algo estaba

planeando.

—Tú...

—Sabes, hermosa. —Se levantó de mis piernas, arrodillándose a mi lado —. Te amo.

—También te amo.

—Si no quieres ir al zoo, al menos demos un paseo, hay buen clima.

—Está bien. —Guardé mi libro.

Él dobló la manta y recogió la canasta en la que habíamos traído nuestro picnic improvisado a Central Park.

El parque estaba lleno de personas como nosotros haciendo picnics, niños corriendo, enamorados paseando...

—No encontraremos este lugar cuando volvamos. —Se encogió de hombros.

—Buscaremos otro. —Tomó mi mano entre las suyas, dándome un beso fugaz. Empezamos a caminar y rápidamente él me condujo cerca al teatro Delacorte, nunca podría cansarme de mirar las esculturas que se encontraban en el parque, sobre todo la de los amantes de Verona. Romeo y Julieta sería por siempre mi libro favorito, aunque su historia era corta y trágica.

Evan soltó mi mano cuando me acerqué para tocar la estatua de bronce.

—Te dije que amo esta obra porque... —Me giré para encontrar a mi novio hincado sobre una de sus rodillas, mientras sostenía un sencillo anillo en su mano.

—Pensé mil y una formas de proponértelo mientras hacía la canasta para el picnic, tonterías como meterlo dentro del postre, pero tú eres tan despistada que corría el riesgo que lo tragaras y terminaríamos en el hospital y no quería eso. También pensé en llevarte a una plaza donde hubiera música mariachi y darte una serenata al estilo mexicano, pero amor, tienes por novio a un hombre pobre. —Sonrió—. Sinceramente, no sé cómo decir esto, pero creo que la postura y el anillo lo dicen todo. —No podía decir nada, solo observarlo y suprimir las ganas de llorar, porque algunos turistas que salían del teatro estaban viéndonos—. Te amo, Alexandra Jones. Te amo desde aquella primera vez que te vi en el ascensor, te amo cada día más y más... Nada me haría más feliz que aceptarás como el hombre que te acompañará durante el resto de nuestras vidas ¿Quieres casarte conmigo?

No dije nada, pero las lágrimas descendieron por mi mejilla.

—¿Amor? —Se veía nervioso y asentí tímidamente antes de arrojarme a

sus brazos y besarlo con todo el amor que sentía por él.

Alrededor de nosotros, pude escuchar aplausos y escondí mi rostro en su cuello.

—¿Eso es un sí, bebé?

—Eso es un por siempre. Mi vida, sí quiero casarme contigo.

—Cariño. —La voz de Mathew me sacó de mis recuerdos—. ¿Estás bien? Llevas mucho tiempo allí

—Estoy bien. —Tomé el jabón y me enjaboné rápidamente.

Minutos después, estaba enfundada en una pijama de pantalón y camisa largos.

Mathew tenía un pantalón de pijama y una camisilla negra, sentado en la cama esperando frente a la puerta del baño con la mirada hacia sus pies desnudos.

—Lamento haberme comportado como lo hice. —Levantó la mirada—. No quiero presionarte, amor —dijo caminando hacia mí—. Te prometí ser paciente y cumpliré, pero no es fácil luchar contra un fantasma.

Tenía que decírselo, tenía que hacerlo.

—Sabes que amé a Evan como si fuese mi hermano, me dolió su muerte tanto como a ti; y aunque sé que dejaste la fe, mi padre siempre dice que los caminos del Señor son perfectos. —Tomó mis manos—. Sé que Evan nos mira desde el cielo, pienso en él y lo imagino con una sonrisa en su cara porque sabe que yo los cuidaré a los tres como él mismo haría. —Una de sus manos acarició mi mejilla—. No puedo desprenderte su recuerdo, lo único que te pido, amor, es que vivas porque Evan murió...

—Evan está vivo, Mathew. —Le solté sin pensar tanto qué decirle.

—Amor. —Me abrazó—. Evan murió hace diez años. ¿Pequeña, por qué...?

Lo interrumpí—: Evan está vivo, Mathew. Lo vi ayer en el memorial.

Mathew retrocedió como si le hubiese dado una bofetada. Su rostro palideció y negó con la cabeza.

—No puede ser posible, nena.

—Lo es. ¿Recuerdas al hombre del que te hablaron los niños?

—No puedes estar hablando en serio, Alexandra.

—Yo hablé con él hoy. Evan está vivo, Mathew. Está vivo.

Y aunque se escuchara egoísta, no podía seguir ocultando mi felicidad por eso.

CAPÍTULO 4

Agosto 15 de 2008

— *Lo lamento, Alexandra.* —*Bajó la cabeza, negando con lentitud*—. De verdad lo siento...

— *¿Por qué lo hiciste?* —*Tomé su mentón, obligándolo a mirarme. Aún sentía sus labios tibios y finos sobre los míos, el beso de mi mejor amigo había dejado un cosquilleo extraño en mi piel.*

— *Te amo...* —El verde de su iris era claro y expresivo, sabía que estaba diciéndome la verdad.

— *Mathew...*

— *No digas nada, por favor...*

—*¿Hace cuánto?* —*pregunté aún anonadada por las sensaciones que hacía años no experimentaba. No era igual, creía que jamás lo sería, pero desde que el acta de defunción de Evan había llegado a mis manos, me había dedicado en cuerpo y alma al par de ángeles que él me había obsequiado antes de morir.*

—*Más de tres años, hace un mes...* *¿Qué diablos importa?* —*Se levantó del sofá a mi lado y yo desvié la mirada hacia el televisor donde los títulos de la película que acabábamos de ver llegaban a su final.*

Miré a la persona que más me había apoyado, mi mejor amigo, el padrino de mis hijos. ¿Por qué? Sabía que no podía corresponderle, mi amor había sido Evan, siempre Evan. El espacio que no ocupaban los mellizos, seguía perteneciéndole a él. Mi único gran amor. Aun así, me levanté del sofá y caminé hacia Mathew, que estaba de espaldas a mí con los brazos tensionados y las manos echa puños sobre el desayunador de granito que separaba la cocina del departamento.

—*Matt.* —*Dejé mis manos sobre sus hombros*—. *Te quiero... te quiero mucho, pero yo, yo no puedo corresponderte.*

— *¿Por qué?* —*Él se giró observándome de frente; sus manos agarraron mis hombros con delicadeza, pero ejerciendo la fuerza necesaria para mantenerme frente a él.*

— *Tú lo sabes, Mathew.* —*Me zafé de su amarre y caminé de vuelta al sofá, abrazándome a mí misma.*

—¿Evan? —La sola mención de su nombre hizo que mi cuerpo temblara —. ¡Evan murió! ¡Tú tienes que entenderlo! —Se sentó a mi lado—. Murió hace siete años, Alexandra. —Sus ojos se oscurecieron

— ¡No lo digas!

—¿Por qué no lo diga, va a ser menos cierto?—Me obligó a verlo —¡ Que lo sigas amando es enfermizo! ¿Crees que él va volver de la muerte? —Se levantó quedando de pie frente a mí. — No, Alexandra, tus hijos necesitan un padre, tú necesitas que alguien te ayude a criarlos, que te mime y que te amé, por Dios. Y yo quiero ser ese hombre.

—¡ Yo no necesito a nadie! —Casi grité, recordando que Maia e Ian estaban dormidos.

— No te hagas la fuerte conmigo, Alexandra. —Pasó las dos manos por su cabello—. Soy yo el que he estado allí.

— Quizás seas mi...

— ¡No lo digas, por favor! No digas que soy tu maldito mejor amigo. — Nunca había escuchado a Matt maldecir, así que la exclamación de su enojo me había dejado levemente sorprendida.

Respiré de manera lenta antes de hablar—: Nunca te he dado a entender que quiero o espero algo más de ti, tienes que entender que...

— ¿Entender qué? ¡Maldita sea! —Me cortó con desdén—. ¿Qué tengo que entender? Que aún te guardas para una persona que murió, ¡Dios! Llevo años callando esto. ¡Años! Quiero ayudarte, ¡protegerte! Tú necesitas un hombre a tu lado, tus hijos necesitan un padre

— ¡Mis hijos tienen un padre! —grité enojada.

—¡ Uno que murió! Alexandra, métetelo en la cabeza: Evan se murió. ¡Demonios! Yo he sido el padre de tus hijos ¡Yo! No Evan Coopers.

— Él es tu amigo.

Negó con la cabeza—: Fue... Joder, amaba a Evan, era mi hermano, mi amigo, mi cómplice..., pero él fue mi amigo, bonita. Fue. —Su voz se quebró y las lágrimas sin derramar hicieron líquidos sus orbes verdes antes de que acariciara mis mejillas, retirando las lágrimas que no sabía en qué momento habían empezado a derramar—. Yo sé que lo amaste, que has sufrido siete años por él, pero ya basta, Alexandra; tienes que darte otra oportunidad y, demonios, yo te amo a ti, a tus hijos, los adoro como si fuesen sangre de mi sangre... Solo te pido oportunidad, bonita, una oportunidad, para mí, para ti, para tus hijos... —Descansó su frente en la mía—. Para ser una familia...

— Mathew...

— *Shss, no tienes que decírmelo ahora. Solo piénsalo, Alexandra. Evan, donde quiera que esté, sé que bendice nuestra unión porque él sabe que yo cuidaré a sus hijos como si fuera él. —Besó mi frente y me abrazó—. Y te cuidaré a ti por siempre.*

Él volvió a la cama sin siquiera darme una mirada. Estaba pálido y parecía perdido, pasó las manos por sus cabellos dos veces antes de levantar su mirada hacia mí.

—No puedes estar hablando en serio, bonita.

Caminé hacia él y me senté a su lado—. Te he dicho que lo he visto hoy, platiqué con él, Mathew .

—Esto no me puede estar pasando. — Se levantó para luego arrodillarse entre mis piernas —. ¿Estás segura que era él?

—Era él, Mathew, mi Evan, el hombre por el cual he llorado todos estos años. ¿Cómo crees que me siento? Al verlo, al sentirlo...

—¿Tu Evan? —Negó con la cabeza—. Dime que me estás mintiendo .

—Te digo que lo vi, te digo que hablé con él. —Las lágrimas empezaron a correr por mis pómulos—. No recuerda nada, perdió una pierna en el atentado, pero sigue siendo él, Evan, tu amigo, el padre de...

—¡No! —gritó interrumpiéndome—. Yo soy el padre de Ian y Maia. ¡Yo!

—Mathew. —Traté de tocar su rostro, pero él se levantó

—¡Soy yo el que he estado allí! En cada logro y caída. Soy yo el que ha corrido contigo cuando estaban enfermos. Yo, Alexandra. Yo tengo más derechos en ellos que él.

—Él es su padre, no los abandonó. Pensábamos que había muerto, tengo su acta de defunción, tienes que entenderlo.

—La que no entiendes eres tú. Él no puede venir diez años después a tomar a mi familia.

—¡No me estás escuchando! —grité y no pude evitar las lágrimas que se derramaron por mis mejillas—. No recuerda nada ¡Nada! No sabe ni quién soy yo ni quién es él, pero hay una cosa que no podemos ocultar: por las venas de mis hijos corre su sangre. Has amado a mis hijos, Mathew, con toda el alma, lo he visto y sentido, y tienes razón; has estado ahí en todo momento, pero el padre de los mellizos es...

—No termines esa maldita oración. ¡Quizá no sea mi sangre la que corre

por las venas de esos niños, pero soy yo el que ha ejercido como padre! — demandó, derramando dos gruesas lágrimas.

—Mami. —Giré mi rostro, viendo la carita de los mellizos visiblemente asustados.

—¿Por qué pelean Mathew y tú? —dijo Maia entrando al cuarto. Vi a Mathew suspirar y pegar su frente contra la pared una y mil veces

Limpié mis lágrimas como pude antes de que ellos se acercaran más—: No estamos peleando, tesoro. Mathew solo me está contando un caso del hospital. ¿No es cierto, Matt? —Vi que mi novio y mejor amigo se contenía, refrenando sus lágrimas.

Suspiró fuertemente y caminó hasta llegar donde estábamos Maia y yo. Acarició la mejilla de mi princesa con una mano y la jaló, abrazándola fuertemente.

Ian nos miraba desde la puerta, sin decidirse a entrar.

Mathew suspiró, mirándome a los ojos, intentando calmar su enojo. Dio otro suspiro y separó a mi niña de su cuerpo.

—Le contaba una anécdota divertida del hospital a mamá y me exalté, eso ha sido todo. —Sonrió, dándole confianza a mi niña y le dio un beso en la frente.

—¿Qué hacen despiertos? —Miró a Ian.

—Escuchamos ruidos y por eso hemos venido. —Mi suspicaz hijo me observó mientras hablaba.

—Es hora de ir a la cama, mañana hay escuela —dijo Mathew—. Despídanse de mamá. —Mis niños me dieron un beso y luego él los acompañó a la habitación. Esperé que volviera a la alcoba que compartíamos pero él no lo hizo, pasados veinte minutos, decidí salir a buscarlo, pero él no estaba... Se había ido.

No dormí en toda la noche, entre las pesadillas, los recuerdos y la manera en la que Mathew había tomado lo de Evan. Mi mente era un caos, había pasado la mayoría de la noche llorando, por Matt, por mí y por Evan, que no recordaba lo mucho que nos habíamos amado. Todos habíamos sido víctima del destino.

Me maquillé para que mis niños no notaran mis ojeras, pero aún así podía notar mis ojos levemente inflamados. Sin embargo, hice mi rutina de todos los días.

A la hora del receso, estuve intentando comunicarme con Matt, pero mi llamada era redirigida al buzón de mensajes. Necesitaba hablar con él, con mi amigo y confidente. Necesitaba que me ayudara a resolver todo lo que me deparaba el futuro.

—No te ofendas, amiga mía, pero pareces un osito panda —dijo Marie, sentándose frente a mí

—No tuve buena noche —respondí, revolviendo mi almuerzo. Sabía que debía comer pero no tenía apetito.

—¿Problemas con Mathew? Mark lo vio salir de madrugada, estaba en pijama y, antes de subirse a su moto, le dio dos patadas al caneco de la basura. ¿Tienes algo que decirme?

—Marie, no quiero hablar de eso.

—Sabes que estoy para ti. ¿Quieres contarme?

—No entenderías. —Mi celular vibró con un mensaje de texto. Lo abrí, pensando que podría ser Matt. No era de él, pero tampoco pude evitar la sonrisa en mi rostro al ver quién era el remitente.

Hola, Alexandra. Quería saber si siempre vas a venir, hoy estoy ansioso por saber de mí, perdona si te presiono, pero es como ver la luz al final del túnel otra vez. Parezco niño en mañana de Navidad. Perdón, si no puedes venir yo entiendo, pero de verdad muero porque me platiques más de mí.

Daniel

Pdta.: Se siente bien usar mi nombre real. Estaré eternamente agradecido contigo.

Le di responder rápidamente:

Sí, tengo clases hasta las tres, dime dónde podemos vernos...

Alexandra

Pdta.: Me alegra que te guste tu nombre.

Él contestó inmediatamente:

¿Conoces la cafetería Luna que está cerca de la universidad? Hacen una torta de chocolate exquisita, podemos disfrutarla con un buen café y una agradable conversación .

Esperando emocionado, Daniel.

Sonreí.

Sé dónde queda, nos vemos a las tres...

Alexandra.

Suspiré, guardando el celular en mi bolsillo.

—¿Buenas noticias? —inquirió Marie

—Sí. —Me pasé las manos por el cabello otra vez—. Marie, sé que estoy abusando de ti, pero, ¿podrías quedarte con los mellizos otra vez hoy?

—Claro. Somos amigas, Alexandra. —Estuvimos un rato en silencio—. No quiero meterme en tu vida, pero un hombre como Mathew no se encuentra tan fácil. Ese hombre besa el suelo por donde tú caminas, no se vale que lo...

—No estoy engañándolo.

—Yo no he dicho eso, Alexandra.

—Voy a contarte, Marie, pero no hoy. —Ella asintió a la vez que la campana anunciaba el final del receso.

Una vez terminé mis clases, salí de la escuela y tomé un taxi a la dirección que Evan me había dicho. Qué cruel podía ser el destino, ya que, justo ahí, habíamos tenido nuestra primera cita.

Junio 07 de 1999

— *¿Alexandra?... ¿Qué haces aquí?*

— *Aquí estudio... —Me encogí de hombros.*

— *Yo también. ¡Guao! El mundo es un pañuelo.*

— *Sí, yo también lo creo.*

— *Bueno, ya que estamos aquí, ¿me aceptas un café?* —*Se rascó la nuca, visiblemente nervioso.*

— *Evan, verás, yo tengo que...*

— *Anda, preciosa. Llevo ocho meses pidiéndote una cita.*

— *¿O sea que esto es una cita?*

— *Es una cita no cita, es solo un café ,la fecha de pago está algo lejos y en estos momentos sobrevivo con unos cuantos dólares, pero en la cafetería que está aquí a la vuelta hacen unos Banana Split muy famosos y económicos. —*

Sonrió —. Anda, di que sí. —Sonreí. Estaba haciendo una horrible imitación de El Gato con Botas.

— Eres imposible, ¿lo sabes?

— Sí, y nunca me doy por vencido... Más cuando quiero algo.

—Llegamos, señorita. —Salí de mis divagues al escuchar la voz del taxista.

Hacía más de once años que no venía este lugar, había cambiado mucho.

Me senté en una de las sillas de la terraza y un jovencito llegó a dejarme el menú.

—¿La señora Luna aún administra este lugar? —Le pregunté al joven.

—La señora Luna murió hace cuatro años, señorita. Su hijo ahora atiende la cafetería —respondió amablemente. Le sonreí y abrí el menú; el banana split ya no estaba entre los postres, ahora había todo tipo de tortas.

—Lamento haberte hecho esperar. —Mi mirada se despegó del menú, viendo al hombre por el que mi corazón aún se saltaba un latido. Sin importar cuantos años habían pasado, mi cuerpo seguía reaccionando de la misma manera al tener a Evan cerca. Tenía un pantalón gris con un suéter negro que se pegaba a todo su cuerpo, marcando los músculos que antes no existían; sus libros debajo del brazo y un bastón en su mano derecha. Se sentó en la silla de enfrente y acarició su pierna —. He estado teniendo problemas con esta nueva prótesis, al parecer, voy a tener que cambiarla otra vez. —Sonrió—. ¿Y tus hijos?

—Están con una amiga. ¿Te duele mucho? —inquirí preocupada.

—No mucho, solo que cuando cambio la prótesis, duele al comienzo, mientras se ajusta a mí o yo me ajusto a ella... Al parecer, esta va a ganar la partida. —Sonrió y todo mi cuerpo reaccionó a su sonrisa—. ¿Ya viste la torta de la que te hable?

—Sí.

—Charlie. —Evan llamó al chico—. Podrías decirle a Maguie que nos saque dos porciones de torta de chocolate y un expreso. ¿Quieres un café en especial?

—Un expreso está bien.

—Dos expresos, por favor... Y empaca una porción de esas para Annie. —Quise no sentir nada, pero la oleada de celos recorrió mi cuerpo, deseando decirle quien era yo en realidad—. ¡Ahh! Se me olvidaba, que guarde otras

dos porciones para llevar. —Volvió a sonreírme—. Tengo dos amiguitos que seguro les gusta el chocolate .

«Tanto como a su padre».

Fue entonces cuando caí en cuenta de que yo no podía ser tan egoísta y pensar solo en mí.

—No quiero parecer intenso, pero necesito que me cuentes lo que sepas de mí. ¿Tenía hermanos, novia, padres...?

—Eras hijo único, tus padres murieron en un accidente cuando tenías siete años.

—¿Algún tutor legal?

—Escapaste del orfanato cuando cumpliste doce, y tenías seis años trabajando en Shields Holdings.

—Sabes mucho de mí.

—Mi esposo era tu mejor amigo.

—¿En serio? ¿Tú sabes si...? —En ese momento, el chico llegó con los pedidos y tres cajitas. Él tomó una y me entregó las otras dos, sentí mi celular vibrar y lo saqué del bolso, mirando fijamente en la pantalla.

«*Mathew*».

Ahora no podía contestar.

—Si necesitas contestar...

—No es importante. —Aunque doliera, en verdad no lo era. Si los colocaba a ambos en una balanza, el lugar de Evan se inclinaría más, él ganaría siempre. Apagué el celular justo en el momento en el que el chico llegaba con los cafés.

Evan resopló luego de unos minutos de silencio.

—¿Sabes si tenía alguna novia? o ¿una esposa?

No sabía qué decirle.

—¿Recuerdas que te dije que siento como si hubiese dejado a alguien sola? Es un dolor en el pecho muy profundo. Por favor, sé sincera conmigo —rogó.

Decisiones, la vida estaba llena de ellas, yo podía decirle que no había nadie y dejarle el camino abierto a Annie o decirle que yo era su novia, que era a mí la que me había dicho te amo.

Coloqué las manos en mi taza sin saber qué hacer.

—Alexandra, por favor, tú eres la única conexión que tengo con mi pasado, con el Daniel que fui. Para mí, es importante saber si existió alguien.

Respiré profundamente. No podía dejarle el camino libre a Annie, no

cuando yo había llorado diez años por él, no cuando yo tenía dos hijos que merecían conocer a su progenitor. Bajé la taza y tomé sus manos, estaban tan suaves como en el pasado.

—Estabas muy enamorado de una chica, se iban a casar...

Sus ojos se abrieron con sorpresa, las manos le temblaron y su respiración se agitó.

Debí haberme quedado callada, esto no se trataba de mí, se trataba de él.

¡Maldición!

—Daniel, tienes que calmarte.

—La dejé sola, por eso la opresión en el pecho, ella debió haber sufrido mucho, ella debe pensar...

—Tranquilízate. —Apreté sus manos—. Tienes que calmarte, sino va ser imposible que sigamos hablando.

—¿La conoces, Alexandra? ¿La conoces?

«Estoy frente a ti, amor mío».

—Por favor, Alexandra, no me mientas, te lo suplico. —Ahora él apretó mis manos.

—Prométeme que te calmarás. Annie me dijo que tu doctor...

—El doctor no sabe nada, él no me entiende, Annie tampoco. Tuvimos una discusión muy fuerte hace unos minutos, ella dice que me va doler recordar, no entiende que yo lo necesito.

Alcé mi mano, tocando su mejilla. —Yo te entiendo.

—Por favor. —Él tomó mi mano y la besó—. Dime quién era ella.

—Se llamaba Bunny.

—¿Conejo?

—Odiaba que le dijeras así.

—Me imagino... ¿Como la conocías?

—Trabajábamos juntas —dije, consciente de la telaraña de mentiras que estaba creando. Solo esperaba que esa telaraña no se rompiera antes que él recordara todo.

—Ella era hermosa, ¿verdad?

—Tú siempre le decías que ella era hermosa.

—Ayer recordé algo.

—¿De verdad? —pregunté emocionada.

—Una risa, era más bien como un sonido angelical. ¿Sabes...? ¿Sabes dónde está ella? ¿Qué paso luego del accidente? ¿Ella estaba en la torre?

—Son muchas preguntas.

—Lo siento. —Se vio apenado.

—No sé dónde está ella. —Mentí y esa mentira me dolió más a mí que a él—. No estaba en la torre el día de los atentados, tenía turno nocturno, sé que sufrió mucho, te amaba, tanto como yo a Evan.

—Dios... —Bajó la cabeza y peinó sus cabellos con sus dedos—. La hice sufrir... Ella debe pensar que estoy...

—No fue tu culpa. —Lo interrumpí—. Fue culpa de las acciones de otros.

—¿Sabes su apellido?

—Daniel, creo que fue suficiente por hoy.

—Por favor, yo necesito saber

—Te entiendo, pero todo a su tiempo, no puedes saber todo de un día para otro. —Miré la hora en mi reloj, dándome cuenta que eran casi las seis—. Debo irme los niños me esperan.

—Entiendo. ¿Podremos vernos mañana? —Quería, pero no podía dejar a los niños tantos días al cuidado de Marie.

—Mañana no puedo, Ian tiene clase de karate y Maia de ballet, pero puede ser el viernes aquí mismo.

—Está bien, el viernes será, pero antes de irte... —Me miró y suspiró—. Puedes decirme su apellido, por favor, Alexandra.

—Winston, Bunny Winston. —Ese era mi primer nombre y el apellido de soltera de mi madre.

—Winston. — Se llevó las manos a la cabeza—. Bunny Winston. ¡Demonios!— gritó golpeando la mesa—. No me dice nada el nombre. ¡Nada! No puedo recordar nada y eso me frustra. —Su voz salió tan dolida que me levanté de la silla, arrodillándome frente a él y abrazándolo fuertemente.

—Shss. Yo estoy aquí, voy a ayudarte. —Le dije apretando mi abrazo—. Voy a ayudarte a recordar, pero tienes que tener paciencia y tranquilidad.

—Todos me piden paciencia... No puedo, es tan frustrante no saber nada, vivir en una nebulosa.

—Shsss, tranquilízate. —Lo apreté más a mí—. Ya te dije que voy a ayudarte, pero debes ser paciente, con impacientarte no lograrás nada.

—Lo sé. —Su voz ahora era ronca, ahogada—. Pero es tan difícil no saber quién demonios soy. —Tomé su cara con mis manos y limpié sus lágrimas. Quería besarlo y decirle que yo lo amaba, que ahí estaba con él, pero eso no era justo.

—Con el tiempo y con mi ayuda, recordarás, te lo prometo. —Él asintió.

—Gracias. —Me dijo, aún con voz ronca—. Te dejo ir, tus niños han de estar solos. —«*Nuestros niños, Evan...*»—. ¿Te acompaño a tomar el autobús?

—Tomaré un taxi. —Le dije, levantándome.

—Yo también tomaré uno, por lo general tomo el metro, pero el muñón me está doliendo, si quieres compartimos, así sabrás dónde vivo yo. —Fue mi turno de asentir.

Caminamos juntos, hablando de nimiedades. Le pregunté por la universidad y él por los niños. Tomamos un taxi en la avenida. En el camino a su casa, me dediqué a hablar de mis hijos y de lo mucho que ellos me habían ayudado. Cuando él se bajó, encendí el celular.

Había varias llamadas perdidas de Mathew, que me notificaba el servicio de teléfono, y también varios mensajes.

«Bonita, tenemos que hablar».

«Por favor, contéstame el celular».

«¿Estás con él? Por favor, amor, háblame».

«Te estaré esperando en la casa. Por favor, amor, háblame».

Dejé que mi cabeza se recostara en el sillón. No quería hacer sufrir a Mathew, pero mi amor siempre había sido de Evan y, ahora que lo había encontrado, no iba a dejarlo ir.

Cuando el taxista aparcó en mi edificio, vi a Matt apoyado en su motocicleta. Tan pronto bajé del coche, él caminó hacia mí, abrazándome fuertemente y dando besos en el tope de mi cabeza

—Te llamé mil veces. —Decía entre besos.

—El celular se me descargó. —Mentí.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé.

—¿Lo viste? —No valía la pena mentir.

—Sí...

—¿Cómo está?

—Confundido y muy perdido por no recordar nada.

—Te amo.

—Mathew...

—Por favor, bonita. Él fue mi amigo, pero yo te amado seis años, tres en silencio, no podemos romper todo porque él haya regresado de la muerte.

—Esta no es una conversación para tener en el parqueadero del edificio, Mathew.

—En el apartamento estarán los niños y no quiero que pase como ayer.

—Solo, no hablemos de esto ahora... Es complicado. —Me solté de su abrazo y empecé a caminar dentro del edificio.

—Bonita. —Me giré, mirando a mi mejor amigo—. Por favor, prométeme que no me dejarás, sé que lo amas, pero también me amas a mí. Por favor, no tires estos últimos años en la basura. — Cerré los ojos. En este momento, no podía prometerle eso a Mathew...

CAPÍTULO 5

—*¡Basta!* —grité a Mathew—. *¡Basta ya!*

—*Tienes que reaccionar, él nunca va a recordarte.*

—*No. ¡Mientes!*

—*No miento, él no es Evan.*

—*Él va a recordarme.*

—*Alexandra...*

—*Vete*

—*Amor...*

—*¡No más! Eso es lo que tú quieres... Quieres que se quede así, para siempre.*

—*¡No más!* —grité, llevándome una mano al pecho y despertando abruptamente, con la frente bañada en sudor y la respiración agitada.

Un sueño, había sido un sueño...

—*¿Estás bien?* —Mathew me abrazó, atrayéndome a su cuerpo. Habían pasado dos meses desde que había visto a Evan en el memorial, y esos últimos dos meses, mi vida había sido un enigma; por un lado, cada vez que veía a Evan, mi corazón parecía querer estallar en mi pecho, pero al llegar a casa, la ternura de Mathew calmaba el desasosiego que dejaban mis encuentros con mi primer amor.

—*Estoy bien* —murmuré, observando sus preocupados ojos. No había podido abandonarlo aquella vez que me pidió que no lo dejara. Le debía muchas cosas a Mathew, le debía mi vida y mi cordura al hombre que me arropaba cariñosamente entre sus brazos, así que estaba haciendo lo que podía para mantener nuestra relación a flote.

—*Solo fue un sueño, bonita.* —Me removí en su abrazo y él me liberó, permitiéndome levantarme de la cama.

—*¿A dónde vas?* —preguntó preocupado cuando tomé mi bata de seda.

—*Solo buscaré un vaso con agua y regreso.*

Salí de la habitación, caminando hacia la cocina; abrí el refrigerador y llené con agua un vaso, tomándola despacio. El agua no me hacía sentir mejor... así que busqué la botella de tequila que me habían dado en mi último cumpleaños y que aún estaba sellada; desenrosqué la tapa y tomé un sorbo sin importarme el limón, la sal o si quiera un vaso.

Me senté en el desayunador, dejando la botella frente a mí y peiné mis cabellos hacia atrás. Mi vida completa había cambiado desde hacía dos meses, me encontraba en un limbo entre Mathew y Evan. Amaba a Evan, nunca había dejado de amarlo, pero no quería romper el corazón de Mathew. Me reunía con Evan dos veces por semanas y le hablaba de su pasado. Un pasado en el que yo no existía, una mentira tras otra; la torre de engaños llegaba tan alto que temía que se derrumbara en cualquier momento y, esta vez, sería yo la que quedara atrapada entre ellas.

A pesar de mis intentos, en mezclar la realidad con la fantasía, Evan seguía sin recordar y cada día que pasaba sentada junto a él me hacía temer lo que Annie me había dicho una vez: «Quizá él nunca recordaría».

Nuestros recuerdos habían sido aplastados por escombros, sepultados ante un bonito memorial que no hacía justicia a todo lo que Nueva York había perdido.

Sin embargo, esa mañana, mientras hablaba con él había visto un extraño brillo en su mirada. Como siempre, esperó que Charlie trajera nuestros pedidos antes de empezar a hablar.

—Hoy soñé con Bunny, creo que era ella, aún no puedo ver su rostro, pero sé que era muy hermosa. Sabes, creo que le pedí matrimonio una vez. —Mi corazón se saltó un latido y mi mano quedo suspendida en el aire pues iba a llevarme un trozo de pastel a la boca—. Fue algo romántico y cursi... No puedo recordar exactamente qué le dije, pero debía ser algo hermoso. —Mi respiración se hizo rápida—. También recordé que amaba verla dormir... Son sensaciones bonitas. Y no tengo como agradecerte que tengas estas clases de “terapias del pasado” conmigo.

—No tienes nada que agradecer.

—¿Qué más sabes de ella y no me has contado? —Comí la porción de pastel en mi cuchara y mastiqué con deliberada lentitud.

—Te he contado todo lo que sé.

«Mientes».

—Si me conocías tan bien como dices, ¿por qué no sabes nada de mi prometida?

—No solo perdí a Evan ese día, perdí a mis amigos, mi empleo, mi cordura...

—Lo siento...

—Estuve deprimida, no quería saber de nada ni de nadie... Perdí contacto

con todo el personal que trabajaba en el restaurante; cuando te digo que sufrió, es porque lo viví. Viví y sentí el dolor de perder a la persona que más amaba. —Mi voz se quebró—. Tú y Bunny se amaban, Daniel.

—Mami... —Escondí la botella en la alacena y salí de la cocina justo para ver a Maia llegar a la sala—. Soñé con papi.—Abrí mis brazos para ella y cuando la tuve sujeta a mi cuerpo, caminé hasta el sofá, sentándola sobre mis piernas; si bien tenían nueve años, aún podía alzarlos, no sin esfuerzo, pero lo hacía.

—¿Qué soñaste, amor? —Besé su sien, dejando mis labios pegados a su piel mientras me mecía suavemente.

—Papito dijo que él buscaría la manera de estar siempre con nosotros y que me quiere mucho. —Ella me miró con sus ojos azules tan parecidos a los de él, antes de mirar el casco de la moto de Mathew sobre el desayunador—. ¿Matt se quedó a dormir?

¿Qué podía responderle a mi hija?

—Sí, amor, estaba cansado y preferí que no condujera su moto tan tarde.

—Mami... —Maia tocó mi mejilla—. Michelle dice que cuando un hombre y una mujer duermen en la misma cama es porque quieren hacer hermanitos.

—En ocasiones, pero también un hombre y una mujer pueden usar la cama solo para dormir, eso hacemos Matt y yo, dormimos. —Hacía más de un mes que eso era lo que Mathew y yo hacíamos, dormir. Si lo besaba, sentía que estaba engañando a Evan. Estúpido, si contábamos con que él no me recordaba.

—Fiuu...—Mi nena se pasó una mano por la frente, aliviada—. Yo no quiero hermanitos, con Ian es suficiente. —Sonreí.

—A la cama, bebé —dije, levantándola de mis piernas—. Mañana hay escuela.

—¿Te quedas conmigo, mami? Puedes cantarme la canción que papi te cantaba cuando no podías dormir.

Asentí mientras tomaba la mano de mi hija y caminábamos hasta su cuarto; la acomodé entre las colchas y caminé hacia Ian, su cabeza estaba colgando de la cama así que lo acomodé y arropé antes de darle un beso en la frente.

—Ven, mami... —susurró mi bebé así que caminé hacia ella—. Anda,

cántame la canción que papá te cantaba cuando no podías dormir.

Suspiré audiblemente, recordando la primera vez que él me cantó esa canción.

Julio 05 de 2001

—¿Qué sucede? —murmuró con voz soñolienta cuando me desperté sobresaltada de la cama. Busqué su voz con mi mirada hasta encontrarlo estudiando con la espalda recostada a la pared y un millón de apuntes en el suelo, alumbrado simplemente por la tenue luz de una lamparilla—. Ven aquí. —Extendió sus brazos.

Me levanté de la cama y caminé hasta llegar a él.

—No debes estudiar así... Puede afectar tu visión —dije, acariciando sus mejillas.

—Si enciendo la luz, no podrás dormir. —Hacia dos semanas que me había ido a vivir con él a su departamento. Era un pequeño loft de una sola habitación y un baño; la cocina se separaba por la isleta de la cocina. Estábamos esperando que los señores Robinson desocuparan el departamento de abajo para mudarnos.

—Voy a comprarme un antifaz para dormir. ¿Te falta mucho? —pregunté, viendo sus ojeras. Eran casi las tres de la mañana y debíamos levantarnos a las cinco para ir a trabajar.

—No mucho. En una hora más acabaré. —Me dijo con una sonrisa.

—En una hora más tendremos que irnos a trabajar.

—Debo hacerlo, este es el último examen de mi semestre, y ese maldito... —Lo miré mal—. Es un maldito de verdad, nena, y me odia... No quiero darle motivos para que me repruebe, pero tú sí puedes ir a dormir, amor.— Besó mi frente—. Anda, ve. Yo termino aquí y me recuesto contigo.

Caminé hasta la cama y me recosté, pero no podía dormir. Me movía de un lado para otro. Minutos después, Evan apagó la lamparilla y se acercó a la cama, atrayéndome a su pecho.

—¿Por qué despertaste?

—Soñé con mis padres, pero no tiene importancia.

—¿Qué es eso tan grave que nunca me has contado?

—No quiero hablar de eso, no merece la pena.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Bueno, ya estoy aquí, es mejor aprovechar las horas que quedan antes de que nos estemos durmiendo en cualquier esquina.

—Ya no puedo dormir. —Me aferré a su pecho y él me dejó un beso en el tope de mi cabeza.

— ¿Y si te canto? —Alcé la vista para mirarlo a pesar de la oscuridad—. A ver mi pequeña, no soy Michael Jackson, pero me doy mis mañas. —Sonreí—. ¿Quieres o no? —Asentí—. A ver... hay una canción que me gusta mucho. —Acarició mi brazo y yo acomodé mi cabeza mejor, en su pecho, preparándome para escucharlo cantar.

Hakuna Matata!
what a wonderful phrase...

—¿En serio, Hakuna Matata?—No pude evitar el ataque de risa. Alcé mi rostro a él y bajé su cabeza besando sus labios.

—Eso es, mi princesa, siempre risueña. —Fue su turno de capturar mis labios con sus besos sabor a chocolate—. Ahora cállate y déjame cantarle a la mujer que yo amo.

*There's a calm surrender to the rush of day
when the heat of a rolling wind can be turned away
an enchanted moment, and it sees me through
it's enough for this restless warrior just to be with you
And can you feel the love tonight
it is where we are
it's enough for this wide-eyed wanderer
that we got this far
and can you feel the love tonight
how it's laid to rest
it's enough to make kings and vagabonds
believe the very best*

Ahí, arropada entre sus brazos, bajo el murmullo suave que era su voz, me di cuenta de que no importaba si mis padres no estaban de acuerdo con mis decisiones, nada importaba mientras lo tuviese a él, a sus brazos que me cobijaban, a su voz que me arrullaba, al dulce latido de su corazón.

Amaba a este hombre más que a mi propia vida, no importaba si era un niño juguetón que cantaba Hakuna Matata para hacerme reír o Can You Feel The Love Tonight para demostrarme que él también me amaba.

Sorbí mi nariz, alejando los recuerdos que laceraban mi corazón, apretando el cálido cuerpo de mi niña a mis brazos, evocando las veces que Evan cantó su canción para mí.

«¡Elton Jones robó mi canción, nena. Te lo juro!» Me había dicho una de las veces que me había cantado la canción.

Con las lágrimas en mi mejilla y la voz cortada, seguí entonando la canción a Maia que poco a poco había caído en brazos de Morfeo.

*There's a time for everyone if they only learn
that the twisting kaleidoscope moves us all in turn
there's a rhyme and reason to the wild outdoors
when the heart of this star-crossed voyager beats in time with yours
And can you feel the love tonight
it is where we are
it's enough for this wide-eyed wanderer
that we got this far
and can you feel the love tonight
how it's laid to rest
it's enough to make kings and vagabonds
believe the very best
It's enough to make kings and vagabonds
Believe the very best^[1]*

—Dulces sueños, mi amor. Solo lindos y dulces sueños. —Limpié mi rostro y besé la frente de mi pequeña, inhalé un par de veces antes de girarme y encontrarme con los ojitos acuosos de Ian, haciendo que mis lágrimas volvieran a desbordarse. Me senté sobre la cama y lo atraje a mi pecho. Ian, mi caballerito valiente, mi niño terremoto, mi príncipe de cuentos azules, tan parecido a su padre que dolía verlo. Lo separé de mi cuerpo y limpié sus

lágrimas mientras él quitaba las mías.

—La canción de papi. —Asentí—. ¿Por qué estás triste, mami?

—No estoy triste, pequeño.

—La canción que papi cantaba te hace llorar.

—Mami solo está sensible, bebé.

—No soy bebé, estoy grande. Mira...—Señaló su barbilla—. Pronto me saldrá pelo como a Matt. —Sonreí y peiné sus cabellos. Ian me observó un momento antes de bajar la mirada.

—¿Qué pasa?

—Tú amas todavía a papá, ¿verdad, mami? Es por eso que no vas a casarte con Mathew, nunca. —Abracé a la copia al carbón de mi único amor—. Yo quiero a Mathew, pero no como un papito, él es más como un amigo, pero quiero que tú seas feliz... Yo no quiero que llores más, mami. —Me abrazó todo lo fuerte que sus brazos pudieron.

Escuché su sollozo en mi pecho y sentí que mi corazón se desgarraba aún más. Mis niños estaban siendo afectados por mí. Por mi indecisión, estaba arrastrándolos en mi deseo de recuperar a Evan sin dejar ir a Mathew.

Me quedé junto con Ian hasta que el sueño lo venció; hubiese querido llevarlos a mi cama y dormir flanqueada por ambos pero Matt estaba ahí, así que me acosté a medio lado en la cama de Ian y velé los sueños de mi niño.

Desperté cuando el sol aún no había salido, no había dormido mucho pero sabía que no podía estar en cama con Ian cuando la pesadilla volvía a repetirse. Evan se iba con Annie y solo Mathew quedaba abrazándome tan fuerte que los pedazos que quedaban de mí en vez de reconstruirse se resquebrajaban aún más. Preparé el desayuno y el almuerzo de los cuatro. Estaba terminando de cortar la fruta de los mellizos cuando Matt llegó a la cocina; tenía el cabello húmedo y estaba completamente vestido.

—Es temprano —dijo, acercándose a la isleta de la cocina. Le serví una taza de café—. Gracias por lavar la muda de ropa que deje aquí la última vez.

—No es nada. —Le tendí la taza.

—Gracias, linda. —La llevó a su boca y bebió un sorbo generoso—. No volviste a la cama anoche.

—Tenemos que hablar.

—Te escucho. —Dejó la taza en el desayunador e intentó tomar mis manos, pero las alejé.

—Los chicos han estado haciendo preguntas. —Empecé, buscando las palabras correctas.

—¿Qué tipo de preguntas?
—Preguntas sobre nosotros. —Respiré sin saber cómo decir las cosas—. He estado pensando toda la noche y considero que lo mejor es que no te quedes a dormir aquí.
—Eso es una tontería, lo mejor es que nos casemos y seamos una familia.
—No puedes pedirme eso, Mathew. Ya lo hemos hablado.
—¿Qué es lo que pretendes, Alexandra? ¿Qué es lo que esperas? ¿Que Evan recupere la memoria y dejarnos a todos atrás? —Su voz se elevó.
—¡Es tu amigo!
—¡Fue mi amigo! —gritó.
—No grites, los niños aún duermen y no quiero que suceda lo de aquella vez. —dije enojada—. Deberías tratar de ayudarlo a hacer algo, pero ni siquiera quieres verlo.
—¡Ayudarlo! ¿Cómo crees que voy a ayudar a mi enemigo?
—Mathew...
—Ese hombre quiere robarse a mi familia y tú pretendes que tomemos el té como dos amigas universitarias que hace años no se ven. ¡¿Qué demonios te pasa por la cabeza, Alexandra?! —replicó furioso.
—No tienes que verlo así...Él...
—¿Y cómo demonios quieres que vea al hombre que me está robando a la mujer que amo? ¡Y a mis hijos!
—¡Son sus hijos!
La cara de Mathew se desfiguró en una mueca de dolor.
—Solo recuerda que yo quise esos niños incluso cuando tú no los querías.
—Tomó el casco del desayunador y salió del departamento, dando un portazo.

Abril 15 de 2002

—*Míralos, bonita. —Decía Matt con los bultitos en sus brazos.*
—*No quiero verlos. Llévatelos. —Giré mi rostro, dejando que las lágrimas corrieran libres. Quería a Evan conmigo.*
—*Alexandra...*
—*¡Que te los lleves! —grité.*
—*Son tan chiquitos. Si tan solo los miraras, te enamorarías de ellos. Te*

necesitan, Alexa. Sé que has tenido meses difíciles, pero ellos no tienen la culpa, necesitan a su madre.

—¡Y yo necesito a Evan! —Mi voz se rompió—. A Evan... Y él no está. — Escuché la puerta cerrarse y luego la cama se hundió bajo el peso de Mathew.

—Los niños son inocentes. —Acaricié mi cabello mi cabello—. Son hermosos. —Me encogí en posición fetal—. Estuve contigo todo el embarazo. Pensé que era pasajero, que cuando los niños nacieran, reaccionarías. Tienes que reaccionar, por los bebés. Si te hubieses girado hubieses visto lo mucho que el varón se parece a Evan; tienen el mismo color de cabello, y la niña, ver los ojos de esa pequeña es...

—¡Cállate! ¡Cállate y vete! No quiero verte, no quiero ver a nadie, déjame sola... ¡sola!

—¡Basta, Alexandra! —Se levantó de la cama y me obligó a mirarlo—. ¡Estás siendo una chiquilla imbécil, no la mujer que mi mejor amigo amó! ¡¿Dónde está tu fuerza?! —Su voz se levantó un par de octavas—. ¿Crees que Evan está muy feliz de que desprecies a sus hijos? ¡Ellos no tienen la culpa y te necesitan! Es el tercer día de vida que tienen y aún no saben lo que es un abrazo de su madre. ¡Maldición, Alexandra! —Mi llanto se intensificó haciendo que Mathew me soltara y caminara dos pasos lejos de mí, peinando su cabello hacia atrás y respirando profundamente —.¡Si no reaccionas, Servicios Sociales se los llevarán y estarán condenados a repetir la historia de Evan en los orfanatos. ¿Quieres que los hijos de mi amigo crezcan separados teniendo a una madre fuerte como tú? Evan te odiaría si pudiera verte. —Sus palabras me golpearon tan fuerte que, por primera vez en seis meses, un grito desgarrador salió desde mi interior. El grito que había estado conteniendo, el grito donde soltaba todo. Lloré. Lloré maldiciendo, lloré adolorida, liberando mi pecho. Lloré por mis inocentes niños que nunca conocerían a su maravilloso padre y que su madre rechazaba y lloré aún más porque esas dos personitas eran lo único que me quedaba de Evan.

—No estarás sola... yo estoy aquí, yo estaré aquí siempre, en memoria de mi amigo yo seré su padre»...

No supe cuánto tiempo estuve sentada en el sofá. No tenía una foto de Evan puesto que las había destruido todas cuando su certificado de defunción llegó

a casa un par de meses después del ataque. Cuando el sol empezó a divisarse, caminé de forma automática hacia la habitación de los mellizos y meforcé a plasmar una sonrisa en mi rostro mientras los despertaba y alistaba para la escuela.

Mientras caminábamos Maia, hablaba sobre su carta a Santa, faltaba poco menos de un mes para Noche Buena, por lo que los niños llevaban tanta ropa que solo podía ver su nariz y parte de sus ojos. Gracias a Dios habíamos llegado a la escuela. Ian, que se había mantenido en silencio durante todo el trayecto, se giró para aclararle algo a su hermana.

—Mike dijo que Santa no existe. —Los llevaba tomados a cada uno de la mano, así que cuando Maia dejó de caminar nos hizo detener a todos.

—Mike es un mentiroso. —Maia le sacó la lengua—. ¿Cierto, mami, que sí existe?

—Sí existe, mi amor. —Mi nena me dio un beso antes de volver a sacarle la lengua a su hermano e irse corriendo a su salón de clases.

—Eso es mentira —dijo Ian, mirándome con sus ojos azules buscando algo diferente en mí—, y lo sabes...

Me acuclillé frente a él.

—Sí, pero tu hermanita aún vive en su mundo de princesas y tú, como el caballero que eres, tienes la llave para que nadie estropee ese mundo, es tu deber que ella siga siendo una princesa. —Besé su mejilla.

—Ma, aquí no. —Se limpió con su chaqueta. Mi niño podía pasar de un bebé a un pre adolescente en cuestión de segundos—. En casa puedes besarme todo lo que quieras, pero aquí... Clau me está mirando —dijo, señalando a la chica de cabellos rojos que lo miraba desde una esquina—. Cuidaré que Maia siga siendo una bebé, y tú, no vuelves a darme un beso en la escuela, ¿trato?

—Hecho —murmuré sonriente.

Mi hijo se quitó el guante sin importar el frío y dio un escupitajo en la palma abierta y extendida hacia mí.

—Pacto de babas.

—Eres grande para un beso, pero no para algo tan asqueroso como eso. —Bromeé.

—Anda, mami, pacto de babas o no hay trato —dijo serio.

Miré alrededor antes de hacer lo mismo, retirando antes mi guante y así sellar "el pacto".

Lo vi limpiarse la mano antes de cubrirla y correr hacia Claudia Santana, dándole un beso en su mano.

Mi caballerito estaba creciendo.

Para la hora del almuerzo, me senté junto con Marie y Elena en la cafetería.

—Esta mañana te vi hacer algo asqueroso y antihigiénico —dijo Elena fingiendo un escalofrío.

—No sé quién diablos le dijo que los pactos de babas eran indestructibles. —Piqué la ensalada con el tenedor y me llevé un trozo de lechuga a la boca.

—Henry piensa lo mismo, así que declaro a mi hijo culpable —dijo Marie entre risas.

Sentí la vibración de mi celular en mi bolsillo.

Cuento los minutos para que hablemos, hoy estoy en casa. La cabeza me ha estado matando, literalmente...

Esperando saber más de mí, Daniel.

Besos.

Sonreí, soltando el tenedor antes de contestar.

¿De nuevo te duele la cabeza? Si te sientes muy mal, es mejor que no vaya hoy.

Besos, Alexa.

No pasaron cinco minutos cuando él me contestó

Por favor, ven...

Texteé de manera rápida.

Allí nos vemos en dos horas.

Pdta.: Tómate una pastilla y trata de descansar .

Guardé mi celular y retomé la conversación con mis amigas mientras terminábamos de almorzar, aunque me observaron por unos minutos. Ninguna de las dos dijo nada. La campana se escuchó y guardé todos mis *tupper* antes de despedirme de ellas. Estaba a punto de entrar al salón cuando me llegó otro texto.

Annie dice que ya no debo tomar más pastillas, excedí la cantidad de analgésicos por hoy. Estoy seguro de que si vienes y hablamos me sentiré mejor. Además, he convencido a Annie para que acepte la cita del doctor Parker, por lo que estoy solo en casa. Avisaré al vigilante en la garita para que te deje pasar.

Esperándote siempre, Daniel.

No pude evitar sonreír ante sus últimas palabras, eran casi las mismas con la que se despedía Evan cuando hablábamos por teléfono. Apagué mi celular y me dispuse a dar mi clase de dividendos.

En la tarde, dejé a los mellizos en sus respectivas clases extracurriculares y caminé hasta llegar a casa de Evan. El vigilante de la garita, un hombre llamado Nathaniel, me dejó pasar tan pronto llegué. Nunca nos habíamos reunido en su casa, siempre era cerca de la escuela, en su universidad, o caminábamos por central Park. En uno de nuestros paseos, quise que repitiéramos el mismo recorrido que hicimos cuando me propuso matrimonio. Tan pronto llegamos a la estatua de Romeo y Julieta, él se detuvo.

«—Matrimonio...—Mi corazón latió con tanta fuerza que por un momento pensé que él había recordado algo—. Un lugar perfecto para pedir matrimonio—. Fue lo que dijo antes de seguir caminando. Mis esperanzas cayeron en picada al ver que no había recordado nada».

El edificio donde vivía era moderno, ubicado al norte de Brooklyn. Usé las escaleras en vez del elevador ya que el departamento estaba ubicado en el tercer piso. Toqué dos veces la puerta que Thomas me había dicho e iba a tocar una vez más cuando él abrió la puerta con su espectacular sonrisa emocionada. Noté que tenía un par de vendas alrededor de su cabeza, lucía una camisa blanca y un pantalón de rayas de pijama, doblado a la mitad en su pierna izquierda. La prótesis no estaba por lo que caminaba apoyado en sus muletas. El dolor quemó en mi pecho.

Me recordaba cada día que había perdido una pierna mas no la vida. Quizás perdió sus recuerdos, pero él seguía respirando y estaba dispuesta a recuperarlo.

—Si te sientes mal puedo, venir mañana. —Le dije cuando me invitó a

pasar—. Tu prótesis...

—Ohh. —Me observó y luego miró su pantalón doblado, era la primera vez que lo veía sin la prótesis—. Si te molesta, puedo ir a buscarla.

—No, está bien... Mañana...

—Mañana los mellizos no tienen actividad extracurricular y te verías muy liada con ellos. Yo estoy bien, de verdad. Annie tiende a exagerar...—Retiró las vendas, lanzándolas al sofá—. ¿Me esperas un momento? —Asentí y él caminó, perdiéndose por un par de puertas para salir segundos después con dos latas de Coca-Cola y un plato lleno de galletas Oreos; quizá para él sería normal, pero para mí era un flechazo directo al corazón. No sabía si era casualidad, o lo había recordado, pero me encantaba la combinación del chocolate y las burbujitas de la Coca-Cola en mi boca—. No es café y torta, pero puede amenizar nuestra conversación.

—No importa, me encantan la Coca y las galletas Oreos. —Sonreí.

—Imagino que a Bunny le gustaban, volví a soñar con ella. —Mi corazón se disparó como cada vez que él hacía alusión a nuestro pasado—. Le servía Coca Cola y Oreos para un cumpleaños, lo sé porque me escuchaba cantando el Happy Birthday.

—¿Pudiste recordar algo más?

—No... —bufó—. Nunca puedo recordar o ver algo. Mataría por ver su rostro, ¿sabes?, por saber cómo es ella. Contacté incluso un detective privado para que la encontrara.

—¿¿La encontró?! —No pude evitar el terror en mi voz.

—No... Bueno... ¿Qué tal estuvo tu día?

Tomé una galleta y destapé la lata dando un sorbo a mi bebida—: Normal, hice un examen sorpresa y varios están muy mal en álgebra.

—Te odiarán.

—Seguro, pero deben aprender que las matemáticas no son un juego.

—Nop, son para personas locas... Matemáticas —bufó, recordándome aquella conversación que habíamos tenido cuando apenas nos conocíamos. Se sentó al frente de mí, colocando las muletas a un lado—. Te gustaría ver el muñón, es sexy.—Sonrió pícaramente.

—¿No te molesta?

—No, Alexandra. Estoy vivo y es lo importante. Más de dos mil personas perdieron la vida ese fatídico día, yo perdí una pierna... y mis recuerdos, pero mientras haya vida hay esperanza de encontrar los segundos... Mi pierna, ella no importa.

Estuvimos hablando de su vida, de Evan. Siempre le hablaba de él, de las cosas que hacía, las manías que le gustaban. Evitaba hablarle de nosotros, pero le hablaba de Bunny.

La tarde pasó rápidamente y cuando quise darme cuenta ya era hora de ir por los niños. Me levanté abruptamente, haciendo que mi celular cayera al suelo desarmándose en varios pedazos. Me agaché a recoger las partes y Evan también lo hizo para ayudarme; levanté la mirada y observé sus ojos azules, esos que sentía que me debilitaban un poco más cada vez que los miraba fijamente. Mi mirada se paseó por su rostro, su nariz un poco torcida, las casi invisibles pecas en sus mejillas y sus labios... Mordí los míos refrenando el deseo de besarlos.

Su mano acarició mi mejilla y todo mi cuerpo se contrajo ante su toque. Sin que yo pudiera hacer algo, acercó su rostro hacia el mío y unió nuestras bocas con suavidad. Sus labios, tan tibios y suaves como los recordaba, hicieron contacto con los míos, dándome ese beso que yo había estado esperando desde hacía diez años.

CAPÍTULO 6

No supe cómo actuar, hasta que la primera lágrima se deslizó por mi mejilla. Todos esos años llorando y sufriendo en silencio, todos valían la pena en ese momento. Cuando sus labios tan dulces —como los recordaba—, se movían entre los míos. Lento, sin prisas. Suspiré entre sus labios, entregándome al roce de nuestras bocas, dándole tanto como él me daba, hasta que mis pulmones bramaron por oxígeno y tuve que obligarme a separarme de su caricia.

—Daniel... —susurré, aún saboreando su aliento en mis labios.

Él me observó.

—Alexandra... —Me observó apenado—. Yo...

—Calla. —Coloqué mis dedos en sus labios y él cubrió mi mano con la suya.

—Yo no quise... —Y eso me partió el corazón. Con la fuerza que no tenía, llevé mi mano a mis ojos, quitando los restos de lágrimas—. No quiero que tú, que yo... ¡Diablos!

—Tranquilo. —Fingí una sonrisa y me levanté—. Yo debo irme, los niños están por salir.

—Sí, una vez más yo...

—Por favor, no te disculpes más. —Le tendí mi mano para que se levantara y acaricié su mejilla.

—¿Nos vemos el lunes? —preguntó indeciso, como si temiera no volver a verme—. Tengo un examen de Macroeconomía, pero saldré antes de las cinco.

Asentí, tomé mi bolso y las piezas del celular que estaban en su mano para dirigirme a la puerta.

—¿Qué harás mañana? —preguntó él, justo cuando tomé la perilla.

—Estaré con los niños, es fin de semana. —Sonreí—. Nos vemos el lunes.

Salí del departamento, cerrando la puerta y caminando hacia los elevadores. Oprimí el botón y me recosté en la pared, pasando mis manos por mis cabellos. A pesar de que su beso había sido solo un roce y él se retractó, aún sentía sus labios marcando con fuego los míos. Justo en ese momento, quise decirle toda la verdad, pero sabía que no podía hacerlo.

No aún.

La campanilla sonó, avisándome que el ascensor había llegado, y me giré

para entrar, chocando de frente con Annie.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Parecía enojada y fastidiada por mi presencia.

—Evan me dijo que viniera... Igual, ya me voy. —No quería discutir y ella traía una muy mala vibra.

—Daniel —replicó, mirándome desafiante—. Se llama Daniel.

—No quieras tapar el sol con un dedo, Annie. Su nombre es Evan.

—Escúchame bien, he pasado años cuidando al hombre que está allí como para que tú...

—¿Para qué yo me lo robe? —dije irónica—. Mira, Annie. Los mismos años que tú llevas cuidándolo, yo llevo llorándolo. ¡Ese hombre es mío! Y voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que esté donde le corresponde: a mi lado y al lado de sus hijos, y eso ni tú ni nadie lo va impedir. —La tomé del brazo, sacándola de la cabina, y oprimí el botón para que las puertas del elevador se cerraran.

—Te dije que jugaríamos limpio y tú no estás cumpliendo con tu parte —bufó.

La miré completamente sin entender, las puertas empezaron a cerrarse y oprimí el botón para mantenerlas abiertas.

—Annie. —De verdad no quería pelear, no quería arruinar el momento que había vivido minutos atrás, a pesar de que él parecía arrepentido—. Yo no sé de qué hablas, yo soy su prometida y...

—Eras, Alexandra. O fuiste su prometida. No voy a permitir que lo quieras confundir.

—¿Confundir? —Me pasé la mano por la cabeza—. ¡Dios, Annie! ¿Sabes lo difícil que es para mí no contarle quién soy, no decirle que tenemos dos hijos?

—¿Y qué es lo que deseas? ¿Que se haga cargo de ellos? ¡Él no está en condiciones para hacerlo!

Negué con la cabeza, sonriendo.

—He mantenido a mis hijos muy bien yo sola, pero necesitan un padre... ¡Necesitan a su padre! Estoy haciendo esto con calma y, créeme, no es fácil. Así que voy a decirte una cosa y solo te la diré esta vez: he pasado años sufriendo al creer que el amor de mi vida había quedado debajo de los escombros del *Word Trade Center* como para dejarlo ir ahora que lo tengo. —Presioné el botón para irme, sobre todo por la hora que era, pero antes de entrar al elevador, me giré, mirándola fijamente—. No pienso jugar limpio.

—Es bueno saberlo, Alexandra —dijo, colocando sus brazos en los infrarrojos del ascensor, evitando así que la puerta se cerrara—. Yo también llevo muchos años sufriendo por ese hombre, para que tú, de buenas a primeras, quieras quedarte con él. Es bueno que dejes las cartas sobre la mesa porque yo tampoco pienso jugar limpio.

Sonreí, sabía que ella no iba a hacerlo.

—Okey, pero me gustaría saber: ¿cómo le harás para que él deje de verme? ¿Sabes, Annie? Evan sigue siendo el mismo, aunque no lo parezca. Él va recordar todo algún día y veremos qué es más fuerte, si la gratitud que siente porque lo hayas cuidado o el amor que sentíamos antes de que todo esto pasara.

—Yo soy su presente, su futuro... —dijo sin vacilación.

—No hay presente y futuro sin un pasado. Ahora, deja que el ascensor se cierre, tengo dos hijos que cuidar.

—No lo dejaré ir sin pelear —dijo, quitando las manos de los infrarrojos.

—Entonces esto es una guerra —expresé mientras las puertas se cerraban.

Salí del edificio rápidamente, llamando un taxi. Afortunadamente, llegué a tiempo para recoger a los niños.

El sábado empezó muy bien. Estaba en mi habitación con Maia e Ian viendo caricaturas. Fuera hacía frío, a pesar de estar aún en otoño, así que aún estábamos debajo de las sábanas, sin importarnos que pasaran las diez de la mañana.

—¿Hacemos *hot cakes* para desayunar? —pregunté a mis ángeles, acariciando sus cabezas.

—¿Con chispas de chocolates? —Ian se arrodilló emocionado en la cama.

— ¿Miel y Chocolate? —Maia me dio una gran sonrisa.

Sonreí, recordando la primera vez que había visto la extraña combinación de chocolate, mantequilla y miel en hot cakes.

Junio 29 de 2011

—¿Qué haces? —Evan se acercó, abrazándome por la cintura desde la espalda.

—Desayuno —dije, tartamudeando.

—¿Puedo colocarles miel y chocolate? —preguntó, mirando cómo volteaba el panquee.

—Es desayuno, no postre...

—¿Y no puede ser un desayupostre? —Colocó su cabeza entre mi hombro y cuello.

—No —respondí tajante.

—Eres mala. —Hizo un puchero gracioso, que pude ver gracias a la tapa del microondas. Me giré, mirándolo fijamente con la espátula en mi mano.

—Soy muy... —No me dejó continuar. Sus labios se apoderaron de los míos y sus fuertes manos me alzaban de las caderas—. Ev... —susurré mientras sentía que me levantaba.

—Amo cómo se ven mis camisas en tu cuerpo, princesa. Te juro que botaré cada uno de tus camisones solo por verte así de sexy. —Sus labios descendieron por mi cuello hasta el valle de mis pechos—. Eres la mujer más hermosa del mundo... —Succionó uno de mis pechos y mis manos se afianzaron a sus hombros, mientras él me dejaba sobre la isleta de la cocina.

La ropa voló por el aire, mientras se ubicaba en mi entrada y me penetraba lentamente. Mis piernas se ciñeron a su cintura, sintiendo de manera profunda cada una de sus suaves estocadas.

Hacer el amor con Evan era lo más perfecto en mi vida; sus palabras suaves, su mirada dulce y sus tímidas embestidas, siempre me trataba como si fuese una muñeca de porcelana; mi cuerpo se tensionó a tal punto que llegué al paraíso en un par de minutos.

—Te amo —dije con la voz entrecortada, mientras recostaba mi cabeza en su pecho.

Sus manos tomaron mi rostro mientras nos mirábamos fijamente el uno al otro.

—Yo te amo mucho más, tanto... que no hay palabras para describirlo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Alexandra. —Me dio un beso—. Prométeme que si algún día mi mano resbala de la tuya, me agarrarás, así sea de los dedos. Prométeme, princesa, que nunca me dejarás, alejarás o me dejarás solo... prométemelo.

—Te lo juro. Te amo.

—Mami —Ian tocó mi brazo—. ¿Vas a hacer los hot cakes?

—Sí, mi amor, voy a hacer los hot cakes y podrán ponerle miel y chocolate
—respondí la pregunta silenciosa de Maia.

Después de comer el *desayupostre*, como él y luego mis hijos lo habían bautizado, mandé a los chicos a bañarse.

Ian estaba en el baño de invitados mientras Maia en el de mi cuarto cuando mi celular empezó a sonar.

—Bueno —dije sin reconocer el número.

—Alexandra... —dijo la persona al otro lado de la línea—. Soy Daniel

—Hola, Daniel. —Era extraño que me llamara; por lo general, manteníamos conversaciones por mensajes de texto—. ¿Qué sucede? —Su voz se escuchaba desesperada—. Necesito verte... por favor. Necesito verte.

—Estoy en casa, con los chicos y...

—¿Puedo ir? Por favor, Alexandra, te necesito. —Estaba empezando a asustarme—. Por favor...

—¿Tienes dónde anotar?

—Estoy en un taxi, pero dime. Quizás mi memoria pasada esté borrada, pero recuerdo perfectamente bien una dirección.

Le di mi dirección y fui a la habitación de los chicos. Maia estaba cambiándose Ian se terminaba de amarrar sus botas.

—Voy a bañarme, quédense en mi habitación viendo caricaturas. —Les lancé un beso y me encaminé hacia mi habitación para darme un baño rápido y cambiarme adecuadamente para recibir a Evan.

Después del baño, até mi cabello en una coleta alta y me coloqué un suéter de mangas largas y un jean ceñido. Había prometido a los niños llevarlos al memorial una vez más, así que atendería a Evan e intentaría negociar con ellos. Ahora que sabía que Evan estaba vivo, no me gustaba ir y observar su nombre tallado en el mármol del estanque. Me calcé las botas y maquillé mi rostro suavemente, un poco de rubor, labial y lápiz.

Los chicos estaban en la sala del departamento cuando me reuní con ellos.

—¿Nos vamos? —Ian preguntó, colocándose una chamarra.

—Verán, niños...

—Mamá, prometiste llevarnos. —Mi hijo se cruzó de brazos con una mueca en su rostro.

—No sé por qué quieren ir allí —dije, atrayéndolo a mí y besando el tope de su cabeza.

—Porque el día del aniversario había mucha gente —reclamó mi pequeño caballerito.

—Me ha llamado un amigo.

—¿Matt? —Maia preguntó—. ¿Por qué se fue tan enojado ayer, mamá?— No sabía nada de Matt desde que se había ido la mañana del día anterior, pero tampoco quería abrumarlo. Mathew era una persona de tiempos y en ese momento hasta yo lo necesitaba.

—Es cierto... ¿Mami, te peleaste con él? —interrogó Ian.

—¿Qué les he dicho de escuchar conversaciones ajenas?

—Ustedes estaban gritando. —Ian rodó los ojos.

—Mathew y yo ... —Escuchamos el timbre de mi puerta.

—¡Yo voy! —Ian se escabulló mientras corría en dirección a la puerta.

—Buenos días... Ian. ¿Verdad? Tu madre me está esperando.

—Tú eres el señor del Memorial —dijo Ian—. ¿Para qué buscas a mi mamá? —Su pie empezó a dar pequeños golpecitos contra el piso.

—Soy su amigo, le dije que vendría —contestó Evan.

—Daniel —dije, llegando tras Ian, que me miró entrecerrando sus ojitos.

—¿Él es tu amigo? —Mi machito posesivo y celoso salió a flote.

—Hola. —Maia apareció tras mis piernas—. Soy Maia. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro, preciosa. —Evan dejó su bastón en el suelo antes de acuclillarse frente a mi pequeña.

—Niños... —Los llamé—. ¿Por qué no van con Marie un momento mientras yo hablo con Daniel? —Les di una suave sonrisa.

—Pero ibas a llevarnos. —Ian hizo un puchero—. ¡Lo prometiste! —dijo, enojado.

—Amor...

—Tú siempre cumples tus promesas. —Colocó sus brazos en jarra.

—Si van a salir —Evan me miró—, yo no quiero molestar.

Suspiré.

—Hagamos una cosa: hablaré con Daniel media hora, pueden ir con Marie o ir a ver caricaturas, y después los llevaré al Memorial... —Maia pasó a mi lado y prácticamente corrió hacia la puerta abierta de Marie—. ¿Ian?

—Va a estar más lleno cuando vayamos, lleno de turistas... —farfulló, molesto.

—Por favor...

Dio un pisotón—: Está bien mami... Media hora. Treinta minutos —

señaló su reloj de Ben10—. Mil ochocientos segundos, ni uno más ni uno menos, ¿trato?

—Trato. —Vi que mi hijo iba a escupir su mano.

—Ian. —Lo tomé de la mano antes de que lo hiciera—. Siempre cumplo mis tratos.

—Sabes que hay que sellarlos, si no, puedes incumplirlo.

—¿Si lo sellamos con un beso?

—Henry debe estar dormido aún, voy a ver caricaturas. —Lo vi perderse por el corredor, dejé la puerta abierta e invité a Evan a seguir hasta mi sala. Fui a la cocina y busqué una lata de Coca Cola. Me senté a su lado y se la tendí

Él estuvo callado durante algunos minutos con la lata sujeta en su mano.

—Lamento haber venido así. —Destapó la lata y bebió un poco.

—Tranquilo, te escuchas mejor ahora de lo que te escuché por teléfono. — Coloqué mi mano en su pierna—. ¿Quieres hablar de lo que te ha ocurrido?

—He peleado con Annie. —Suspiró—. Ayer, cuando llegó su cita, estuvo rara, pero yo me dediqué a estudiar y no le presté mucha atención. Esta mañana discutimos, y luego yo... —Se quedó callado—. Tuve dos recuerdos.

Mi corazón empezó una carrera frenética.

—En uno estabas tú. —Recostó su espalda en el sofá—. Estoy tan confundido, Alexandra. —Me miró a los ojos, preocupado—. ¿Tú de verdad me conoces, Alexandra? —inquirió, bajando la mirada—. Ella dijo que quizá tú... ¡Dios!...

«Maldita zorra».

—Sabes que esa pregunta me ofende. —Me levántate del sofá—. He estado ayudándote estos meses y tú...

—Es que Annie dice... —soltó él.

Yo lo miré enarcando una ceja.

—Olvidalo—. Pasó las manos por sus cabellos y clavó la mirada en sus pies.

—¿Qué dice, Annie, Daniel?

—Ella dice que tú puedes estarme tomando el pelo y que no puedo estar seguro que todo lo que me dices es verídico, ya que si fuésemos tan amigos, yo debería al menos recordarte o mínimo haber recordado algo. —Me miró un momento y se levantó de mi sofá, quedando apoyado en el desayunador—. Cualquier maldita cosa, ¡pero sigo en blanco!

«Lo dicho. ¡Es una maldita Zorra!».

—Dices que estaba en uno de tus recuerdos. —Lo miré desde el sofá—. Eso debe decirte algo.

—Sí, te vi jugando con unos niños mientras yo sostenía una cámara. Recordé claramente ese día.

Enero de 2001

—¿Podrías dejar eso? —Fingí enojo mientras intentaba leer el libro que sostenía entre mis manos. Tenía que entregar un trabajo para la universidad.

—Es mi hora libre y quiero hacer lo que más me gusta —dijo, disparando la cámara.

—Evan, por favor.

—¿Qué pasa, preciosa? Déjame disfrutar de dos de mis tres grandes pasiones. ¿Sabes que me haría completa y absolutamente feliz?

Negué con la cabeza.

—Que te vayas a vivir conmigo y que yo pueda tomarte fotos todo el tiempo. —Llevaba meses pidiéndome que me mudara con él, pero no iba a hacerlo—. Tú sabes mis tres amores: tú, mi cámara y mi arte.

—Estás loco.

—Por ti, sí. —Sonrió ladeadamente. Sabía el efecto que tenía esa sonrisa en mí.

Las puertas del salón para empelados del restaurant se abrieron y Jull entró con su pequeño hijo de nueve meses.

—¿Qué te he dicho de estar aquí, Evan?

—Jull, tú me amas, sabes que hasta que esta señorita no acepte vivir conmigo, voy a estar pegado a ella como una sanguijuela todo el tiempo que tenga libre.

Mi jefa rodó los ojos.

—Bueno, Alexandra, necesito un favor: tu turno es hasta dentro de una hora, puedes quedarte con Chris mientras yo soluciono algo en la cocina, es ilógico que tengan que llamarme en mi día libre para solucionar algo que el jefe de cocina pudo hacer. —Me entregó a Chris y yo le sonreí al pequeñajo justo en el momento en el que un flash iluminaba la estancia.

—Hey...—rechisté mientras él sacaba la foto instantánea de su Polaroid, la observó embelesado unos momentos, con los ojos cristalinos y el ceño

fruncido.

—¿Qué pasó, no te gustó la foto?

—*Quedó perfecta —dijo pasándome la fotografía—. Cuando tengas a nuestro hijo quiero que sea como este, y tú te verás adorable con él.*»

—Cuando le dije a Annie que debía hablarte de mis dos recuerdos, ella se puso histérica. —Negó con la cabeza—. Dijo muchas cosas y luego dijo que yo estaba confiando ciegamente en ti y quién sabía si tú no me estabas engañando. No lo haces. ¿Verdad, Alexandra?

Mi corazón se encogió al ver su rostro, se veía tan perdido que quise contarle todo.

—Tú nunca me vas a mentir, ¿verdad? Me vas ayudar a buscar a Bunny y si ella tiene una familia consolidada, yo no le hablaré. Solo quiero saber si es feliz.

«No, No soy feliz, solo quiero ser feliz contigo», quería gritar. «¡Dios! ¿Por qué me pones en esta prueba?».

—¿Alexa? —Volvió a sentarse y tomó mis manos entre las suyas—. Prométeme que estás contándome todo lo que sabes de mí. Nunca me ocultarás nada. —Parecía un niño indefenso suplicando por la verdad. Una verdad que yo no le estaba dando.

—Te lo juro, te diré todo lo que se de ti. —Sí, iba a decírselo. No hoy, no mañana... pero lo haría.

—¿Y me ayudarás a buscar a Bunny?

«¡Estoy frente a ti!».

Asentí.

—Gracias. —Me abrazó—. Muchas gracias, Alexandra, por no engañarme. No sé cómo era antes, pero el Daniel de ahora odia la mentira y el engaño.

—Antes eras igual. —Sonreí—. Me dijiste que tuviste dos recuerdos.

—Sí.

—¿Quieres contarme el otro?

—Iba en un coche rojo en el asiento trasero con dos señores, chocamos con algo... me golpeé muy fuerte. ¿Sabes algo de eso?

—Tus padres murieron en un accidente, no sé mucho de eso, casi nunca

hablabas de ello, tenías siete u ocho años cuando eso sucedió.

—Sabes, a veces siento... no sé, como que me... Como que conoces tanto, parece que hubieses sido mi novia. —Yo bajé la cabeza.

—¿Fuiste mi novia, Alexandra? —Sus ojos se abrieron—. No me digas que te dejé por Bunny, o te engañé con ella... Dios, me has dicho que te casaste con Evan, pero...—Negué con mi cabeza.

—Ya te lo dije, fuimos muy buenos amigos y eras muy cercano a Evan. ¿Has recordado algo más? Digo, cuando llegaste al edificio, ¿se te hizo conocido algo?

—No detallé el edificio. ¿Tendría que recordarme algo?

—Viviste aquí hace ya algún tiempo.

—No, no lo recuerdo. Para ser honesto, es como si fuese la primera vez que estoy aquí —dijo, mirando la pared de fotos, la gran mayoría eran de los mellizos y una que otra de Mathew.

—¿Volviste a casarte? —dijo señalando una foto el cumpleaños número cinco de los niños. Estábamos Matt y yo con ellos cargados.

—No, él es Mathew, un buen amigo.

—¿Y Evan?

—No tengo fotos de Evan...

—¿Por qué?

—Solo verlas me hacía daño, eliminé todas las imágenes que tenía tuyas, pero nunca pude sacarlo de aquí. —Señalé mi cabeza—. Ni de acá. —Coloqué la mano en mi corazón.

—Tuvo que haber sido muy duro.

—Lo fue...

—Mi pobre Bunny debió haber sufrido lo mismo... ¡Dios! Si tan solo pudiera recordar.

—No te fuerces, Daniel. —Yo me moría por besarlo. Acaricié su mejilla y acerqué mi rostro al suyo.

—¡Mil ochocientos segundos! —Gritó Ian, haciendo que nos alejáramos abruptamente

—Puedo... ¿puedo acompañarlos? —dijo tímidamente.

Miré a Ian que estaba frente a mí y él se encogió de hombros.

—Ve por Mai. ¡Pero antes, gorro y guantes! —Me dio un sí enérgico antes de volver a su habitación.

Estuvimos un rato en el Memorial. Ian le contaba a la lápida con el nombre de su padre que en unas semanas sería Navidad, que él no había pedido nada

pero que había sido un niño bueno y ya que su papá conocía a Dios en persona y Dios era el papá del Niño Jesús, él quería saber si podían obsequiarle una consola nueva de Xbox 360, ya que Henry lo ponía jugar siempre de segundo y él quería una en casa para enseñar a Maia, lo decía en susurros, tratando de que yo no lo escuchara.

Solo esperaba que cancelaran el bono navideño. Entre la nueva Barbie de Maia y la consola, sumado con la ropa navideña, iba tener que recortar parte de la mercado para comprar todo lo que pedían; nunca me había visto en problemas económicos, pero habían ocasiones en la que resultaba difícil llegar a fin de mes.

Mi mirada se dirigió a Maia, que charlaba con su padre sin saberlo.

Evan había estado leyendo los nombres grabados en la piedra, pero luego había resoplado frustrado y empezó a hablar con mi niña.

Me acerqué a él cuando Ian llamó a Mai y ella corrió hacia él.

—Siempre vengo aquí y miro los nombres, pero ninguno me parece familiar, ninguno me recuerda nada.

—No tenías muchas amistades en la torre.

—¿Era un asocial?

—No. —Sonreí—. Tu jefe era un tirano que no te dejaba mucho para socializar. Además, tú trabajabas e ibas a la universidad, no tenías mucho tiempo libre.

—¿Qué hacen? —Señaló a los niños. Maia tenía la cabeza en el hombro de Ian y mi niño seguía hablándole a la nada.

—Creo que hablan con su padre. Nunca los había traído, pero hace un año hablé con ellos y les expliqué todo. Quisieron venir, el día que nos conocimos fue el primer año que venían.

—¿Te duele estar aquí?

—Ya no...

—¿Puedo saber por qué?

—Porque Evan está ahora con nosotros. —Vi como Maia golpeaba a Ian en el brazo antes de venir a mí con lágrimas en los ojos—. ¿Qué sucede, amor?

—Ian está molestándome, dice que no voy a recibir mi muñeca porque Santa no existe.

—¡Ian! —Lo llamé.

Mi hijo me dio la miradita de “*no quiebro un plato*” cuando yo sabía que había partido toda la vajilla.

—Es verdad, mami —dijo levantándose del suelo.

—Santa traerá tu muñeca, porque tú eres una princesa. —Explicó Evan, mirando a mi niña—. Y las princesas buenas tienen sus recompensas.

Mi nena sonrió antes de darle un gran abrazo.

—¿Por qué no vamos todos a *Central Park* y comemos *hot dogs*? Yo invito —dijo Evan cuando ya íbamos saliendo de la zona cero.

—Sí, mamita. ¿Podemos? —preguntó Maia, que iba agarrada de la mano de Evan. Comenzó a dar saltitos hasta que asentí.

Llegar a *Central Park* fue rápido, aún no eran las tres de la tarde.

—¿Qué te paso allí? —dijo Ian incauto cuando vio que Evan movía su prótesis. Subió un poco su pantalón y sacó la prótesis de su lugar.

—¡Te desarmas! —gritó Maia viendo con curiosidad la pierna plástica de Evan. Él rio con aquella sonrisa que yo tanto amaba.

—Es una prótesis, no me desarmo.

—¿Y qué paso con tu piernita? —Mis hijos se habían bajado de sus sillas en donde esperaban sus *hot Dogs* y ahora miraban con asombro la extremidad artificial.

—La perdí en un accidente hace ya unos años. —Una chica nos llevó los *hot dogs*.

—¿Una foto de toda la familia? —Alzó su cámara.

Iba a decir que no, pero Evan asintió

Tomaron la foto y Evan me la cedió.

—Quédate tú con ella, quizás puedas colgarla en tu pared. —Quería llorar. Una foto familiar. Suspiré fuertemente y me obligue a tranquilizarme.

Estuvimos caminando por el parque mientras los niños corrían detrás de las ardillas. Cuando el sol empezó a ocultarse, decidí que era hora de volver a casa.

—Podíamos haber venido solos, Daniel. —Le dije mientras subíamos las escaleras—. Estás cansado y la prótesis está maltratándote.

—Sí, esta prótesis. —Negó con la cabeza—. Voy a cambiarla, pensé que me acostumbraría a ella pero al parecer no fue así. En cuanto a lo de venirse solos, te diré que yo te saqué de tu casa y mi corazón estará más tranquilo si los venía a dejar.

—¿Quieres pasar y tomar un café conmigo? Los chicos se irán a ver televisión tan pronto lleguemos y en un par de horas más estarán como dos troncos.

—¿No será mucha molestia?

—No, profesor *Jirafales*^[2]. —Sonreí y el río conmigo.

—Estaba pensando que quizás podríamos ir al edificio en el que vivió Bunny. Puede que recuerde algo.

—Mami, dame las llaves, yo abro. —Ian arrebató mis llaves y subió corriendo las escaleras. Maia iba unos pasos delante de nosotros jugando con su muñeca Laila, muñeca que Evan le había comprado en un puesto artesanal.

—¡Matt! —gritó mi nena antes correr en dirección a Mathew; parqueaba la moto y se quitaba el casco. La estabilizó antes de bajarse de ella y alzar a Maia, quien sujetó sus piernas a su cintura mientras sus brazos se aferraban a su cuello.

—¿Dónde está mami, princesa? —preguntó Mathew, dándole un sonoro beso en la mejilla,

—¡Esta con Daniel! Ahh... Allí vienen. —Me detuve abruptamente, fijando mi mirada en un Mathew perplejo. Sus ojos se enfocaron en mí para luego ver a la persona que estaba a mi lado.

Vacío y dolor era lo que reflejaban su iris justo en el momento en que su mente pareció reaccionar al vernos en compañía de Evan.

CAPÍTULO 7

Matthew se mostró sorprendido, estupefacto. Su mirada vagó de Evan a mí, aún sin soltar a Maia, que seguía anclada a su cadera. Se mantuvo inmóvil unos segundos antes de empezar a caminar en dirección hacia nosotros.

Pensé que le diría todo a Evan, que lo llamaría por su nombre, pero una vez que estuvo frente a él, estiró su mano en forma de saludo.

—Mathew Campbell —extendió su mano hacia Evan. Por un segundo, pensé que quizá el nombre de su mejor amigo de la infancia, podría hacer mella en sus recuerdos, sin embargo cuando lo vi devolver el saludo a Matt de manera formal, mis esperanzas se hicieron añicos

—Daniel Harris. —Mathew enarcó una ceja, su mirada jade observándome con incredulidad, mientras su boca mostraba una mueca burlesca—. Me pareces familiar. ¿Nos hemos visto en algún lugar? —La esperanza se reconstruyó poco a poco en mi interior.

Si él recordaba a Mathew, era un indicio que sus memorias estaban volviendo.

—Trabajo en el *Metropolitan Hospital Center*. Soy doctor. —Soltó su mano y reacomodó a Maia en su cadera—. Es probable que me hayas visto ahí.

—¿Conoces al doctor Parker? —preguntó.

—Por supuesto, Ethan Parker es la nueva eminencia en el campo de la neurología —contestó sin tapujos—. ¿De dónde lo conoces tú?

—Es mi doctor y es muy amigo de Annie, la chica que vive conmigo —se rascó la nuca.

—¿Annie Ford? —inquirió Mathew.

«De dónde conocía a la perra de Annie».

—La misma... —respondió Evan.

—Desde hace poco labora con nosotros, es una buena chica. ¿Tu novia?

Clavé mi mirada en él.

«¿A qué juegas Matt Campbell?».

La sonrisa en su rostro era desconcertante.

—No, solo somos buenos amigos; de hecho, le debo mi vida a Annie, razón por la que estaré agradecido con ella por siempre.

—Oh, Annie es una chica linda.

Estaba a punto de interrumpir el plan —cual fuese— de Matt, cuando Ian llegó hasta nosotros.

—¡Matt! —Mathew bajó a Maia para darle un abrazo a Ian—. Venía a decirle a mamá que no puedo mover la antena de la televisión y el partido de fútbol ya empezó. ¿Puedes ayudarme?

—Claro, campeón —Matt alborotó los cabellos de mi hijo—. Lo siento, mi hijo me necesita.

Mis ojos se abrieron cuando dijo que Ian era su hijo.

—Dale, tranquilo. Igual, yo ya me iba. Alexandra, ya te dejé en casa, así que puedo irme más tranquilo.

—Te acompaño a tomar un taxi —musité, no muy convencida de quedarme ahí.

—No es necesario —respondió incómodo—. Tienes visitas y...

—Daniel, me quedará más tranquila si sé que tomaste el taxi.

—Está bien —suspiró—. Ha sido un placer, Mathew. —Estrecharon sus manos.

—No te demores, bonita. —Se acercó a mí y dejó un beso en la comisura de mi boca—. Te estaré esperando —murmuró antes de que Ian lo arrastrara a dentro, escaleras arriba.

Acompañé a Evan de regreso a la avenida; caminamos uno al lado del otro en completo silencio. Al detenernos para tomar el taxi, dijo:

—Solo le faltó orinarte. —Lo miré sin entender—. Como un perro, marcarte como su propiedad.—¿Detectaba un poco de sarcasmo en su tono? —Me habías dicho que tu esposo había muerto en las torres.

—Desapareció ese día —contesté rápidamente.

—Sin embargo, te casaste casi de inmediato. —Me llamó la atención el enojo en su tono de voz.

—No me he casado. Si te refieres a Matt, él no es mi esposo y tampoco es el padre de los mellizos. Evan es su padre. —Solté de manera tajante.

Dios era testigo de que realmente quería decir en ese momento era: “Tú eres su padre”.

—Sabes, cada vez que escucho el nombre de tu esposo, o miro su nombre en la piedra, siento como si debería reconocerlo. Quizá porque era mi mejor amigo, quizá es porque cuando lo leí la primera vez, tuve un pequeño recuerdo.

—¿Recordaste algo? —Sentí esperanza. Si conseguía recordar el nombre, yo misma buscaría al doctor Parker y le explicaría todo.

—Fue como si alguien me llamara. Esa primera noche, luego de que te vi en el memorial, desperté exaltado en la madrugada; ese nombre se repetía en mi cabeza. Al principio, pensé que tal vez ese era mi nombre, pero gracias a Dios llegaste tú y me aclaraste todo. —Negó con su cabeza—. Perdón por lo de hace un momento.

—¿Sobre qué? —Lo miré fijamente.

—Por la forma en la que te hablé. Es que, bueno, entiendo que hayas querido seguir con tu vida, pero no inmediatamente después de la desaparición de tu esposo. Y pues... pensé que... —Se veía nervioso—, quizás Bunny también creyó que morí y ahora tiene un esposo e hijos. Mira, estoy divagando, no me prestes atención. —Sonrió, pero sabía que no era una sonrisa sincera.

—¿Tú crees que...?

—No quiero ni pensarlo. —Me cortó—. Pero han pasado diez años, Alexandra. Ella pudo enamorarse otra vez y yo...

—Daniel. —Fue mi turno de interrumpirlo—. Ella te amaba, te adoraba, y estoy segura que ella... que ella no se enamoró de nadie más.

Era cierto. A pesar de que estaba con Matt, nuestra relación había sido más de agradecimiento, amistad o quizá cariño, pero si de algo estaba segura era de que no sentía amor por él.

—¿De verdad piensas eso? —Parecía esperanzado.

—Estoy segura —afirmé, pues yo nunca había dejado de amarlo.

—Encontrar a Bunny será el fin de todas mis preguntas sin salida, ella me conocía mejor que a nadie, Alexandra, ella quizá puede contarme mi pasado y ayudarme a establecer mi presente.

—Pero el doctor Parker dijo...

—El doctor Parker puede ser una eminencia como dijo tu *noviecito* —No pasó por alto la manera en como escupió la palabra—, pero no sabe mi deseo; y mi deseo, Alexandra, es saber quién soy. —Tomó mi mano entre las suyas—. Es cierto, estoy agradecido con Annie, pero no tanto como agradezco que hayas llegado a mi vida.

—Daniel...

—Ahora entiendes porqué vine a tu casa en ese estado por la mañana. Estoy confiándote mi vida.

—Lo sé. —Tenía que hablar con el doctor Parker—. Te ayudaré a buscar a Bunny, debe mantener conexión con alguien.

—¿Harías eso por mí?

«Haría cualquier cosa por ti».

Asentí.

Esperé hasta que el taxi que llevaba a Evan de regreso a casa se perdiera entre el tránsito antes de volver al departamento. Tan pronto llegué a la puerta de mi casa, encontré a Mathew y a los niños sentados frente al televisor donde se transmitía un juego de fútbol europeo.

—Chicos, Marie me ha dicho que preparó tarta de chocolate, por si quieren un pedazo. —Mentí. Antes de llegar, había pasado por la pastelería y había comprado la tarta. Le dije a Marie que necesitaba unos minutos a solas con Matt.

Ante la mención del postre, los mellizos se levantaron del sofá y salieron presurosos hacia la casa de mi vecina.

—¿Se puede saber qué hacías con él! —Atacó Mathew, una vez cerré la puerta.

Lo miré incrédula. Mathew nunca me había hablado así.

—¿Perdón?

—No te hagas la tonta, Alexandra. Fui bastante claro. ¿Qué hacías con Evan? ¿O debería decir... Daniel? —dijo irónicamente.

—Bájale al tono, Mathew. —Alegué—. Lo que yo haga con mi vida no debe importarte a ti.

—¿Soy tu novio, con un demonio! —explotó airado.

—Ex novio. —Zanjé de forma tajante.

—¿En qué momento terminamos que yo no me di cuenta, Alexandra? —ironizó.

—Cuando te dije que Evan estaba vivo. —Le expliqué, sin ánimos de discutir; los chicos ya nos habían escuchado gritar dos veces y no pensaba que lo hicieran una tercera.

Mathew mostró una sonrisa sarcástica.

—¿No lo viste hace un momento? Alexandra, el hombre que estaba ahí no era Evan Coopers... ¡Por Dios, ni siquiera sabe cuál es su jodido nombre!

—¡Vete! —grité sin pensar.

Su mirada se encontró con la mía.

—Alexandra, no puedes estar hablando en serio.

—Vete, Mathew. ¡¿Cómo pudiste decir que Ian y Maia son tus hijos?! —increpé, bastante enojada.

—¡Porque lo son! —gritó de vuelta—. Yo he dedicado mi vida a esos niños. No tienen que llevar mi sangre para amarlos como tal —su voz se

quebró al final.

—Mathew... —Caminé hacia él y acaricié su mejilla— Te quiero. —Mi voz se quebró—. Te quiero muchísimo. Y solo Dios sabe que sin ti no hubiese podido sobrevivir, pero él siempre estará aquí. —Señalé mi pecho.

Odiaba discutir con Matt. Él siempre había sido mi apoyo y era mi mejor amigo.

—No puedes decir eso, bonita —susurró—. Íbamos a casarnos. —Su mirada atravesó la mía—. Te amo.

Una lágrima resbaló por su mejilla.

Lo atraje a mi cuerpo abrazándolo fuertemente mientras mis propias lágrimas hacían camino en mi rostro.

Lágrimas, lágrimas y más lágrimas, parecía ser lo único constante en mi vida en esos últimos dos meses. Estaba harta de llorar, cansada del dolor en mi pecho por una u otra razón. Quería poder respirar feliz, en paz. Quería poder volver el tiempo atrás, cuando me sentía segura en los brazos de Evan.

—Te amo, Alexandra. Te amo y te estoy perdiendo, y no sé cómo detenerte, no sé cómo mantenerte a mi lado... Me estás matando, mujer. Estás destruyéndome por alguien que no sabe quién eres.

Me separé de él, limpiando su rostro y obligándolo a calmarse.

—Intenté amarte, creo que en algún punto me convencí de que te amaba, pero eso fue antes de verlo vivo y frente a mí. Tal vez él nunca recuerde, pero voy a recuperarlo, voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que él esté donde pertenece. Y lo haré porque lo amo. Lo amo como si el tiempo no hubiese pasado.

El latigazo de dolor que cruzó su rostro me hizo sentir como si hubiese jugado con él, con sus sentimientos. La sensación de vacío en mi pecho se incrementó y sentí que me faltaba el aire. No quería lastimarlo, pero tenía que ser sincera conmigo misma y no seguir alimentando algo que sabía que no estaba destinado a ser.

—Te quiero, te quiero, te quiero... Eres el amigo que...

—¡No! —Mathew pasó las manos por su cabello y se alejó de mí—. Teníamos un futuro, amo a tus hijos, íbamos a casarnos... No puedes venir y arruinar todo. ¡Mucho menos por él! —Se acercó a mí nuevamente—. ¡Reacciona, Alexandra! ¿Qué te garantiza que él vuelva a ti? ¿Qué te garantiza que regrese? Yo fui su mejor amigo por mucho tiempo y ni siquiera me reconoció. Quieres mandar todo al carajo por una persona que no sabe ni siquiera quién demonios es.

—¡Yo sé quién es! —grité—. Él es Evan Coopers, el hombre que he amado toda mi vida, por el que creí morir, por quien lloré al pensar que había muerto y que ha vuelto a mí, el padre de mis hijos... No hagas esto más difícil, Mathew —gemí.

—Yo no lo hago difícil, Alexandra —dijo, negando con la cabeza—. Eres tú. Y escúchame bien, porque no quiero repetirlo otra vez, no voy a alejarme. Ve tras Evan, Daniel o como mierdas crea que se llame, ve tras él y estréllate una vez y otra hasta que el tiempo pase y para él no seas nadie, pero no arrastres a los niños contigo, no juegues con sus emociones, no les entregues por padre a un hombre que claramente no está preparado para serlo. —Tomó su chaqueta y salió del departamento.

Me dejé caer en el sofá, llorando por mí, por Matt y por Evan, quien era el menos culpable en todo ese embrollo. Limpié mis lágrimas mientras recordaba mi vida y lo que hubiese sido de mí si Mathew no hubiese estado en ella.

Mayo 20 de 2012

—Hola, campeón. —Mathew levantó a Ian de la cuna—. Mamá necesita dormir un poquito más.

Había escuchado a mi hijo llorar, pero cuando llegué a su habitación ya Mathew estaba ahí, arrullándolo entre sus brazos. Maia había estado llorando toda la noche y yo intenté todo para calmarlo. Cuando estaba amaneciendo, llamé a Matt entre lágrimas al no saber más qué hacer. La llevamos al hospital tan pronto llegó; estuvimos en emergencia toda la mañana mientras le hacían diferentes tipos de exámenes. Cuando llegué a casa, estaba exhausta, por lo que me recosté en la cama aprovechando que los chicos estaban dormidos.

Me apoyé sobre el marco de la puerta, observando a Matt con mi bebé.

—Así que tienes el pañal sucio... ¡Ugh! ¿Qué comiste, caballerito? —Le hablaba con tanta ternura que mi corazón se encogió un poco—. Voy a tener que hablar con tu mamá, no es normal que huela tan mal. —Se tapó la nariz mientras dejaba a mi hijo en el cambiador y soltaba las cintas del pañal—. ¿Qué estás comiendo? ¿Carne cruda? —Se burló, al mismo tiempo que retiraba el pañal y pasaba una toallita húmeda por la colita de Ian—. Eso

es... ya estamos limpios —dijo orgulloso, levantando al bebé frente a él—. Que nadie diga que tu padrino no puede cambiar un jodido pañal. —Iba a reñirlo por su vocabulario—. ¡Oh, qué lindos pies tienes! —Mordió sus piececitos de manera juguetona . Estaba a punto de entrar y decirle que no hiciera eso, porque Ian solía...

Demasiado tarde... mi hijo disparó fijo sobre la cara de Mathew mientras reía.

—¡Bebé malo! ¡Muy malo! —gimió entre risas.

Temía que Maia pudiera despertarse con tanto escándalo. La habíamos dejado en mi habitación, debido a que estaba resfriada y no queríamos que Ian se contagiara. Mathew se limpió el rostro y le colocó el pañal, aún riendo.

—Ahora sí, estoy a salvo, aunque huelo a orín de bebé. ¿Cómo voy a ir a hacer guardia esta noche sin una camisa decente? —Negó con la cabeza antes de pegar a mi bebé a su pecho, arrullándolo. Ian reposó la cabecita en su hombro antes de que sus ojitos se cerraran.

Caminé de regreso a mi habitación, revisé que Maia estuviese dormida y sin calentura, abrí el closet, más específicamente la caja que tenía las cosas de Evan. Suspiré fuertemente cuando saqué la camiseta de aquella caja, pegándola a mi cuerpo e inhalándola fuertemente, buscando inútilmente su aroma. Faltaba poco para que se cumpliera un año desde el atentado, pero yo aún lo recordaba como si hubiese sido hacía días atrás.

Estaba saliendo de la habitación cuando vi a Matt abandonar la de los mellizos.

—¿Qué haces todavía despierta, bonita? —preguntó antes de caminar hacia mí.

—Escuché llorar a Ian.

—Estaba sucio, pero ya lo he limpiado y ahora está dormido.

—Pero ahora tú estás sucio. —Señalé la mancha de pipí que había dejado mi hijo en su camisa.

—No importa, voy a limpiarlo. —Volvió a sonreír y yo le extendí la camisa que llevaba en las manos.

—Era de Evan —susurré.

—Alexa, yo...

—Úsala, ya no huele como él.

—Mami, ¿dónde está Matt? —Ian entró a casa, sacándome de mis recuerdos. Sonreí al ver que traía en su boca algo de la cobertura de chocolate de la tarta.

—Tuvo una emergencia en el hospital —mentí—. ¿Dónde está tu hermana?

—Jugando con Michelle a las muñecas. Henry salió con su papá y esas niñas querían que yo fuese el novio de sus *Barbies*. Yo soy un hombre así que me vine antes de que se les ocurriera vestirme de nena —bufó—. Mami, vas a poder comprarme la consola de Xbox, ¿verdad? Di que sí, mami, por favor —suspiré, tendría que hacer un préstamo en la escuela.

—Claro que sí, mi vida. —Limpié la comisura de su boca y lo besé en la frente. El gobierno había otorgado una compensación monetaria a los familiares de los fallecidos y víctimas del atentado, no había tomado la de Evan, ninguna cantidad de dinero devolvería al amor de mi vida, pero Mathew me había hecho recibir los cuatrocientos dólares que habían dado por la inhalación del humo cuando la torre cayó. No éramos precisamente ricos, aunque tampoco pobres; Mathew había invertido el dinero y con el tiempo había rendido sus frutos al punto de que pude comprar el departamento de los señores Robinson, pero los demás gastos los solventaba con el trabajo en la escuela y las clases particulares que algunas veces impartía.

—Te amo, mami. —Ian se aferró a mi cuerpo.

—Y yo a ti, bebé.

Las festividades decembrinas llegaron rápidamente. Maia recibió su set de muñecas e Ian estaba feliz con su nueva Xbox. El día que Evan había aparecido con la consola de videojuegos, quise morirme de la vergüenza. Sin embargo, él no aceptó mis negativas.

Algunas veces jugaba con Ian y lo dejaba ganar; en otras, servía de niñero y cuidaba de las muñecas de mi hija... Su hija.

Él era un amor con los niños. Amaba verlo jugar, porque así debería haber sido siempre. No obstante, odiaba cuando Mathew llegaba a verlos y ellos estaban jugando con Evan. La expresión de mi amigo se entristecía. No habíamos hablado más sobre nosotros; de hecho, Mathew evitaba cualquier contacto conmigo y eso me dolía.

¿Por qué no podía ser todo más fácil? Porque él no podía aceptar que mi único amor había sido Evan?

En ocasiones, necesitaba al amigo que me había sacado del agujero sin

fondo. Sostenía el celular justo en su número de contacto, pero nunca llamaba. No podía ser egoísta y buscar a Matt para desahogarme.

Hacía cuatro meses había encontrado a Evan justo donde lo había perdido, cuatro meses en los que intentaba contarle de su vida sin revelar algo que fuese contraproducente para él. Elena se había hecho pasar por Bunny en un intento desesperado de que él olvidara a la novia ficticia y empezara a enfocar sus esfuerzos en recordar su vida. Una mentira más en la gran pirámide que había formado alrededor de él. Sin embargo, todo era en vano, la mente de Evan seguía tan en blanco como la primera vez que nos vimos.

Había pasado parte de las vacaciones con nosotros. Cuando salíamos a cenar, nos veía a nosotros mismos como una familia, una que nunca debió fragmentarse. Mis hijos lo adoraban y él me decía que se sentía muy a gusto con ellos. Aquel que dijo que la sangre llama estaba en lo correcto, porque en esos últimos meses los lazos entre mis hijos y su padre se habían cerrado, anudándose fuertemente.

—¿Alexa? —Escuché la voz de Evan, así que enfoqué mi mirada en él—. Estás como ausente. —Sonrió—. ¿Tienes algún problema? —Tomó mi mano sobre la mesa—. Si necesitas dinero...

—No, tranquilo. No necesito dinero.

—No tengas vergüenza conmigo, ya te dije que puedo ayudarte si lo necesitas.

—Lo sé. —Dejó mi mano para acariciar mi mejilla con delicadeza.

—¿Qué sucede?

—Solo estoy algo cansada, los niños me agotan —murmuré, peinando mis cabellos con una mano.

—Ya va siendo hora de ir a buscarlos a su vacacional ¿no? Ian y yo tenemos pendiente una partida de *Halo*. —Nos levantamos de la mesa en la que habíamos estado sentados hablando del pasado y del futuro. Durante esos últimos meses, él no había cambiado solo su prótesis, también había comprado un coche, un *Honda Civic* blanco—. Además, debo decirle a mi querido competidor que este fin de semana no podremos jugar.

—¿No irás a casa este fin de semana? —pregunté, un tanto... ¿decepcionada?

—Tengo que estudiar para mi primer examen. Siempre intento obtener altas calificaciones a comienzo de año, así no estoy tan presuroso con los siguientes cortes.

—Creo que decepcionarás a mi hijo. Estaba emocionado por terminar ese

partido de *FIFA 11* contigo.

—¡Oh, solo serán un par de días! Ese campeonato todavía está pendiente entre él y yo. No voy a dejarme ganar esta vez. —Abrió la puerta del coche.

Lo imité.

—Siempre dices lo mismo —dije con una sonrisa.

Él me miró fijamente y luego negó con la cabeza.

—¿Sucede algo? —pregunté, abrochando el cinturón.

—No quiero que pienses que soy algún tipo de acosador. —Sonrió—. Es que cuando te ríes se te iluminan los ojos, como a Ian, y haces un mohín como el de Maia. Dices que tus hijos no se parecen a ti, pero tú eres tan hermosa, Alexandra. —Su mirada se trancó en la mía y acercó su rostro a mí.

Mi corazón bombeó con fuerza. No había vuelto a besarme desde aquella vez en su departamento.

—Vamos, no quiero que se haga tarde —dijo, apartándose.

El camino hacia la escuela de los chicos estuvo en silencio, la situación no cambió cuando los chicos se subieron en el asiento trasero. Ian estaba loco por empezar el videojuego, pero cuando Evan le dijo que no podría ir, su ánimo decayó un poco. Aunque le prometió compensarlo y jugar un poco antes de irse a casa.

Los mellizos fueron los primeros en bajarse, una vez estacionó su auto en la parte baja del edificio. Maia quería mostrarle a Michell el nuevo movimiento que había aprendido en su clase de valet. Ian por su parte le había dicho a Evan que iría encendiendo la consola y el televisor.

Él apagó el coche, observándolos mientras subían las escaleras.

—Vas a malcriarlo. —Crucé los brazos sobre mi pecho fingiendo enojo.

—Lo hago feliz —susurró mientras subíamos las escaleras—. Solo será una hora.

Esa hora que se convirtió en dos... y más tarde fueron tres. Para cuando acabaron el torneo, eran más de las nueve de la noche. Encargamos pizza con jamón y trozos de piña. La primera vez que la había pedido, la emoción había abracado cada poro de mi piel, saber que a pesar de la falla de su memoria seguía gustándole la pizza con esos ingredientes, el café expreso y el helado de mandarina, eran cosas que me hacían creer que él recordaría pronto.

El celular de Evan repiqueteaba sin cesar, pero él no le prestaba mucha atención. Sabía perfectamente quién era.

—¡Te gané! —gritó mi hijo, haciendo el avioncito por toda la sala—.

Acéptalo, Daniel, el Barcelona es mejor equipo que el patético Real Madrid —añadió, haciendo una danza ridícula frente al televisor, mientras su hermana rodaba los ojos.

—Está bien, enano, lo acepto. El Barça es el mejor equipo del mundo. — Soltó un bufido luego de decir eso y aprovechó que Ian se daba la vuelta para hacer un ademán con el dedo a un lado de su oreja, dándonos a entender que Ian estaba loco. Maia explotó a carcajadas, haciendo que su hermano se volteara.

—¡Y Messi es mejor que Ronaldo! —gritó mi hijo—. Anda, dilo: Messi es el rey del fútbol.

—¡Oh, no! Messi es solo un enano con suerte —reviró Evan.

—Creo que esta conversación no va acabarse nunca y cierto caballero debe acompañar a su hermana al mundo de los sueños —decidí intervenir.

—Mamá... —gimoteó Ian—. Ya soy grande.

—Si no te vas a la cama, voy a tener que decomisar esa consola. —Eso fue todo lo que necesité para demostrar quién tenía el poder ahora.

—Está bien —murmuró, ahora desganado—. No juegas limpio, ma' —Se quejó.

—Soy tu mami. Nunca juego limpio. —Le mostré la lengua, para después darle un beso.

—Creo que es hora de que me vaya —dijo Evan, levantándose del sofá—. Nos vemos la otra semana, quiero mi revancha.

—Te voy a volver papilla igual, Ronaldo.

—Vamos a ver, Pulga. —Ambos se sacaron la lengua infantilmente.

—Espérame aquí, Evan— musité siguiendo a los mellizos. Los ayudé a entrar en la cama y di un beso de buenas noches a cada uno, quedándome un poco más tiempo con Maia.

Levanté la mirada para encontrarme con Evan recostado en el marco de la puerta mientras observaba la rutina de los mellizos. Acomodé la vaca de peluche que Maia usaba para dormir.

—¿Están dormidos? —susurró cuando cerré la puerta—. Eres una excelente madre, Alexandra.

—Gracias. Y no, no están dormidos, solo cierran los ojos y fingen dormir... Crecen muy rápido.

—Y lo has hecho todo sola.

—No sola. Mathew... —Tragué el nudo en mi garganta—. Matt siempre estuvo ahí.

—Tengo que irme. —Noté el tono áspero en su voz—. Ian me dijo que pasaba noches aquí.

—Intenté tener una relación con él... Teníamos una relación basada en el cariño y la amistad; en algún punto de mi vida, pensé que podía amarlo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Me di cuenta de que no podía basar un matrimonio en respeto y cariño, se necesita mucho más que eso. —«Y apareciste tú»—. Te acompañé al coche.

—No, tienes que vigilarlos. Puedo bajar solo —dijo Evan en tono elevado.

—No somos bebés —respondió Ian. Maia soltó risitas nerviosas.

—A dormir, o cierta consola de Xbox estará clausurada.

—Estoy roncando, mami—gritó Ian y simuló roncar.

Negué con la cabeza mientras Evan reía ante la ocurrencia

—Gracias por pasar tiempo con ellos. Matt no viene desde hace una semana y están acostumbrados a tener presencia masculina en su vida.

—No tienes por qué darlas. Me divierto mucho con ellos. Son niños extraordinarios—sonrió.

—Lo sé, se parecen mucho a su padre.

No pude evitar el recuerdo de lo que había pasado horas atrás en casa. Ian y Evan jugando a la *Xbox*, Evan ayudando a Maia a sostener su muñeca mientras ella la peinaba para un evento...

Estábamos llegando al auto cuando Evan me detuvo.

—¿Oye, por qué lloras? —No me había dado cuenta de que una lágrima recorría mi mejilla hasta que él la limpió con uno de sus dedos—. No me gusta verte llorar, pequeña. —Ante el apodo cariñoso, no pude evitar que otra lágrima se deslizara. Me apretó a su cuerpo y sollocé en su pecho, respirando fuertemente para tratar de calmarme. Cuando me sentí mejor, me separé levemente—. ¿Mejor? —asentí sin verlo a los ojos. Una de sus manos levantó mi rostro, tomándome de barbilla y conectando mis ojos con los suyos—. No me gusta verte llorar, odio cuando lo haces.

Humedecí mi labio inferior. Su mirada recorrió mi rostro antes de detenerse en mi boca. No supe cómo pasó, pero cuando quise reaccionar, sus labios se movían tan suavemente sobre los míos. Enredé mis manos en su cuello y presioné más nuestros labios. Pensé que iba a alejarse, pero en vez de eso, sus brazos rodearon más mi cintura, pegándome más a su pecho, subiendo la intensidad del beso y pidiendo acceso con su lengua a mi boca. No se lo negué. Disfruté de su sabor, del latir de su corazón bajo mi tacto. Mi

amor por él estaba tan intacto... No pensé. Me dejé llevar por su beso suave y tierno, trasportándome a años atrás, cuando era parte de la vida de Evan. Poco a poco, el beso perdió su intensidad y él separó nuestros labios para unir nuestras frentes, inhalando lentamente.

Lo imité sin abrir los ojos y esperé un rechazo o una disculpa, como la última vez.

—Llevo meses queriendo besarte así. —Su declaración me dejó confundida—. Desde aquella vez que te besé en el departamento de Annie, tu sabor quedó impregnado en mi boca. —Estaba muda, literalmente desorientada, y no podía darle crédito a sus palabras—. Esa llamada con Bunny me dio a entender de que ella no quiere saber nada de mí, incluso se negó a contarme algo de mi pasado. Últimamente, ya no me importa si recuerdo o no.

Mi corazón se apretó por su declaración.

—Llevo demasiado tiempo sin vivir y ya es hora de que lo haga. —Sus hermosos ojos se abrieron y se enfocaron en los míos—. Alexandra... tengo ese extraño sentimiento cuando te toco, mi corazón bombea con tanta fuerza cuando te veo... Me gustas mucho. Y si tengo que darme una oportunidad, me encantaría que fuese contigo —murmuró antes de besarme de nuevo.

CAPÍTULO 8

Por un momento, pensé que era un sueño. Me quedé petrificada. Sentía sus labios contra los míos, pero no podía moverme, no podía pensar. Él había dicho «me gustas, Alexandra», dejándome completamente anonadada, con un estallido de júbilo en mi pecho y el fino frío del temor. El miedo de que él se enterara de que no le fui sido sincera barrió con la emoción que pude sentir en la punta de mis dedos cuando él declaró que yo le gustaba.

Tenía miedo de perderlo, pero no quería que dejara de besarme, no quería que el momento se esfumara. Mis manos tomaron su abrigo, apretándolo en puños, mientras movía mi boca, aceptando el beso que había estado esperando por lo que parecían milenios. Sus labios me acariciaban en forma tímida. Sus manos tomaron mis caderas y deslizó su lengua dentro de mi boca haciendo que emitiera un jadeo entrecortado y una lágrima descendiera por mi mejilla.

Lo amaba. Mi corazón estallaría dentro de mi pecho, porque la vida me estaba dando una nueva oportunidad de tenerlo junto a mí. Mientras lo besaba, viajé en el tiempo, doce años atrás exactamente, cuando nada empañaba nuestro futuro, cuando tomados de la mano caminábamos por los adoquines de *Central Park*.

Su respiración se tornó pesada, su beso subió de intensidad. Me di cuenta de que mi amor por él se había quedado detenido en el tiempo. No, mi amor por él se había expandido. Intenté esconderlo, pero ahí estaba, latiendo pesadamente bajo el suave compás de sus labios contra los míos.

Sus manos tomaron mis mejillas y detuvo el beso lentamente, saboreándolo hasta dejar un suave roce en mi piel.

No dijimos nada. Sabía que él me observaba, ya que podía sentir la intensidad de su mirada, pero yo no quería observarlo. Estaba dividida. Una parte de mí se sentía pletórica, la otra se sentía culpable, y ambas batallaban para ver cuál sería más fuerte.

Me recosté en su tacto, sintiendo la suavidad en las palmas de sus manos, obligando a mi pelea interna a menguar, deseando saborear el momento más tiempo.

Uní mi frente a su barbilla sin saber qué decir o qué hacer.

Él besó la cima de mis cabellos mientras respiraba arrítmicamente.

No puedo decir con claridad cuánto tiempo estuvimos así, envueltos en

nuestra propia burbuja, pero sin saber qué atormentaba la mente del otro. Más temprano que tarde, Evan se alejó de mí, sus pulgares acariciaron mis mejillas al tiempo que me obligaba a mirarlo a los ojos.

Me perdí en el claro de su iris, en sus ojos, que siempre habían sido hipnóticos para mí.

Él acarició su nariz con la mía y dio un suspiro largo.

—¿Quieres darme una oportunidad, Alexandra?

No contesté nada. En cambio, solo lo observé como el sueño más maravilloso después de una gran pesadilla.

Evan bajó su mirada al ver mi mutismo.

—Yo... yo de veras lo...

Coloqué mi mano en su boca... pensaba que no quería lo que él ofrecía, podía verlo en la arruga en su frente, en la forma en que sus ojos se achicaban. Lo abracé con fuerza, lo atraje a mi pecho como si pudiera fundirnos en uno solo.

—Por favor —murmuré en su camisa—. No te disculpes esta vez. Por favor, creo que no podría soportarlo, Solo... no sé qué decir.

—¿Qué tal un sí? —Me tomó de los hombros, alejándome de su cuerpo.

—¿Un sí a qué? —Me sentía viva, mi corazón latía en cada uno de los rincones de mi cuerpo.

—Soy un asco en preposiciones si no entendiste lo que quise decirte. —Sonrió—No sé qué tan bien me fue en el pasado, pero desde que desperté, es la primera vez que lo hago. Sería precipitado hablarte de amor. —Un pinchazo de dolor se incrustó en mi pecho y él acarició mi mejilla con sus nudillos—. No me malinterpretes, me gustas Alexandra, me gustas al punto que ya no quiero ser solo tu amigo. Tú sabes, ser mi... —Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y a mi mente llegaron los recuerdos de lo que había ocurrido cuando me lo propuso por primera vez.

Octubre 16 de 1999

—¿Está buena tu hamburguesa? —preguntó Evan después de terminar la suya.

—Genial, como todas las hamburguesas. —Mordí una pequeña porción, esa era nuestra séptima cita, no cita. Y él me gustaba más de lo que quería reconocer.

—Si no te gusta, puedes pedir otra cosa. Lo que tú quieras

—La hamburguesa está bien. —Me encogí de hombros y tomé otra pequeña porción.

—¿Te parece si damos un paseo cuando termines de comer?

—Es tarde, mañana tenemos que trabajar. —Parecía nervioso, pero lo dejé pasar.

—Será corto, te lo prometo... —rogó y tomó mi mano entre las suyas—. Anda, ánimo. —Sonreí asintiendo.

Me dio una gran sonrisa y se recostó sobre su asiento. El cielo empezaba a oscurecer y el clima era templado. Era viernes y estaba terminando mi turno en el restaurante cuando él había traspasado las fuerzas, lanzándole un beso a Jull y recostándose en la caja para invitarme a salir. Me había esperado hasta que mi turno acabara y luego habíamos caminado uno al lado del otro hasta llegar a Battery Park.

Salimos de Burger King media hora después y él quiso volver al parque. Caminamos en silencio por el paseo marítimo, sin nada más que el murmullo de la noche. Evan llevaba las manos en sus bolsillos. Negó con la cabeza antes de detenerse de improviso, lo que hizo que quedara varios pasos por delante de él.

—No puedo seguir así.

Me giré, mirándolo sin entender.

—Tenía todo en mi cabeza, pero supongo que algo pasó en el conducto cerebro- boca. —Sonrió nerviosamente y luego se acercó a mí—. Nunca he sido muy bueno con esto, así que por favor no te burles.

—Evan, somos amigos...

Volvió a negar con la cabeza—: Es ahí donde está el problema.

—¿En ser amigos?

Su mano se aferró mi muñeca y rascó sus cabellos como pensando las palabras—: Verás... me gustas. —Su rostro se tiñó de rojo—. Me gustas mucho. Y bueno, yo... quiero saber si tú... ¿Tú sabes?

—¿Qué debería saber? —Fingí demencia

—Alexandra. —Bufó y tomó aire—. ¿Quieres ser mi... mi novia?

Me acerqué a él, dejando que mi mano se posara en su mejilla sin importar el viento helado que nos envolvía. Me empujé para rozar mi nariz con la suya.

—Sí —susurré antes de besarlo.

—Alexandra... —Evan me llamó, sacándome de mis recuerdos—. Necesito una respuesta. —Se veía tan nervioso como aquella vez.

Acaricié su mejilla con ternura, me incliné y rocé mi nariz con la suya —tal cual como lo había hecho aquella vez— antes de besarlo. Había soñado tanto con mis labios entre los suyos, que ahora que los tenía de nuevo, me negaba a dejar de hacerlo.

Esta vez fue mi lengua la que pidió acceso a su boca, enredándose con la suya y apretándolo más a mí. Mis manos se enredaron en sus cabellos jaloneándolo un poco a medida que el beso subía de intensidad.

No fue hasta que unos chiquillos nos sugirieron buscar una habitación que nos separamos, respirando pesadamente.

—Espero que eso sea un sí —murmuró con la respiración acelerada y una sonrisa tímida en sus labios.

—Lo es —susurré abrazándolo fuertemente—. Lo es, Daniel... Tú también me gustas mucho. —Sentí sus brazos acercarme más a él y estuvimos unos segundos abrazados.

—Debo irme.

—Lo sé —musité, pero no quería dejarlo ir.

—Vendré mañana. —Volvió a susurrar. Había un deje de diversión en su tono de voz, así que me alejé de él y volví a besarlo; esa vez suave y sin prisas, disfrutando del movimiento de sus labios junto a los míos, hasta terminarlo de manera lenta.

Él peinó mis cabellos hacia atrás y deslizó su pulgar en mi mejilla—: Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, Daniel—me quede de pie en el mismo lugar esperando mientras se subía al coche —. Daniel ¿Puedes avisarme cuando llegues a casa —él sonrió.

—Claro que sí, princesa. —Encendió el auto y se despidió con su mano. Me quedé en el mismo lugar hasta que el coche se perdió en la distancia. No pude evitar llevar mis dedos hasta mis labios recordando el calor y la suavidad de los suyos.

Era la novia de mi prometido; y a pesar de que sobre nosotros se cernía una maraña de mentiras, en ese preciso instante, me sentía en calma.

Con el aroma de su piel aún en mi olfato, me encaminé hacia mi

departamento.

Mathew estaba de pie junto a la ventana que daba al parqueadero del edificio. En un primer momento, pensé que era un ladrón, pero al verlo bien me di cuenta de que era él, y por la expresión en su rostro, podía jurar que nos había visto.

¿En qué momento había llegado?

Cerré la puerta tras de mí y me quedé pegada a ella, nuevamente sin saber cómo actuar. No quería hacerle daño, nunca había sido mi intención. Durante varios minutos, el departamento estuvo en silencio y el ambiente era tan tenso, que ni unas tijeras de jardinería podrían cortarlo.

—¿Lo amas? —preguntó Matt, cuando me senté en el desayunador con un vaso con agua entre mis manos.

—Tú conoces la respuesta a esa pregunta, Mathew. Has estado ahí, has vivido junto a mí...—No lo miré, no podía hacerlo.

—No me hagas esto, Alexandra. No. ¡No nos hagas esto! —Su voz subió varias octavas.

—Mathew, por favor... Los niños están dormidos. —Noté que tenía la botella de tequila que estaba sobre la alacena.

—Los llevé a la cama. Cuando llegué, estaban observándote desde esta ventana. —Dio un sorbo a la bebida—. Me dijeron que habías salido a acompañar a “Daniel” a su auto, así que trencé el cabello de Maia y prometí a Ian jugar un partido de *Xbox* con él mañana. —Se acercó a mí y colocó la botella de un movimiento fuerte sobre la mesa—. Mientras tú te besuqueabas con él afuera ¡sin importarte que yo estuviera aquí, joder!

—Baja la voz —murmuré una vez más—. ¡Matt, ni siquiera sabía que estabas aquí!

—¿Alguna vez me quisiste, Alexandra?

—También conoces la respuesta a esa pregunta, te quise... te quiero. —Intenté tocar su rostro pero él se alejó—. Matt, lo nuestro no hubiese funcionado a futuro, siempre hubieses estado bajo la sombra de él. —Traté de razonar, pero había vuelto a la ventana y estaba bebiendo sin detenerse—. Yo intenté ser feliz contigo.

—¿De verdad lo intentaste? —Se burló—. Siempre estuviste pensando en él, incluso cuando hacíamos el amor, ¿verdad?

—Mathew, no te hagas más daño.

—¡El daño me lo estás haciendo tú! —espetó rudamente—. He pasado años, Alexandra. —Me señaló—. ¡Años! Primero, esperando el momento

adecuado; y después, rogándote una oportunidad. —Dos lágrimas cayeron por sus mejillas y no pude evitar que mi pecho se contrajera—. Te he amado, como amigo, como hombre, he sido paciente, Alexandra, te lo he dado... —su voz se cortó— todo. ¡Maldición! Y tú tiras cuatro años a la basura porque él llegó.

—¿Cómo te lo hago entender? Me odio a mí misma por hacerte daño, pero cómo te explico que siempre fue él... —murmuré con voz ahogada—. No quiero perderte, Matt. Te amo.

—No me amas —refutó él.

—No de la manera cómo quieres que te ame, pero sí lo hago. No puedes pedirme que tire por la basura una oportunidad que me está dando la vida. —Le grité con dolor—. No puedes ser tan egoísta al pedirme que no busque mi felicidad.

—¿Y la mía Alexandra? Y mi felicidad, ¿qué? Quizás yo soy un egoísta, pero tú también lo eres. Me exiges que le deje el camino libre a él, cuando sabes perfectamente lo que significan para mí tú y los niños. ¿Cómo pretendes que el corazón no se me destroce cuando acabo de verte besarlo? ¡Tú!... —Sus lágrimas eran dagas directas a mi corazón—. Tú que nunca me besaste en cuatro años, Alexandra. Tú que evadías mis besos. Tú que me decías que la calle no era un buen lugar para darlos... Tú vas y lo besas en plena avenida, frente a tu edificio, sin importar que los vecinos, e incluso tus hijos, te observaran. —Me sentía mal, culpable—. ¿Soy yo el egoísta? —Me preguntó—. Responde, maldita sea. ¿Soy yo el egoísta? —Me quedé callada y bajé mi cabeza—. Solo espero que no me pidas que deje de venir. No pienso perder a los mellizos. —Alzó la botella en mi dirección—. A tu salud, Alexandra Jones. —Se empinó en ella—. Por qué seas muy jodidamente feliz. —La soltó, dejando que se hiciera añicos contra el suelo, y salió del departamento de la misma manera en la que entró.

Pasé las manos por mi rostro y luego por mi cabello antes de levantarme para recoger los vidrios y secar el líquido del suelo. Estaba terminando de limpiar cuando mi celular vibró sobre el desayunador.

Estoy en casa, en cama y pensándote. Tus besos aún queman mis labios.

Su beso aún quemaba mis labios también. Entendí algo: quería a Mathew, mucho, pero mi felicidad estaba por encima de todo y de todos. Le contesté:

Los míos también, que tengas una buena noche.

Marqué el teléfono de Mathew, pero me redirigió a buzón, marqué una vez más con el mismo resultado.

Matt, sé que pensarás mejor las cosas, sabes dónde estaré cuando estés listo para hablar.

EVAN

Ella estaba nerviosa, aturdida. Sus mejillas tenían un tinte sonrosado que la hacía ver aún más hermosa. Tartamudeé, y sé que dije muchas cosas, pero al final dijo que sí, yo también estaba nervioso, pero cuando ella me aceptó, el nervio se esfumó y todo fue un conjunto de sensaciones que no podía detener: euforia, temor, el deseo irrevocable de volverla a besar... Desafortunadamente, era tarde, sus niños la esperaban y yo tenía que irme. Nos despedimos con un último beso.

Llegué a casa con una sonrisa estúpida en la cara, agradeciendo al cielo que Annie estuviese de turno; últimamente, nuestras conversaciones terminaban en discusión. Me tiré en la cama, saqué el celular del bolsillo de mis jeans y busqué su número entre los contactos para enviarle un mensaje. Me sentía extraño, estaba teniendo actitudes que no eran aptas para un hombre de treinta y tres años. Me sentía vivo, eufórico. No quería decir que enamorado, pero estaba casi seguro de que sí.

Las semanas empezaron a pasar de prisa para nosotros. Con ella en el trabajo, yo en la universidad y los chicos en la escuela, era poco el tiempo el que podíamos tener para nosotros, pero disfrutaba cada momento junto a ella. Con el paso de los días, empecé a sentir algo más primitivo hacia Alexandra... Deseo. Si bien ya había tenido pequeños problemas matutinos debido a ella, ahora que era mi novia el problema había incrementado a tal punto que tomaba todo de mí no masturbarme con su nombre bailando en mis labios, mientras evocaba nuestros besos. Había ido dos veces con el doctor Parker, la tomografía seguía revelando que todo en mi cerebro estaba bien, retomé mis terapias con la doctora Warner, pero evitaba preguntarle a Alexandra cualquier cosa de mi pasado por tres cosas: La primera, no quería que ella pensara mal de mí. La segunda, mi vida pasada ya no me importaba. Sabía lo realmente importante, tuve un mejor amigo que murió en los

atentados, mi novia de ese tiempo había superado la pérdida y estaba felizmente casada; y tercera, yo era huérfano. Ahora quería enfocarme en mi futuro, en terminar mis estudios y ver a dónde nos llevaba el tiempo a Alexandra y a mí. Por otra parte, estaba pensando seriamente en mudarme, la situación con Annie era desesperante, discutíamos hasta por las cosas más sencillas. Seguía insistiendo con que Alexandra era una farsante y, por último, me había sacado en cara lo que había hecho por mí mientras estuve en coma.

Odiaba pelear con Annie, ella me había mantenido vivo, se había hecho cargo de mí y de mi recuperación. La amaba de la misma manera que amas a un hermano, a tu familia, ella era lo único que tenía. No le había dicho de mi relación con Alexandra, pero sabía que lo intuía. Me dolía hacerle daño, pero la conexión que sentía con Alexandra, la chispa que asaltaba mi cuerpo, era algo que no podía negar, y no estaba dispuesto a dejarlo ir ni por Annie ni por nadie.

CAPÍTULO 9

Pasaron dos semanas completas sin que tuviese noticias de Matt. La escuela había reanudado clases y con eso Evan había retomado la universidad. A pesar que el tiempo que teníamos para los dos era limitado, buscábamos la manera de vernos el fin de semana.

Sus besos me transportaban a algún lugar fuera del planeta. Verlo compartir con los niños, ya fuese jugando o realizando los deberes, hacía que algo en mi interior estallara. Sin embargo, Evan no me había vuelto a preguntar nada acerca de su pasado.

Algunos días pensaba que eso estaba bien, si él no preguntaba yo no tendría que mentir; otros, como hoy, me preguntaba si él se había rendido, si su decisión era no saber quién fue.

Estaba terminando de dar mi clase a los alumnos de preparatoria cuando la secretaria de la escuela me avisó que tenía una visita. Dejé que Thompson, el alumno que era mi asistente, se encargara de mantener el aula en orden mientras resolvían un par de ejercicios y seguí a la señorita Williams hasta la sala de profesores.

Mathew estaba sentado en el sofá con el casco de la motocicleta entre sus piernas. Alzó la mirada en cuanto sintió mis pasos. Había perdido un par de libras, lo sabía porque yo le había regalado la camisa que tenía puesta en ese momento, le quedaba holgada, cuando meses atrás me decía que sus brazos estaban más anchos. Tenía profundas ojeras de un color casi morado, sus ojos se veían apagados y su cabello opaco. Estaba demacrado, como cuando hacía largos turnos en urgencias. Esperó que la señorita Williams nos dejara solos para levantarse del sofá y caminar hasta mí, quedando separados por dos pasos.

—Alexandra.

—Mathew.

El silencio nos envolvió a ambos.

—¿Cómo están los niños? Supe que Ian se inscribió en el equipo de soccer de la escuela.

Asentí.

—Maia está ensayando para una obra de San Valentín. La compañía de ballet quiere representar el Baile de las Luciérnagas.

—Ella lo hará bien. —Esa era la conversación más tensa que había tenido

con Matt—. Yo...

—Matt, soy yo, Alexa. Soy tu amiga antes que nada y...

—No digas más... Te lo dije una vez, Alexandra, no quiero ser tu amigo. Te amo demasiado; y porque lo hago, voy a hacerme a un lado y esperar.

—No hagas eso.

—Tú nos lo hiciste. —Movié el casco de una mano a otra—. Como te dije en el departamento, quiero seguir viendo a los niños.

—Tú eres su padrino Matt, tú...

—Quiero poder llevarlos a mi departamento, quiero poder ver una película con ellos.

—Matt, no voy a negarte eso, los niños te aman.

—También quiero corresponder económicamente por ellos.

—No es necesario. Nunca he aceptado tu dinero, a no ser que fuera un préstamo, no voy a empezar a hacerlo ahora.

—No seas estúpida, Alexandra. Te ayudé siempre con algunos gastos del departamento.

—Es diferente porque...

—Es lo mismo. —Me cortó tajante—. Sabes muy bien que los gastos del departamento son muchos y los niños no tienen por qué pagar por tus decisiones.

—Matt...

—No te había dicho porque pensaba hacerlo hasta después de la boda. —Se rio de sí mismo. Mi tórax se comprimió como si un puñal se clavase entre mis costillas—. Abrí un fidecomiso para los niños con el dinero de la reparación del 9-11, ya que tú nunca quisiste el dinero de Evan.

—Pero tengo una parte del dinero de mi reparación invertido y lo sabes.

—Qué más da, Alexandra. El dinero está en el banco desde que los niños nacieron, y bueno, quería contarte esto para que no te enteraras por otra persona.

—Pero...

—No quiero discutir sobre esto. También quería decirte que pasaré por el departamento esta noche para verlos.

—Puedes ir las veces que quieras, Mathew.

—Preferiría que él no estuviera ahí.

—No estará.

—Bien. —Observó la habitación antes de enfocar su mirada en mí nuevamente—. Tengo que irme, tengo que volver al hospital en un par horas.

— Pasó a mi lado y lo llamé antes de que atravesara la puerta.

—Matt. —No se giró—. ¿Has descansado esta semana? —Sabía de sus turnos maratónicos.

—¿Te importa siquiera? —Había tanto dolor en su voz—. Sí, Alexandra, he descansado. Duermo algunas horas en la sala de médicos, si a eso te refieres...

—Conduce con cuidado.

—¿Eres su novia?

No quería mentirle, quería ser sincera con él.

—Estamos intentándolo, no es fácil...

—Estuve hablando con el doctor Parker. —Matt llevó las manos a su cabello echándolo hacia atrás—. Las probabilidades de que él recuerde son mínimas. Voy a darte un único consejo... Deja de mentir. —Cerró la puerta tras él, dejándome con el pecho apretujado.

El sábado llegó rápidamente. Venía de dejar a Ian en su escuela de Karate y a Maia en su ensayo de ballet cuando vi a Evan sentado sobre las escaleras del edificio. Revisé mi celular, buscando llamadas perdidas, pero no tenía ninguna, por lo que aceleré mis pasos para encontrarme con él.

—Daniel. —El alzó la mirada, levantándose al verme. Por su expresión supe que algo le sucedía—. ¿Qué pasa?

—Necesitamos hablar. —La seriedad en su respuesta hizo que mi corazón se saltara un latido.

¿Qué sucedía?, ¿habría descubierto la verdad o recordado algo?

Pasé a su lado y subí las escaleras hasta llegar a mi apartamento.

—¿Quieres algo de tomar?

—Agua está bien. —Busqué su bebida y volví al sofá, sentándome sobre la mesa de café para quedar frente a él—. Estás extraño. —Tomé sus manos entre las mías, acariciando sus nudillos con mis dedos pulgares.

—Vengo de una consulta con el doctor Parker. —Había desánimo en su tono de voz. Solté una de sus manos para deslizar la mía por su cabello. Estaba largo, mucho más largo de lo que él lo acostumbraba a usar.

—¿Quieres contarme qué sucedió? —Besó mis dedos antes de dar un suspiro—. Annie le comentó lo que has estado haciendo por mí y el doctor no estuvo de acuerdo, sigue insistiendo con que mis recuerdos deben llegar

solos. —Se levantó del sofá caminando hacia la ventana que daba a la calle —. Llevo varios años esperando que mi memoria decida volver, ya no quiero esperar más.

—No te ha dicho nada nuevo, Daniel. Dale tiempo al tiempo. —Me acerqué a él y lo envolví entre mis brazos.

—También discutí con Annie. —Se giró, aferrando sus brazos a mi cintura —. Ella no entiende que estoy empezando a vivir mi vida.

—¿Qué te ha dicho? —Él deslizo un mechón de cabello tras mi oreja.

—Tonterías...

—Anda, dime. Estoy aquí para ti, para lo que tú necesites.

—No vayas a enojarte. ¿Sí?

Asentí vigorosamente.

—Ha vuelto a sugerir que tú me estabas engañando. —Se apartó de mí, volviendo al sofá, enterrando su cabeza entre sus manos antes de volver a mirarme—. Ella ha estado extraña desde hace un tiempo.

—Lo siento.

—No es tu culpa. —Me llamó con un ademán, por lo que caminé hacia él. Una vez estuve cerca, me jaló hasta dejarme sentada en sus piernas—. Estoy muy agradecido con Annie, pero ella tiene que entender que no siento nada más que agradecimiento hacia ella.

—¿Y hacia mí? —Él alzó mi mano, uniendo mi palma contra la suya.

—Lo sientes... La chispa... —Asentí—. Me siento conectado contigo, al punto que es desconcertante pero agradable. Me gusta lo que me haces sentir, Alexandra. —Acercó mi rostro al suyo para besarme lentamente.

«Te amo».

Mantuve su rostro junto al mío, entregando cada gota de mi amor en ese beso. Un beso sin prisas, solo el leve roce de su boca contra la mía, inhalando su aliento a menta y hierbabuena. No pude evitar sonreír cuando él terminó el beso con la simple fricción de nuestras narices, tal cual como lo hacía en el pasado.

—Eres tan hermosa, Alexandra. Me gusta tanto estar junto a ti, junto a tus niños. Me hacen sentir que estoy en familia.

—Somos tu familia, Daniel. Seremos tu familia todo el tiempo que tú desees.

—Gracias. —Acarició mi rostro con suavidad—. ¿Qué harán más tarde?

—Prometí a los chicos llevarlos de picnic una vez salgan de sus respectivas clases.

—Tengo una clase en una hora. —Un nuevo beso—. ¿Es molestia empaquetar un emparedado más?

—Por supuesto que no. No es que me moleste pero, ¿qué hacías fuera de la casa?, ¿por qué no me llamaste simplemente?

—Cuando salí del consultorio de Ethan, discutí con Annie en el estacionamiento. Solo conduje el coche hasta aquí, deseaba verte.

Lo besé, enredando mis manos en su cuello y atrayéndolo aún más a mi cuerpo. Lo deseaba. Quería fundirme con él, pero Evan seguía siendo el mismo chico que conocí hacía tantos años. El chico que no se acostó conmigo hasta después de año y medio de relación. Podía sentir su deseo tallando su pantalón, sus manos se volvían avariciosas recorriendo toda la piel que estuviese a su alcance, mientras nuestros labios se mantenían unidos.

—Dios, tengo que irme —murmuró reticente—. Esta clase tiene cuatro créditos y es importante, aunque podría quedarme toda la mañana aquí besándote...

Sonreí y me levanté de sus piernas.

—Nos vemos en un par de horas. Puedo ir por los niños, si quieres, y traerlos aquí.

Asentí. Me gustaba que pasara tiempo con los chicos.

Lo acompañé a la puerta y dejé que me besara un poco más. Sin saberlo, Evan me debía varios años de besos y pensaba cobrar cada uno de ellos.

—Tú nunca me mentirías, ¿verdad, Alexandra? —Deslizó su dedo por mi mejilla, mirándome tan intensamente que sentí como si pudiera descubrir todos mis secretos con esa sola mirada—. Si tú me mientes... Dios.

—Confía en mí —Acaricié su mejilla de la misma manera que él lo había hecho conmigo—. Todo lo que hago es por tu bien, yo nunca te engañaría.

«Mentirosa».

Lo miré mientras bajaba las escaleras, la leve cojera producto del atentado estaba ahí. Entendí en ese momento que tenía que contarle toda la verdad.

Mientras Evan estaba en la universidad y los niños en sus clases, me dediqué a preparar la cesta para nuestro picnic en *Central Park*. Estaba terminando de empacar los emparedados cuando escuché que llamaban a la puerta. Sabía que no sería Evan con los chicos ya que faltaba media hora para eso; abrí la puerta pensando que era Matt, pero no me sorprendió ver a Annie frente a mí.

—Hola.

Me corrí de la entrada invitándola a pasar.

—Te estaba esperando, Annie. —No cerré la puerta, algo en mi interior me decía que esa sería una visita breve.

Ella negó con la cabeza—: Que quieres decir con “te estaba esperando”. —Observó la carpeta roja que Evan había dejado sobre el sofá—. Él estuvo aquí.

—Supe que discutieron, por eso decía que te estaba esperando, solo que no pensé fuese tan pronto.

—Me dijo que quiere darse una oportunidad... ¿Sabes cuánto tiempo esperé escuchar eso?

—Yo...

—Está dispuesto a olvidarse que tuvo un pasado y ¡quiere darse una oportunidad contigo! Sé que dijiste que no jugarías limpio, pero no pensé que tú...

—Alto, yo no he hecho más nada que devolverle a su familia y devolverle parte de sus recuerdos.

—Con mentiras —sentenció—. Nada de lo que le has contado es verdad.

—Te equivocas, Annie. He omitido la verdad, pero le he dicho muchas cosas ciertas, parte de su pasado, su vida, le di a sus hijos...

—¡Por el amor a Dios! ¡No sabe que son sus hijos!

—Tengo la esperanza de que él va a recordar, y entonces...

—Quiero que te alejes de él. —Me interrumpió.

—¿Qué?!

—Sus dolores de cabeza son cada vez más frecuentes, el doctor Parker...

—¿El doctor Parker o tú, Annie? ¿Quién es el que dice que no se le puede decir la verdad? Estoy empezando a creer que a la que menos le conviene que Evan recuerde quien fue es a ti. Lo amas, Annie. Y puedo entenderte porque yo también lo amo.

—Tú no lo amas como yo. —Su voz se quebró y solo por un momento sentí pena por ella. Annie y Matt estaban en la misma situación.

—No, ningún ser humano puede amar a otra persona con la misma intensidad. Siempre supe que Evan me amaba mucho más de lo que yo podía amarle a él, hay partes de mí que nunca le permití conocer. Sin embargo, él era transparente conmigo y por eso lo conozco mejor de lo que tú puedes llegar a conocerlo, porque yo conozco sus bases, su vida. Y sí, es cierto, le he mentado y omitido cosas, todo menos mis sentimientos, mi amor y quizá sus

recuerdos no lleguen, quizá él quiera olvidarse de su pasado, pero lo que sentía por mí está ahí; y te guste o no, Annie, está surgiendo de nuevo. No voy a dejar de verlo porque te hayas encaprichado con él cuando estaba en coma, si Evan me dice que me ama, corresponderé ese amor por sobre la cabeza de quien sea, porque estoy cansada...

—¿Es tu última palabra?

—Es la constatación de un hecho.

—No dejaré que me lo quites, sabes que estoy dispuesta a todo por él.

—Ya nos habíamos declarado la guerra. Si no tienes más nada que decirme, cierra al salir. —Me encaminé hacia la cocina, pero antes que ella pudieses salir, la llamé—. Y Annie, estoy cansada de omitir, no importa lo que el doctor Parker o tú piensen, voy a empezar a contarle la verdad.

Ella sostuvo la puerta unos momentos, mirándome con rabia contenida.

—Suerte con ello. —Se burló—. Podrás conocer al hombre de antes de los atentados, pero yo lo conozco después del coma, si hay algo que no tolera es que le oculten cosas y tú has “omitido” varias. —Cerró la puerta con un sonoro portazo.

Evan y los niños llegaron casi una hora después de la visita fugaz de Annie. Había intentado olvidarla, pero ella tenía razón en muchas cosas, él me había dicho en más de una ocasión que no toleraba las mentiras y el miedo de que pudiera enterarse de todo era latente en mi corazón. No quería perderlo ahora que lo había encontrado.

—Ahora eres tú la rara. —Picó mi nariz con su dedo—. ¿Sucedió algo con Mathew?

—No. ¿Por qué lo mencionas?

—Lo vi esta mañana en el hospital, creo que me odia.

Estábamos sentados sobre una manta a cuadros, como en los viejos tiempos. Maia e Ian estaban jugando con unos niños no muy lejos de donde estábamos.

—Oye... Vuelve a mí.

Bajé la mirada para observarlo con su cabeza recostada en mis piernas, como si el tiempo se hubiese congelado.

—Estoy aquí, cariño... —Dejé que mis dedos acariciaran su cuero cabelludo.

—Oh, eso se siente bien. —Cerró los ojos y ronroneó como un gatito—. ¿Puedes repetir lo que dijiste hace un momento?

—¿Qué cosa? —Lo piqué.

—Ya sabes, lo último que dijiste. Cierta apelativo...

—Cariño. —Bajé mi rostro dejando que mi pelo crease una cortina que nos aislaba del parque.

—De nuevo.

—Cariño.

—Una vez más.

—Mi vida, cariño, mi amor...

Sus manos tomaron mi rostro besándome con ternura.

—Todo ha sido tan rápido... Siento tantas cosas por ti... ¿Alexandra?

—Sí.

—En dos semanas... —Inhaló con premura—. En dos semanas es San Valentín y me gustaría poder tener una cita... A solas. ¿Qué dices?

—Puedo buscar a alguien que se haga cargo de los niños y podemos salir a cenar.

—¿Y Cine?

Me reí por lo cliché que era ese argumento y me levanté para buscar a los mellizos con la mirada, hasta hallarlos jugando.

—Me aseguraré de dejarte temprano en casa.

—No tenemos quince años, Evan... Perdón. —Él se levantó de mis piernas sentándose a mi lado.

—¿Nos parecíamos mucho... él y yo?

—Sí.

—¿Estás conmigo porque te lo recuerdo?

—No. —Me giré para quedar frente a él—. Tengo que contarte algunas cosas.

—¿Eras mi novia y me dejaste por Evan?

—¡No!

—Me dijiste que habías destruido todas las fotografías de Evan. ¿Por qué?

—Destruí medio departamento cuando llegó la constancia donde notificaban que estaba muerto, a pesar que pasaban las semanas yo tenía la esperanza de él estuviese en alguno de los hospitales a los que llevaron heridos. Estallé de ira contra él porque me había jurado volver a mí y destruí todas las fotos que teníamos juntos y la mayoría de sus cosas. La psicóloga me dijo que había sido una manera de sobrellevar el duelo.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste?

—Cuando los niños empezaron a preguntarme por su padre, lo hice. Nunca tuve una fotografía para mostrarles. —Mi mirada se perdió en el lugar donde los chicos jugaban.

—Cariño, ven aquí... —Me senté sobre sus muslos—. Si no quieres que pasemos la noche juntos, podemos simplemente cenar, y me gustaría poder invitarte a bailar, pero...

—Creo que podemos hacer lo que nosotros queramos. —Deslicé mis brazos por su cuello justo en el momento que vi a Ian correr hacia nosotros.

—¿Qué tan bueno eres en el arco, Daniel? —Estaba jadeante por correr.

—Bueno... —Miró su prótesis.

—Un niño llamó a su papá a jugar, así que es justo que nosotros tengamos un adulto también. Anda, porfa. —Mi hijo unió sus manos en un ruego silencioso.

—Está bien, pero no soy muy bueno. —Mientras caminaba con mi hijo de regreso al campo improvisado, llegaron a mí los recuerdos de un Evan jugando al fútbol con varios niños del parque.

Abril de 2001.

—¿Dónde vas? —pregunté somnolienta. *Habíamos estado recostados sobre una manta azul jugando a encontrar figuras en las nubes.*

—A jugar con los niños.

—Eres malo jugando, amorcito. *Esos niños van a darte una paliza.*

—Oh, amor. *Hieres mis sentimientos... Aun así voy a que me den una paliza y luego tú puedas consentirme con amor.*

—Quédate conmigo.

—Nena. —Miró a los niños con anhelo—. *Si vamos a tener hijos déjame practicar un poco cómo debo comportarme con él. Te amo. —Me dio un beso antes de correr a jugar con los niños. Me senté, recostando mi espalda al árbol que nos daba cobijo, y vi cómo se acomodaba en la portería. El primer gol del equipo contrario fue a los dos segundos de haber empezado el partido; y antes de que se acabara el primer tiempo habían logrado anotar tres más. Lo vi venir a mí con el rostro congojado y abrí mis brazos para recibirlo.*

—*Esos niños me han echado de su juego. ¿Puedes creerlo? —Me reí de su puchero y lo abracé fuertemente a mí.*

—*Seguirás practicando. Cuando nuestro hijo nazca, serás el mejor.*

Negué con la cabeza, espantando mis recuerdos, y enfoqué mi atención en el partido de fútbol que se estaba desarrollando.

—¿Alexandra? ¿Eres tú, Alexandra Jones? —Una voz familiar llamó mi atención.

Me giré rápidamente para ver a Jull, mi jefa inmediata en el restaurante que estaba ubicado en la Torre norte, caminar presurosa hacia mí.

—Niña. —Me abrazó de manera fuerte—. Supe lo de Evan. Intenté buscarte, pero no sabía si te habías ido de la ciudad o si habías vuelto con tus padres. —No había visto a Jull desde esa mañana del 11 de septiembre de 2001—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mami. —Maia llegó corriendo donde estaba, detrás de ella, Ian y Evan se acercaban riéndose por algo que venían conversando—. El niño que tenía el balón tuvo que irse, así que el partido se ha terminado. —Vi cómo Jull observó a Maia para luego enfocar su mirada en el hombre que caminaba junto a mi hijo.

—¿Evan? — Estaban demasiado cerca como para hacer cualquier movimiento, así que solo miré a Jull mientras Evan e Ian se acercaban hacia nosotros.

—Al menos no nos ganaron. ¿No es así, campeón? —La mirada de mi ex jefa estaba trancada en la de mi prometido.

Decidí hablar yo antes que ella lo hiciera.

—Daniel, esta es Jull. Fue mi jefa cuando trabajaba en las torres.

—Otra sobreviviente, casi no me encuentro con ninguno. Supongo que los recuerdos aún duelen.

—Es un día que quedará grabado en nuestra historia. Yo estaba en la torre cuando el avión impactó. Logré salir gracias a que decidí usar las escaleras, pero pensé que tu habías mue... ¿ Dijiste que se llamaba Daniel?— Me observó sin entender.

—Sí, ese es mi nombre. Daniel Harris.

—Jull Lewis.

—Jull, esos dos chiquillos son Ian y Maia... La razón por la cual me

dormía en el trabajo.

—Mami, ¿podemos comer helado?

Asentí.

—¿Puedes llevarlos, Daniel?

—Claro. Un placer, Jull. Vamos niños. —Esperé que estuvieran lo suficiente lejos para hablar.

—Evan estuvo cinco años en coma después de los atentados, tres años en recuperación. Nos reencontramos hace unos meses en el memorial.

—¿Por qué lo llamaste Daniel?

—Sufre de amnesia.

—¿Y qué tiene que ver eso con que no lo llames por su nombre real?

—Es complicado, Jull. Prometo reunirme contigo y contarte todo, por lo pronto solo puedo decirte que no podemos decirle quien es, solo dejar que el recuerde por sí mismo.

—Eso es estúpido, cómo va recordar si se le tratan con mentiras.

—Lo sé, pero su médico dice que podemos crear un shock.

—¿Sabe que los niños son suyos? —Negué y ella rebuscó en su bolso un papelito, tendiéndomelo—. Este es mi número de teléfono, esperaré tu llamada. —Tomó mis manos—. Sabes que mi esposo es neurólogo, no entiendo por qué le están mintiendo. Quizá él puede ayudarte.

Asentí.

Para cuando Evan volvió con los chicos, Jull ya se había ido, pero en mi mano quemaba la tarjeta que ella había dejado con sus números.

CAPÍTULO 10

A pesar de lo cansados que venían los niños, hicieron el trayecto a casa jugando *par o impar*^[3]. Evan se unió a Ian y yo a Maia, y le ganamos a los chicos por dos puntos de diferencia.

—Eso fue trampa, Daniel iba conduciendo, no podía saltarse un alto.

—Sí, señoritas. Ian tiene razón.

—Que malos perdedores. —Le susurré a Maia.

—¡Abuelito! —gritaron mis hijos antes de bajarse del coche y correr en dirección al padre de Mathew, que esperaba en la entrada del edificio.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —Agradecí internamente que Evan permaneciera en el coche.

—Es tarde, vete ya. —Él miró al hombre que llenaba de besos a los niños.

—¿Es el padre de Evan?

«Mentir, o no hacerlo...».

—Es el padre de Mathew. —Decidí no hacerlo—. Los padres de Evan murieron hace años.

—Oh, supongo que me iré a casa sin beso. —Miré hacia Andrew Campbell, que me esperaba con una mirada interrogante, y giré mi rostro, capturando los labios de Evan en un beso suave.

Él sonrió deslizando su lengua por sus labios.

—Avísame cuando llegues a casa.

—Llámame tan pronto los niños se duerman. —Le di otro beso antes de bajarme del auto. Miré hacia el lugar donde Andrew estaba, pero, al parecer, los niños ya lo habían llevado escaleras arriba.

Subí hasta el departamento y salude a el padre de Matt con un abrazo. El señor Campbell se había convertido en un pilar para mí y un abuelo amoroso para los niños. Mientras Ian y Maia contaban historias de sus últimos días a su abuelo, preparé algo para cenar, unas sencilla pasta a la carbonara acompañada de un poco de perejil y refresco de bebida.

Podía sentir la mirada taladrante de Andrew, pero se mantuvo hablando con los chicos durante toda la cena hasta que cayeron rendidos, exhaustos por el día, luego de un baño.

El silencio fue tenso cuando nos quedamos solos por unos minutos. Andrew estaba sentado en el recibidor con una copa de vino en su mano mientras yo terminaba de limpiar la cocina.

—¿Qué está pasando? —Él fue el primero en hablar—. Mi hijo no habla conmigo. Sé de buena fuente que ha pasado los últimos días encerrado en el hospital, solo hace eso cuando la situación lo sobre pasa. Llego aquí buscando respuestas y te veo con un completo extraño, creo que lo besaste antes de salir del coche.

—Lo hice. —No iba mentir.

—¿Han roto la relación tú y mi hijo? —Dejé el trapo para limpiar y tomé una copa de la estantería. Serví un poco de vino y lo bebí un sorbo antes de responder—. No veía a mi hijo tan triste desde la muerte de Evan.

—Evan no está muerto. —Bebí el contenido de mi copa ante la estupefacta mirada de mi ex suegro—. Lo vi en el memorial hace casi cinco meses. Fue la razón por la que terminé mi relación con Matt, señor Campbell.

—Hija... —Había dolor en su tono de voz—. ¿Estás segura?

—Completamente, Andrew. —Lo tuteé—. Era el hombre dentro del auto. Él me observó por unos segundos.

—Simplemente, no puedo creerlo. ¿Dónde estuvo todo este tiempo?

—En coma. —Rellené mi copa y la de él—. Usted fue testigo de mi amor por Evan, el dolor, la desesperación y lo que fue mi vida esos meses después del 9-11.

Asintió.

—Quiero a Matt, lo amo, pero no como a Evan. —Respiré de manera profunda, evitando las lágrimas—. No quiero hacerle daño, pero Evan me necesita, nos necesita a todos. Pero para Matt, él es su enemigo.

—Comprendo. —Tomó mi mano entre las suyas.

—Evan no recuerda quién fue, no recuerda su pasado, no me conoce...

—Pero lo vi besándote, muchacha.

—Me dijo que quería darse una oportunidad conmigo y no puedo negarme a la oportunidad que la vida me está dando, aunque eso lastime a Matt.

—Iban a casarse, muchacha. Mi pobre hijo...

—Usted debe odiarme.

Negó con su cabeza.

—Sé que lo hace, pero el destino me ha puesto a elegir entre mi mejor amigo y el amor de mi vida; y no sé hice la mejor elección, pero quiero intentarlo, quiero darle a mis hijos a su padre.

—Mathew ha asumido ese papel todos estos años.

—Lo sé y lo agradezco, no hubiese podido salir adelante sin la ayuda de ustedes; si su esposa no me hubiese ayudado con el cuidado de los chicos, si

Matt no hubiese estado ahí. Pero no puedo culpar a Evan por no ser parte cuando él no estaba consciente, cuando era algo que se escapaba de sus manos.

El padre de Mathew se pasó las manos por la cabeza, un gesto igual al que Evan y Mathew hacían cuando tenían muchas cosas en que pensar.

—¿Por qué dijeron que estaba muerto?

—No lo sé.

—Cuéntame bien, hija, porque necesito entender. Cuidé a ese chico desde los diecisiete años, mi mujer y yo lo hicimos uno más en nuestra familia, ¡lloramos por él!

—La chica que lo encontró dijo que estaba mal herido y que estuvo muchos años en coma y luego despertó y su terapia fue difícil. El doctor que lo atiende dice que no podemos contarle la verdad sobre su pasado, que no podemos decirle que Ian y Maia son sus hijos.

—¿Por qué? —Últimamente todos hacían esa pregunta.

—¡No lo sé!

—¿Has hablado con el doctor que está a cargo de su caso?

—No. —Él me observó de manera interrogante.

—Esto es muy extraño, Alexandra. En coma por cinco años, sin reconocer. —Se levantó de la silla y dio un par de pasos antes de encararme con aire pensativo—. Los que sobrevivieron y llegaron a hospitales, los identificaron; huellas, placas dentales, exámenes de ADN, el gobierno no escatimó en gastos. Necesitaríamos la historia clínica de Evan.

—No tengo nada de eso, Andrew. A mí solo me importa que está vivo. —Recordé la prótesis—. Perdió una pierna.

Andrew había trabajado como rescatista, debido a su trabajo como oficial de policía; él y Mathew estuvieron durante semanas buscando en los hospitales.

—Hija, hay algo extraño en todo esto, necesitas hablar con el doctor que llevó el caso de Evan, con la chica que dices lo mantuvo vivo.

—Ella está enamorada de él, no va a facilitarme nada.

—Entonces tendremos que buscar nosotros. —El leve toque en la puerta me hizo limpiar mi rostro y encaminarme hacia la entrada. Matt estaba ahí, profundas ojeras marcaban su rostro. Se veía agotado. Abrí mis brazos hacia él y me abrazó con fuerza mientras sollozaba. Lo apreté a mi cuerpo y sollocé junto a él. Pronto nos vimos cubiertos por los protectores brazos de Andrew.

—¿Papá?—murmuró cuando se hubo calmado—. Lo siento, te extraño, es

todo. — Volví a abrazarlo—. Solo vine a buscar las cosas que aún tengo aquí.
—Pasa, hijo, hay cosas que me gustaría comentarte.

Andrew se fue un par de horas después de hablar con Matt. Sostuve su mano con suavidad mientras Andrew sacaba conclusiones que ninguno de los dos se había detenido a pensar. Despedí a Andrew cerca de la media noche. Matt, preso del cansancio, se quedó dormido mientras su padre y yo debatíamos. Le quité los zapatos, acomodándolo en el sofá y colocándole una manta para protegerlo del frío, y me fui a mi habitación. Tenía seis llamadas perdidas de Evan y cuatro mensajes de texto.

¿ Aún sigue el padre de Matt en casa?

¿Por qué no me contestas, necesitas ayuda?

Dios, Alexa. Me estoy asustando. Por favor, llámame.

No podré dormir si no sé qué todo está bien. No he querido preguntar, pero Matt no se ha tomado bien la ruptura verdad Por favor, llámame...

Un preocupado Daniel.

Contesté rápidamente, sabiendo que él estaría esperando mi llamada.

El padre de Andrew acaba de irse, perdón por no contestar tus llamadas ni tus mensajes, tenía que explicarle muchas cosas. Matt no se ha tomado bien la ruptura, pero él solo está preocupado, descansa, Daniel. Ten dulces sueños.

Una adormilada Alexandra.

Pdta: Matt va a pasar la noche en el departamento, se quedó dormido en el sofá, no me gustaría tener problemas contigo por ello.

Estaba trenzando mi cabello cuando él contestó el mensaje.

No hay problema, Alexandra, por estúpido que parezca, confió en ti,

en tu mirada, sé que no me engañarías. Sé que es pronto, pero te quiero, Alexandra.

Aún siento tu último beso en mis labios.

Un atontado Daniel

Leí su mensaje con parsimonia, deteniéndome en su ciega confianza en mí, en mí, que le había mentido desde el primer segundo que nos vimos. Un desasosiego se instaló en mi interior, si Andrew tenía razón en sus deducciones, necesitaba encontrar la verdad antes de que él se enterara de mis mentiras.

¿Estás dormida?

Respondí.

También te quiero.

Me tomó dos semanas encontrar una cita con el doctor Parker. Estaba decidida a atar todos los cabos sueltos que Andrew había dejado. No había visto a Matt desde aquella noche que había dormido en mi departamento; para cuando desperté al día siguiente, sus cosas no estaban y la manta estaba doblada sobre el sofá. Sabía que hablaba con los niños por teléfono, incluso, que había ido a uno de los entrenamientos de Ian.

Necesitaba que el doctor me diera la historia clínica de Evan. Andrew estaba moviendo sus contactos, pero nuestra pista clave era saber qué había pasado una vez Evan ingresó al hospital.

Evan... Aún pulsaba en mi piel la caricia de sus manos la noche anterior. Con el pasar de los días, nuestros castos besos habían pasado a ser más fuertes y demandantes, una vez nos encontrábamos solos. Llegaba a casa cuando salía de sus clases, me ayudaba con la cena o se sentaba con los mellizos. Éramos una familia. Y por breves momentos, me olvidaba de lo que nos rodeaba, de su amnesia, de mis mentiras...

Había empezado a llamarlo Evan a propósito algunas veces, buscando alguna reacción en él. Pero no sucedía nada, solo sonreía y seguía realizando sus ejercicios mientras los mellizos hacían los deberes y yo cocinaba para los

cuatro. La mayoría de las noches se quedaba hasta después de que los chicos estuvieran dormidos, dedicándonos esas horas a nosotros. Explorándonos, besándonos, conteniendo la necesidad de compartir algo más que simples besos.

No me engañaba, quería estar con él de una manera sexual. Y no era desapercibido para mí la excitación de Evan, la manera en cómo su respiración se tornaba agitada, los músculos de sus brazos en rigidez total, la forma en la que sus dedos exploraban mi vientre, mi espalda y el mínimo roce a mi costado.

—Alexandra Jones. —La señorita detrás del mostrador me hizo volver al presente. La consulta del doctor Parker estaba ubicada al norte de la ciudad. No había querido ir al hospital por temor de encontrarme con Annie. La consulta fue extremadamente costosa pero aún así la pagué. Ya estaba ahí y tenía que seguir con el plan, por lo que caminé hacia el consultorio indicado y di dos ligeros golpes antes de abrir la puerta. El doctor Parker era un hombre de unos treinta y tres años, alto, de cabello color cobre y ojos verdes cubiertos por unas finas gafas.

—Alexandra. —Abrió una libreta y tomó un bolígrafo—. Siéntate. —Me senté frente a su escritorio—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y siete. ¿Me veo más joven? —preguntó con jovialidad.

—Dicen que usted es una eminencia.

—Eso dicen.

—No vine aquí por mí. —Él dejó el bolígrafo sobre su escritorio y cruzó sus manos frente a él, entrelazando sus dedos.

—Mi nombre es Alexa Jones, soy una sobreviviente del 9-11. —Él me escuchó con atención—. Mi prometido era Evan Cooper, usted es su doctor.

—No recuerdo a nadie con ese nombre.

—Daniel Harris. —La manzana de Adán del doctor se movió, pero su rostro permitió imperturbable.

—Claro, sé quién es Daniel, ha sido uno de mis pacientes más complicados. —Se giró en su silla y abrió un archivador, sacando una carpeta, también noté que aflojó el nudo de su corbata—. Pero no sé quién eres tú. No suelo revelar información sobre mis pacientes, no puedes venir aquí y decirme que Daniel es Evan sin una prueba de lo que dices.

—Tiene que creerme.

—Y lo hago, Alexandra, pero no puedo decirte nada acerca de Daniel. Si

quieres información de él, te recomiendo que hables con Annie Ford; es su prima, por lo que sé, y es la única persona que recibe información sobre la salud del paciente. Si me disculpas, tengo otro paciente que atender.

Me levanté de la silla. Él tenía razón, era ilegal compartir información acerca de un paciente—. Lo entiendo, si consigo una prueba, algo que demuestre que Daniel y Evan son la misma persona.

—Aún si lo hicieras, no compartes lazos de consanguinidad con el paciente. De verdad me gustaría ayudarte, pero no puedo faltar a mi juramento. —Asentí. Y en ese momento me sentí estúpida por haber arruinado sus fotografías.

No vi a Evan ese día. San Valentín se acercaba rápidamente y teníamos una cita. Aún no me había dicho dónde iríamos, pero se aseguraba en repetir que haría el día especial. Nunca celebré un San Valentín con Mathew, la fecha había pasado de una de mis favoritas a una fecha más, igual que Navidad o Año Nuevo. Le había contado a Andrew sobre mi fallida búsqueda de información, no tenía nada que me uniera a Evan y no creía que el doctor tomara como prueba a Maia o Ian.

Necesitaba algo, un examen de sangre, una foto lo que fuese. Afortunadamente, un par de días después, Andrew encontró algo y juntos fuimos a la consulta del doctor.

Se notó sorprendido al verme, pero cuando Andrew con su voz de ex agente de la policía le enseñó los exámenes de fin de año para High School y su carnet de deportes, aceptó que Daniel era Evan.

—Conozco a Evan hace tres años, el doctor Stevenson era quien llevaba su caso, es un sobreviviente del 9-11, es un paciente de treinta y seis años con amnesia retrógrada ¿Conocen ese tipo de amnesia? —Tanto Andrew como yo negamos—. Se caracteriza por la dificultad para recordar hechos pasados, suele mejorar con el tiempo, recuperándose progresivamente los recuerdos. Pero también puede presentar lagunas o pequeños espacios de tiempo en el que él no recordará nada. He practicado diferentes exámenes a través de los años, el cerebro de Daniel está un 98% recuperado; sin embargo, no puedo afirmar que vaya a recuperar sus recuerdos algún día.

—Necesitaría una copia de su historia clínica, doctor —habló Andrew.— ¿Habría algún problema?

—No. Solo tengo que decirle a mi asistente que saque una copia para ustedes. —Realizó una llamada telefónica y segundos después la chica apareció, llevándose la carpeta—. Les recomiendo hablar con Annie, ella ha

estado con él desde hace mucho tiempo.

Asentí por cortesía.

—¿Qué tan contraproducente es contarle sobre su vida antes de los atentados?

—Supongo que tú eres la chica que él encontró en el memorial, me habló mucho de ti en la consulta. —La puerta se abrió y la chica que se había llevado la carpeta volvió, entregando unas hojas al doctor—. Actualmente, él tiene una terapia de recuperación con la doctora Amelia Warner, ella puede contestarte esa pregunta mejor que yo.

Salimos del consultorio con un único fin, concretar una cita con Amelia Warner.

Esa noche, mientras los niños dormían, Evan llegó a casa después de la universidad, me ayudó con la cena y luego ambos nos sentamos con los chicos para ayudarlos con sus deberes. Cuando los niños estuvieron dormidos, nos acurrucamos en el sofá y me contó de su día y de sus próximos exámenes mientras acariciaba mi brazo de arriba a abajo.

—¿Has sabido de Mathew? —Alcé mi rostro observando la arruga en su entrecejo.

— No ha vuelto desde la última vez que estuvo en el departamento, pero ha hablado con los chicos y Maia lo invitó a la premier de su obra el catorce de febrero.

—Entiendo.

—Tú también estás invitado.

—No me ha preguntado.

—Da por hecho que irás. Solo dale unos días —suspiré—. Siento que, aunque no me lo dicen, extrañan a Matt. Han estado junto a él toda la vida.

—¿Cuánto tiempo tenían Matt y tú juntos?

—Tres años, sin embargo, Matt los conoce desde que estaban en mi vientre, fue él quien me impulsó a seguir con el embarazo—. Me alejé de su abrazo sentándome al estilo indio en el sofá—. Dejó de trabajar para cuidarme. Su madre, que en paz descansa, se convirtió en una madre para mí. Fue Matt quien estuvo en todos los controles, quien cuidó de mis comidas... No te molestes, pero también he sentido su ausencia.

Él me abrazó por unos segundos—: Matt es para ti lo que Annie para mí. No estuviera aquí junto a ti si no fuese por ella. Y últimamente, nuestra relación es tan complicada. —Acaricié su mejilla con mis dedos—. Discutimos casi todo el tiempo, dice que la he abandonado, incluso ayer se

atrevió a tirar en mi cara todo lo que ha hecho por mí.

—Annie te ama.

—Lo sé, lo he sabido durante mucho tiempo, pero nunca he sentido por ella más que amistad y agradecimiento. Cuando la tocó... —anudó nuestros dedos—, no siento ni la cuarta parte de las sensaciones que me sacuden cuando te tocó a ti. —Sonrió—. Amo a Annie, pero la amo como a una hermana, como a una amiga, no de la misma manera que te amo a ti. Y aunque causo mucha molestia, el día que Mathew se quedó aquí contigo, no puedo hacer nada contra ti, porque yo estoy viviendo con la mujer que me ama.

—Confió en ti. —Y lo hacía, confiaba en él. Confiaba que entendería las razones por la cual me había visto obligada a mentir cuando le contara la verdad.

—Te quiero, Alexandra.

—Yo también te quiero, Daniel.

Nos dimos un beso suave, sin prisas, un beso que rápidamente se transformó en más, en una exigencia, en pasión, en el deseo recorriendo nuestros cuerpos a una rapidez alarmante. Fue él quien terminó nuestro beso e inhaló bruscamente buscando calmar su respiración.

—He estado pensando esta última semana en mudarme al campus de la universidad con algún compañero. Necesitaré encontrar un trabajo, puesto que el dinero de la reparación se ha estado agotando estos últimos años, pero siento que lo mejor para Annie es que deje de vivir bajo su techo.

No dije nada, aunque dentro de mí estaba eufórica.

CAPÍTULO 11

Había marcado todos los días de febrero en mi calendario con una “X”. Tan pronto abrí los ojos, no pude evitar la sonrisa boba que adornaba mi rostro. El catorce de febrero había llegado. Evan y yo tendríamos nuestra primera cita y me sentía como una adolescente cuando va a salir por primera vez con su novio.

Di un gran respiro antes de levantarme de la cama. Ese día sería de locos ya que era la presentación de la obra de Maia. Mi pequeña niña luciérnaga estaba nerviosa, al punto que, en mitad de la noche, había ido a mi cama debido a la emoción.

—¿Crees que lo haré bien, mami?—preguntó, sus ojos azules turbios debido al nervio.

—Lo harás excelente, pequeña. —Rocé mi nariz con la suya—. ¿Necesitas que te cante? —Ella negó, acurrucándose a mi lado.

—Espero no fallar, Daniel y Matt estarán ahí y quiero que todo sea perfecto.

Sonreí.

—Lo será. Ahora cierra los ojos.

—Soñaré con papá.

Esa última frase me había marcado con hierro. Sin embargo, recordar la cara de Evan cuando Maia le dio la tarjeta de la invitación, la manera en que sus ojos se achicaron y tres arruguitas aparecían en su costado, y el abrazo fraternal que le había dado, hizo que un par de lágrimas escaparan de mis ojos.

Tenía que empezar a moverme, por lo que fui a la cocina y preparé panqués con chispas de chocolate y luego levanté a Maia antes de ir por Ian, que había estado refunfuñando por tener que ir a la presentación de su hermana.

Habíamos quedado en encontrarnos en el auditorio de la escuela de ballet. Tenía todo organizado para esta noche, los niños se quedarían con Marie, mientras Evan y yo íbamos a nuestra cita. Seguía sin decirme a dónde iríamos, pero la verdad me importaba muy poco. Con él, iría hasta el fin de mundo, solo necesitaba a mis niños y su mano atada a la mía.

Entre llevar a Maia al salón de belleza y arreglarnos para el evento, se hizo rápidamente la hora de partir. La presentación era a las 13:00 pero teníamos

que estar una hora antes. Dejé a Ian en el auditorio para llevar a mi niña tras bastidores, donde pequeñuelas de casi todas las edades estaban corriendo por el lugar. La ayudé a colocarse el traje enterizo de color blanco y un tutú verde intenso, había sido muy cuidadosa con su maquillaje y el recogido que debían llevar todas las niñas. Ajusté las delgadas alas de luciérnaga a su espalda y brazos y coloqué las antenas sobre su cabeza.

—Lo harás muy bien, estaré afuera con tu hermano. —Besé sus dos mejillas.

Ella asintió.

La maestra Claire las llamó a todas y yo salí del bastidor para sentarme en mi lugar. Ian estaba hablando con Evan sobre su primer partido de temporada; Evan se levantó al verme llegar, dejando las flores para Maia en la silla y dándome un suave beso en los labios.

Los mellizos habían preguntado por qué Matt ya no estaba en casa con frecuencia, hacía unos días, así que aproveché el momento para contarles de mi relación con Evan. Aunque al principio parecieron confundidos e hicieron muchas preguntas, al final ellos lo aceptaron como uno más de nuestra familia. Maia hizo hincapié en que Matt era su héroe y que si él lo aceptaba ella también.

—¡Matt! —Ian saltó de su silla abrazando a Mathew con fuerza una vez lo vio llegar por la puerta del auditorio. Él, como Evan, traía en sus manos un ramo de flores para Maia. Matt se sentó a mi lado derecho, mientras Evan estaba al izquierdo.

—Gracias por venir —susurré en el momento que las luces del recinto se apagaban.

—Ella es mi hija, no hay otro lugar donde quisiera estar. —Evan acarició mis nudillos al escuchar la respuesta de Matt, quien sacó una cámara filmadora que no había visto, justo cuando las niñas empezaban a salir.

Maia sonrió ampliamente al vernos en la primera fila. Las niñas caminaron en puntillas hasta llegar a la mitad de la puesta en escena, que era un bosque con frondosos árboles y animalillos. Hicieron un círculo, aún en puntillas, y giraron sobre su eje.

Estaba emocionada viéndola bailar y agarré la mano de Matt por un momento mientras la veía danzar. Había sido su idea incluirla en una escuela de ballet cuando cumplió ocho años. El primer acto solo duró dos minutos, la música cambió por un momento y las luces se opacaron aún más en la tarima. Sonidos de ranas croando inundaron el lugar mientras veíamos las sombras

de las niñas ocupar su lugar. Las luces de color verde, azul y salmón bailaron por todo el lugar mientras la suave melodía del piano daba comienzo a una hermosa puesta en escena.

Cuarenta y cinco minutos, y cinco actos después, las niñas hicieron una reverencia, dando por terminado el recital. El público se levantó de sus asientos estallando en un gran aplauso.

Matt empezó a caminar hacia los bastidores y yo tomé a Evan de la mano para llevarlo conmigo, pero él no se movió.

—Ve con Matt, ustedes son sus padres. —«Tú eres su padre»—. Yo te espero aquí con Ian, hermosa. —No, no quería que se perdiera ese momento, era el primer recital de Maia y era especial para ella.

—Vamos —insistí, pero él soltó mi mano.

—Yo espero a la luciérnaga aquí. —Negué con mi cabeza—. Ve, ella te está esperando.

Mi corazón se fracturó al dejarlo ahí cuando lo único que quería era que los dos alzáramos a nuestra pequeña. Sin embargo, él tenía razón, Maia estaba esperando por mí. Cuando llegué hasta ella, Matt la tenía en sus brazos mientras ella sonreía, se había quitado el tutú y las alas, quedando en el enterizo blanco.

—¿Me viste, Matt?! ¿Me viste?!

—Te vi, pequeña, y eras grandiosa. —Sonrió—. ¿Te digo un secreto?— Ella asintió con vigor—. Tú eras la más linda y la que mejor bailaba entre todas las chicas.

—Kathleen Ray bailaba muy bien.

—¿Quién es Kathleen Ray? Yo solo te vi a ti, de hecho, te grabé.

—¿Sí? ¿De verdad? —Volvió a abrazarlo—. Te quiero, Matt.

—Y yo te quiero mucho a ti, preciosa.

—¿No hay abrazo para mí?

—¿Lo hice, mami! —Me dio un gran abrazo sin soltar las flores que Matt le entregó—. ¿Dónde está Evan?

—Fuera con Ian, ve a cambiar tu ropa.

Ella lo hizo rápidamente y una vez vestida salió en búsqueda de su padre sin siquiera saberlo.

—¿Ella lo sabe? ¿Le contaste la verdad? —Miré a Mathew cuyos ojos expresaban dolor.

—No, aún no lo sabe, Matt. —Me acerqué a él y coloqué mi mano en su mejilla; observándolo bajo la luz clara del bastidor, podía notar lo delgado

que estaba—. No te encierres en el trabajo. —Él intento alejarse—. No me hagas sentir peor de lo que ya me siento. Te necesito, Matt. Llámame egoísta o como quieras, pero te necesito. Los chicos te necesitan, Evan te necesita...

—No voy a exponer mi trabajo, Alexandra. No robaré esa historia clínica.

—No voy a pedirte que lo hagas, solo quiero que sepas que te quiero, que no quiero que te alejes, que aún podemos seguir siendo Matt y Alexandra.

—¿Qué parte de «te amo» no has entendido Alexa? —No había enojo en su tono de voz—. Estoy intentando mantenerme alejado, estoy esperando a que te des cuenta de que no vale la pena y decidas regresar a mis brazos.

Esa vez, fui yo la que se alejó. La mayoría de las niñas ya se habían retirado.

—No me esperes, Matt. Pase lo que pase, tú yo no volveremos a tener nada más que una amistad.

—Alexandra...—Coloqué mis dedos sobre sus labios.

—No vamos a volver a discutir por lo mismo, no cuando Maia nos espera. Les prometí llevarlos a *McDonald's*, espero que te nos unas. — Empecé a caminar hacia el auditorio y Matt me agarró rápidamente.

—¿Se supone que yo seré el tío feliz que va de observador, a ser testigo de la familia feliz?

—No. —Me solté—. Se supone que eres Matt, el hombre que me ha ayudado todos estos años a cuidar a los mellizos. —Salí de ahí antes de que olvidara el papel de Mathew en mi vida.

Evan estaba sentado con Maia en sus brazos, mientras mi niña sostenía su ramo de rosas rojas y blancas cuando volví a ellos.

—¡Ya podemos ir a *McDonald's*!—Sonreí ante la efusividad de Ian.

—¡Sí, *McDonald's*! Matt, irás con nosotros, ¿verdad?

—Yo...

—Por favor, Matt. —Maia se bajó de las piernas de su padre para acercarse a Mathew...

—Yo tengo que irme.

—¿Qué? —Miré a Evan que se levantaba de la butaca.

—Se me ha presentado un inconveniente, pequeñita. —Se acercó a ella arrodillándose sobre su pierna buena y buscó entre sus bolsillos hasta sacar una barra de *Toblerone*—. Feliz San Valentín, pequeña luciérnaga. —Maia aferró sus brazos a su cuello y luego llenó su mejilla de besos mientras le murmuraba lo mucho que lo quería. Evan también tenía un *Snikers* para Ian, «un regalo de hombre a hombre», le había dicho cuando mi hijo tomó el

chocolate.

—¿Nos vamos? —Preguntó Mathew, tan pronto Evan se irguió.

—Sigan ustedes... —Tomé las manos de Evan entre las mías mientras Matt se llevaba a los chicos—. Cariño...

—No digas nada. —Soltó sus manos de las mías, colocándolas en mi cintura—. Soy el extraño en el quinteto, Matt no estará cómodo conmigo en la comida, y lo último que quiero es arruinar el día de la pequeña.

—¿Acaso no viste su carita?, ¿no viste lo mucho que mis hijos te quieren? —Deslicé mis brazos por su cuello, acercándolo a mí.

—Y yo los quiero a ellos, cariño, por lo mismo sé que sería muy incómodo sentarnos todos en una mesa. Aún todo es reciente.

—Pero es San Valentín... —El auditorio estaba vacío, por lo que lo acerqué a mí.

—Y es por eso que he planeado una noche especial para los dos. —Rozó mis labios con los suyos—. No cenes mucho, tenemos una reservación a las 20:00, pero pasaré por ti en dos horas. —Miré mi reloj sobre la mano que tenía en su cuello, apenas eran las 15:30—. Ponte algo lindo, cómodo y abrigador. ¿Tienes todo listo?

—Los chicos se quedarán con Marie, ella ha contratado una niñera, ya que Mark la llevará a bailar. Tenemos toda la noche para nosotros.

—Eso significa...

—Dejemos que las cosas fluyan. —Lo besé.

—Eso me gusta. Ahora vete, en dos horas estaré en la puerta de tu casa y mi corcel blanco estará a tu servicio.

—Acompáñame fuera. —Anudé mis dedos a los suyos para salir. Mathew y los niños estaban fuera del recinto.

—¿Mamá, podemos pasar la noche con Matt?! —Ian fue el primero en llegar donde estaba.

—Matt no tiene trabajo hoy, queremos ir a su departamento y ver películas como en los viejos tiempos. ¿Podemos, mami?

—Niños, a lo mejor Matt tiene algún plan esta noche y...

—Puedo quedarme con los niños. —Me interrumpió.

Agradecí no haberle contado a los chicos que esta noche se quedarían con Marie y la niñera que ella había contratado para que cuidara a Michelle y Henry.

—Si tú no ves ningún inconveniente. —Miró a Evan a mi lado.

—Porfa, mami...—Los mellizos hablaron al unísono.

—No veo ningún problema, pero mañana tú —señalé a Ian— tienes clase de Karate.

—Los llevaré temprano.

—De acuerdo. — Evan se despidió de un beso en la mejilla antes de decirle adiós a los niños y encaminarse a su auto. Matt detuvo un taxi para que nos llevara hasta el restaurante más cercano.

Estuve cerca de una hora con los chicos y Matt. Él no volvió a tocar el tema de “nosotros”, cosa que agradecí. Los chicos estaban eufóricos con pasar la noche en su departamento y acapararon la conversación completamente en las muchas cosas que pensaban hacer. No era la primera vez que lo hacían, en algunas ocasiones, todos dormíamos ahí.

Evan estaba recostado a su auto, vestía un pantalón negro, una camisa azul cielo bajo una gabardina negra sin abrochar. En sus manos sostenía un ramo compuesto por *No me Olvides* color azul y rosa.

—¿Cómo...? —Tomé el ramo llevándolo a mi nariz, las *No me Olvides* eran mis flores favoritas, eran pequeñas, delicadas y simbolizaban la amistad y al amante eterno. Había una leyenda que decía que un caballero vestido en su armadura estaba cabalgando a la orilla de un río con su prometida. Ella vio un grupo de flores azules meciéndose en el agua y pidió a su amante que las recogiera. Al intentar llegar a ellas, el caballero se resbaló y cayó al río. La pesada armadura impidió que pudiera nadar y comenzó a hundirse en el agua, pero antes arrojó las flores azules a su amada diciendo "No me olvides".

—Tuve un sueño anoche, fue como si dispararan un flash en mi cabeza, y entonces te vi llevándote esas flores a la nariz, sonriendo mientras inhalaba su aroma. —Lo abracé tan fuerte como me lo permitieron mis brazos.

Mientras callaba los te amo que purgaban por salir de mi garganta, él me atrajo a su pecho acariciando mi espalda y nos mantuvimos unos segundos así.

—¿Te gustaron? —Me separé de él.

—Son mis flores favoritas...—Inhalé el aroma floral—. Recordaste.

—Te recordé a ti. —Tomó mi rostro entre sus manos—. A ti y a las flores.
¿Por qué?

—Me dabas estas flores en mi cumpleaños. —mentí—. Hacías enojar a Evan. —Mentí de nuevo, tragando el sabor amargo de mi boca. Esperaba que

Andrew hubiese podido hablar con la doctora Warner.

—Quizá fue eso, debe ser que Maia tenía esas mismas flores la primera vez que las vi en el memorial.

—Llegaste antes.

—Te extrañé.

—Necesito una ducha y vestirme, lo haré muy rápido. —Él asintió y tomó su mano llevándolo arriba.

Me duché con celeridad, aún así, depilé las partes de mi cuerpo que necesitaban ser depiladas, siempre siendo consciente de que él estaba a unos pasos de mi habitación. Estuve a punto de decirle que no teníamos que salir del departamento, para mí sería un buen San Valentín si pedíamos comida *thai* y nos besábamos en el sofá como dos adolescentes hormonales.

Me coloqué ropa interior a juego y tomé uno de mis vestidos elegantes; era de cuello alto con mangas y llegaba a la mitad de mis rodillas; unas pantimedias negras y mis botines *Anne Kleinde* tacón bajo. Saqué de mi closet una gabardina roja y una bufanda que guardé en mi cartera junto con unos guantes. Las manos y piernas me temblaban mientras lo escuchaba silbar como cada vez que tenía que esperarme. Por último, tomé un sombrero *Fedora* que hacía juego con la gabardina.

Alisé mi cabello y me maquillé discretamente, dándome una última mirada en el espejo antes de salir. Sentía las emociones a flor de piel. Mi corazón latía de manera fuerte y las palmas de mis manos sudaban a pesar de que estábamos a cincuenta grados *Fahrenheit*. Salí de la habitación para encontrar a Evan con un portarretratos en sus manos. Los recuerdos volvieron a mí rápidamente.

Junio de 2001

—*Nuestra casa merece una buena foto.*

—*Odio las fotos.*

—*No las odias, nena.*

—*No le veo sentido a llenar una pared de fotografías.*

—*No es cualquier fotografía, es una fotografía de nosotros. Anda, acompáñame a comprar un bonito portarretratos.*

—*Por qué simplemente no la pegas a la pared y ya, Evan.* —*Estaba*

sentada en el sofá cama, leyendo sobre mi próximo examen.

—Nena... —Se arrodilló frente a mí—. Permíteme hacer las cosas como me gustan. Quiero tomar una foto de cada momento juntos, empecemos por una linda imagen y hagamos la pared de los recuerdos.

Rastrillé mis dedos por su corto cabello y atraje su cabeza para un beso. Su lengua se unió a la mía rápidamente. Los besos de Evan Cooper deberían ser una de las maravillas del mundo, eran suaves, esponjosos y mentolados. Mordí su labio cuando sonrió en el beso.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Sí, estoy loco de amor por ti. Te amo, Alexandra, y estoy feliz de que hayas aceptado ser mi esposa y que decidieras vivir conmigo.

Cerré el libro, colocando ambas manos en sus mejillas—: Eres tan zalamero. —Le di un pequeño beso—. Tú ganas, voy a cambiarme de ropa.

—Estás perfecta así. —Miré mi sencillo pantalón corto color verde y mi camisola blanca—. Solo ponte unas zapatillas, vamos a Wal-Mart a comprar un portarretratos, nena.

—Evan compró ese portarretratos —dije observando la fotografía de los mellizos. Había querido tirar el rústico cuadrado de hierro, destruirlo junto a la fotografía que tenía dentro, pero en cambio, lo conservé como uno de nuestros más lindos recuerdos—. Fue la primera cosa que compramos juntos. —Él lo colgó en su lugar—. Fue la primera fotografía de los niños.

—Eran tan pequeños. —Giró su rostro para verme, tenía el abrigo colgado en el brazo y sujetaba el sombrero entre mis manos—. Estás hermosa. ¿Nos vamos?—

Asentí preparada para lo que fuese que él hubiese planeado.

*A pesar de tener el coche de Evan, él prefirió tomar un taxi hasta la *Quinta Avenida* y desde allí caminamos tomados de la mano, rodeados de rojo y blanco. Nueva York era la ciudad del amor... ¿París? ¡Ja! Eso era un chiste, aquí el amor se vivía, se respiraba, se sentía en las cosas mínimas, como en tener su mano entre la mía. Cuando llegamos a la plaza del *Rockefeller*, tuve un pequeño *déjà vu*, sin embargo, lo dejé guiarme a donde él quisiera. Se detuvo frente al *Top Of The Rock*.*

—Pensé que era una buena idea, pero es estúpido.

—¿Te refieres a subir al mirador? —Asintió.

—Has debido estar aquí un millón de veces.

—Quizá, pero nunca contigo. —Mentí, deslizando mis manos en su cintura. La plaza entera estaba decorada con cintas, globos y luces, haciendo alusión a la fecha. Besé a Evan en la barbilla recordando la misma situación doce años atrás. Su sonrisa se amplió y él sujetó mi mano, entregó los tiquetes en la taquilla y tomamos el ascensor hasta la planta sesenta y siete, y luego usamos las escaleras eléctricas hasta el mirador.

A pesar de la cantidad de personas que había en el lugar, Evan logró hacerse un espacio frente al vitral que protegía a los visitantes. El atardecer apenas estaba acentuándose en la ciudad. Él se ubicó a mi espalda rodeándome con sus brazos mientras observábamos la maravillosa panorámica de Manhattan. En los brazos de Evan siempre me había sentido segura y no como la chiquilla que huyó de casa cuando los hombres fallaron. En sus brazos volvía a confiar, a entregarme, a tener veinte años... Él apoyó su barbilla en mi hombro depositando un beso fugaz sobre mi mejilla.

—¿Alguna vez viniste aquí con Matt?

—No.

—Annie siempre quiso venir, pero yo quería subir con una persona especial.

—¿Soy especial? —Giré mi rostro para besar su mejilla.

—En este momento, lo eres todo, Alexandra. —Mi piel se erizó bajo las capas de ropa. ¿Cómo una persona que no recuerda nada de su vida pasada, puede recordar palabras que ya te había dicho antes? Recosté mi espalda en su pecho, acariciando sus manos con mis dedos, y él me apretó a su cuerpo envolviéndonos en una burbuja en la que no había nadie más que los dos. No necesitábamos decir nada. Ahí no importaban los turistas que en ocasiones nos empujaban para tener una mejor fotografía del atardecer neoyorquino, o el murmullo de las personas, ahí, en ese preciso momento, cerré los ojos y fingí que no habíamos sido víctimas del terrorismo, que el tiempo no había pasado. Por un instante, volví al pasado, a un San Valentín como ese, cuando nuestro amor era fuerte, cuando él me prometió regalarme las estrellas mientras la noche se cernía sobre la ciudad, dejando atrás los colores pasteles que nos regalaba el universo. Poco a poco, las luces de los edificios aledaños se encendieron dándole ese toque místico al paisaje, haciéndome sentir viva, dejándome de reprochar por lo que no había sido. Me dediqué a escuchar el latido del corazón a mi espalda, su respiración armonizada en mi piel, su calor junto al mío. Me di cuenta de que esa noche lo necesitaba, que llevaba

mucho tiempo necesitándolo. Me giré entre sus brazos deslizando mis manos hasta abrazar su cadera mientras él se acomodaba de costado, sin importarnos más nada que ese preciso momento. Como si no hubiese nadie más en ese mirador, levanté mi rostro hacia él y sus dedos acariciaron mis mejillas con ternura. Bajó su rostro hasta capturar mis labios en un beso suave pero no por ello menos intenso. Mis brazos rodearon su cuello acariciando el cabello en su nuca mientras él me apretaba a su cuerpo.

—Te quiero, Alexandra. —Volvió a besarme.

—Te quiero, Daniel. —«Te amo, Evan».

—Tenemos que irnos —musitó con pesar. Sus dedos rozaron mis labios de forma deliberada—. Quiero que demos un paseo antes de ir al restaurante.

Asentí.

Él anudó nuestros dedos.

Dimos un pequeño paseo por la plaza del *Rockefeller*, hablando sobre todo y nada. Se detuvo en una esquina y compró rosas para mí sin importar que ya me hubiera dado flores en el departamento. Mantuvo nuestras manos unidas mientras caminábamos a donde fuese que él me llevaría a cenar.

El hotel *Hyatt* se erguía sobre el centro de la ciudad, muy cerca de *Broadway* y del *Museo de Arte Moderno*. Cuando él me llevó dentro, me quedé un poco anonadada, pero me dejé llevar por él hasta el *Bar 54*, ubicado en la planta más alta del *Hyatt*. La vista desde ahí era similar a la del mirador. Recorrimos el restaurante tenuemente iluminado, decorado maravillosamente con velas, listones y flores, salimos a la azotea donde se encontraban las “Burbujas”, que eran los reservados del hotel, una especie de iglú. Había leído sobre ellas, estaban decoradas con un sencillo mobiliario para dos personas, protegían del clima exterior, eran acogedoras y muy románticas.

—Daniel. —Me detuve al verlas, todo era simplemente hermoso. Él llevó mis dedos a sus labios y dio un tirón a mi mano para que lo acompañara. El maître nos ubicó en una de las burbujas, cuya vista daba al río Hudson. Evan sacó mi silla dejándome sentar primero para luego acomodarse frente a mí y tomar mi mano sobre la mesa.

—¿Puede por favor traernos a la dama y a mí dos copas de *Cabernet Sauvignon* de *Mondavi*?— El mesonero asintió dejando el menú sobre la mesa y abandonando la estancia. Él acarició mis dedos regalándome una sonrisa destellante—. ¿Te gusta?—Quería tirarme sobre él y llenarlo de besos.

—No tengo palabras.

—Eso me gusta.

—Esto es...

—¿Demasiado? Estoy oxidado en cuanto citas. De hecho, señorita, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. —Sonreí.

—Es perfecto, aunque también me hubiese gustado pedir comida a domicilio y ver películas en casa. —Me acerqué a él sobre la mesa y dejé un dulce beso sobre sus labios—. Gracias.

—Es lo que mereces. — Su sonrisa hizo que sus ojos se achinaran—. ¿Ordenamos?

Cuando el camarero trajo las copas de vino y se llevó nuestra orden, Evan alzó su copa. Imité su gesto e hicimos un brindis por la noche, por las vistas y por los sentimientos que empezaban a florecer. Él hizo un pequeño paréntesis y dio gracias a la vida por haberme puesto en su camino, mientras yo agradecía a Dios por traerlo de regreso a mí.

Durante la cena me hizo contarle cosas de los mellizos, su mayor travesura o el peor susto que me habían dado, también me habló de su recuperación, de su viaje a Londres por recomendación del doctor Parker. No nombró a Annie y tampoco mencionó a Matt. Mantuvo mi mano bajo la suya todo el tiempo que le resultó posible. A medida que el tiempo transcurría podía notar lo nervioso que se encontraba, hubo un momento en el que se quedó completamente en silencio mientras disfrutaba de su plato, como si se perdiera en su mente. Una vez la cena estuvo finalizada, me disculpé con la excusa de ir al baño, y estando ahí, llamé a Matt para saber sobre los mellizos.

Después de hablar con Ian y Maia, volví a la mesa. Evan había pedido el postre.

—Pedí postre para los dos.

Observé el plato. Una especie de pelota de chocolate adornaba el centro.

—Toma. —Me tendió un pequeño vaso en porcelana—. Ten cuidado, está caliente, debes verterla en el plato. —Apoyó sus brazos sobre la mesa e hice lo que me pidió. No era una pelota, como había imaginado en un principio, cuando la crema tocó el chocolate, este se abrió como una flor revelando un cup cake de chocolate y almendras—. ¿Compartimos?

Asentí.

Cuando el camarero llegó con la cuenta, Evan solo deslizó su tarjeta de crédito en ella, dándome en qué pensar. Sabía que una cena en ese lugar no sería económica y él había mencionado semanas atrás que necesitaba

encontrar un trabajo.

—Oye... ¿Qué sucede? Te has quedado pensativa por un momento.

Negué con la cabeza.

—No es nada...

El silencio nos abrazó por un par de minutos, mientras observábamos la ciudad.

—Quisiera que esta noche nunca acabara —murmuré acariciando sus nudillos.

Él respiró de manera profunda apretando mis dedos en su mano.

—De hecho, yo...—Vi su manzana de Adán subir y bajar—. Yo reservé una habitación. —Su rostro, aunque fuerte y marcado por el tiempo, adquirió un tono sonrosado—. No tenemos que usarla, Alexa. Puedo llevarte a tu departamento o con Matt, si estás pensando en los niños.

Solté mi mano de la suya y callé su verborrea—: Llévame ahí.

—¿Estás segura?

—Sí. No hay nada que desee más que estar contigo.

EVAN

Mientras miraba las fotografías en la pared del corredor de Alexandra, algo llamó mi atención y un recuerdo fugaz de mí mismo sosteniendo un marco de fotografías igual a uno donde reposaba una foto de los mellizos me asaltó. Froté mi sien, alejando el dolor de cabeza que parecía querer empezar. La doctora Warner me había recomendado una terapia de hipnosis para intentar soltar el bloqueo que me impedía recordar, pero aún no me decidía a tomarla.

Me había quedado con el portarretrato en la mano, observando la foto de los mellizos cuando aún eran bebés, cuando ella salió de la habitación. Estaba absolutamente hermosa, radiante. Me habló sobre la historia del portarretrato, pero no podía escucharla, todos mis sentidos se habían quedado en la forma en cómo se veían sus piernas enfundadas en las medias negras y como el vestido le hacía su figura más estilizada.

Los mellizos se quedarían con Matt, por lo que esa noche la tenía para mí; incluso si no llegábamos al plano íntimo, pensaba quedarme junto a ella el mayor tiempo posible.

Llevarla al mirador del *Rockefeller* había sido una buena idea hasta que caí en cuenta en las veces que ella debió haber estado en el lugar. Me sentí un poco estúpido y por un momento pensé que lo mejor era abandonar la idea, pero ella quiso subir, y cuando estuvimos en la cima del *Top Of The Rock*, rodeados por la vista impresionante de Manhattan, la atraje a mi cuerpo abrazándola hacia mí sin importar los turistas o el hombre que le pidió matrimonio a su novia.

Matrimonio, era muy pronto para pensar en ello, pero mentiría si dijera que no estaba dispuesto a llegar hasta allá por ella.

Alexandra le había dado un revés a mi vida y estaba agradecido con ella por hacerme abrir los ojos, por darme una oportunidad de vivir.

Paseé de su mano sintiendo un extraño déjà vu mientras su mano iba unida a la mía, era como si fuese natural para ambos, con ella todo se sentía natural. Cenamos, literalmente, en una burbuja, entre risas, besos y una plática amena. En un momento, ella fue al baño y yo aproveché para pedir el postre.

No sabía si decirle o no de la reserva, pero cuando ella dijo que desearía

que la noche no acabara, me sentí nervioso, respiré profundamente y tomé su mano entre la mía antes de decirle de la habitación. Ella se quedó muda por varios segundos antes de decirme que la llevara ahí.

Y no había nada más que deseara en el mundo.

CAPÍTULO 12

Mientras esperábamos la llave en la recepción, sentí como si todo mi cuerpo despertara de un largo sueño. La mezcla entre la excitación, los nervios y la expectativa estaban haciendo mella en cada una de mis articulaciones. El sudor deslizándose por la curvatura de mi espalda, el leve temblor en mis rodillas y el latir desenfrenado de mi corazón, daban muestra de lo ansiosa que me encontraba. Respiré intentando calmarme y observé a Evan que tenía mi mano aferrada como si temiera que fuera a arrepentirme y huir. «Como si eso fuese posible».

Lo deseaba.

Una vez tuvimos la llave de la *suite* en nuestro poder, subimos en el ascensor hasta la planta número treinta, donde se encontraba la habitación. Él abrió la puerta dejándome pasar primero. El lugar era amplio, tenía grandes ventanales que nos ofrecían una vista hacia casi perfecta del *Time Square*. La cama, tamaño King, estaba ubicada en el centro, flanqueada por dos mesas de noche adornadas con lámparas; frente a ella, un televisor pantalla plana. Estaba aún detallando la habitación cuando sentí las manos de Evan en mis hombros, deslizándolas suavemente hasta mi codo para volver a subir, dejando un húmedo beso en mi mejilla.

—Aún podemos irnos. —Negué con mi cabeza, volteándome para quedar frente a él. Lucía nervioso pero determinado. El azul en sus ojos era intenso y lujurioso. Sin poder resistirme, atraje su rostro al mío, besándolo con parsimonia. No quería verme desesperada, aunque por dentro mi cuerpo estaba hirviendo, estallando en llamas. Él se aferró mi cintura, atrayéndome más a su calor. Rápidamente, el beso fue tomando intensidad, nuestros labios se movieron al compás de una melodía imaginaria. Sus manos delinearon el contorno de mi cuerpo como si la ropa no existiera. Poco a poco, nuestras respiraciones fueron tornándose pesadas. El deseo recorriendo cada una de nuestras terminaciones nerviosas, anhelando de sentir más, deseando no tener nada cubriendo nuestros cuerpos.

El leve toque a la puerta hizo que él rompiera el contacto. Nos miramos a los ojos sin decir nada con palabras, pero dejando que nuestras miradas expresaran todo lo que sentíamos. Tocaron nuevamente y él sonrió antes de dirigirse a atender a la persona que interrumpía nuestro momento. Inhalé con

fuerza, calmando mis latidos, y me quité mi abrigo sentándome sobre la cama, sin saber exactamente cómo actuar, si comparar al Evan del pasado con el que estaba frente a mí. Me sentía como una virgen a punto de entregar su vida al amor de su existencia. Quizá no fuese virgen, pero empezaba entregarle todo al único amor que he tenido en mi vida. Lo escuché intercambiar algunas palabras con la persona que estaba del otro lado de la habitación y luego cómo la puerta se cerraba. Él apareció frente a mí con dos copas de champaña en la mano.

—¿Está pensando en emborracharme, señor Harris?— pregunté en un intento de alejar la lujuria de mi cabeza.

—¿Tengo que hacerlo, señorita Jones? —Negué y me levanté, tomando la copa de su mano—. Por ti. —Choqué mi copa con la suya.

—Porque esta noche sea eterna. —«Porque después de esta noche, recuerdes que soy yo, tu verdadero amor».

Chocamos nuestras copas de nuevo y bebí un sorbo antes de devolvérsela y que él las colocara sobre una de las mesas de noche.

—Voy a ser sincero contigo...

—No lo necesito. —Y era cierto, no me interesaba si él había estado con otra persona, no podía pedirle sinceridad cuando yo no estaba haciendo lo mismo con él—. Ven aquí y bésame, Daniel. Llevo esperando esta noche por lo que parece mucho tiempo.

El eliminó la distancia que nos separaban y tomó mi rostro con devoción. Nos besamos con intensidad, atrás habían quedado los besos suaves y las caricias tiernas. El antiguo Evan siempre había sido muy romántico en el sexo, a diferencia del hombre frente a mí; quién, aunque suave, era fiero e intenso.

No me di cuenta cuándo nos movimos, solo que sentí el borde de la cama y me dejé caer sobre ella con la respiración acelerada y las mejillas sonrosadas, deseosa, hambrienta. Lo vi quitarse el abrigo y apoyarse sobre su pierna sana antes de cubrirme con su cuerpo. Sus labios volvieron a los míos, lanzando pequeñas descargas que golpeaban cada rincón de mi anatomía, haciéndome desearlo más. Saqué la camisa de sus pantalones, deslizándome mis manos por la piel de su espalda, sintiendo sus músculos flexionarse, mientras él ascendía por mis piernas cubiertas con mis pantimedias. La temperatura de la habitación subió varios grados, quitó mi vestido con celeridad y luego las pantimedias, dejándome simplemente con la ropa interior.

—Dulce Jesús. —Sus labios se posaron en mi cuello, lamiendo,

succionando y besando cada parte de piel descubierta, mientras su mano acariciaba mi vientre, rozando mi piel hasta masajear uno de mis pechos.

Gemí al dulce tacto de su mano tibia en contraste con mi piel. Lo sentí apretar el pezón sobre el sostén, haciéndome maldecir internamente.

—Quiero hacerte tantas cosas que no sé por dónde empezar. —Fue mi turno de levantarme de la cama y deslizar mi pierna por su cintura hasta quedar ahorcadas sobre su pelvis. Llevé mi rostro hasta el suyo, aplastando mi busto contra su pecho, besándolo de la misma manera que él me había besado antes. Froté mi pelvis contra la suya jadeando entrecortado cuando un relámpago de placer recorrió nuestro interior. Evan maldijo entre dientes, agarrando los cachetes de mi trasero y empujando mi ingle contra la suya una vez más. Separé nuestros torsos, deseando sentir su piel junto a la mía, empezando a desabotonar su camisa. Él se sentó sobre las colchas, sacando la prenda de sus brazos para luego quitar la camisa deportiva que usaba por dentro. Mis ojos recorrieron cada centímetro de su piel, maravillándome en su cuerpo, ahora rodeado por músculos que antes no existían. Las puntas de mis dedos rozaron cada línea marcada por el ejercicio. Él delineó la línea rojiza bajo mi ombligo, haciendo que bajara la mirada hacia la piel cicatrizada en mi abdomen bajo.

—Los mellizos... —baluceé y él tomó mi barbilla con sus manos besándome de manera contundente, reclamándome de manera total. Dientes chocaban con dientes, lenguas se enredaban con otras. Fue un beso largo, intenso, que me hizo doblar cada uno de los dedos de mis pies. Su mano se colocó bajo mi trasero y se colocó de pie para nuevamente dejarme bajo su cuerpo.

—Eres perfecta.

—Tú...

Reclamó mi boca de manera voraz. Sus manos acariciaron cada lugar de mi cuerpo. Desabrochó el sujetador y masajéo mis pechos sin dejar de besarme, haciéndome gemir sobre sus labios. Su miembro erecto se restregaba contra mi muslo izquierdo, su boca quemaba cada poro de mi piel y, cuando cerró sus labios sobre mi pezón y acarició mi clítoris por encima de mis bragas, despertó en mi cada fibra nerviosa que aún se negaba a despertar, arrancándome un gemido gutural.

Sonrió presumido, volviendo a tirar de mi duro y adolorido pezón. Mis manos tiraron de su cabello mientras él movía su dedo pulgar sobre mi capullo de nervios y torturaba mi pezón con su boca y lengua. Sus labios

descendieron su camino hasta mi ombligo, besó con ternura la piel rígida de la cicatriz que me había dejado el nacimiento de los niños y mis ojos se llenaron de lágrimas porque habían sido muchas las veces que había soñado con este momento, tantas que por momentos pensaba que no era real.

«Si este es un sueño, Dios, no permitas que despierte nunca».

Evan quitó mis bragas, lanzándolas a algún lugar de la habitación. Nuestros ojos se encontraron mientras abría mis piernas para él y sus dedos encontraron rápidamente la piel húmeda de mi sexo.

—¡Mierda! —murmuró entre dientes mientras acariciaba mis pliegues haciéndome remover sobre las sábanas—. Eres tan suave... tan caliente. ¡Joder! —Se detuvo, viéndose frustrado—. Soy alérgico al látex.

—Estoy protegida.

—¿Tomas la píldora?

—No, no puedo, no me sientan bien, pero cuando te digo que estoy protegida, me refiero a que no estoy en mis días fértiles.

—Nena... Yo... ¿Estás segura?

Asentí y el oxígeno abandonó mis pulmones cuando él se arrodilló frente a la cama abriendo mis piernas con suavidad y llevándolas hasta sus hombros. Inhaló sobre mi sexo, gimiendo de placer—. Quiero probarte... —Su lengua tocó mis labios menores, lamiendo de arriba abajo en una barrida total. Dejó que uno de sus dedos entrara en mi interior mientras el mamaba de mi clítoris de la misma manera que lo había hecho con mis pezones. Me arqueé y grité su nombre en plegarias entrecortadas, el orgasmo construyéndose rápidamente en mi interior, mi sangre drenándose en las succiones de su boca a mi sexo. Gemí con fuerza, retorciéndome sobre las almohadas cuando alcancé el Nirvana gracias a sus dedos y su boca.

Se levantó con dificultad, quedando frente a mí que, a pesar de haber alcanzado un orgasmo, sentía mi cuerpo arder como un volcán cuando está a punto de hacer erupción y la lava fluye en su interior.

Yo era el volcán y la lava era mi sangre corriendo de prisa por mis venas, concentrándose en un punto especial, en el espiral recién reventado de mi vientre bajo. Respiré profundamente intentando desacelerar mis latidos. Me erguí en la cama frente a él desabrochando su cinturón y el botón de sus pantalones.

Necesidad. Pura y primitiva necesidad.

Necesitaba nuestra conexión, era más que tener sexo, más que hacer el amor, era un lazo que nos unía a ambos de manera real. Bajé el cierre de su

pantalón y lo tomé por la cintura para bajarlos cuando él me detuvo.

—Te necesito, Daniel —declaré con rotundidad, y no mentía, por primera vez le estaba diciendo algo completamente cierto, lo necesitaba. Nos miramos por unos segundos que parecieron eternos, parecía nervioso e inseguro.

—Es la primera vez que una mujer me...

—No me importa.

—Mi pierna, yo... No. —Tartamudeó nerviosamente. Me levanté, tomando su rostro con mis manos, besándolo con urgencia, dejando en ese simple beso todos mis pensamientos, mis emociones, el amor, el deseo, la necesidad, el alivio de tenerlo nuevamente frente a mí cuando mi corazón empezaba a resignarse a no volver a tenerlo jamás. Lo giré de tal manera que fuese él quien quedase de espaldas a la cama, su pantalón cayó al suelo debido a la gravedad y yo dejé que mi mano barriera su abdomen hasta acariciar la protuberancia dentro de sus bóxer.

—Te deseo a ti, te quiero a ti. Una pierna de plástico no te define como hombre ni como amante —murmuré cerca de sus labios, deslizando mis dedos en la pretina de sus bóxers ajustados y dejando que cayeran con los pantalones.

Él levantó los pies sacándolos completamente y le pedí que se sentara sobre la cama. Me agaché frente a sus piernas acariciando ambas como si nunca la hubiera perdido. Pude ver que su cuerpo se estremeció ante mi tacto. Quitó sus botas y calcetines. Su pierna izquierda había sido cortada cuatro dedos después de la rodilla. Enfoqué mi atención en ella.

—Alexandra.

—Shss... —Lo callé, dejando que mis dos manos se deslizaran por la pierna falsa hasta separarla del muñón. Él contuvo el aliento mientras quitaba la pequeña media que cubría su piel y di tres besos sobre su rodilla mientras agradecía al cielo por su vida. Acaricié el muñón con suavidad, deteniendo con todas mis fuerzas las ganas de llorar y luego me erguí completamente frente a él. Sus ojos, antes lujuriosos, estaban cristalizados. Su mano delineó mi cadera, jalándome hacia él hasta caer sentada sobre sus muslos. Deslizó su mano libre por mi nuca mientras la otra volvía a ascender quemando la piel por donde pasara. Cuando sus labios tocaron los míos se movieron, primero lentos, luego soeces. Me acomodé sobre su pelvis y guíé su miembro a mi interior, gimiendo al sentirlo entrar en mi cuerpo, recordando las viejas sensaciones que ya creía olvidadas, palpando cómo su cuerpo rígido y duro temblaba como una hoja en medio de una tormenta.

Caímos a la cama en un revoltijo de piel y sudor. Evan me giró de tal manera que volvió a estar sobre mí. Sus embestidas eran rápidas y descoordinadas, sus manos me tocaban entera, sus labios marcaban mi piel. Nos tomó tiempo coordinar nuestros movimientos, pero, cuando lo hicimos, conectamos de tal manera que el orgasmo me consumió, llevándome a lo más alto, dejándome con los sentimientos a flor de piel mientras lo sentía pulsar en mi interior.

Me sentía completamente perdida mientras él mantenía su rostro en la curvatura de mi hombro. Podía escuchar el tronar de su corazón al unísono con el mío. Alzó el rostro y nos miramos el uno al otro con la respiración aun entrecortada.

—Hola. —Sonreí y quité con mi mano un mechón de cabello oscuro que se había quedado pegado a su frente.

—¿Estás bien? —Una arruga surcó su frente con preocupación.

—Perfecta.

—Yo... —Intentó alejarse, pero rodeé su cintura con mis piernas.

—Solo un poco más de tiempo. —Colocó sus codos a lado y lado de mi cabeza manteniendo su peso en ellos, mientras me observaba con adoración.

Luego cerró los ojos y negó con la cabeza ante mi estupefacta mirada.

—¿Sucede algo?

Negó nuevamente—: Te quiero —susurró.

—Yo también te quiero —murmuré atrayendo sus labios para un nuevo beso.

Desperté la mañana siguiente cuando el sol apenas despuntaba los primeros rayos. Evan estaba en la terraza de la *suite*, vestido con una bata de toalla y las pantuflas del hotel. Tomé la sábana, enrollándola en mi cuerpo desnudo, y abrí las puertas de cristal, rodeándolo por la cintura.

—¿Qué haces aquí? —Él acarició mis manos con sus dedos.

—No podía dormir y tampoco quería irrumpir tus sueños. —Pegué mi mejilla a su espalda.

—Está helando. —Él no contestó—. ¿Daniel?

—Mmmm.

—Vamos dentro, aún nos queda tiempo. —Tomé su mano entre la mía, obligándolo a entrar, y una vez dentro, dejé caer la sábana que cubría mi

desnudez mientras soltaba la toalla que mantenía oculta la suya. Caímos una vez más en la cama entre caricias suaves y besos pausados. Se adentró en mi interior con mucha más confianza en la noche anterior; esa vez, conseguimos mantenernos en sintonía hasta que el orgasmo nos alcanzó a los dos, haciéndonos estallar en diminutas partículas que se expandieron por cada rincón de la habitación.

Evan salió de mi interior, quedándose de costado a mi lado. Imité su postura no queriendo sucumbir al sueño post orgásmico.

Sentí que se hundía el colchón a mi lado; labios dulces se pasearon por la piel desnuda de mi espalda, mientras dedos traviesos delineaban mi columna vertebral.

—Despierta. —El aroma a café y gel de baño terminaron de sacarme de la somnolencia. Sonreí a Evan, que estaba sentado a mi lado completamente vestido—. Tenemos que irnos. Tu celular ha estado sonando y son casi las once de la mañana.

«Los mellizos».

Me senté sobre el colchón sin importar que estaba más desnuda que el día que nací. Evan acercó el carrito hasta la cama y destapó el plato lleno de gofres y bollos de canela – mis favoritos—. Lo observé con cautela deseando internamente que algo de sus recuerdos se hubiesen filtrado en su memoria.

—No tengo ni idea de qué desayunas, pero el chico de la recepción me dijo que quizá podían gustarte los gofres y que el café, las tostadas, el huevo con beicon y el jugo de naranja no podían faltar en un buen desayuno. —Mis esperanzas se hicieron añicos contra el piso y un pequeño pinchazo de dolor se instaló en mi pecho.

—Eso se ve apetitoso. —Le di mi mejor sonrisa, o al menos lo intenté—. Necesito llamar a los chicos. —Él trajo mi bolso hasta mí y colocó mantequilla a las tostadas mientras hablaba con un Mathew completamente molesto.

—Solo me quede dormida, Matt. —Colocó la tostada frente a mí—. Lo siento, yo iré por él.

—*¡Y pretendes que deje a Maia sola! No, Alexandra. Yo los llevaré a casa una vez el entrenamiento haya terminado.* —Colgó.

—Debí despertarte más temprano. Simplemente, me olvidé de los chicos. Lo siento. —Colocó en mis piernas un plato con tostadas y huevos con

tocino.

—No fue tu culpa, tranquilo, solo debo estar en casa antes de la una.

—Entonces desayunemos, te das una ducha y te llevo a casa. —Froté mi pulgar en su mejilla.

—Gracias.

Él negó con su cabeza—: Debería ser yo el que te las dé. —Imitó mi gesto, acariciando mi mejilla con su pulgar—. Esta noche va en mi top diez de las mejores noches de mi vida.

Sonreí—: ¿Llevas un top?

—Una tontería que se me ocurrió después del coma. Al no tener recuerdos de mi vida pasada, quise atesorar las buenas cosas que me han pasado desde que desperté; la noche de ayer, sin duda, está en el primer lugar de todas.

Dejé el plato en la cama y me impuse para besarlo con todas mis fuerzas. Amaba a ese hombre con cada centímetro de mi ser.

Nos besamos sin prisas, disfrutando del delicioso aroma del café en su boca, y luego dejé mi cabeza recostarse en su pecho.

—¿Qué sucede? —Alzó mi barbilla con sus dedos.

—Solo estoy pensando... ¿Puedo hacerte una pregunta? —Asintió solemne—. Estoy agradecida por todo lo que ha ocurrido desde que salí de casa ayer, ver el atardecer junto a ti fue mágico y la cena y nuestra noche... No tengo palabras para expresar todo lo que me has hecho sentir. No quiero que pienses que soy una oportunista o que tú...

—Alexandra, di lo que tengas que decir.

—Sé los precios que maneja este hotel, sé que la cena de ayer te salió por miles de dólares y que la sola habitación es otra cantidad de dinero exorbitante, y yo...

—¿Te preocupa mi situación financiera?

—Hace unas semanas me hablaste de vivir solo y de la urgencia de conseguir un empleo y yo no quiero que estés gastando dinero que probablemente necesitarás para...

—Ya, calla. —Colocó dos de sus dedos sobre mis labios—. Come, el café va a enfriarse. —Señaló el plato—. Tengo dinero, no soy rico, pero tengo dinero. Cuando desperté del coma, Annie solicitó la compensación a las víctimas del atentado, no sé cómo lo hizo, ella simplemente llegó un día a casa con un cheque; en vez de consignarlo o comprar cosas con él, Annie y yo fuimos con un comisionista de bolsa y compramos algunas acciones de la empresa del padre de Annie, una petrolera ubicada en Texas. Nunca he

necesitado mucho, así que tengo una cantidad considerable de dinero; y créeme, volvería a gastarlo todo. No, gastaría el doble con tal de repetir nuestra noche, Alexandra. — Llevé mis manos a su rostro y lo besé con fuerza, deseando tener más tiempo para nosotros. Cuando el beso terminó, tomé una tostada dándole un mordisco, no del todo conforme con su explicación. Evan no tenía pasado, ni familia, ¿cómo había hecho Annie para que le dieran el dinero de la compensación? Hablaría con Andrew al respecto.

Sonreí como si mi cabeza completa no estuviese confundida e intenté que no dañara la dulce noche que había sucedido. Me di una ducha rápida y lo besé un poco más; teníamos que salir de la habitación y Matt llegaría con los niños en menos de una hora.

Durante el trayecto de vuelta a casa, no soltó mi mano. Nos dimos un par de besos como si fuésemos dos adolescentes enamorados. El taxi nos dejó unas manzanas antes de mi departamento, a petición de Evan. Caminamos uno al lado del otro hablando cosas tontas. Yo le pregunté cuál era su postre favorito, a pesar que sabía muy bien que él no tenía un postre favorito, cualquier cosa que llevara chocolate era el cielo para él.

—¿Puedo quedarme un rato más? —Murmuró cuando llegamos al edificio —. Te acompaño a buscar los niños y luego podemos ir a comer los cuatro. —Me agarró por la cintura manteniéndome cerca de él.

—Puedes quedarte todo lo que quieras. —Me incliné, colocando mis manos en sus hombros—. Incluso puedes entrar a mi habitación esta noche si quieres. —Se mordió el labio y un brillo pícaro destelló en sus ojos azules.

—¿Dejarás la ventana abierta para mí? —contestó mirando las escaleras de emergencia.

—Para qué usar las escaleras si puedes usar la puerta, bombón.

—¡Dios, Alexandra! —Se detuvo atrayéndome hacia él—. ¿Es normal sentirse así? —Cruzó sus brazos en torno a mi cintura.

—¿Así cómo? —Jugueteé con el cabello de su nuca.

—Así. —Unió sus labios con los míos, dándome un beso—. Es como si no quisiera perderte de mi vista. Como si pudieses esfumarte frente a mis ojos. —Esa vez, fui yo quién le dio un ligero beso—. Como si fuera un sueño...

Le di un beso mucho más largo.

—Si es un sueño, no quiero que me despierten. —Él tomó la iniciativa y nos fundimos en un beso fuerte y pasional.

—¡Daniel! —Nos separamos viendo a Annie caminar hacia nosotros—. Te llamé, estaba preocupada por ti. —Tenía el rostro descompuesto como si no

hubiese dormido durante toda la noche—. ¡Pásaste la noche con ella!

Evan se alejó de mí, colocándose frente a Annie.

—Annie. ¿Qué haces aquí?

—¿Esta es la manera en como agradeces todo lo que he hecho por ti? —
Me pareció ver un pequeño deje de desesperación. Evan guardó silencio—.
¡Dime! —gritó atrayendo la atención de varias personas.

—Ann, no es el momento ni el lugar.

—¡Contesta, maldita sea! ¿Es así como pagas mis años pegada a tu cama?
¿Las noches que lloré por ti? ¡El mantenerte vivo!

—Annie. —Presionó el puente de su nariz y yo acaricié su espalda—.
Sabes que estoy muy agradecido contigo, pero...

—¡Pero nada! No Annie, primero quiero saber mi pasado. —Lo imitó—.
Primero quiero saber quién soy. Si pudieras esperarme... ¡Esperarme! ¿Para
qué? ¡Para que te fueses detrás de la primera zorra que te contó tres
estupideces de tu insignificante vida!

—¡Annie, no te permito...!

—¡No te atrevas a defenderla, joder! ¡No te atrevas! —Lágrimas cayeron
de sus ojos—. Yo he estado contigo todo este tiempo. —Un golpe en su
pecho—. ¡Yo!

Él bajo la mirada.

—Estuve ahí cuando quisieron desconectarte. ¡Estuve ahí cuando abriste
los ojos! ¡Y me cambias por una mujer por la que no conoces! —Limpió sus
lágrimas y me dio una mirada de puro odio—. ¡Una mujer que te ha estado
engañando todo este maldito tiempo!

Me coloqué delante de Evan—: ¡No te atrevas, Annie!

Ella soltó una carcajada cruel. Se burlaba de nosotros, de ella misma—: ¿O
si no qué, Alexandra?

—Es contraproducente para él.

—¿Qué está pasando aquí? —Evan me agarró por el brazo—. ¿Alexandra?

—Yo...

—Anda, dile cómo le has visto la cara de imbécil todo este tiempo.

—¡Eso no es cierto! —Los ojos azules de Evan se entrecerraron—. Por
favor, yo...

—¡Díselo! —gritó Annie.

—¡Cállate! —Me giré mirándola a ella. No me importaba nadie, solo él.
No podía entrarse, no así.

—Tienes miedo... —Me miró con burla—. Te daré una pista, tu nombre

no es Daniel.

—¿Qué? —Sus ojos se tornaron sorprendidos. Negó con la cabeza—
Alexandra.

—Ella no va a decirte la verdad.

—Todo lo que hice fue para protegerte. —Intenté tocar su rostro, pero él se alejó.

—Me mentiste. —Afirmó entre dientes.

—Evan...

—¡Exacto! —Annie aplaudió desde su lugar—. Evan, ese eres tú. No Darcy Ford. No Daniel Harris. Eres Evan Cooper.

—¿Qué? —Miraba de mí a ella. Cerró los ojos y sacudió su cabeza.

—Evan. —Se alejó—. Lo hice por ti. El doctor.

—Te dije que no confiaras en ella. ¡Te lo dije!

—¡Quieres callarte, Annie! — Me giré hacia ella—. Por el amor a Dios, ¿por qué haces esto?

—¿Soy Evan? —dijo él con voz rota—¿Por qué?

Dejé de mirar a Annie para enfocarme en él.

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué? ¡Maldición!

—Evan, amor, déjame explicarte. —Tomé sus manos y él me soltó de un brusco tirón.

—¡No me toques! —Me miró con asco.

—¿Dani, por qué peleas con mamá? —Él se giró para ver Maia, que estaba tomada de la mano de Matt.

—Por favor —susurré, tomando su brazo—. Vamos arriba. —Tiró de su mano, pero la mantuve sujeta—. Tienes que escucharme.

Miró nuestras manos, subiendo la mirada hasta encontrarse con mis ojos. Rabia, dolor y decepción bailando en su mirada.

—Si yo soy Evan, esos son mis hijos.

Asentí.

Él se tambaleó como si le hubiese dado una bofetada que hubiese estremecido todo su cuerpo

—Suéltame, Alexandra. Por tus hijos, suéltame ahora. —Solté su mano con reticencia.

—Evan, no te vayas... —dije cuando él caminó en dirección a su auto.

—¡Daniel! —gritó Annie

Levantó la mirada para ver a Annie.

—No eres mejor que ella... —Abrió la puerta entrando en él y

encendiendo el coche. Quería ir tras él, suplicarle que me escuchara, subirme al coche y hacerle entender porque había hecho todo, pero no pude, mis pies parecían pegados al cemento. Vi que Annie golpeó la ventana de su coche. Vi la mirada de odio que Evan le dio y por último lo vi alejarse de mí... De nuevo.

EVAN

Desde que había despertado del coma no había estado con ninguna mujer. Me sentía nervioso mientras esperábamos la llave en la recepción. El leve temblor en la mano que sostenía de Alexandra dejaba en evidencia lo nerviosa que ella también se encontraba. Me sentía como un chico virgen, aunque estaba seguro –o al menos quería creer– que sí había tenido algo de vida sexual antes del accidente.

La chica de la recepción entregó mi tarjeta electrónica dándome una mirada que debía ser coqueta. Si Alexandra lo notó, no dijo nada mientras subíamos el ascensor; de hecho, ninguno de los dos dijo nada. Cuando llegamos al piso treinta, ubiqué la suite con rapidez. Deslicé la tarjeta y la dejé entrar primero.

La habitación era amplia y los ventanales daban una vista preciosa hacia el Time, pero no era el paisaje urbano de Nueva York lo que yo quería ver, toda mi atención estaba fija en la mujer menuda frente a la cama tamaño King, la mujer que se entregaría a mí. Tenía los hombros rígidos y sus piernas temblaban levemente, me acerqué a ella acariciando sus hombros, buscando calmar sus miedos –cual quiera que fueran–. Le susurré que aún podíamos irnos, dándole una puerta de escape por si había cambiado de opinión. Ella negó girándose y uniendo sus labios a los míos, un beso completamente distinto a algún otro beso que nos hubiésemos dado antes. Mis manos empezaron el sutil recorrido por su cuerpo, deseando poder tocar su suave y tibia piel.

Escuchamos un toque en la puerta y recordé que había pedido champaña a la habitación. Bebimos y conversamos un poco, la necesidad de ser uno solo latiendo en mi interior. El siguiente beso fue más salvaje, pasional. Su ropa fue desapareciendo hasta dejar frente a mí a la mujer que siempre imaginé en mis sueños. Su piel era blanca, suave.

Me moví sobre ella con cuidado, deseando que esa noche fuese memorable. Quería demostrarle con mi cuerpo todo lo que ella había despertado en mí, incluso mis inseguridades, a las que ella no prestó mayor atención, haciendo que mi pecho rebosara de felicidad. La adoré con caricias

suaves deleitándome en la piel sedosa de su cuerpo, besé la cicatriz en su vientre bajo, que había dado vida a sus maravillosos hijos; y luego la recorrí íntimamente con mi boca, sacando de ella jadeos y palabras entrecortadas que tenían mi miembro a punto de estallar. Memorice su sabor, su textura; inhalé el aroma de su excitación, queriéndolo grabar en mi memoria y mantenerlo ahí por siempre, hasta que ella se derritió en mis brazos con un jadeo gutural.

No habían palabras para describir lo que sentía en ese momento, era dicha, era deseo, lujuria... Me sentía violento con ella, y no en el mal sentido de la palabra, y cuando ella quitó mi pierna falsa besando el muñón con adoración, supe que esa mujer se había robado mi vida entera y ya no me importaba nada más que ella y yo.

Ella me llevó a su interior y tomó todo de mí no venirme cuando su sexo tibio y resbaladizo envolvió mi falo erecto, llevándome a la sensación más increíble de mi vida. Extrañamente, en ese preciso instante, me sentí en casa. Estaba seguro de que temblaba mientras ella se sostenía a mí y empezaba a moverse. Tensé mis manos en sus caderas, ante el cumulo de sentimientos que me embargaban, y me tomó tres largas respiraciones estabilizarme lo suficiente como para caer en la cama y girarme de tal forma que quedara sobre ella. Fue difícil coordinar nuestros movimientos, pero lo hicimos, llevándonos a un frenesí indescriptible. Ella me abrazó fuerte, gimiendo mi nombre entre jadeos, mientras entraba y salía de ella. Sus uñas se enterraron en mi espalda y disfruté del dolor que eso dejó. Estaba a punto de correrme cuando su cuerpo se tensó bajo el mío; echó su cabeza hacia atrás, viéndose más hermosa mientras el orgasmo la atravesaba. Me dejé ir, incapaz de contenerme un segundo más.

Mantuve mi frente en su hombro mientras calmaba el ritmo de mi corazón. Podía sentir el latido de su propio corazón golpeando con fuerza dentro de su pecho. Planté mis codos en la cama irguiéndome y observándola; intenté retirarme, pero ella no lo permitió. Lucía feliz, serena. Tenía una extraña expresión en el rostro, que atribuí al orgasmo. Cerré los ojos un segundo y un recuerdo fugaz invadió mi mente; estaba en una cama deshecha mientras una mujer de espalda tomaba una de mis camisas y se las colocaba.

¿Bunny? ¿Alguna otra? Sacudí mi cabeza, no queriendo dañar ese momento con el recuerdo de otra mujer. Entonces le dije que la quería y, para mi buena fortuna, ella me quería también.

Un sueño me despertó a media noche, una risa que se me hacía familiar, un beso que aún en sueños quemaba mis labios. Miré a Alexandra dormir y me levanté de la cama tomando mi prótesis y una bata antes de salir al balcón. La ciudad estaba aún en penumbras y hacía frío, pero en mi interior me sentía vacío.

¿A quién le estaba faltando? ¿Por qué me sentía así cuando debía sentirme dichoso? Me giré, dándole la espalda a la ciudad pero mirando a la cama, donde Alexandra yacía. La inquietud me recorrió por completo. Aún no me atrevía a decirle que la amaba, nos conocíamos hacía cinco meses, pero parecía como si fuese una eternidad; con ella me sentía seguro, tranquilo, y no entendía por qué esos sueños estaban atormentándome. Si Bunny había sido mi último amor y ella era feliz, yo tenía el derecho de intentarlo. De ser feliz.

Me dije a mí mismo que no pensaría más, solo sentir. Tallé mis ojos volteándome para ver nuevamente la ciudad. El silencio y la tranquilidad que había arriba me hacía recordar cuando estuve enterrado en su interior, la manera en que mi cuerpo despertó esa añoranza que no sabía que sentía.

Los brazos de Alexandra me rodearon desde mi espalda, murmuró palabras que no entendí en un primer instante, tomó mi mano y me obligó a seguirla. Lo hice y, cuando dejó caer la sábana, mi cabeza hizo lo que le había pedido segundos antes, dejar de pensar, y me concentré en sentirla y disfrutar de las múltiples sensaciones que ella me estaba dando.

Desperté primero que ella cuando casi era medio día, pedí el desayuno tardío y me di una ducha rápida, aunque deseaba poder ducharme con ella. Vestido, me senté a un lado de la cama y observé bajo la luz del día su piel cremosa. Quería expresar mis sentimientos, desnudarme y volver a la cama con ella, pedirle que nos quedáramos todo el día desnudos y en la cama mostrarle con caricias lo mucho que estaba enamorado de ella, pero su celular llevaba horas sonando dentro de su bolso, incluso yo tenía varias llamadas perdidas de Annie; era la primera noche en seis años que me quedaba fuera de casa. Un nuevo ruido desde su bolso me hizo despertarla. Desayunamos entre besos después de que ella atendiera una llamada de Matt. Le hablé de mi top de las noches que nunca querría olvidar, era algo tonto que Annie había sugerido la

primera noche que pude dar unos pasos sin ayuda. Con los años, había noches que salieron de mi lista, pero podía asegurar con toda certeza que el momento que viví con Alexandra se quedaría para siempre.

Cuando ella se preocupó por mis finanzas, me pareció muy adorable. A pesar de que no era rico, tenía dinero como para vivir cómodamente al menos un par de años más. El padre de Annie, un petrolero de Texas, me había ofrecido un puesto en su planta después de que terminara la universidad; tenía pocos gastos, gracias a que vivía con Annie, pero sabía que después de esa noche necesitaba un lugar para mí. Necesitaba empezar a independizarme, sobre todo porque, mientras tenía a Alexandra a mi lado, sabía que nunca podría corresponderle a Annie.

Salimos del hotel. Aún en el taxi, nos dimos besos tontos, haciéndola sonrojar. Le pedí al taxista que nos dejara unas manzanas antes de su casa con el único fin de retrasar el momento de separarnos. No le había dicho que pensaba llegar a casa, cambiarme y volver para invitar a los chicos al cine. No quería que ella me viese como un hombre intenso, pero la verdad era que no deseaba estar alejado de ella.

Me detuve al llegar a su edificio con el único motivo de besarla un poco más, llenarme de su esencia y disfrutarla unos segundos antes de dejarla.

El grito de Annie hizo que me separara abruptamente. La vi caminar hasta llegar a unos pasos de distancia entre nosotros. A pesar de saber que ella no haría nada tonto dejé a Alexandra a mi espalda mientras Annie gritaba cosas entre lágrimas, haciéndome sentir desagradecido y apretando mi pecho debido a que nunca podría corresponder su amor.

Entonces ella volvió a decir que Alexandra me engañaba, incitándola a que dijera la verdad. A diferencia de lo que pensé que pasaría, Alexandra le pidió silencio haciéndome sentir traicionado. ¿Qué escondían? ¿De qué engaño hablaba Annie y por qué Alexandra no quería que dijera nada? Me giré, buscando una explicación de la mujer que se había colado en mi corazón y mi vida, su mirada era de culpa, temor y remordimiento. Eso confirmaba las palabras de Annie.

Evan Cooper no murió el 9-11. Yo realmente era Evan Cooper.

CAPÍTULO 13

Me acerqué a Annie, que me miraba con una expresión estupefacta.

—Yo...

—¿Qué rayos hiciste?! —Grité tomándola de los brazos—. ¿Por qué le contaste todo? ¿Por qué?!

—¿Fue su culpa! ¿Te eligió a ti sobre mí! —Parecía fuera de sí, como si estuviese drogada o ebria—. ¿Fue culpa de ustedes! —gritó—. Tú me empujaste a esto, te dije que te alejaras de él. ¿Evan tenía derecho a saber que no eres más que una mentirosa!

—¿No lo hiciste por él! ¿Lo hiciste por egoísmo, Annie! Si le llega a suceder algo, si...—Busqué mi teléfono celular en mi bolsillo, volteándome para ver a un Matt estupefacto junto con unos asustados Ian y Maia—. Sube al departamento con los niños, Matt. —Marqué el número de Evan, pero por más que timbraba, él no contestaba—. ¿A dónde pudo haber ido?!

Annie rio. Fue una sonrisa burlona, de esas que sueltas cuando sabes que has logrado algo. Era como si apenas pudiese notar que Evan se había ido. Ella era voluble y me estaba dando cuenta en ese preciso momento.

—Ni aún si lo supiera te lo diría. —Empezó a caminar en dirección a la salida y sostuve su brazo con fuerza.

—¿A dónde crees que vas?

—A casa, voy a hablar con él, voy a alejarlo de ti.

—Estás muy equivocada.

—No, la equivocada eres tú.

—Aléjate de él. —Zafó su brazo de un tirón.

No perdí más el tiempo con ella, necesitaba encontrar a Evan. Volví a marcar su número de teléfono, pero me saltaba directamente a buzón.

—Evan, por favor escúchame, déjame explicarte. Vuelve al departamento, por favor—susurré cuando escuché su mensaje de voz.

Subí las escaleras rápidamente, debía cambiarme y empezar a buscarlo, no importaba dónde. Necesitaba encontrar a Evan pronto y decirle que todo tenía una explicación, que lo había hecho por él solo por él.

Matt estaba sentado en el sofá cuando llegué al departamento, seguía con mi celular intentando marcarle, sin embargo, seguía saltándome al buzón.

—Alexandra —dijo cuándo me vio pasar de camino al dormitorio—. ¿Qué

haces?

—Ahora no, Matt. —Saqué un jean y un suéter de cuello alto, me quité mis botas de tacón y mi vestido sin importarme que Matt estaba frente a mí.

—Tengo que encontrarlo, buscarlo y explicarle. —Me coloqué el jean, y estaba a punto de tomar la camisa cuando Mathew me tomó de los brazos.

—¿Pasaste la noche con él, Alexandra? —Había dolor en su rostro, pero en ese momento no podía detenerme y pensar en Matt. No cuando Evan se había ido de casa después de que Annie le dijese todo. Me removí entre sus brazos hasta que me soltó—. Alexandra.

—¡Sí! ¡¿Eso era lo que querías saber?! ¡Lo hice! ¡Pasé la noche con él, me entregué a él, hicimos el amor, llámalo como quieras!

Matt retrocedió como si una bola de fuego hubiese impactado contra su pecho. Su rostro se contrajo, sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Mathew... —Mi pecho se apretó al ver la expresión en su mirada—. Mathew, lo siento, yo...

—¿A dónde vas a ir?

—Tengo que buscarlo.

—¿Y los mellizos?

—Marie puede quedarse con ellos, yo tengo que ir tras él.

—¿Ahora delegas el cuidado de tus hijos? ¡¿Qué mierdas pasa contigo, Alexandra?! ¡¿Dónde diablos vas a ir a buscarlo?!

—¡No lo sé!

—¿No lo sabes? Él se fue... Se fue y te dejó, yo lo vi, tú lo viste, y ahora quieres salir corriendo y dejar todo lo que realmente debe importarte, por él. Tus hijos, Alexandra... ¿Ahora es Evan más importante que los niños? ¿Sabes qué, Alexandra? Vuelvo a desconocerte, no sé quién eres... Me llevaré a los niños, mi padre puede cuidarlos mientras tú estás como una tonta detrás de un hombre que no quiere verte. De paso, busca tu sentido común y tu amor de madre, porque definitivamente se te han extraviado.

—Matt.

—¡No! ¡Matt no, por un demonio! Ni siquiera sabes a dónde pudo haber ido. Nueva York es enorme, Alexandra.

—El departamento de Annie. —Matt se burló de mí con una carcajada carente de emoción. Sus ojos se tornaron fríos e inexpresivos.

—Estás tan ciega—musitó con desdén.

—Necesito encontrarlo. —Mi voz se cortó, sentía que mi corazón se estaba cayendo a pedazos, el dolor y la desesperación batallando en mi

interior.

—Si el hombre que vive en el cuerpo de Evan se parece un poco a mi antiguo amigo, va alejarse lo que más pueda de Annie, Alexandra, pero también lo hará de ti... Haz lo que te dé la gana, me llevo a los niños.

Me dejé caer en la cama completamente rota, completamente confundida. Sentí los pasos de Mathew por el corredor, sabía que le debía una disculpa, sabía que tenía razón en lo que me decía. ¿Dónde iba a encontrar a Evan? ¿Annie si quiera me dejaría hablar con él? Sentí la puerta cerrarse de manera contundente y el frío recorrió mi cuerpo lenta e inflexiblemente.

Evan se había ido, pudo quedarse a que yo le explicara, pudo preguntarme o reclamarme, pero en vez de hacerlo, él había huido, se había alejado de mí.

Me recosté sobre las colchas, sintiendo mi cuerpo entumecido. Sabía que ese día llegaría, solo esperaba que no fuese tan pronto.

Salí de la escuela y tomé el primer taxi que se detuvo. Habían pasado tres semanas desde el día que Annie le contó toda la verdad a Evan, tres semanas en la que mi vida se había convertido en un infierno peor que el 11 de Septiembre de 2001. No sabía qué había ocurrido después de que él se fuera. Había estado en shock por varias horas, irónicamente fue Matt el que me hizo abrir los ojos; el que me hizo entender que al menos esta vez tenía la certeza de que estaba vivo.

Había estado yendo a la universidad cada día, esperándolo cerca, pero nunca vi su coche o a él. Fue difícil para mí resistir el impulso de ir hasta el departamento de Annie, pero tenía la plena certeza de que ella no dejaría que me acercara a él y no sabía qué actitud tendría Evan.

Necesitaba hablar con él, intentar explicarme, hacerle entender que mi intención nunca había sido burlarme de él. Todo lo que había hecho fue pensando en su salud, en su recuperación, pero él no contestaba mis llamadas y yo no estaba dispuesta a esperar más. Había perdido demasiado tiempo llorando por él, esperando que pudiéramos concretar una cita con la doctora Warner, que al parecer estaba fuera de la ciudad. Andrew me decía que debía esperar, pero yo sentía que había esperado demasiado tiempo. El taxi aparcó cerca al campus, pagué el valor del servicio y me encaminé hacia el estacionamiento de la universidad. Hallé su auto rápidamente entre la fila de coches estacionados, me recosté sobre el capó. Era casi su hora de salida, por

lo que no demoraría mucho esperándolo.

No habían pasado veinte minutos cuando lo vi entrar al estacionamiento junto con una chica. La flama de los celos ardió con fuerza en mi interior, pero me obligué a centrarme en lo que había venido a hacer. Noté que Evan cojeaba levemente, quizás para otra persona era casi imperceptible, pero yo podía notarlo ahora más que hacía unos días. Dejé de ver a la pelirroja a su lado para enfocarme en él, tenía unos vaqueros oscuros y una camisa cuello en V gris. Se detuvo abruptamente al verme en su coche, despachó a su amiga con un beso en la mejilla y curvó su sonrisa a medio lado ante algo que ella le dijo. Inhalé y exhalé con fuerza, si estaba buscando que me ofuscara, no lo lograría. Su rostro era inexpresivo mientras caminaba hacia mí. Rodeó el coche por la parte trasera y guardó sus libros, cerrando la puerta con un poco más de fuerza de lo normal.

—Evan.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitamos hablar.

—¿Hablar? Tú no hablas, Alexandra. Tengo que recordarte que tú solo mientes... ¡Oh, ya sé! Se te olvidó decirme alguna mentira y te crees con derecho de venir a joder más mi existencia.

Tragué saliva ante la dureza en sus palabras. El tono frío de su voz estaba congelando cada rincón de mi cuerpo.

—Si tan solo me dejaras explicarte... —Me acerqué a él y abrió la puerta del coche, manteniendo una barrera entre los dos.

—¿Qué vas a explicarme, Alexandra! ¿Qué me viste la cara de estúpido por meses?

—¡No, Evan!, solo quiero explicarte cómo se dieron las cosas, yo pensé que tú estabas muerto, tú...

—Mira, Alexandra. —Presionó el puente de su nariz con su mano izquierda—. Tuviste cinco meses para contarme la jodida verdad y lo que hiciste fue mentir. Dime una cosa, ¿quién diablos se hizo pasar por la tal Bunny? ¿Tienes idea lo mucho que me dolió que esa mujer me rechazara?

—Lo siento, yo no quería mentirte, Evan, pero tú querías hablar con ella, insistías con que debías hacerlo. Sé que no estuvo bien, de verdad lo siento.

Él me dio una sonrisa sarcástica—: ¿Lo sientes? —Se rio—. ¿Tú...? ¿Sabes que es lo único que lamento de todo esto? Querer ver a mis hijos y no hacerlo porque no quiero encontrarme contigo, Alexandra.

—Evan...

—No tenemos nada de qué hablar. Mejor contrata a un abogado, porque pienso empezar a ejercer mi papel de padre. —Se metió en el coche, pero cuando fue a cerrar la puerta, fui mucho más rápida que él. Podía sentirse dolido, decepcionado. Podría tener rabia, e incluso odiarme, pero Maia e Ian no tenían que estar involucrados—. ¿Qué demo...?— murmuró cuando agarré la puerta del coche evitando que se cerrara.

—Puedo entender que estés molesto, yo también lo estoy, Evan, pero no vas a jugar con la estabilidad de mis hijos.

—Nuestros hijos.

—Evan, mírame, mírame un segundo a los ojos. Soy yo ¡Yo! Alexa, la mujer que estuvo llorando por ti durante once años. Sí, te mentí, te mentí y me arrepiento, ¡te juro por Dios que me arrepiento! Pero soy la mujer a la que hace tres semanas le hiciste el amor de manera tierna y lenta. La mujer que...

—¡La mujer que lloraba por mí mientras se tiraba a mi mejor amigo! —Gritó—. Suelta la puerta del coche, Alexandra.

—¡Eso no fue así! —grité, sin importarme el pequeño grupo de personas que estaban siendo testigos de nuestra discusión.

—Entra al auto —dijo entre dientes—. Entra o déjame irme.

—¿Qué me garantiza que no te irás tan pronto suelte la puerta?

—A diferencia tuya, yo no miento, Alexandra. —Tomó las gafas negras que estaban en el tablero del coche y se las colocó. Decidí confiar en él y rodeé el coche para sentarme en el asiento junto a él.

Condujo hasta *East Village*, deteniéndose frente a una edificación de tres pisos. Se bajó del coche y lo seguí, a pesar de que él no había dicho una palabra desde que empezó a conducir. Subimos las escaleras hasta llegar a la segunda planta, sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta marcada con los números 202.

Era un departamento sencillo, dos paredes de ladrillo expuestos y el resto blancas y lisas; un sofá color miel delante de una televisión pantalla plana y un pequeño comedor de cuatro puestos. Había una ventana con cortinas blancas y una alfombra sobre el sofá. Noté las dos puertas a un costado, pero no dije nada.

—Supongo que ya no vives con Annie.

—Tienes cinco minutos para hablar, mi compañero no está en casa, pero sus cosas sí están, por lo que imagino que se encuentra en alguna cafetería cercana.

—Solo quiero explicarte.

—¿Por qué me mentiste?— Su voz se quebró un poco, y solo por ese momento pude tener un vistazo de mi antiguo Evan—. Desde que me fui de tu casa, esa pregunta ha estado en mi mente.

—¿Has recordado algo?

—¿Crees que me arriesgaría a hacerte alguna pregunta si hubiese recordado, Alexandra? —Se dejó caer en el sofá y peinó sus cabellos hacia atrás.

—Cuando te vi en el memorial, mi primer impulso fue saltarte a besos. — Él resopló—. Annie me dijo que no era el momento, nos vimos al día siguiente en una cafetería cercana. —Llevó las manos a su rostro—. Le dije quién eras y que quería contarte la verdad, recuperarte.

—¿Y por eso me mentiste?

—Annie dijo que tu doctor, el doctor Parker había sugerido que no debían contarte nada, solo dejar que tus recuerdos volvieran.

—Hace años debieron volver. En ocasiones me pregunto si regresarán algún día—aseguró con severidad.

—Yo no quise engañarte nunca, hice lo que creí era mejor para ti. —Me acerqué y al ver que no se alejó me senté a su lado.

—He estado investigando a Evan Cooper, para el gobierno está muerto.

—Lo estabas para todos nosotros, pero no hubo un día que yo no dejara de llorar tu muerte. —Toqué su brazo—. Evan, tienes que creerme.

—Supongo que por eso empezaste una vida al lado de Mathew.

—No es como lo estás imaginando, yo estuve muy mal después de los atentados, fue por mi culpa que tú estabas en la torre en el momento del impacto.— Se levantó y caminó hacia el comedor.

—No puedo creerte.

—Lo lamento.

—Tus disculpas no borran el engaño.

—Te amo. —Fui hasta donde él estaba, quería abrazarlo ahora que, al parecer, había bajado la guardia.

—No te creo, Alexandra.

—Evan...

—Ian y Maia es el tema que nos concierne. Estas dos semanas he estado pensando y quiero que ellos sepan que soy su padre, he hablado con la doctora Warner para que ella nos ayude con este tema.

—Los niños te quieren.

—¡Los niños quieren a Daniel Harris!

—Tú eres Daniel Harris, Evan Daniel Cooper. Harris es el apellido de tu madre. Bunny es la manera en cómo me llamabas cuando estaba molesta. Eras mensajero en Shields cuando ocurrieron los atentados y estudiabas economía. —Él me dio la espalda golpeando la silla del comedor—. Tus padres sí murieron cuando tenías siete años y viviste en orfanatos hasta los dieciocho, los padres de Matt te arrojaron como un hijo después de eso, Evan... —No pude resistirme y me abracé a su espalda—. No te mentí, te oculté cosas por temor a causar un impacto negativo en tu recuperación. —Logré que quedáramos frente a frente y toqué su mejilla sintiendo el familiar escalofrío en mi cuerpo—. Ahora lo sabes todo y me doy cuenta de lo estúpida que fui. Hemos perdido cinco meses pensando tonterías cuando podríamos... —Me incliné, posando mis labios en los suyos, atraje su rostro al mío y lo besé de manera lenta, pero él no se movió

—No. —Tomó mi mano y la quitó de su rostro—. No, Alexandra. Me engañaste, me hablabas de Evan y...

—Buscaba una reacción, algo que me dijera que no te afectaría.

—Por la razón que haya sido, me engañaste, no puedo confiar en ti. —Se alejó de mí y caminó hacia la puerta—. Vete, te enviaré un texto cuando la doctora Warner pueda recibirnos.

—No nos hagas esto.

—Por favor, vete.

Tomé mi bolso del sofá. Él no se había movido de la entrada y no me miraba, tenía la vista clavada en el suelo de madera. Tenía que decirle algo pero ¿qué? Me detuve frente a él y alcé su rostro con mis manos, inclinándome para dejar un beso no correspondido en sus labios.

—Te amo, con o sin memoria. —Mi voz se quebró—. Sé que estás dolido, que quizá no entiendes, pero te amé hace once años, te amé cuando te creía muerto y te amo ahora mucho más que antes, Evan. —Dejé caer mis manos, dejándolas justo sobre su corazón—. Y quizá tus sentimientos no son claros, pero yo vi tus ojos mientras me amabas, tu mente puede no recordar, pero tu corazón... Ese recuerda lo que sentías por mí. —Mi voz se quebró—. Lo que sientes por mí... —Cerré mi mano en un puño y salí del departamento sin volver a mirarlo. Bajé las escaleras rápidamente mientras dejaba que las lágrimas corrieran libres por mi rostro. Abrí la puerta y salí al exterior, sintiendo nuevamente el vacío, el dolor lacerante en mi pecho debido a la pérdida. Me abracé a mí misma buscando el consuelo que solo me darían sus brazos. Lloré por varios minutos sin importar la gente que me observaba,

dolía volver a tenerlo y a la vez no hacerlo. Caminé sin rumbo fijo por las calles de *East Village*, mi teléfono celular sonó en varias ocasiones, pero no quería hablar con nadie, necesitaba tiempo para asimilar lo que había sucedido, tiempo para planear mi siguiente paso.

Llegué al departamento cuando ya anocheecía. Mathew estaba en casa con los niños, que hacían sus deberes con tranquilidad mientras él preparaba de comer. Di un beso a mis niños sobre el tope de su cabeza y seguí hasta la cocina para buscar un vaso y rellenarlo con agua.

—Alexa.

—Ahora no, Matt. —Tomé el agua deseando poder beber algo más fuerte.

—La cena está casi lista, pero puedes darte un baño y colocarte ropa más cómoda, te esperaremos.

Alcé la mirada, llevando mi mano a su mejilla rasposa por los días sin afeitarse—: ¿Qué haces aquí?

—Niños, vayan a lavarse las manos, es hora de comer. —Los chicos se levantaron de la mesa corriendo en dirección al baño—. ¿Has estado llorando? —Una lágrima se deslizó por mi mejilla y él la limpió con el pulgar.

—No respondiste mi pregunta.

—Te llamé al celular varias veces, al no contestar, llamé a Marie, me dijo que los niños estaban con ella, que habías ido a verlo. ¿Pudiste hablar con él?

—Asentí—. Lo imaginaba. —Se alejó y apagó el fuego en la estufa—. Supe que estuvo buscándome en el hospital, pero no estaba de turno.

—Me culpa de engañarlo, porque no puede entender que lo hice para protegerlo. —Matt me abrazó a su cuerpo, acariciando mi cabello, consolándome mientras me mecía suavemente.

—Ya, tranquila... Dios, yo no debería decir esto —farfulló—. Todo es muy reciente. Ve a darte un baño y ven a cenar con nosotros, los niños no deben verte así.

Marzo pasó sin ninguna noticia de Evan.

Andrew continuaba con su investigación y había tenido una cita con el esposo de Jull, quien había dado la razón al doctor Parker, pero no justificaba mi actuar.

Algunas veces iba a la universidad solo para verlo a lo lejos con un libro

entre las manos; otras, paseaba por *Central Park* evocando mis recuerdos. En las noches, revivía una y otra vez esa noche en la que, a pesar de estar rodeados de mentiras, nos entregamos a nuestros sentimientos. Terminaba llorando, sintiendo la pérdida más que nunca. Le enviaba mensajes de texto que él nunca respondía.

El cumpleaños de los mellizos llegó y, a pesar de sentirme entumecida, desesperada y destrozada, supe que tenía que anteponer mi deber de madre que el de mujer. Estaba terminando de colocar los últimos globos en la pared cuando escuché el timbre de la puerta. Matthew había ido por los niños a la escuela y yo había pedido un permiso especial para tener tiempo de decorar la casa por su cumpleaños.

Dejé el paquete de los globos sin inflar sobre la mesa y abrí la puerta encontrándome con un chico de mensajería.

—Entrega para Alexandra Jones —musitó entregándome la planilla para firmar y dos paquetes dirigidos hacia Ian y Maia, enviados por Evan—. Oh, se me olvidaba. —El chico buscó entre sus cosas sacando un sobre blanco—. Que tenga un buen día.

Coloqué los paquetes sobre el comedor y me senté en el sofá abriendo el sobre rápidamente.

Hola, Alexandra:

Quisiera poder entregar los obsequios personalmente, pero aún no estoy listo para enfrentarme a ti. Tu engaño aún duele y no sé si algún día pueda dejar de hacerlo. Quiero acercarme, quiero jugar videojuegos con Ian y tomar el té con Maia, pero hay algo que todavía no me lo permite. En ocasiones, he llegado hasta la puerta de tu edificio, observó la luz de tu habitación encendida, o te veo sentada en el alféizar de la ventana. Quiero ser su padre a pesar de no saber cómo demonios puedo serlo, he perdido demasiados cumpleaños, demasiadas travesuras, demasiado amor. He pensado tal cual como te dije cuando te llevé a mi departamento que lo mejor es ayudarnos con la doctora Warner, es por eso que te escribo, mañana la doctora nos atenderá a los dos como primera medida. Su consultorio está ubicado en el complejo de salud Vitae Firha. Te espero a las 14:00.

Evan.

EVAN

Traicionado.

Era justo como me sentía en ese momento. La ira mezclada con el dolor. Conduje por las calles de Nueva York mientras escuchaba mi celular repicar. No me había quedado ahí para escuchar explicaciones de un acto que no tenía explicación.

Me detuve en el departamento de Annie y subí a mi habitación, tirando toda mi ropa y cosas personales en una maleta, sin ningún tipo de orden. Abrí la laptop y transferí la mitad de lo que había en mi cuenta bancaria a la de Annie; sabía que no cubría todo lo que ella había hecho por mí, pero mi orgullo herido me decía que era lo que tenía que hacer.

Annie llegó media hora después. Había bajado mis maletas al auto y la esperaba en la sala con una hoja de papel entre las manos.

—Gracias a Dios estás aquí —murmuró cuando me vio. Me abrazó fuerte, pero no le devolví el abrazo—. Tenías que saberlo, ella te estaba mintiendo, pero ahora sabes quién eres y sabes quién es ella. Sé que harás lo correcto, Evan.

—¿Ya no soy Darcy? —Mi voz salió un poco más brusca de lo que pensaba.

—Ese es tu nombre, Evan.

—¿Desde cuándo lo sabías? —Ella se hizo la desentendida, empezando a hablar de abogados y de otras cosas que no me interesaban—. Contesta mi pregunta, Annie. ¿Desde cuándo lo sabías?

—Hace un par de meses.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque el doctor Parker dijo que no debíamos decirte nada sobre tu pasado, pero no podía seguir viéndote hacer el papel de estúpido y que esa mujer te envolviera cada vez más en su juego.

—Soy su esposo ahora.

—Nunca se casaron, estaban comprometidos, así que nada te une a ella. — En ese momento, recordé a los mellizos.

—Tenemos dos hijos.

—Quién sabe si en realidad son tuyos.

A pesar de las mentiras, estaba seguro de que Alexandra no mentía cuando hablaba de eso. Pasé mi mano por mi rostro aún sintiendo la ira atravesarme entero.

—Te esperé porque quería darte esto personalmente. —Tendí la hoja de papel que había impreso y ella la desdobló, mirándome desconcertada.

—No es todo el dinero que te debo, Annie, pero es una cuota primaria.

—¿Qué significa esto, Evan?

Me daba risa que ahora usara mi nombre real de manera natural, cuando hacía unos meses odiaba llamarme Daniel.

—Me voy, Annie, de tu casa, de tu vida. —Me levanté de la silla—. No quiero saber nada de ti, no quiero verte o que me busques.

—Evan...

—No digas nada, tanto tú como ella me engañaron, y eso no se los voy a perdonar, Annie. Pagaré todo tu tiempo aunque sea lo último que haga en esta vida. Ahora no tengo nada más que decirte.

Ella gritó, se abrazó a mí, diciéndome cuánto me amaba y que no podía hacerle esto luego de todo lo que ella había dejado por mí. Cosas que yo nunca le pedí.

Abandoné el departamento con sus gritos haciendo eco en mi oído. No me siguió y agradecí que fuese así.

Me quedé en un hotel y luego hablé con Duke, un amigo que tenía un departamento en alquiler en East Village. Él accedió a compartirlo conmigo una temporada y cuando estuve organizado, me dediqué a hacer lo que no hice cuando confié ciegamente en Alexandra, investigué quién había sido Evan Cooper y cómo había sido mi muerte. Me dediqué a observar más a Ian y a Maia. A lo lejos, veía cómo Matt o Alexandra iban por ellos a la escuela o salían juntos como una familia. Mi maldita familia. A pesar de la tristeza que reflejaba el rostro de Alexandra, no me dejé engañar esa vez. No iba a buscarla. Aunque deseaba una explicación de su parte, la rabia había mermado, pero el sentimiento de rechazo aún persistía. No fue hasta una tarde cuando salí de la universidad que la vi en el capó de mi coche que la rabia volvió a mí. La dejé explicarse, e incluso la llevé hasta mi departamento; me dijo que me amaba, que había hablado con Parker, que no quería engañarme... Pero no confiaba en ella, por lo tanto, no creí una sola de sus palabras. En cambio, decidí que quería ser parte de la vida de mis hijos.

CAPÍTULO 14

Ian y Maia habían abierto los paquetes tan pronto llegaron. Él le había enviado a Ian un nuevo juego para su *Xbox*. Mi hijo, emocionado, se había llevado a Henry y entre los dos conectaron la consola para jugar. Maia, por su parte, rasgó el papel con la elegancia de una señorita para develar una cajita de música con una bailarina de ballet sobre la tapa; al detallarla bien, notamos que era un cofre musical y dentro de este se encontraba una sencilla cadena, unos aretes a juego y un dije.

Había marcado a Evan en lo que la fiesta transcurrió, pero mi llamada era redirigida a buzón, un claro ejemplo de que no hablaría conmigo hasta que la doctora nos viera.

La fiesta de los mellizos duró hasta entrada la noche. Mathew había pedido dos días libres para quedarse esa noche con ellos; Ian y él se habían encerrado en la habitación diciendo que era un bunker solo para hombres, por lo que Maia había pasado la noche conmigo mientras me contaba sobre la nueva puesta en escena que quería montar la academia de ballet. Estuve acariciando sus cabellos hasta que se quedó dormida. El sueño era esquivo para mí esa noche, estaba nerviosa y un poco preocupada. Mathew siempre había querido adoptar a los mellizos, pero yo había conservado el apellido de Evan. Salí de la habitación justo cuando Matt salía de la de los niños.

—¿Sigues sin poder dormir? —preguntó al verme.

Asentí.

—¿Nos tomamos algo? Creo que mi papá y Elena dejaron algo de tequila en una de las botellas. —Sonrió con diversión.

Me senté en el desayunador mientras Matt registraba las botellas en la cocina. Apareció frente a mí con tres botellas que tenían unos cuantos dedos de licor y dos *shots*.

—Bueno, al parecer no quedo tanto. —Tomó una botella y vació el poco contenido que quedaba en los dos vasos luego rodó uno con sus nudillos en mi dirección—. Por un año más para Ian y Ma... —No dejé que terminara y bebí el licor de un solo trago antes de volverlo a poner al frente. Él rellenó mi copa y volvió a colocarla frente a mí—. Por un año lleno de salud, amor y bienestar para Ian y Maia. —Volví a beber todo—. Eh, princesa. No es agua, linda.

Saqué de mi bolsillo la carta que Evan había enviado con los obsequios y

se la tendí a Matt, luego tomé otra de las botellas que él había colocado a un lado. Esta vez no me tomé la molestia de usar el vaso, tenía muy poco alcohol así que la bebí directamente mientras él desdoblaba el papel. Cuando leía la expresión de su rostro, pasó de ser divertida a enojada.

—¿Piensas contarle a los mellizos que él es su padre?

—Quiere que los niños sepan, y yo pienso que es lo mejor.

—Está muerto, Alexandra. Ningún juzgado va darle la custodia de los niños. Y si se atreve a llegar a uno, tendría primero que explicar el fraude que le hizo a la nación.

—¿De qué hablas?

—Siempre tiene dinero, compró un buen coche y está viviendo en el *East*. Sabemos que no cobró la compensación por ser Evan Cooper, papá averiguó y nadie ha solicitado ese dinero, lo que significa que tomó el dinero de alguien más y eso es fraude.

—Matt...

—Yo he sido el padre de los mellizos.

—Lo sé, Matt. —Tomé su mano—. No sabes lo agradecida que estoy por ello.

—Vámonos de aquí, mamá tiene familia en Colombia y papá en Chile. Podremos mudarnos hasta de ciudad, él ni siquiera los conoce.

—No está iniciando una guerra, Mathew. Si quiere que los niños sepan quién es él, no seré yo quien obstaculice su deseo; ya le hice bastante daño.

—¿Cuándo dejarás de culparte por algo que hizo *Bin Laden*?

—*Bin Laden* no mandó a Evan de vuelta a las torres por un jodido celular.

—¿Irás mañana a esa reunión?

—Matt, los niños te adoran, te extrañaron mucho....

—Y yo a ustedes, bonita. —Respiró profundamente—. Alexa, por qué...

—Matt... —Acaricié sus dedos—. Mereces mucho más de lo que yo puedo ofrecerte, mereces a alguien que te quiera y te valore por ser tú. Nunca olvidaré a Evan, él fue mi primer amor real, tengo la esperanza de que él va a perdonarme. ¿Acaso no dice el dicho que el tiempo cura todas las heridas?

—Pero... Entiendo. Aunque no lo creas, te entiendo, Alexandra. Siento el dolor que tú sientes, porque es igual al mío, duele aquí. —Llevó la mano a su pecho, justo sobre su corazón—. Me enamoré de ti de manera lenta, sin querer de verdad hacerlo, me enamoré de ti cuando te vi con los niños, la manera en como eras conmigo; y aunque me dijiste que querías intentarlo, aunque aceptaste mi propuesta y te hice el amor, siempre supe que no estabas

conmigo, que no era a mí a quien te entregabas, aun así estabas conmigo y, llámame estúpido, pero sentía que mi amor podía cobijarnos a ambos. — Inhaló—. Quiero ir mañana contigo, quiero que él sepa que no estás sola.

—Tienes que trabajar mañana.

—Por la noche. —Tomó la última botella que quedaba y, sin usar el vaso, se empinó en ella hasta acabar su contenido—. Volveré con Ian.

—Te dejaré el desayuno servido en el microondas.

Me dio un suave beso sobre mis labios y lo vi caminar hasta la habitación de mis hijos. Boté las botellas a la basura y me fui con Maia.

Matt me recogió en su motocicleta a la salida de la escuela. Andrew recogería a los chicos y los cuidaría hasta que volviéramos. El edificio Vitae quedaba en una de las zonas más concurridas de Nueva York. Andrew había intentado programar una cita con la doctora Warner, pero había sido imposible, esperaba que ella pudiera atenderme después de la consulta que Evan había programado, o al menos darme una cita después. Subimos en el elevador hasta la planta de psiquiatría. En la recepción, había una chica hablando por teléfono, esperamos unos minutos hasta que ella se desocupara.

—Hola, buenas tardes, mi nombre es Alexandra Jones, tenemos una cita con la doctora Warner.

—La doctora Amelia está con un paciente en este momento, pero una vez se desocupe, la llamaré... Señor Ford ¿Cómo le ha ido?—Me giré para ver a Evan mirando de Matt a mí con una expresión de furia en su rostro. Pasó a nuestro lado apoyando los codos en el escritorio y dándole una sonrisa deslumbrante a la chica.

—Amanda la señorita Jones y yo tenemos una cita a las 14:00 con la doctora Warner. ¿Podrías por favor comunicarle que estamos fuera?

—Claro, Darcy —Ella le devolvió una sonrisa coqueta que me hizo arder de celos. Estaba a punto de decir algo cuando Matt tiró de mi mano llevándome hasta el sofá de dos plazas beige que estaba en la recepción.

—Está provocándonos, no le prestes atención. —Tomó mi mano entre las suyas—. ¿Estás preocupada?

—Estoy bien, solo le preguntaremos a la doctora cómo hacer esto menos traumático para los niños.

Evan se sentó diagonal a nosotros en un sofá pequeño y tomó una revista

de la pila que estaba sobre la mesa. Quería ir hasta donde él estaba, pero su comportamiento era hostil, su mirada dura y la rigidez en su cuerpo eran una clara muestra de que no me quería cerca. Podía escuchar a Matt diciéndome algo, pero toda mi atención estaba en él. Vestía un pantalón de dril color caqui y una camisa blanca acompañados de unos mocasines en cuero marrón. Se había cortado el cabello.

—Señor Ford, la doctora los espera —musitó la chica detrás del escritorio.

Evan se levantó del sofá y caminó hasta el consultorio sin decirme o darme una mirada, Mathew se levantó conmigo para seguirlo.

—Disculpe, el señor no puede seguir.

—¿Qué? —Matt se giró, observando a la chica.

—La cita es para el señor Darcy Ford y la señora Alexandra Jones. Son las personas que doctora espera.

—Pero, yo vengo con ella.

—Matt. —Sus ojos se fundieron contra los míos—. Estaré bien.

—¿Estás segura? —Asentí—. Prométeme que si sientes que es demasiado vendrás a mí, Alexandra. —Unió mis manos a las suyas—. Prométemelo. Nada de lo que pasó hace diez años fue tu culpa, Alexandra. Que nada ni nadie —miró detrás de mí, donde seguramente Evan nos observaba— pueda decirte lo contrario. Te esperaré aquí. —Besó mi mejilla y me giré sin encontrar a Evan.

La doctora Amelia era una mujer entrada en años, delgada, de ojos marrones y cabello negro cortó; tenía unas gafas de pasta gruesa de color morado y una bata blanca que le llegaba a la rodilla. Evan estaba sentado en un sofá similar al que estaba en recepción; había otro junto a él y en el frente una silla giratoria.

—Alexandra. —Afirmé con mi cabeza—. Siéntate. Qué bueno pudiste venir, el chico de los mil nombres y yo hemos hablado de ti. —Tomó asiento en la silla giratoria

—Amelia... —advirtió Evan—. Mi nombre es Evan, mi nombre real. —Arqueó una ceja en mi dirección.

—Es tu nombre. Daniel también lo es. —Me senté en uno de los sofás individuales. Evan se sentó a mi lado.

—Según lo que sé, eres la novia de Evan.

—Ex...

—Prometida. —No lo miré—. Íbamos a casarnos, pero entonces sucedió... —Mi voz se quebró.

—Tranquila. Evan, ¿puedes pasarle un pañuelo a Alexandra? —Bufó, pero se levantó y tomó la caja de pañuelos que estaba sobre el escritorio de la doctora—. Quise que vinieras porque Evan me ha comentado que tienen dos hijos.

—Maia e Ian —contestó él antes de que yo pudiera hablar.

—Que imagino piensan que su padre murió. —Asentí—. Necesito saber si entiendes la condición de Evan y que comprendas muchas cosas que quizás no concibes.

—Sé que padece de amnesia. —Lo miré, tenía el ceño fruncido y golpeaba el brazo del sofá con sus dedos.

—Sé que estuviste contándole algunas cosas de su pasado.

—Estuvo contándome mentiras de mi pasado. —Evan se levantó del sofá acercándose al ventanal de la consulta, de espalda hacia nosotras.

—¡Evan, basta! —dije así él no me escuchara—. ¡Te expliqué porque lo hice, creí que era lo mejor para ti! —Argumenté con rapidez.

— ¿Por qué? —Observé a la doctora, sin entender—. Dices que pensabas que era lo mejor para él.

—Más bien era lo mejor para ella. —Ambas miramos a Evan—. Aún no entiendo qué pensabas conseguir de todo esto. ¿Guardabas la esperanza de que nunca recordara? ¡¿Qué pensabas?!

—¡Nada! ¿Por qué no me escuchas? —Me giré hacia la doctora—. ¡Pensé que estaba muerto! —Lo miré—. No sabes lo que significó para mí verte ahí, vivo, cuando yo llevaba diez años llorándote, diez años sufriendo.

—¡Mientras follabas con Mathew! Bonita forma de llorarme, Alexandra, de sufrir por mí.

Me levanté de la silla. Quería darle una bofetada, hacerlo reaccionar.

—Matt, demonios... ¡Sin Matt, no estuviera viva! ¡Sin Matt, no estarían los mellizos! Me juzgas sin darme la oportunidad de explicarme. Me oyes, pero no me escuchas.

—¿Qué es lo que quieres explicarme? La manera en como tú y Mathew se burlaron de mí.

—Terminé mi relación con Matt cuando te vi.

—¿Se supone que eso debe importarme? O mejor, dejar de dolerme. Quizá no recuerde, Alexandra. Quizá mis recuerdos se fueron a pasear y se perdieron en el camino, pero traición siempre es traición.

—¿Traición? ¡Encontrarte fue como renacer! Te mentí, te engañé, pero sabes, nada de eso me importaba porque te había recuperado. —La doctora se

mantenía en silencio. No sabía qué demonios estaba haciendo ya que toda mi atención estaba en Evan, en su cuerpo recostado al alfeizar mientras respiraba copiosamente. No hablaba, solo me miraba con tanta ira que me dañaba, me dolía porque lo amaba.

—*El fin justifica los medios*. Entonces, Alexandra, me querías para ti y por eso montaste un mundo de mentiras para así tenerme.

Negué con la cabeza y las lágrimas que me negaba a derramar ganaron terreno cayendo por mis mejillas.

—¡Porque no acabas de entender que ese día siniestro mi alma se quedó atrapada bajo esos malditos escombros! —Sorbí mi nariz ante la intensidad de mis lágrimas—. Que la sola idea de que contarte algo que hiciera que decayeras me aterraba, porque no te pones un poco en mi lugar, Evan, y piensas que me amas, que si tuvieras que decidir entre tenerme a medias y no tenerme, en poder darle a tus hijos a su madre... ¡Actuarías como yo lo hice! Querías tu verdad, te la dije. Te dije todo menos que yo era tu novia y que los niños eran tus hijos. Me crucificas por el único pecado de amarte, aun estando muerto.

La habitación se sumió en silencio y me dejé caer en la silla llevando mis manos a mi rostro, sintiéndome destrozada otra vez, como cada vez que intentaba reponerme. Eso había sido mi vida en los últimos diez años, un destrozo tras otro. ¡Y estaba harta!, cansada de llorar por un amor que nunca estuvo muerto, cansada de mantener el alma en un vilo. Mis sollozos se hicieron más fuertes a medida que los segundos transcurrían.

—Evan. —La voz de la doctora Amelia rompió el silencio—. ¿Qué piensas de todo lo que te ha dicho Alexandra? ¿Qué sientes cuando la escuchas hablarte así? Llevamos meses hablando de tus recuerdos, de lo mucho que deseas recordar, y ella te dio la oportunidad de hacerte una idea de quién eras tú.

—Ella se aprovechó de mí.

—No quiero colocarme del lado de Alexandra, no comparto que te haya mentido, aunque ahora que la he escuchado entiendo sus razones... Evan, una vez te comenté que en los casos de amnesia, es importante dejar que el paciente evoque sus recuerdos, para evitar traumas que alteren la realidad. He visto pacientes con amnesia retrógrada que simplemente enloquecen cuando la verdad es contada mal intencionadamente, también te comenté en una de nuestras secciones que incluso tú, inconscientemente, puedes estar bloqueando tus recuerdos debido al temor de lo que el antiguo tú hubiese

sido.

Alcé la mirada para ver a Evan masajear su sien. Tenía los ojos cerrados y la mandíbula rígida. Por un momento, pensé que no debí explotar así contra él, la situación me había superado a tal manera que no pude evitarlo. Abrió sus ojos lentamente enfocándolos en mí, sus hombros se relajaron tras una respiración suave, no dijo nada, solo me miró como si quisiera ver dentro de mi piel, como si pudiera notar mi corazón latente por él.

—¿Evan? —Su mirada paseó hasta la de la doctora Warner—. ¿En realidad estás molesto porque Alexandra quiso volver a amar? ¿Esperabas que al recordar todo fuese como antes del atentado? ¿O tu molestia es porque esperabas muchas cosas de ella y simplemente nada fue como lo tenías previsto? ¿Sientes decepción o enojo?

—Las dos cosas Amelia. —Su voz fue fuerte—. Estoy enojado y decepcionado. Hablas de un gran amor por mí, ¿verdad? —Sonrió irónico—. Un amor que se escudó en mentirme, manipularme y... —apretó sus puños— robarme la posibilidad de reconciliarme con un pasado que me atormenta no recordar. Quieres que te entienda, y puedo entender el hecho de que hayas reconstruido tu vida porque no podías simplemente quedarte ahí y esperar que el tiempo pasara sobre ti, ¿pero me entiendes tú a mí, Alexandra? ¡¿Lo entiendes, maldita sea?! —Sus ojos llameaban reproche y rápidamente su cuerpo volvió a adquirir la rigidez del comienzo.

—¡No estás siendo justo, Evan! ¡¿Crees que mi dolor es menor al tuyo?! ¡¿Qué mi camino estos años estuvo cubierto de rosas?!

—¿Y la mía sí lo estuvo? Tienes idea de lo que es despertar y no conocer nada, no saber tu nombre, no poder moverte, no reconocer nada...

—Hubiese dado mi vida por estar ahí contigo —hablé con la voz entrecortada.

—Entonces realmente tu molestia ¿no es que Alexandra haya tenido una relación con Matt?

—Eso es solo una de las cosas que me duelen aquí. —Golpeó su pecho.

—Pero antes no te importaba saber que Alexandra había tenido una relación con él, ¿qué cambio ahora?

—Él era mi mejor amigo.

—¿Acaso has tenido algún recuerdo de Mathew?

—He tenido sueños, tantos sueños. Te vi en mis sueños, me amabas y te amaba. Estaba frente a un parque sosteniendo un anillo para ti. —El recuerdo me golpeó como una bola para demoler—. Lo vi a él dándonos un abrazo y

luego a él haciendo diferentes cosas conmigo, él era mi amigo, mi hermano. ¡Hay millones de hombres en Nueva York! ¡¿Sabes lo que siento cuando pienso en ello?! ¡¿Logras imaginar cómo me atormenta saberte desnuda y haciendo el amor con él?! Hace unas semanas, quería ir a ella, quería ir a mis hijos, olvidar ¡empezar de nuevo! Entonces los vi llegar como una familia, ¡una que debió ser mía! ¡Nunca había querido destruir tanto el mundo como esa puta noche, Alexandra!

—Habíamos ido a una pastelería cercana a encargarnos el pastel para la fiesta de los mellizos. —Sorbí mi nariz—. Yo fui a ti, Evan.

—Ya no me importa, quédate con él... —Miró a la doctora—. No estoy aquí para hablar de la vida de Alexandra ni de Mathew. Programé esta cita con usted para hablar de Ian y Maia, para buscar la mejor manera de decirle que yo soy su padre.

—Necesitaban pasar por esto, sacar de su interior lo que les atormentaba. Evan, te enamoraste de Alexandra y lo que sientes por su relación con Mathew no tiene que ver con el hecho de que fue tu mejor amigo, tiene que ver más con algo relacionado a tus celos, a la inseguridad que te ha creado el saber toda la verdad.

—Alexandra, no puedo imaginar tu dolor, así como tú no puedes imaginar el de Evan, pero por la forma en cómo hablabas de Matt, intuyo que fue la persona en la que te sostuviste, me atrevo a decir que nunca sentiste amor romántico por Matt. ¿Qué sentías cuando te tocaba? —Giré mi rostro avergonzada. —Alexandra...

—Lo imaginaba a él, no pude aceptar a Mathew hasta seis años después del atentado, me sentía sola y él me amaba, había estado para mí en los peores momentos, así que lo acepte; fue una decisión egoísta, pero lo necesitaba en ese momento, y cuando intimábamos, cerraba los ojos y evocaba a Evan... Porque siempre has sido tú.

Él no dijo nada, cruzó los brazos sobre su pecho y se mantuvo estoico, así que la doctora retomó la palabra.

—Tú hiciste lo que creías correcto, Alexandra, a pesar que tu corazón te gritaba que no lo era. Evan, hemos hablado de tus recuerdos, ¿no es extraño que los vistazos de su pasado se produzcan solo cuando duermes? Hay algo en tu memoria que no te permite recordar y debes vencerlo o nunca tendrás tus recuerdos. Estás dolido con Alexandra por la razón que fuese, estás herido y reaccionas por esa herida. —Tragué saliva sin poder creer lo que escuchaba—. No los conocí a ambos antes del accidente, pero los sentimientos que

sentías por Alexandra, sentimientos profundos, florecieron sin que te dieras cuenta. No puedo decirte que hacer, tienes dos opciones, perdonar o seguir en tu lugar. En cuanto a los niños...

—Ian y Maia quieren a Daniel, han preguntado por él.

—Pero no saben que es su padre, su figura paterna ha sido Mathew, por lo que he escuchado.

—Siempre les dije que Matt no era su padre, no lo llaman así, saben que su padre es Evan.

—El Evan que murió en los atentados. —Asentí—. Esto es lo que vamos a hacer, van a llevar a los niños a un lugar público, no van a discutir frente a ellos, van a sentarse como buenos amigos y contar lo que sucedió. Ustedes estuvieron juntos un par de meses, lo que creó confianza entre los niños y Evan, razón por la cual la verdad puede ser tomada de manera natural. Los niños son muy dados a entender y cuando se les habla claro, son como yo los llamo, de resolución rápida.

Salí del consultorio más calmada, dejando a Evan dialogando con la doctora. Matt me abrazó tan pronto me vio. No habíamos concretado una fecha para decirle a los chicos, pero sabía que llegaría pronto.

CAPÍTULO 15

El mensaje de Evan había llegado dos semanas después de la cita con la psicóloga. Era claro, conciso y frío.

Jardín Botánico de Brooklyn, 29 de Abril, a las 10:00 Am.

No se te ocurra faltar .

Evan.

Él nos estaba esperando cerca al Jardín Japonés, en el santuario *shintó*. Respiré profundamente antes de caminar hacia él, que sostenía una cesta de picnic en una de sus manos. Sonrió cuando Maia soltó mi mano para correr hacia él; se colocó en cuclillas para recibirla y la abrazó tan fuerte como ella lo hacía. Sacó de la cesta un solitario tulipán, se lo entregó con una reverencia y después chocó las cinco con Ian. No me miró de frente, tomó la mano de Maia y empezó a caminar hacia la colina frente al lago.

El clima era cálido y el aroma de las flores de cerezos se sentía fuerte en el lugar. Evan tendió la manta sobre el césped y colocó la cesta en la mitad antes de sentarse a un lado, dejando el espacio suficiente para que me ubicara del otro lado de la cesta.

—Mamá no nos dijo que íbamos a tener un picnic —dijo Maia ayudando a Evan a sacar los aperitivos.

—¿Por qué no volviste a casa? —Ian desdobló la servilleta y tomó uno de los emparedados de mantequilla de cacahuete—. Tuve que terminar con Matt la *Champion League*. —Su mano se tensó mientras le pasaba el refresco, pero para los niños ese pequeño momento fue imperceptible.

—Tuve que irme, tenía que hacer mis deberes, pero volveré a pasar tiempo con ustedes, chicos. —Despeinó el cabello de Ian—. ¿Quién ganó la champiñón?

—Yo. Matt es muy malo en fútbol, pero no pude ganarle en *Halo*.

—Come, cariño. —Intervine. Podía ver la mínima reacción en el cuerpo de Evan cuando Matt era nombrado.

—¿Por qué no le has dado un beso a mamá? —preguntó Maia mirándonos a ambos. Evan fingió toser.

—Me duele un poco la garganta, no quiero contagiar a tu mamá. —Le tendió un emparedado a Maia, pero yo se lo quité antes que ella lo tomara.

—Tiene cacahuete, cariño. ¿Recuerdas por qué no puedes comer? —Ella asintió y yo le devolví el pan a Evan—. Maia es alérgica al cacahuete e intolerante a la lactosa. —Informé.

—Oh, lo siento, pequeña, no lo sabía. Toma este. —Le tendió uno de mermelada—. Sabes que yo también soy alérgico al maní, por eso hice estos.

Evan estuvo hablando con los chicos por largo rato, podía escucharlos conversar sobre la escuela, las clases de ballet, a lo que Maia le mostró parte de la nueva coreografía que la maestra Claire estaba montando para el musical de primavera.

Dejé que se creara el lazo que Evan estaba buscando. Saqué de mi bolso un libro de terror que había adquirido hacía poco y retomé la lectura donde lo había dejado la noche anterior. Escuché a Ian hablarle a su padre sobre como su director de equipo estaba pensando hacerlo defensa y no central como él quería y lo mucho que le disgustaba que lo colocaran en esa posición. Escuché que Evan le contaba la historia de un jugador de fútbol a quien su entrenador no le había permitido ser delantero como siempre había soñado sino que en el campo lo había puesto como defensa, y que, gracias a eso, era considerado uno de los mejores jugadores del equipo y uno de los más activos en el campo de juego; a lo mejor el entrenador pensaba que era mejor defensa que central, que le diera un tiempo para probar. Mi hijo hizo un puchero al escuchar las mismas palabras que Matt y su abuelo le habían dicho días atrás. No lo veía, pero lo conocía como la palma de mi mano.

No supe cuánto tiempo pasó desde que empecé a leer hasta que Evan tocó mi brazo para atraer mi atención.

—Me han dicho que querían ir a ver los peces. —Alcé la mirada a los mellizos en la orilla del estanque—. ¿Crees que sea bueno para ellos saber la verdad?

Lo miré. Se veía nervioso y preocupado. Cerré el libro, dejándolo a un lado y respirando con suavidad.

—¿Te estás arrepintiendo?

—¿Eso quisieras?

—No, no quiero eso, Evan. Quiero lo mejor para mis niños, y no te voy a negar y decir que no me asusta el hecho de que puedan tomarse mal todo esto, que enterarse de la verdad provoque en ellos algún tipo de trauma. Son buenos niños, obedientes, respetuosos, sinceros, hacen travesuras... ¿aunque, qué niño no las hace? Lo último que deseo es que esto cause una reacción negativa en ellos; pero, al tiempo, quiero que lo sepan.

—Es contradictorio ¿no? Querer y no querer que pasen las cosas. Estoy muy nervioso, pero también estoy deseoso de que los niños sepan que soy su padre, me hace ilusión poder compartir con ellos; además, he perdido mucho tiempo, Alexandra. No quiero seguir dejando pasar las cosas sin poner un punto en mi vida. ¿Sabes? Por primera vez desde que desperté del coma me doy cuenta de que tengo una vida, que tengo algo por quién vivir, y me sentía sólo a pesar de tener a Annie, pero ahora tengo alguna razón para mejorar, para recordar quién era.

—Me alegra escucharte decir eso. —Ambos teníamos la mirada fija en los chicos, que ahora jugaban persiguiéndose el uno al otro.

—Gracias por el dato de la mantequilla de maní. Aparte de eso ¿debo saber algo más?

—Les dio varicela a los cinco años y a Maia le dan miedo las inyecciones.

—Gracias, empecé a tomar clases de hipnosis, quiero de alguna manera recuperar mi vida, a la persona que fui. Puedo ser un nuevo Evan, pero necesito al Evan del pasado. Ahora más que nunca necesito recuperar mi vida y sueños. —Pasó la mano por su cabello en un gesto de frustración.

—Eso significa...

—Significa que pasé de ser un hombre sin pasado para ser padre de dos niños que me necesitan completo, íntegro. Dios, estoy tan confundido que no sé qué hacer. Si te refieres a retomar nuestra relación, no, Alexandra. Eso no va a suceder. Me siento herido, tú jugaste con mi deseo, con mi ilusión de saber quién era. Lo único que me interesa de ti en este momento son ellos. Es lo único que nos une. Lo que tenemos en común.

—¿Es tu última palabra? —La tristeza fue latente en mi tono de voz.

—Sí.

—Entonces se hará como tú digas, Evan. —Hice todo lo posible para mantener mi corazón intacto, pero no pude evitar mirarlo a través de mis ojos llorosos.

—¿Estás de acuerdo? —Noté un deje de decepción e incredulidad en su tono de voz, quizá sólo eran ideas mías.

—Sí, es tu decisión, Evan. Tienes derecho a tomar lo que sea mejor para ti —dije con el corazón languideciendo de dolor—. Hace casi once años vi la Torre Norte sepultar mis sueños, creí morir cuando los días pasaban y no habían noticias tuyas, incluso sabiendo que llevaba en mi vientre el fruto de tu amor, quería hacerlo. —Tomé aire, intentando no atragantarme con mis propias palabras—. Pero sabes, pasó. —Él sonrió con sorna—. No me refiero

a mi relación con Matt, de la cual no me arrepiento, o sí me arrepiento de no haber sabido amarlo como él se lo merecía, porque Matt tenía mis besos, mi cuerpo, pero nunca tuvo mi mente ni mi corazón, Evan, porque ya los había entregado. —Me levanté de la manta y sacudí las briznas de césped pegadas en mi trasero—. Con el tiempo aprendí que el dolor pasa, se duerme en tu interior; así que, Evan, esto también pasará. Y no me refiero al amor que siento por ti, sino al no tenerte de nuevo. Me alegra que al menos está vez estés vivo. —Me giré y caminé hacia el lugar donde estaban los mellizos, queriendo no retrasar más el momento y, a la vez, deseando que el día acabara pronto, que todo fuese una pesadilla, que el hombre que amaba, me amara de vuelta.

No supe qué expresión tenía su rostro, pero tomó toda mi fuerza caminar sin derrumbarme cuando llegué a donde los mellizos. Me agaché frente a ellos, acaricié sus rostros y tomé sus manos. Sabía que el momento no iba a ser fácil, aún temía por su reacción, pero sabía que los niños eran inteligentes y podrían sobrellevar lo que iba a contarles.

—Saben que los amo con todo mi corazón. —Ellos asistieron—. Evan y yo tenemos que contarles algo.

—¿Se van a casar, mami? —Maia soltó mi mano y se aferró a mi cuello.

—No, amor.

—¿Qué es, mamá? —Ian cruzó sus brazos sobre su pecho mirándome ceñido.

—¿Recuerdan que les hablé papá? —Asintieron.

—Sí, Matt también nos habla de papá, ellos eran amigos. —Contestó Maia.

—Sí, ellos eran buenos amigos, bebé. —Respiré hondo, sin saber cómo seguir con esa conversación—. En ocasiones, las cosas no salen como uno quiere. Una vez les dije que Daniel estaba algo enfermo.

—Porque no recuerda ni a su papá ni a su mamá ni sus hermanos. Daniel estaba en la torre donde papá trabajaba cuando el avión impactó. —Miré a Evan, que había recogido la manta y ahora estaba de pie, como si esperara que yo le diese una pista de qué hacer, así que asentí en su dirección y él empezó a acercarse hasta colocar su rodilla sana en el suelo y arrodillarse a mi lado.

—Daniel también perdió su pierna ese día y estuvo muchísimos días dormido por órdenes del doctor.

—Órale...—dijeron los mellizos al unísono.

—Cuando desperté, me di cuenta de que no recordaba nada, ni cómo comer ni cómo caminar o hablar bien, fueron muchos años en los que estuve aprendiendo a hacer todo de nuevo; como un bebé, me enseñaron a comer, a hablar, a caminar hasta a bañarme —los mellizos se rieron—, pero aprendí.

—Niños, Evan y yo queremos contarles algo. —Acaricié los rizos de Maia.

—Pero antes, quiero que sepan que estoy muy orgulloso de ustedes, que a pesar de que nos conocemos hace muy poquito tiempo los quiero mucho y que siempre voy a ser su amigo.

—Su papi no murió el día de los atentados del 11 de septiembre.

—¿No? —Negué con mi cabeza a Ian—. Pero tú dijiste ...

—Yo sé, cariño. También pensaba que él había muerto.

—¿Dónde está, mami? ¿Dónde está papá? —Maia tiró de la mano que acariciaba su cabello—. ¡Tenemos que buscarlo que hablar con él! Preguntarle dónde estuvo.

—Yo soy tu papá, Maia. —Los tres volteamos rápidamente. Evan tenía los ojos cristalinos, como si estuviera tomando todo su esfuerzo contener las lágrimas—. Yo soy Evan Cooper. Yo soy su papá.

Ian retrocedió, sus ojos se abrieron y me miró confundido. Maia, por su parte, se acercó a Evan con su mano abierta para posarla sobre su rostro. Su mirada era de completa sorpresa. Acarició los párpados, nariz y boca de su padre y luego dejó caer la mano y enfocó su mirada en la mía, que no perdía de vista a Ian.

—Mamá, vámonos a casa. —Miré a mi hijo y él repitió en voz baja lo que su hermana había dicho.

—Yo... —Miré a Evan. Intentó decir algo. Si bien no habíamos esperado una actitud emocionada y exaltada por los chicos, tampoco estábamos esperando el rechazo. Y aunque no lo estaban rechazando abiertamente, querer ir a casa era la muestra de que necesitaban tiempo—. Chicos, quería...

—Queremos ir a casa. —El rostro sin expresión de Ian me hizo tomar el brazo de Evan—. Vamos, Maia. —Sujetó la mano de su hermana, alejándose de nosotros.

Evan iba a ir tras él, pero lo retuve.

—Necesitan asimilarlo, dale un día o dos.

—Alexa, tú...

—No te atreves a insinuar que dije algo en tu contra, Evan. No son marionetas, son niños, niños a los que les aparece un padre que ellos

pensaban estaba muerto. Tienes que entender que no saltarán a tus brazos y te llamarán padre cuando aún no te conocen.

—¡Ellos me conocen! —gritó y ambos niños lo miraron con los ojos entrecerrados. Se habían alejado un par de pasos, pero no lo suficiente como para no escucharlo.

—Con esta actitud, no logras nada. Tienen diez años, Evan. Están confundidos. Voy a llevarlos a casa, voy a hablar con ellos, y mañana te llamaré si ellos desean verte.

—Alexa... Voy a pasar tiempo con mis hijos, estoy dispuesto a todo por ello.

—Amenazándome no vas a lograr que mis hijos corran hacia ti, porque si bien llevan tu sangre, soy yo la que he estado para ellos, yo he sido su padre y madre. Hablaremos mañana, Evan.

Me alejé de su lado y fui con mis niños, que hablaban entre ellos mismos. Maia me sonrió, pero Ian me miró ceñudo, empezando a caminar frente a mí.

—Cariño, hay una exposición de artes marciales. ¿Quieres que nos acerquemos?

—No, mamá quiero ir a casa. —Respiré profundamente sin mirar hacia atrás, hacia Evan.

El camino de vuelta a casa fue en silencio.

Ian y Maia se sentaron en el sofá cuando llegamos. Quería tenerlos frente a mí, por lo que me senté en la mesa de café que había en la sala y tomé sus manos entre las mías.

—Pueden preguntarme lo que quieran, niños.

Ian fue el primero en preguntar—: ¿Es cierto? ¿Él es nuestro papá?

—Lo es, tesoro. Sé que no entienden...

—Sí, mami, no entiendo nada —dijo Maia—. Si él es nuestro papá, ¿por qué no nos dijiste nada antes de hoy?

—Queremos que nos cuentes todo. ¿Por qué no recuerda? —Ian cruzó sus brazos sobre su pecho.

—¿A ti tampoco te recuerda, mami?

—No, bebé, no me recuerda; es por eso que no sabía que ustedes eran sus hijos.

—Pero tú si lo sabías, mamá. —Ian se levantó del sofá soltando mi mano—. ¡Y nos mentiste!

—No podía decirles, Evan sigue enfermo.

—¿Se va a morir? —preguntó Maia con terror.

—No, no se va a morir, Ian. Amor, ven aquí. —Extendí mi brazo, lo vi vacilar, pero al final cedió. —Evan está enfermo, en su cabeza él aún no puede recordarme.

—¿Tampoco recuerda a Matt o al abuelo? —Negué a la pregunta de Ian—. ¿Por qué no le dicen todo?

—Su doctor dice que él debe recordar por sí mismo.

—¿Sin ayuda?

—Sin ayuda, princesa.

—¿Entonces por qué sabe que es nuestro papá? ¿Nos recordó, mamá?

—Ustedes aún no nacían cuando Evan desapareció —atraje a Maia hacia mí para abrazarlos—, pero siempre he estado segura de que él los amaría.

—¿Ahora sí vas a casarte con él?

—No, Evan y yo somos amigos ahora y los amamos a ustedes.

—¿Amigos como tú y Matt? —Asentí a mi hijo—. Esto es muy confuso, mamá.

—Lo sé, niños, para mí también fue confuso; pero pueden conocerse, ya conocen a Daniel, digo a Evan.

—¿Por qué lo llamaban Daniel?

—Porque así se llama ahora.

—¿Cómo tenemos que llamarlo, mamá? —Ian se soltó de mi abrazo y volvió al sofá.

—Como ustedes quieran llamarlo, nadie va a obligarlos a nada, ustedes deciden si quieren verlo o no, si quieren pasar tiempo con él o prefieren no verlo más.

—Yo quiero a Daniel... mami

—¿Y tú, Ian? Disfrutabas jugar video juegos con él.

—Sí, pero... No lo sé. ¿Me va a regañar como los padres de mis amigos?

—Puede hacerlo si haces alguna cosa mal.

—¿Y Matt? Sabemos que él no es nuestro papá, pero yo lo quiero mucho. ¿No se pondrá triste si sabe que Daniel es nuestro papá de verdad? —Maia imitó a su hermano sentándose frente a mí.

—Matt ya lo sabe. —Contesté—. Él está feliz de que tengan a su papá, está feliz por Evan y por ustedes. —Ellos se mantuvieron en silencio—. ¿Está bien si invito a Evan a cenar?

—¿Puedo encender mi consola de video juegos?

—¿Puedo ir con Michelle?

—Si acepto, ¿entonces se comportarán con Evan y le darán la oportunidad

de conocerlo mejor? —Maia asintió con vigor. Ian, aunque no muy animado, terminó haciéndolo.

Solo esperaba que el tiempo sanara las heridas en Evan y que los niños le dieran el valor necesario para recordar.

Los meses empezaron a transcurrir con calma a partir de la noche en que Evan cenó con nosotros. Poco a poco, Maia y él crearon un vínculo especial. Evan la llenó de detalles, asistió a todas sus presentaciones de ballet, le dio ánimo cuando ella necesitaba y la abrazó con fuerza cuando, en Julio, tuvo un esguince en el tobillo que la sacó de una competencia. Ian, por su parte, parecía más unido a Matt; salía con Evan, jugaba video juegos con él, pero si Matt entraba en su vista, dejaba todo para empezar a compartir con él. Entre Evan y yo no existía nada más que una plática forzosa cuando los niños estaban presentes, no había vuelto a hablarle de amor. Aunque me dolía su rechazo, entendía que él lo necesitaba y, aunque sonara estúpido, me sentía bien con solo verlo o tenerlo cerca.

Mi relación con Matt era la misma, éramos amigos; había noches que se quedaba con Ian en la habitación. En ocasiones, cuando tenía un turno muy largo y llegaba a casa, se quedaba dormido en el sofá. Tampoco habíamos vuelto a hablar de amor, pero veía en su mirada las esperanzas, así como en la de Evan aún podía ver rencor por haberle ocultado su verdadera identidad.

Estaba terminando de meter la ropa en la lavadora cuando Matt entró al cuarto de lavado; aún conservaba sus llaves del departamento, no tenía una razón para quitárselas, ya que casi nunca las usaba, siempre tocaba.

—Toqué varias veces, pero no me escuchabas. —Señaló los auriculares en mis oídos.

Sonreí quitándomelos.

—Tenemos que hablar —murmuró con seriedad.

—Me asustas.

—Tranquila, te espero en el comedor. ¿Ian y Maia?

—Ian en su entrenamiento y Maia en su clase de ballet. Evan ir a por ellos y los traerá a almorzar.

—Okay, mejor que estemos solos. Termina ahí y ven. —Se marchó sin decir más nada. Terminé de ajustar los tiempos en la lavadora y salí tras él. Lo encontré sentado en el desayunador, estaba tenso y nervioso, lo notaba en

la rigidez de sus hombros, en su mandíbula, en la manera con la que jugueteaba con sus dedos sobre el granito. Había un sobre marrón sobre la mesa. Saqué del refrigerador dos latas de refresco y le tendí una. El clima era cálido, pero no tan caliente como otros días de verano. Me dio una media sonrisa y respiró profundamente mientras me sentaba frente a él, en la única silla del lado de la cocina.

—Te he dado tiempo para que aclares tus ideas. —Destapó la lata—. Voy a hacer esta pregunta por última vez, Alexandra. Y aunque conozco la respuesta y digas que estás bien, sé que no lo estás, lo veo en tu mirada, no eres la misma Alexandra de meses atrás. Me gustaría que me dieras la oportunidad de volver a ver el brillo en tu mirada, Alexa. Vuelve a mí, Alexandra. Casémonos.

—Matt. —Mi pecho se oprimió ante la súplica de sus palabras—. Tomé una de sus manos—. No puedo hacerlo, pensé que lo habías superado.

—Te amo, Alexandra. El amor no se mata de un día para otro, tú lo sabes mejor que yo. Has estado enamorada por once años de un hombre que hasta hace pocos meses estaba muerto.

—Mathew...

—No digas nada. He entendido, solo quería asegurarme de que no hay ninguna posibilidad de que exista un nosotros en el futuro.

—No la hay, no sé si algún día Evan me perdona o me recuerde, pero estoy segura de que no quiero hacerte infeliz. Eres mi amigo, mi mejor amigo.

—¡Basta! Lo tengo claro. —Presionó el puente de la nariz—. Toma, quería saber qué tan segura estabas antes de entregarte esto. —Rodó con sus nudillos el sobre hasta mí—. Mi padre ha concluido su investigación.

Tomé el sobre como si fuese a explotar en mi mano. Ahí estaba todo lo que había pasado con Evan, el por qué lo habían declarado muerto cuando estaba vivo. Andrew llevaba meses de investigación entre sus contactos de la policía y algunos amigos bomberos que aún conservaba. Tenía miedo de abrir la documentación y encontrar algo aún más doloroso que todo lo que ya sabíamos.

—Anda, ábrelo. Eso sí te digo, es peor de lo que imaginábamos.

—¿Cómo hizo Drew para conseguir la historia clínica?

—Yo la robé. —Se recostó en su silla. Iba a preguntar otra cosa, pero el levantó la mano—. No hagas preguntas, Alexa, solo lee.

Saqué el documento del sobre que Matt me había dado; era grueso, estaba

argollado y tenía tapas duras. En la primera hoja había una nota del puño y letra de Andrew.

Lo siento, hija... Lo siento por no haber sido más constante, por no haber indagado más.

Me dispuse a encontrarme con algo incierto...

No sabía cuánto tiempo había estado leyendo, pero no podía dejar de llorar. La condición en la que llegó al hospital, cómo los médicos salvaron su vida tres veces antes de que quedara en estado de coma, el dolor de haberlo sabido solo, mientras yo sufría por él, y luego ella. Annie en todos sus documentos. Ella había ligado su vida con la de él al punto de borrar todo rastro de Evan, la razón del porqué nunca lo encontramos. Cada página que leía hacía que mi pecho se apretara, que la furia corriera por mis venas. Annie había sido la culpable de mi dolor, de que mis hijos crecieran alejados de Evan, de que su amnesia nunca hubiese mejorado. Annie, solo ella, la culpable de que mi vida se hubiese derrumbado una mañana de septiembre. Si tan solo no hubiese sido egoísta, si tan solo yo no hubiese pensado solo en mí. Eran muchos los “¿Y si?” que rondaban mi cabeza.

¡Maldita zorra!

Estaba tan cegada por la ira y el dolor que casi no escucho a Matt hablar.

—Me voy, Alexa . —Alcé mi mirada y limpié mis lágrimas para ver a Matt—. Quiero que entiendas que necesito hacerlo.

—Si tienes turno en el hospital, puedes irte.

—No, Alexandra, no me estas entendiendo... Me voy, hace dos semanas renuncié al hospital, luego de que obtuve la historia clínica del señor José Ignacio Méndez para Evan.

—¿Matt? — Dejé de leer, levantándome de la silla—. No entiendo. ¿A dónde vas? —Me uní a Médicos sin Fronteras hace dos meses. La semana pasada me llamaron, por eso necesitaba saber si había algún futuro para nosotros dos. —Me levanté de la silla, aún sin comprender qué era exactamente lo que Mathew me estaba diciendo—. Lo siento, Alexandra. Sé que Evan no te ha perdonado, pero quizá con todo lo que dice ahí puedan encontrar el camino para reencontrarse.

—¿De qué hablas?! Mathew, no puedes simplemente dejarme.

—¿No?

—¡No!

—¿Y qué quieres, Alexa?! Que me siente en tu sofá y veas cómo lo miras, lo mucho que te mueres porque él decida dejar de ser un jodido niño y acepte lo que les ocurrió. No soy Evan, nunca lo seré, Alexa, y el título de “mejor amigo” no me gusta para nosotros, así que hice lo que creí que era necesario para mí. —Caminó, alejándose de mí—. Después de once años, pensé en mí, en mi vida. No quiero culparte porque he sido infeliz los últimos diez meses, cuando decidiste tirar mi amor por tu ventana y correr tras tu verdadero amor, sin importar las consecuencias de lo que hacías.

—Matt...

—Y no te estoy juzgando, juro por Dios que esa no es mi intención, Alexa, pero me estás matando, lo estás haciendo, y yo me estoy dejando. Salgo mañana a mi primera misión y no quiero irme sin tu bendición, sin la promesa de que orarás cada día por mí; y yo, en cambio, te prometeré que cuando regrese seré el amigo que quieres y necesitas. —Su voz se cortó y su mirada verde se cristalizó.

Me arrojé a sus brazos, apretándolo frente a mí. Siempre había tenido a Matt para mí y no concebía mi vida sin él. Por unos segundos, todo fue silencio, nuestros corazones se alinearon latiendo al unísono. Mathew besó el topé de cabeza una y otra vez.

—Matt, sé que no tengo ningún derecho, pero por favor no te vayas.

—Lo siento.

—Sé que estoy siendo egoísta, pero como podré...

—Podrás, siempre has podido. Eres fuerte, Alexa. Muy fuerte.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando mi corazón sane.

Lo golpeé en su pecho—: Eso no me dice nada, Mathew Campbell. ¿Dónde es tu misión? ¿Por qué lo hiciste?— Le di otro golpe, esta vez con enojo, y él se alejó de mí. Peinó su cabello hacia atrás.

—¿Por qué la única manera de olvidarte es alejándome de ti! Porque intento no pensarte, no desear tenerte. Porque no puedo seguir viendo la mirada rencorosa de Evan. En ningún momento de mi vida planeé enamorarme de ti, pero lo hice con tanta fuerza que no puedo continuar así.

Cubrí mi rostro con mis manos, sintiendo mi cuerpo entumecerse ante la tristeza que embargaba cada rincón de mi alma. Por una parte, Evan y como Annie nos había llevado a donde estábamos; por otra, saber que le estaba haciendo daño a Matt. Me estaba matando, prefería irse lejos antes de seguir sufriendo por mi causa.

Lo sentí tomar mis manos hasta dejar mi rostro al descubierto. Pegué mi cabeza a su pecho, abrazándolo por la cintura mientras sollozaba por su partida. Él me consoló murmurándome palabras bonitas, diciéndome que me escribiría tan a menudo como pudiera, que aun a la distancia estaría para mí, y otras cosas más que no podía escuchar debido a mis sollozos.

—No llores por mí, Alexa. Estaré bien. —Alcé la mirada para verlo.

—¿Me lo juras?

—Es una promesa. —Su lengua delineó sus labios con lentitud. Hacía eso siempre que quería que yo iniciara un beso. Me quedé quieta ante la voz en mi interior que me decía que solo sería inclinarme y darle un beso de despedida al hombre que se hacía a un lado para que yo fuese feliz—. No voy a disculparme por esto. —Eliminó la distancia, uniendo nuestros labios en un beso suave, un beso que me supo amargo debido a mis lágrimas, pero un beso que él necesitaba. Ese era el final, la muerte para el amor que él sentía por mí.

—Pero miren qué bonitos se ven... —El tono irónico en la voz de Evan hizo que me separara de Matt abruptamente.

—Puedo explicarlo.

—No tienes nada que explicar, sé lo que vi.

—Evan... déjame.

—Me llevaré a los niños, así pueden tener una velada romántica. Es más, pueden repetir la que tú y yo tuvimos una vez, Alexandra.

—Eso sí que no. —Matt me quitó del medio para enfrentarse a Evan—. ¡A ella la respetas! ¡Joder! ¿Quién demonios eres? Porque del Evan que fue mi hermano no queda nada.

—Lamento decepcionarte, hermano —dijo lo último con sarcasmo y ladeó su cabeza mirándome—. Veníamos a invitarte a almorzar y luego quizá ir al cine, pero parece que tienes mejores planes. Y por lo que veo, no nos incluye ni a mí ni a tus hijos.

Matt se pasó la mano por el rostro.

—Con permiso, los dejo para que sigan en lo que estaban.

—Evan. —Lo llamó Matt—. Lo siento, hermano. —Cerró su puño, impactándolo de lleno en el rostro.

Evan trastabilló y cayó al suelo.

Me escuché gritar el nombre de Matt, pero mis pies corrieron hacia Evan tendido en el suelo.

—¿Estás bien? — pregunté, pero fue Matt quién me quitó del lado de Evan. Se agachó a su lado y empujó a su pecho el documento que estaba en la

mesa.

—¡Lee esto, idiota. Y quizá, solo quizá, puedas sacar la cabeza del culo! —Volvió a empujarlo—. Mañana me despediré de los niños —dijo sin dejar de verme—. Y tú, imbécil, esa mujer te ha amado desde la primera vez que te vio. Cuando me la presentaste, sentí tanta jodida envidia... De hecho, odié que mi madre me empacara el almuerzo todos los días, dejé de hacerlo para poder subir y almorzar junto a ustedes. No estaba enamorado en ese tiempo de ella, me enamoré de ella con los años. Es una buena mujer como pocas, no como la maldita de Annie. Lee eso, y si tienes un poquito de vergüenza, pide perdón de rodilla. El antiguo Evan estaría pateándote los testículos solo por la forma en la que te estás comportando, cabrón.

Evan tiró el documento levantándose con dificultad—: Ya te dije que no soy ese Evan; lo que sea que haya en esos documentos, no me importa

—Pues debería, ese documento contiene toda tu vida, los siete años siguientes al atentado. ¿Nunca te has preguntado por qué tenías un nombre falso? ¿Por qué Annie, tu dichosa salvadora, le tocó pagar para darte una identidad? Dios, cómo pudiste ser tan estúpido. Una cosa es que no tuvieses memoria y la otra era sumar dos más dos.

—¡¿De qué demonios hablas?!

—¿¿No te hiciste preguntas, Evan!? —Matt recogió el archivo del suelo y lo movió frente a Evan—. ¿Nunca le cuestionaste nada a Annie? ¡Confiaste tan ciegamente en ella que no ves más allá de tu puta nariz! —Había tanta ira en su tono de voz que pensé que en algún momento le lanzaría otro golpe.

—Matt. —Lo llamé, pero Evan le contestó.

—¡Annie era lo único que me conectaba a este mundo cuando desperté! ¿Tienes idea de lo que es una mente en tinieblas, en un borrador blanco en tu mísera vida? ¡Despertarme así fue peor que si hubiese muerto entre los escombros! Ni siquiera saber que me faltaba una pierna se comparaba a ese vacío escabroso que sentía por dentro! ¡Pero qué vas a saber tú de lo que ha sido mi vida los últimos diez años!

—¡No, no lo sabía. Yo solo sabía que estaba buscándote por todos los hospitales que habían recibido heridos y no te hallé! ¿Quieres saber por qué? —Se acercó—¿Quieres saber por qué no te hallé en ningún maldito hospital de Nueva York? Por tu dichosa salvadora.

—¿Que tiene que ver Annie en todo esto?

Matt abrió el archivo hasta encontrar las páginas donde estaba la historia clínica de Evan y lo colocó frente a él—: Ella es la culpable de todo y tú estás

aquí juzgándola a ella, a ella, que te amó incluso estando muerto. La mujer que volvió a la vida cuando te vio hace un año. Si sientes algo por esta mujer, lee y sé valiente, Evan. —Le entregó, sin menos violencia, el archivo.

Vi a Evan mirar las fotos para luego empezar a leer. Sus ojos se abrieron con sorpresa y en su mirada se reflejó el miedo, el dolor ante lo que leía.

—¡No! —Negó una y otra vez con la cabeza—. Esto no puede ser... ¡Esto es mentira!

—Mi padre nunca miente, Evan. Y no te atrevas a compararlo con esa mujer. —Se giró ante mí, que había observado toda la escena sin ser partícipe. Era como si estuviese entumecida por todo lo que estaba aconteciendo—. Iré por los niños, ustedes tienen mucho de qué hablar y yo tengo que contarles mi traslado.

Evan se dejó caer en el suelo en silencio mientras leía. Por su rostro, podían entreverse todas las emociones: la ira, el dolor, la traición, el engaño... Ella había jugado con todos nosotros como si fuésemos marionetas y los hilos hubiesen estado colgando en sus manos. Dejó el documento en el suelo y me acerqué a Evan, agachándome frente a él sin decir nada.

—Evan... —Lo llamé después de unos minutos de silencio.

—Tengo que irme. —Se levantó del suelo viéndose desesperado.

—Evan...

—¡No! Déjame ir.

—¿A dónde vas? Evan, no puedes salir así. Vas a conducir. Por favor, cálmate.

—¡Tú no entiendes, Alexandra! ¡No entiendes! —Salió del departamento y bajó las escaleras ante mi atónita mirada. A pesar de saber que necesitaba tiempo, cambie mi ropa y salí a la calle a buscarlo, sin saber qué dirección tomar me encaminé a su apartamento en East, deseando con todo mi corazón que hubiese ido ahí.

Había algunos turistas en el memorial cuando el atardecer desaparecía en el horizonte. Tenía un palpito, algo que me decía que él estaría ahí. Me dirigí hacia el estanque de la Torre Norte y fue cuando lo vi. Llevaba horas buscándolo, había ido a su departamento, pero él no estaba allí. Toda la información en el archivo que Matt me había dado era dolorosa, habían jugado con nuestro destino, todo por el capricho de una chica.

Evan estaba frente al lugar donde su nombre acompañaba a otras víctimas del 9-11- Sus dedos acariciaban las letras en la piedra. Sus hombros estaban caídos y su cuerpo se estremecía levemente por sus sollozos. Algunos turistas lo observaban con lástima; otros —seguramente no turistas sino personas que habían vivido de primera mano la pérdida de un ser querido— lo miraban con dolor.

Caminé hacia él abrazándolo por la espalda. Su sollozo se hizo más fuerte, aún así se aferró a mi brazo. Logré girarlo, dejándolo frente a mí, y le permití sacar la rabia, la frustración, hasta que poco a poco se calmó.

—¿Quién soy, Alexandra? —Su voz estaba rota, todo él estaba fragmentado en miles de pedazos. Alzó la vista mirándome con dolor.

—Eres Evan Cooper.

—Evan Cooper. —Miró las letras, su nombre tallado en la fuente que pertenecía a la Torre Norte—. Él murió el 11 de septiembre de 2001.

—No. Escúchame bien. —Agarré su barbilla—. Tú eres Evan Cooper. Haya pasado lo que haya pasado, eras y sigues siendo él.

Negó con la cabeza.

—No, no, no... Ella cambió mi vida, cambió mi vida y me dejó malditamente solo y perdido, sin saber cómo actuar o qué debo hacer. Me siento como hace cuatro años cuando desperté en esa cama de hospital. Te amo y no sé cómo actuar. Soy un hombre que camina a media por la vida, un hombre que se paraliza con el miedo de no poder recordar nunca quién fue, miedo a tener que vivir siempre con preguntas de un pasado que siempre desconoceré, miedo a no poder ser lo que tú y los niños necesitan. —Lo abracé fuerte a mí.

—Solo te necesito a ti, no estás solo, yo seré tu pasado; conozco al antiguo tú como la palma de mi mano. Solo déjate amarte, cariño.

Él se separó de mi cuerpo y acarició mi mejilla húmeda con sus nudillos —: He sido tan tonto, siempre tuve la verdad frente a mí, pero nunca la vi.

—Evan...

—No puedo ser, Evan.

—Tú puedes ser lo que quieras ser. ¿Me escuchas?

—A pesar de todo, no puedo odiarla.

—Lo sé.

—Alexandra... —No dijo más, como si estuviésemos en una película, su rostro se acercó a mí en cámara lenta, sus labios tocaron los míos; suaves, esponjosos... ¡Míos! No me resistí, me dejé llevar por el beso, sin

importarme si alguien nos observaba o si él se arrepentía después. Habíamos pasado muchos años separados e iba a tomar cualquier cosa que él quisiera darme, sin importar los turistas a mi alrededor o las normas del buen decoro.

Ahí, frente al lugar donde el destino nos había separado, justo ahí, el mismo destino nos estaba dando otra oportunidad para recordar, para vivir, para empezar de nuevo... Y no iba a desaprovechar esa oportunidad.

EVAN

¿Cuánto mal puede hacer una persona?

Traición, engaño, egoísmo, crueldad...

Eran las sensaciones que podía reconocer mientras leía las páginas del documento que estaba en mis manos. Annie no podía ser tan despiadada o cruel, ella...

Cerré los ojos un segundo, agradecido de que el imbécil de Mathew se hubiese llevado a los niños con él. Desde que desperté del coma, lo único que había deseado era saber quién era. Me había tomado casi once años encontrar algo que conectara mi vieja vida con la pasada. Que Alexandra me hubiese mentido era lo que me dolía, no el hecho de que ella hubiese intentado rehacer su vida, incluso si mi vida hubiese sido normal, si no me hubiese empecinado tan fieramente en saber quién había sido, quizá estaría casado, o al menos tendría una pareja. Pero Annie me había quitado todo a medida que me daba algo, cambiar mi nombre, mi nacionalidad, enterrar a Evan Cooper y darle vida a un hombre que ella ideó, no podía creerlo, no... ¡Diablos! Esa no podía ser mi verdad, ella no podía haberme quitado seis años de vida.

Salí del departamento de Alexandra sin importarme sus gritos. Conduje el coche como un loco hasta llegar al departamento de Annie. No sabía si ella estaba ahí, pero aún conservaba la llave que ella había dejado semanas atrás en mi buzón junto con una carta que no quise leer.

El departamento estaba solo y oscuro como, si estuviese deshabitado. Si no fuese por los platos sucios en el lavadero, juraría que Annie no estaba viviendo ahí. La puerta se abrió y Annie encendió la luces, luciendo asombrada al verme salir de la cocina. Corrió a abrazarme y la dejé por unos minutos antes de separarla de mí de forma brusca.

—¿Evan?

—¿Por qué lo hiciste, Annie? —Una lágrima se deslizó por mi mejilla. —
¿¡Por qué!? —Tiré el archivo a sus pies y ella lo recogió. La sorpresa se mantuvo en su mirada mientras leía.

—Yo...

—Cambiaste mi identidad, Annie.

—¡Maldito Parker! —farfulló enojada—. ¿Quién te dio esto?

—¿Acaso importa quién, Annie?

—Evan, yo...

—¡Contesta! ¿Por qué demonios arruinaste mi vida? —grité fuera de mí.

—¡Porque me enamoré de ti!

—Eres una mujer egoísta, Annie.

—Por hacer tiempo, Evan. —Tiró el archivo al sofá—. Yo llevaba meses atendíéndote, meses pegada a tu cama, y cuando me enteré de que estaban buscando a tu familia supe que te iban a arrancar de mi lado; y entonces no lo pensé, simplemente actué, cambié tu identidad por la de un vagabundo extranjero y luego contraté a las personas que se hicieron pasar por tus padres.

—Y me llevaste fuera de Nueva York.

—Te llevé al mejor hospital de Houston, donde te dieron cuidados que necesitabas en tu condición.

—Me alejaste de mi familia —dije entre dientes—, de mi novia embarazada, de mis padres adoptivos... Solo por tu maldita codicia.

—Te mantuve vivo.

—Sabías que era Evan Cooper, incluso antes de que Alexandra y yo nos encontráramos en el Memorial. —Ella tuvo la desfachatez de parecer avergonzada.

—¿Crees que lo que hice fue fácil?

—¡No me importa si fue fácil o difícil, Annie!

—No fue fácil convencer a papá, tuve que decirle que eras un compañero que se había sumido en la drogadicción y que encontraría a tus padres.

—Mentiras y más mentiras.

—No muy diferente a lo que hizo tu querida Alexandra.

—Tú le mentiste, la engañaste como lo hiciste conmigo. —Apreté mis manos en puños, completamente furioso.

—Yo no iba a perderte.

—Nunca fui tuyo, Annie.

—Nunca me diste la oportunidad. — Se acercó a mí y tomó mis manos—. Te amaba, te amo... Mm solté de su amarré

—¿Amor? —Me reí—. ¡Amor! Tu manera de amar me enferma, Annie Ford. Me quitaste seis años de mi vida. ¡Seis años lejos de mis hijos!

—¡Estabas en coma! ¡Ellos no tenían los recursos para mantenerte vivo!

—¡Era su decisión!, la suya, y se la arrebatas. Lloraron a un hombre que no era su familiar, mis hijos crecieron creyendo que su padre había muerto...

No tienes ni la más remota idea de cuánto te estoy odiando, cuánto maldigo el día en que te fijaste en mí... Estás loca, Annie, enferma. Y si no voy con las autoridades es simplemente porque te debo mi vida. Pensé que con el tiempo algún día podría llegar a perdonarte, pero no lo mereces, no eres la persona que pensé que eras. Te quiero lejos de mí, lejos de mi familia... Lejos de mi vida. —Tomé los archivos del sofá sin importar que ella me llamaba. No esperé el ascensor, bajé las escaleras sintiendo mi pecho comprimido. Me recosté en la pared y resbalé hasta quedar sentado sobre la fría baldosa del relleno, entre el primer y el segundo piso. Lloré, lloré por Alexandra y el dolor que tuvo que atravesar estando sola y embarazada, lloré por los primeros años de vida de mis hijos, lloré por mis años creyendo que estaba solo cuando tenía una familia que había sufrido y lamentado mi muerte mientras yo estaba vivo.

—¿Señor Ford? —Thomas, el conserje, llegó a mi lado tomándome por los hombros y ayudándome a levantar—. ¿Se encuentra usted bien? ¿Necesita que llame a la doctora Ford?— No dije nada, me aferré al hombre mientras sollozaba en su hombro; el vacío en mi interior destrozándome de manera lenta. Tomó todo de mí levantarme y calmarme un poco, el pobre hombre estaba sin saber qué hacer—. Señor Ford.

—Estoy bien... tengo que irme. — Salí del edificio que había llamado casa durante los últimos tres años, me subí al coche, sin saber a dónde ir, qué paso dar. ¿Podía seguir con mi vida sabiendo lo que sabía?

Conduje varias horas sin detenerme en ningún lugar en especial; aún la tristeza y el enojo batallando en mi interior. Al final, conduje al único lugar en el que quizá podría encontrar un poco de tranquilidad.

El memorial del 9-11 estaba lleno de personas curiosas, turistas y algunos guías voluntarios, prácticamente arrastré mis pies hasta llegar al lugar donde mi nombre, mi verdadero nombre, yacía tallado en el mármol. Me deje caer al suelo, sintiendo desolación nuevamente, impotencia por no poder devolver el tiempo a unos días antes del atentado. Toqué mi nombre con la yema de mis dedos. Había unas pequeñas flores azules. No me olvides... Las mismas flores de Maia colocaba la primera vez que la vi, que vi a mi familia, y no pude recordar nada de ellos.

Inhalé su aroma antes de sentir sus brazos a mí alrededor, a pesar del vacío en mi pecho, sus brazos cubriéndome me hizo sentir seguro, protegido... Me hizo sentir en casa.

EPÍLOGO

Siete meses después.

—¡Carta del tío Matt! —gritó Evan tan pronto llegó. Hacía dos meses nos habíamos mudado a una casa cerca al distrito de *Queens*, era de dos plantas, con un amplio jardín en donde Maia y yo estábamos plantando flores, ahora que la primavera había llegado—. ¿Dónde está todo el mundo? —Apagué el fuego, salí de la cocina y me acerqué a Evan, inclinándome para darle un beso. Él dejó su mochila en el sofá y me atrajo a su cuerpo deslizando su mano en mi cintura para besarme mejor, al tiempo que se escuchaban los pasos de los chicos en las escaleras.

—¿Cómo te fue? —murmuré cuando el cortó el beso terminó. Evan seguía sin tener recuerdos claros de su pasado, las clases de hipnosis habían dado a él algunos vistazos de su vida pasada, pequeños momentos como ese café en su universidad o la primera vez en el elevador; sin embargo, no nos importaba, éramos felices, estábamos construyéndonos. Había días buenos y otros no tanto, pero ninguno aún llegaba al extremo de ser malo.

—Estuvo bien. —Se dejó caer en el sofá y me senté a su lado. Sabía que me estaba mintiendo, sus ojos estaban turbios, oscuros. Iba a preguntar qué era lo que realmente había sucedido, pero fue cuando unos emocionados Ian y Maia llegaron.

—¿Carta de Matt, papá? —preguntó Ian. Esos últimos siete meses mi hijo había pasado del fútbol al básquetbol; había crecido tanto que, a pesar de tener solo once años, llegaba casi a los hombros de Evan.

—¡Abre la carta! —Maia se había convertido en una mujercita hacía poco tiempo. Sus clases de ballet le habían dado elegancia, gracia y una figura delgada pero firme.

Vi a Evan rasgar el sobre. Desde que Matt se había ido hacía casi un año a Afganistán, escribía esporádicamente. Siempre venían dos cartas, una para leerla con los chicos, otra para nosotros, así que disfrutábamos de sus cartas y esperábamos que volviera pronto. Oraba todas las noches por su vida, por su salud, porque encontrara el amor que tanto deseaba. Evan sacó las dos hojas dobladas del sobre y abrió la que decía familia.

Queridos Ian y Maia.

Primero, quiero enviarles un gran abrazo a la distancia. ¡Mis chicos

cumplieron once años! Aún recuerdo cuando eran un par de mocosos llorones, y miren, hoy son dos adolescentes a los que amo.

Les envié un presente (Cosas de aquí) No te envié un nuevo video juego, Ian, pero prometo que cuando vuelva a casa te voy a comprar el que más te guste... sin importar el precio, palabra de oficial... (sí, ya lo sé, no soy oficial). En fin, mis niños, estoy muy feliz de que hayan llegado a un año más de su vida. Ian, sigue practicando deportes, a lo mejor eres el próximo Jordán y nadie se ha dado cuenta. Te quiero mucho, hijo. Maia, para cuando esta carta llegue a ti, faltaran pocas semanas para la competencia de ballet que me contaste en la última semana. Cuando me respondas, envíame una fotografía con ese trofeo, mi muñeca; es nuestro, lucha por tus sueños, esfuéstrate, muéstrales la fuerza que llevas en ese pequeño cuerpecito. Sabes que te adoro, siempre serás la niña de mis ojos. Los amo, los extraño, los llevo siempre conmigo. A cada lugar que voy, en cada cosa que veo, cada vez que despierto y antes de acostarme a dormir.

Intentaré volver a escribir pronto, sean obedientes, hagan sus deberes sin refunfuñar, sean tan buenos chicos como siempre han sido. Estoy muy orgulloso de ustedes dos, pero aún tengo espacio para el orgullo. ¿Ya dije que los amaba? Bueno, sin importar la distancia, los amo cada día más.

Hasta la próxima carta.

Con Cariño

Matt.

—Esta fue muy corta, papi. —Maia se recostó al lado izquierdo de Evan y él deslizó su brazo por su cuello, atrayéndola hacia él y dándole un beso sobre su cabeza—. ¿Qué crees que haya sucedido?

—¿Y si bombardearon su unidad? —Ian, que se había sentado en la mesa de café frente a nosotros, preguntó preocupado.

Evan alzó una ceja, dejó la carta sobre sus piernas y alborotó su cabello.

—Este fin de semana tenemos que ir al barbero, campeón. Y no, el tío Matt está fuera de la zona de bombardeos. Él solo envió la carta para felicitarlos por su cumpleaños, si quieren enviarle algo —miró a Maia— ¿qué tal una foto con ese súper trofeo que ganaron en la competencia, esa dónde estás tú y todas las chicas? Ian, tú puedes enviarle tu vieja cinta de Karate, así se dará cuenta cuán cerca estás de ser cinta negra. —Mi hijo asintió emocionado—. Reúnan lo que van a enviarle y lo dejaré mañana en el correo.

—Me das la carta, papá. —Maia tenía todas las cartas que Matt había

enviado guardadas en el cofre de madera que Evan le obsequió en su décimo cumpleaños.

—Porque no se lavan las manos y pasan a la mesa, la comida está lista. — Evan me dio un beso en la mejilla, pero una vez que los chicos se fueron, lo halé del pantalón hasta llevarlo a la cocina. Lo besé hasta dejarlo con una sonrisa tonta y luego me recosté en su pecho, controlando el deseo latente en mis venas. Lo deseaba a cada minuto del día.

—¿Qué pasa? —Acaricié su mejilla cuando mi sexo dejó de latir de necesidad. Teníamos a dos pre adolescentes muy despiertos a un par de paredes de distancia.

—Oye, no me quejo del beso, pero me tomaste desprevenido.

—Evan, no te pases de gracioso, quiero saber qué pasó, y no digas que nada. —Sentencié, alejándome de él.

—Solo que he tenido migraña, preciosa. —Se acercó a mí.

—Evan...

—Matt envió una carta para nosotros.

—La leeremos cuando estemos en la alcoba.

—Pensé que en la alcoba se hacían cosas más interesantes. —Con el tiempo, la personalidad de Evan había surgido. Como la doctora Warner había dicho, su amor por mí lo había despertado; era juguetón, sexy, amoroso, el padre que siempre supe que sería y un mejor amante que en antaño. En ocasiones, despertaba a media noche debido a algún sueño, una voz, su propia voz llamando a alguien. No sabíamos si iba a volver a recordar algún día, pero él parecía haber asimilado su situación y se veía siempre tranquilo.

Sentí su mano deslizarse por mi espalda y todo mi cuerpo se estremeció. Había pensado que mi libido hacia él había despertado gracias a nuestra incapacidad de protegernos de un embarazo, pero los exámenes que me había realizado en la mañana habían salido negativos.

Decir que me había decepcionado sería mentirme a mí misma. No quería embarazarme aún, quería disfrutarlo un poco más, quería que los mellizos lo disfrutaran más y que él se sintiera seguro para ser padre de un niño menor de diez años.

—Oye. —Besó mi cuello—. ¿Qué pasa por tu cabecita?

—Me hice la prueba esta mañana.

—¿Y? —Observé su rostro tranquilo y sereno.

—Negativo.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Hay más oportunidades para intentarlo. —Sonrió.

—Ayúdame a llevar a la mesa. —Le entregué el estofado—. Y cuando estemos en la habitación, me vas a contar qué hizo que tu mirada se oscureciera.

—Tú siendo sexy... —Me dio una sonrisa tonta, una de las que hacían explotar mi corazón de amor por él.

—La verdad —pronuncie.

—Listo, jefa. La verdad para usted. —Me dio un último beso antes de retirarse de la cocina.

La cena transcurrió con normalidad, vimos una película juntos y luego los niños se fueron a dormir. Maia aún pedía que la acompañara a la cama, más ahora que tenía una habitación para ella sola. Cuando volví a la habitación, Evan estaba en la ducha; me coloqué un sencillo pijama para dormir y me metí bajo las mantas. Estaba abriendo el libro que llevaba varias noches leyendo cuando Evan salió del baño con el torso desnudo y húmedo, su cadera e ingle cubierta por una toalla morada. Se veía completa y absolutamente sexy. Seguía ejercitándose a diario, por recomendaciones médicas. Verlo así hizo que mi núcleo se contrajera, mi libido aumentara y la habitación subiera un par de grados.

—¿Qué? —preguntó, secándose el cabello con una toalla—. ¿Estás segura de que la prueba es negativa?

—Si lo haces para distraerme, quiero que sepas que no lo estás logrando. —Crucé los brazos sobre mi pecho para darle firmeza a mi patética actuación de “No me afectas”.

—Querida, tienes una habilidad nata para hablar con la mirada, me pregunto si seguirías diciendo lo mismo si dejo caer accidentalmente mi toalla.

—Te ataría a la cama y me aprovecharía de tu cuerpo, cariño. Igual luego tendrías que decirme qué pasó hoy en tu terapia de hipnosis.

—¿No vas a dejarlo hasta que no te lo diga?—Negué con la cabeza y él se sentó a mi lado—. La clase de hipnosis estuvo bien, tuve un pequeño recuerdo de mí fuera del auto en el que murieron mis padres, el auto estaba ardiendo. Fue doloroso. —Me moví hasta abrazarlo por la espalda.

—Lo siento, cariño. —Besé sus hombros.

—No fue eso lo que me afectó. —Respiró profundamente y tomó mi mano

entre la suya—. El padre de Annie fue a verme hoy a la salida de la universidad.

No había sabido nada de Annie desde el día que le contó a Evan quién era, y de eso hacía poco más de un año. Sin embargo, sabía que Evan la había enfrentado cuando se enteró de la suplantación de identidad; él, en agradecimiento, se negó completamente a actuar bajo los términos legales, como Andrew le había aconsejado. Para el mundo, Evan Cooper había muerto el once de septiembre de 2001 en los atentados al *World Trade Center*. Solo nosotros sabíamos la verdad, él lo había decidido así.

—¿Estás bien? —Me miró de reojo y me acomodé hasta quedar sobre sus piernas.

—¿Quiere que le devuelvas el dinero que Annie te dio? —Negó con la cabeza

—El hombre está apenado conmigo y quiere confirmar que no vaya a colocar alguna acusación legal, también quiere que visite a Annie en el hospital mental al que ha sido ingresada, dice que ella pregunta por mí.

—¿Enloqueció? Digo, siempre supe que estuvo loca, pero ¿está completamente fuera de sí?

—Él dice que está en reposo, tuvo un ataque de nervios hace unos meses. Me pidió perdón por lo que hizo su hija.

—¿Qué le dijiste?

—¿Podemos perdonar lo que nos hizo? Tomó mi vida, mi identidad, aún con amnesia, mi vida hubiese sido distinta si Andrew o Mathew me hubiesen encontrado y... —Tomé su rostro con mis manos.

—No sabemos qué hubiese sucedido. —Pensé muy bien lo siguiente que iba a decir—. No le guardo rencor a Annie, no vale la pena, ella hizo mucho por ti, te mantuvo vivo...

—¿A qué precio, Alexandra?

—No importa el precio, cariño. Si bien es cierto que nos mantuvo alejados, al final tú recordaste mi amor, cumpliste tu promesa y volviste a mí, Evan.

—Esos meses...

—Esos meses no importan, corazón. Mira lo que tenemos ahora.

—Una casa hipotecada y dos niños que no saben si elegir un gato o un perro como mascota —dijo haciendo alusión al tema de la cena, habíamos vendido mi departamento y dado la cuota inicial para comprar la casa, un nuevo comienzo, un empezar de cero.

—Bueno, es nuestra, y al final creo que terminaremos adoptando los dos,

solo espero que no me den dolores de cabeza. —Sonrió.

—Supongo que tienes razón, nena. La visita es hasta el próximo miércoles, así que tengo unos días para pensar qué hacer con respecto a Annie. ¿Leemos la carta de Matthew? —Asentí y me levanté de sus piernas mientras él iba hasta donde había dejado su pantalón y sacaba la carta del bolsillo. Volvió a la cama y abrió el papel doblado, inhalando antes de leer.

Queridos, Alexa y Evan

¿Qué contarles? La vida sigue siendo dura aquí, he visto de todo desde que llegué hace casi un año, hombres mutilados, niños golpeados, he visto el dolor en los rostros de los soldados, en las familias de los civiles, he sido testigo del horror de un pueblo que no tiene nada que ver en esta absurda guerra, pero estamos vivos, dispuestos a ayudar, aquí no hay momentos en los que estés inactivo, siempre estás andando, atendiendo, haciendo algo que te impida pensar. En las noches, escucho a lo lejos los bombardeos. Es horrible, pero estoy vivo.

Por otra parte, Alexa, gracias por la crema dental y el jabón, siempre son necesarios en este lugar, linda; y por el cd con música, te amo, mis compañeros de pabellón están enamorados de ti por ello. Me preguntaba si podrías mandarnos algo de café, el de aquí es una mierda.

Espero que estén felices, no creas que yo, a pesar de que me quejo como un niño llorón, lo estoy. Conocí a alguien, no puedo darles muchos detalles, y es malditamente insólito que haya conocido a alguien en estas circunstancias. ¡Joder hablo como un jodido soldado! ¡Incluso insulto como uno! En fin, se llama Miley, sí, como la protagonista de Hannah Montana, ese programa de la rubia que veía Maia antes de convertirse en bailarina y dejara atrás los sueños de ser cantante. Cuando sonrío, no hay bombardeos, no hay llantos, la habitación se ilumina. ¡Mierda creo que me he enamorado! En fin. Miley es alta, de ojos café y pelo castaño, es médico de California, llegó hace dos meses, y bueno, no sé cómo sucedieron las cosas, solo pasaron y estoy feliz por ello.

No sé si regresaré pronto, siento que aún puedo dar mucho más y que acá soy más útil que en cualquier hospital de Nueva York. Miley vino por seis meses, quizá parta cuando ella se vaya, todo depende a que tanto avance lo que sea que estamos sintiendo. Por si se lo preguntaban, soy plenamente

correspondido. Ayer la besé y fue como si tuviera dieciséis. ¡Lo juro!

Bueno, ya les he contado la buena nueva, espero que me feliciten en su próxima carta. Por favor, Alexa, ¡CAFÉ! ¡Y si puedes galletas!

Los quiero.

Matt.

—¿Qué piensas? —preguntó Evan doblando el papel.

—No lo sé, parece distinto...

—Seis meses. —Se estiró hasta la mesa de noche y guardó la carta en el buró—. Tendremos que esperar hasta la próxima carta para ver si es en serio. —Asentí—. ¿Aún te culpas porque se fue?

—Me amaba, y yo no podía amarlo, lo obligué a tomar esa decisión—. Él me abrazó.

—Pues me alegra que ya no te amé. —Sonrió levantándose de la cama y dejando caer la toalla al suelo.

Mi mirada lo devoró en un santiamén, como todas las noches cuando se desnudaba para dormir. Él tuvo muchos cambios, hacía pocas semanas había cambiado su prótesis elaborada en acero, que lo hacía mantenerse más firme y dar pasos más seguros. Apoyó su rodilla buena en la cama y gateó hasta llegar a mí, cerniéndose sobre mi cuerpo y besándome de manera lenta y pausada. Nuestros cuerpos se acoplaron rápidamente y una vez que estuvo en mi interior se apoyó en sus codos mirándome con amor y ternura.

—Te amo.

—Te amo más... —Lo besé—. Gracias por volver a mí, por estar aquí.

—No, gracias a ti porque a pesar de todo, me perdonaste, me mantuviste vivo en tus recuerdos. Quizá yo perdí los míos y nunca vuelvan del todo, pero tú eres mía y yo soy tuyo. —Metió la mano bajo la almohada y luego me enseñó una sencilla banda de oro blanco—. Nuestra vida es perfecta porque recordamos nuestro amor, porque estamos aquí juntos tú y yo... Cásate conmigo, Alexandra, solo tú, yo y nuestros niños. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y alcé la mano para que él deslizara la argolla.

—Sí...

Me besó, y ahí, desnudos, entre besos y caricias, recordamos que el amor en ocasiones es tan fuerte que nada puede romperlo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar pidiendo excusas por las licencias que me tomé al escribir esta historia. No solo Estados Unidos vivió segundo a segundo las caídas de las Torres Gemelas el 11 de Septiembre de 2001. El mundo entero se unió ese día en que unos pocos decidieron jugar con la vida de muchos.

El 9-11 estará siempre en los corazones de miles de personas que se mantuvieron al tanto de todo lo que ocurrió ese día, de las personas que perdieron un familiar, amigo o conocido.

Todo lo contado en esta historia es ficción.

Quiero agradecer primero a Dios, a mis padres, a mi familia y a todo aquel que dio su voz de apoyó cuando me embarqué en esta nueva aventura llamada Recuérdame.

Segundo, a cada persona que hizo que este libro fuese publicado. Llegará a ustedes, a una persona maravillosa que conocí mientras escribía Ginnys L. Pineda. Gracias por quedarte conmigo todas las noches durante este último mes, dándome el ánimo y la fuerza para seguir adelante cuando pensé que no podría.

A mi amiga y colega Flor Urdaneta que más que corregirme, fue esa voz de aliento que me decía “sigue”

A mi amiga Isabel Acuña, por su tiempo, sus consejos, por soportar mi estrés e intensidad. Por ser esa voz de apoyo que ha sido en mi vida los últimos meses.

A Isa Quintin por la hermosa portada de esta historia, es todo lo que expresan Evan y Alexa..

A mis chicas de **LKZ**, las amo por soportarme... Las amo por quererme, las amo por no defraudarme.

A mi Doc, Johanna W, por ser mí doctora de cabecera en todas mis historias y dejar que abuse de su tiempo.

A El Harem... Ustedes fueron la fuerza necesaria para continuar y no desfallecer. Quisiera poder nombrarlas a todas pero ustedes saben quién son.

A Vanessa Méndez por la oportunidad de llevar a mis niños a Argentina y México.

A mis compañeras del CTTR por aconsejarme siempre.

Pero sobre todo, Gracias a TI. Sí, a TI que has llegado hasta aquí, que estás

leyendo esto, gracias por apoyar esta locura llamada Nueve Meses, Espero que Dimitri y Odette se hayan hecho un huequito en tu corazón.

Gracias por apoyar mi obra y mi trabajo.

SOBRE LA AUTORA

Aryam Shields se define a sí misma como una escritora de corazón y Contadora de profesión que le gusta pasar sus días entre números y sus noches entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a los doce años cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con pequeños Fanfiction.

Su primera obra publicada fue la Bilogía Enseñame: “Entrégate y Quédate” con la que logró ser *Best Seller* Mundial en Amazon, Siguiendo con Nueve Meses, que estuvo dos meses en el puesto número 1 de los más vendidos, aun después de cinco meses la sigue estando en esa categoría. Recuérdame es su cuarta novela y desde ya trabaja en lo que será su siguiente gran historia.

[1] Can You Feel The Love Tonight. Elton Jones.

[2] El profesor Jirafales es un personaje de la serie de televisión mexicana El Chavo del Ocho, interpretado por el actor Rubén Aguirre

[3] Es un juego sencillo para los más peques. Deben estar atentos a las matrículas y mirar el último número. Uno busca los números pares y otro los impares. Cada jugador lleva su propio marcador y el ganador es el primero que alcanza los 21 puntos.